

Brandenburg

**LA MANO DE
DIOS
AL TIMON**



Dedicatoria

A mi padre, Saturnino de Oliveira, colportor pionero en el Brasil, que murió fiel a los ideales de la “bienaventurada esperanza”.

A mi madre, Jerónima, por su sacrificio e idealismo, que me inspiraron a ser un heraldo al servicio de la causa adventista.

A mi esposa, Lygia, cuya dedicación y amor sólo son sobrepujados por mi gratitud.

A mis hijos, Lutero y María Ilma, Vera Lúcia y Ailton Renato, para que ellos y los jóvenes de su generación conozcan la fascinante historia de la Iglesia Adventista.

A mis nietos, Bruno y Carolina Oliveira, Denison y Luciene Dörl, representantes de una generación que surge, para que en este libro encuentren inspiración para emular la fe de sus mayores.

Enoch de Oliveira

**LA MANO DE
DIOS
AL TIMON**

Enoch de Oliveira

ASOCIACION CASA EDITORA SUDAMERICANA
Avda. San Martín 4555 -
1602 Florida, Buenos Aires, Argentina

Título del original: *A Mão de Deus ao Leme*, Casa Publicadora Brasileira, Tatuí, SP, Brasil, 1985.

Traducción: Roberto Gullón.

Fotos cedidas por Review and Herald Publishing Association.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Primera edición, 1986 (10.000 ejemplares)

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 950-573-108-6 (tapa flexible).

Terminóse de imprimir el 12 de diciembre de 1986, mediante el sistema offset, en talleres propios.

Indice

Prefacio	8
Introducción	11

PRIMERA PARTE

Y la tierra ayudó a la mujer	15
Amargó mi vientre	27
Lo débil para confundir lo fuerte	39
Nacerá tu luz como el alba	51
Decentemente y con orden	61
Para que tengan vida	71
Hermosos. . . los pies. . . del que anuncia	83
El justo por la fe vivirá	95
Una espada de fuego sobre Battle Creek	107
Las puertas del infierno no prevalecerán	115
Primeros vendavales	117
Primera disidencia	119
El grupo Marion	119
La iglesia no es Babilonia	121
El movimiento de la "carne santa"	122
La crisis panteísta	124
El movimiento rowenita	127
El movimiento reformista	129
Robert D. Brinsmead	131
Desmond Ford	134
Walter Rea	139
"Mi padre está al timón"	141

SEGUNDA PARTE

Todos éstos murieron en la fe	145
Guillermo Miller	146
Hiram Edson	150
José Bates	155
Elena G. de White	161
Urias Smith	172

TERCERA PARTE

Estos naufragaron en la fe	180
Dudley M. Canright	181
John H. Kellogg	187
Ellet J. Waggoner	194
Alonzo T. Jones	199

CUARTA PARTE

Varón conforme a mi corazón	210
Juan Byington	211
Jaime White	216
John N. Andrews	221
Jorge I. Butler	228
Ole A. Olsen	233
Jorge A. Irwin	239
Arturo G. Daniells	245
William A. Spicer	253
Carlos H. Watson	261
J. L. McElhany	266
Guillermo H. Branson	271
Rubén R. Figuhr	277
Roberto H. Pierson	283
Neal C. Wilson	291
Conclusión	301
Apéndice	
Cristo en el Santuario celestial	307
Elena G. de White y las cuestiones doctrinales	317

Peligros terribles se hallan delante de aquellos que llevan responsabilidades en la causa de Dios: peligros que el solo pensar en ellos me hace temblar. Pero nos viene este mensaje: "Mi mano está sobre el timón, y no permitiré que los hombres controlen mi obra en estos últimos días. Mi mano maneja el timón, y mi providencia continuará cumpliendo los planes divinos, pese a las invenciones humanas. . ."

En la gran obra final, nos encontraremos con perplexidades con las cuales no sabremos cómo tratar, pero no olvidemos que los tres grandes poderes del cielo están trabajando, que una mano divina está sobre el timón y que Dios hará que se realicen sus propósitos.

El evangelismo, pág. 52.

Prefacio

Una definición corriente enseña que la historia es la narración de los acontecimientos ocurridos. Obviamente, sólo los acontecimientos que tienen significado en relación con la vida y la existencia de la humanidad hacen historia.

Este es un libro de historia, pero esta historia no es meramente el relato de los hechos humanos, porque la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día es la historia de cómo Dios se relaciona con el pueblo que ha de cumplir su propósito en relación con los últimos eventos que sucederán en este mundo.

En el contexto de la Revelación, la historia siempre sirvió de fundamento y apoyo para los llamamientos divinos, en el sentido de que el pueblo debería ejercer completa confianza en Dios.

Una significativa porción de las Sagradas Escrituras se compone de relatos históricos que tenían la función para con el Israel literal, y la tienen para con el Israel espiritual, de servir como recordatorio de que el Dios que intervino en los acontecimientos pasados es poderoso y capaz de ayudar y conducir los destinos de la presente generación.

Una filosofía cristiana de la historia llevará forzosamente al investigador sincero a encontrarse con Dios, que en última instancia es el verdadero Arquitecto de la historia de la humanidad.

“En los anales de la historia humana, el crecimiento de las naciones, el levantamiento y la caída de los imperios, parecen depender de la voluntad y las proezas del hombre. Los sucesos parecen ser determinados, en gran parte, por su poder, su ambición o su capricho. Pero en la Palabra de Dios se descorre el velo, y contemplamos detrás, encima y entre la trama y urdimbre de los intereses, las pasiones y el poder de los hombres, los agentes del Ser misericordioso, que ejecutan silenciosa y pacientemente los consejos de la voluntad de Dios” (*La educación*, pág. 173).

Infeliz del pueblo que pierde la memoria de sus orígenes. Por eso la Iglesia Adventista no puede olvidar su historia. Al mirar hacia el pasado, la iglesia del presente renueva su confianza en la certeza de que el

Movimiento Adventista no es un movimiento de hechura humana, sino que fue suscitado por la acción de Dios en irrefutable cumplimiento de las profecías de los libros de Daniel y Apocalipsis.

En el año 1915, poco antes de su muerte, Elena G. de White escribió este testimonio de fe: "Al recapitar en nuestra historia pasada, habiendo recorrido cada paso de su progreso hasta nuestra situación actual, puedo decir: ¡Alabemos a Dios! Mientras contemplo lo que el Señor ha hecho, me siento llena de asombro y confianza en Cristo como nuestro caudillo. No tenemos nada que temer en lo futuro, excepto que olvidemos la manera en que el Señor nos ha conducido y sus enseñanzas en nuestra historia pasada" (*Joyas de los testimonios*, t. 3, pág. 443).

La historia de las organizaciones religiosas enseña que la tercera generación de miembros debilita la estructura del movimiento, porque pierde contacto con los fundamentos creídos y defendidos por los padres fundadores.

Algunos de los movimientos liberales que se han desarrollado entre los adventistas en nuestros días, revelan que muchos están perdiendo contacto con las razones y los fundamentos de nuestra fe, y eso en los diversos campos de acción de la iglesia: educación, administración, doctrinas e incluso la misma misión del adventismo. Esta actividad ha destruido la confianza de muchos en la actuación presente de Dios en relación con su iglesia, llevándolos a ver un futuro incierto y especulativo.

Este libro que la Iglesia Adventista acaba de recibir de la pluma erudita de uno de sus más nobles pensadores, viene como de molde a establecer la confianza sin reservas en la autenticidad divina del Movimiento Adventista.

El Dr. Enoch de Oliveira, hijo de uno de los pioneros de la página impresa en el Brasil, busca en el pasado el argumento de la historia para iluminar la senda de las realizaciones presentes de la iglesia. Por lo tanto, el libro que usted tiene en sus manos es un libro de fe.

En el momento cuando muchos prefieren recorrer la senda de la duda, apoyándose en la teología del "Si" y en su racionalismo especulativo, el autor, en un estilo rico y exuberante, prodiga certidumbre y lealtad, fe y confianza en los hitos inamovibles de las verdades adventistas.

La iglesia de Dios no está en crisis. En crisis están algunos que silenciosa y audiblemente, velada o públicamente, por razones personales, prefieren distanciarse de la estabilidad confortadora que la iglesia les

ofrece. Abandonan la seguridad del arca de Dios para aventurarse en las inciertas teologías del océano de las especulaciones humanas.

Comenzando con los primeros fulgores del amanecer millerita, el autor lleva el pensamiento del lector a lo largo de todo el proceso histórico de la formulación doctrinal y organizativa de la Iglesia Adventista; desaparece la generación de los pioneros y surgen nuevos líderes; enemigos profetizan el aborto del embrión adventista; movimientos disidentes prometen destruir la unidad de la fe por la influencia de hombres poderosos en el arte de argumentar; libros y revistas surgen como esponjas impregnadas del veneno de la incredulidad y la amargura; pero todos esos eventos tan sólo sirven para dar a la Iglesia de Dios la madurez plena y para que el árbol del adventismo profundice más sus raíces en el suelo del estudio de la Palabra de Dios.

El autor demuestra que la historia de las realizaciones de los pioneros, de los movimientos opositores, de la reestructuración organizativa, de la acción resuelta de los líderes del pasado y del presente, levanta ante el mundo la incuestionable certeza de que "la mano de Dios está haciendo girar el timón".

Quiera Dios que cada lector, al repasar en estas páginas el testimonio de la historia, pueda oír, más allá del elegante estilo y de los nombres y hechos mencionados, la voz de Dios afirmándole una vez más: "*Mi mano está al timón*".

Joel Sarli

Introducción

En medio de las densas selvas que cubren el territorio oriental peruano, se oye el murmullo de un arroyuelo, serpenteando sin pretensiones en la inmensa floresta. Aquel riacho, en su tímido esfuerzo, abriéndose camino en medio de una exuberante vegetación tropical, parece a veces pronto a desaparecer absorbido por la tierra sedienta. Pero contorneando sucesivos obstáculos, el arroyuelo avanza aumentando gradualmente el ímpetu de su corriente. Alimentado a lo largo de su curso por pequeños tributarios, se transforma progresivamente en caudaloso río, conocido por el nombre de Marañón. Cruzando la línea divisoria que separa el Brasil del Perú, el Marañón sigue su curso natural, profundizando su lecho, ensanchando sus márgenes y ampliando su caudal. Al recibir las aguas de un considerable número de afluentes, el Marañón se transforma en el exuberante Amazonas, uno de los mayores ríos del mundo.

Del crecimiento del arroyuelo en las selvas peruanas y su sorprendente transformación en el caudaloso Amazonas, podemos derivar una analogía relacionada con la historia del adventismo. En sus orígenes, el adventismo se reducía a un irrelevante puñado de piadosos estudiantes de las profecías, sobrevivientes del naufragio millerita. En sus años formativos parecía demasiado frágil, próximo a veces a desaparecer, víctima del escarnio, la burla y el desdén de sus adversarios. Pero bajo la poderosa conducción del Espíritu Santo, aquellos hombres y mujeres de fe lograron transformar un tímido y vacilante comienzo en un caudaloso movimiento profético.

En este libro analizaremos el sorprendente crecimiento y la organización de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Veremos cómo este movimiento, así como las aguas susurrantes de un arroyo en sus comienzos, guiado por la mano divina, se transformó en poderoso complejo eclesialístico internacional. Lo veremos, página tras página, avanzar triunfante, a pesar de los sucesivos e innumerables obstáculos que se levantaron en su camino.

El lector no encontrará en sus páginas un panegírico emotivo de la iglesia, o una ardiente apología de sus doctrinas, pero sí un análisis contextual del ambiente en que surgió el adventismo en el siglo XIX, y una apreciación de las razones históricas y proféticas que justificaron sus orígenes, desenvolvimiento y consolidación.

Aunque procurando mantener entera imparcialidad y justicia en la apreciación de los acontecimientos y en el análisis de la contribución dada al movimiento por sus fundadores, el autor admite la posibilidad de haber exaltado con demasiado entusiasmo la obra realizada por los pioneros. El lector sabrá, sin embargo, comprender con espíritu indulgente, que el libro fue escrito por alguien que, educado dentro de la filosofía adventista, jamás conseguiría divorciarse de sus raíces para producir una obra absolutamente imparcial.

La idea de la publicación de este libro surgió en la mente de mi esposa y contó con su dedicada cooperación y su análisis crítico. Le cupo no solamente la tarea monótona y cansadora de dactilografiar los originales y verificar las notas bibliográficas, sino también de ocuparse en el esfuerzo por simplificar el lenguaje, tornándolo menos técnico y más accesible a los lectores no acostumbrados a la terminología propia del lenguaje teológico.

Ojalá el Señor llene de bendiciones el corazón de todos cuantos lean este libro, llevándolos a una clara comprensión del origen y la misión de la Iglesia Adventista, e infundiéndoles fe y confianza en su mensaje y destino.

El autor

**LA MANO DE
DIOS**
AL TIMON

Primera Parte



Después de una tormentosa aventura marítima, los padres peregrinos llegaron a las playas de América del Norte, donde establecieron "una Iglesia sin papa y un Estado sin rey".

Y la tierra ayudó a la mujer

“Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca”. Apocalipsis 12: 16.

Sucedió el 14 de febrero de 1556. La catedral de Oxford, en Inglaterra, bullía de sacerdotes y prelados. Entre ellos se destacaba la serena figura de Tomás Cranmer, respetado arzobispo de Canterbury, primado de Inglaterra, pronto a ser degradado de su elevada investidura eclesiástica.

Una nerviosa expectativa dominaba a los religiosos reunidos en aquel histórico encuentro. La insólita ceremonia se inició cuando los representantes papales vistieron al arzobispo con una réplica barata de los hábitos episcopales, con sus coloridos ornamentos y dignidades eclesiásticas. El ritual fue solemne e impresionante. Las insignias y los símbolos le fueron arrancados uno tras otro en una ceremonia cargada de dramatismo y emoción. También le quitaron la vestidura talar y el manto litúrgico. Su cabeza, aunque pronunciadamente calva, fue afeitada. El óleo de la unción fue simbólicamente retirado de sus manos. Y cuando finalmente quedó destituido de todas las dignidades inherentes a su elevado oficio, se oyó una voz grave y solemne que repercutía entre las arcadas de la gran iglesia. Era el obispo Bonner anunciando el fin del humillante ritual. Cranmer había sido degradado. Todos los vestigios de su autoridad eclesiástica le habían sido quitados.

Con todo, este desusado melodrama fue apenas el prelude de un episodio más intenso, ocurrido un mes más tarde. Sometido autoritariamente a una cruel tortura mental, Cranmer firmó sin convicción un documento en el cual “confesaba” sus herejías y se retractaba de sus “desvíos teológicos”.

Llevado después a otra ceremonia especial en la Iglesia de Santa María, a fin de confesar públicamente su "extravío espiritual" y exhortar a los "herejes" a abandonar sus "malos caminos", sorprendió a todos cuando anunció su firme determinación de no violar jamás su conciencia, renunciando a convicciones cristalizadas.

"Esta mano que firmó el documento que contiene mi confesión deberá ser la primera en ser consumida en las llamas del fuego inquisidor —declaró solemnemente. Y añadió—: Rechazo al papa por ser enemigo de Cristo. . . Lo rechazo por sus falsos dogmas. En lo que atañe a los sacramentos. . ."

Su discurso fue abruptamente interrumpido y su voz sofocada por otras voces que se unieron en una protesta histórica y satánica. Arrastrado por la multitud fuera del santuario, después fue condenado por los tribunales de la iglesia. Con un heroísmo reconocido por los mismos verdugos, sucumbió en medio de las llamas crepitantes de otra de las criminales hogueras encendidas por la intolerancia medieval.

Aquella mano, en realidad, no merecía ser destruida por el fuego, ya que había sido responsable de la redacción del *Book of Common Prayer* (Libro de la oración común), uno de los clásicos de la literatura cristiana, usado por la iglesia en Inglaterra en sus servicios litúrgicos.

Cranmer fue un mártir más entre los millones inmolados en el altar de la intolerancia religiosa, víctimas de la coerción y del autoritarismo. Pereció porque osó levantar la voz contra la dominante degeneración de la fe cristiana.

El cristianismo vivía entonces un período sombrío de su historia. El Evangelio predicado por Cristo y sus apóstoles se había contaminado en las fuentes corrompidas del paganismo. Aunque profesando aceptar a Jesús como el Hijo de Dios y creer en su muerte y resurrección, la mayoría de los cristianos perdieron de vista la malignidad del pecado y no sentían ya necesidad de la gracia redentora del Evangelio. El germen de la idolatría producía su obra funesta. Dogmas, ritos supersticiosos y ceremonias de origen pagano se introdujeron en el seno de la iglesia, incorporándose a la fe de los profesos seguidores de Cristo.

La pluma inspirada, con notable vehemencia, describe las condiciones espirituales de aquellos días, diciendo:

Prevalcían el fraude, la avaricia y la lascivia. No había crimen que no se cometiera para obtener riquezas o escalar posiciones. Los palacios de los papas y los prelados eran escena-

*rios del libertinaje más degradante. Algunos de los pontífices reinantes cometieron crímenes tan repugnantes que los gobernantes seculares trataron de deponer a esos dignatarios de la iglesia como monstruos demasiado viles para ser tolerados sobre el trono. Por siglos no progresaron la ciencia, las artes ni la civilización. Una parálisis moral e intelectual se apoderó de la cristiandad.*²

Sobre la iglesia apóstata flameaba el negro estandarte de Satanás. Grupos minoritarios protestaban en vano contra los desvíos de la iglesia, reclamando reformas vigorosas tendientes a la restauración de la "fe que ha sido una vez dada a los santos". Empero, sus voces eran siempre reducidas al silencio por la mayoría inconversa, apoyada en la aplastante fuerza de los números.

Uniéndose al Estado en un matrimonio adulterino, Roma pasó a emplear el brazo secular en el manejo de las armas temporales, con el objeto de silenciar a los fieles portaestandartes del evangelio apostólico. Entonces se desencadenó una persecución brutal, obstinada y sin cuartel contra los fieles disconformes con las aberraciones paganas introducidas en el seno del cristianismo.

Este despotismo religioso se inspiró en el pensamiento de Tomás de Aquino (1225-1274), teólogo medieval, llamado también Doctor Angélico, quien con argumentos discutibles había defendido la pena de muerte para los "herejes", los "corruptores de la fe cristiana".³

Inocencio III (1198-1216), cuyo pontificado se destacó por la vileza del carácter, instituyó desde las entrañas de su absolutismo el execrable tribunal de la "Santa Inquisición", y proclamó la sangrienta extirpación de las minorías disidentes, insatisfechas con los desvíos y las corrupciones de la iglesia.

Al percibir las intenciones sanguinarias de Roma, millares buscaron refugio en los valles, en las cavernas de las montañas, en los lugares desiertos y solitarios. Cumplíase así el vaticinio inspirado: "La mujer [iglesia] huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días".⁴

Traduciendo la determinación de aquellos fieles exiliados Elena G. de White escribió:

Determinaron mantenerse leales a Dios y conservar la pureza y sencillez de su fe. Se efectuó una separación. Los que permanecieron firmes en la antigua fe se retiraron; algunos,

abandonando sus tierras de los Alpes, alzaron el pendón de la verdad en países extraños; otros se refugiaron en los valles solitarios y en los baluartes peñascosos de las montañas, y allí conservaron su libertad para adorar a Dios.⁵

Procurando mantener la "unidad de la fe", Inocencio III decretó el exterminio de los albigenses, que insistían en un culto espiritual, sin el uso de crucifijos. Como resultado fueron destruidas, en el sur de Francia, ciudades enteras y sus habitantes pasados a espada. Siguiendo instrucciones de Roma, fueron también perpetradas atrocidades innominables por el Duque de Alba con las minorías cristianas de los Países Bajos. El número de los que fueron ejecutados, según Gibbon, durante un corto reinado del terror, excedió en mucho al número de mártires habido en el espacio de tres siglos en el Imperio Romano.

Las barbaridades cometidas entre el saqueo y las ruinas de las ciudades hambrientas y abrasadas, casi va más allá de lo que se puede creer; las criaturas eran arrancadas de los vientres de los cuerpos vivos de las madres; mujeres y niños eran violados por miles, y poblaciones enteras eran quemadas y arrasadas por los soldados, por todos los medios que podía imaginar la crueldad en su ingenio diabólico.⁶

En los anales de la crueldad humana, ocupa un lugar destacado la despiadada tempestad de sangre que se abatió sobre Francia en la noche del 24 de agosto de 1572, la trágica noche de San Bartolomé. Millares de cristianos fueron despertados de su tranquilo sueño, arrastrados a la calle y brutalmente asesinados. Nobles y campesinos, ancianos, mujeres indefensas y hasta criaturas fueron juntamente torturados y exterminados a sangre fría. Las víctimas han sido variablemente calculadas entre diez mil y cien mil. El violento ataque, consumado con inconcebible furia, suscitó una onda de horror, espanto e indignación. La jerarquía religiosa, sin embargo, celebró el salvaje genocidio con aclamaciones festivas.

Cuando la noticia de la matanza llegó a Roma, el regocijo del clero no tuvo límites. El cardenal de Lorena premió al mensajero con mil duros; el cañón de San Angelo tronó en alegres salvas; se oyeron las campanas de todas las torres; innumerables fogatas convirtieron la noche en día; y Gregorio XIII, acompañado de los cardenales y otros dignatarios eclesiásticos, se encaminó en larga procesión hacia la iglesia de San Luis, donde el cardenal de Lorena cantó el Te Deum. . .⁷

En efecto, Roma se mostraba embriagada “de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús”.⁸ El tribunal del Santo Oficio, creado por Inocencio III por decisión del Concilio de Tolosa, además de haber instigado cruelísimas persecuciones, sentenció a muerte a Henrique Voes, Wishart, Hamilton, Latimer, Cranmer, Hus, Jerónimo, Savonarola y muchos otros piadosos líderes religiosos. Los “autos de fe” ahogaron en un océano de sangre todos los intentos de preservar la pureza y sencillez de la fe que caracterizaron a la iglesia cristiana primitiva.

Indiferente a los crímenes repugnantes cometidos contra los derechos humanos, Roma parecía empeñarse con redoblado vigor en su saña perseguidora. “Y la serpiente [Satanás] arrojó de su boca, tras la mujer [iglesia], agua como un río, para que fuese arrastrada por el río”.⁹ Satanás intensificó su furor asesino por intermedio del despotismo eclesiástico, lanzando poderosas cruzadas (aguas como un río) que, con violencia y atrocidades sin cuento, pretendían extirpar las “herejías”. Y miles, “de los cuales el mundo no es digno”, sucumbieron regocijándose por ser tenidos por dignos de sufrir por la causa de la verdad.

“Si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo”,¹⁰ dice el Señor en su sermón profético. A pesar de la “gran tribulación”, la iglesia de Cristo permaneció imbatible. El calabozo, la tortura, el patíbulo, la fuerza y la hoguera fueron insuficientes para disuadirlos de su lealtad para con Dios y para con su conciencia. Aunque ultrajados, cubiertos de infamia, estigmatizados como la escoria del mundo, permanecieron firmes “como viendo al Invisible”.¹¹ No obstante, Dios, en su misericordia para con su pueblo, abrevió el tiempo de su terrible prueba.

“Pero la tierra ayudó a la mujer [iglesia], pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca”.¹² Con los triunfos de la Reforma del siglo XVI, las cruzadas promovidas contra los elegidos de Dios perdieron su ímpetu original. Se multiplicaron los defensores de la verdadera fe. Con el triunfo protestante logrado en Alemania, Suiza, Holanda, Noruega y Suecia, el poder perseguidor de Roma quedó circunscripto dentro de una jurisdicción más limitada. Y las multitudes, víctimas de la intolerancia, la opresión y el despotismo, buscaron refugio en las tierras conquistadas por la Reforma, donde fueron recibidas afectuosamente y tratadas con dignidad y ternura.

La revolución religiosa, en marcha en aquel entonces, proporcionó a Inglaterra las condiciones indispensables para la implantación de una religión nacional. La supremacía papal fue rechazada y en su lugar el rey se entronizó como cabeza de la iglesia. Sin embargo, muchas costumbres

y ceremonias de origen romano permanecieron incorporadas a su culto. Gradualmente, el derecho de cada ciudadano a adorar a Dios según los dictámenes de su propia conciencia, pasó a ser ignorado. El monarca llegó a exigir que todos los ciudadanos aceptasen los dogmas y la liturgia formulados por la iglesia oficial.

*Se le prohibió al pueblo, so pena de fuertes multas, prisión y destierro, que asistiera a cualesquiera reuniones religiosas que no fueran las sancionadas por la iglesia. Los que no pudieron dejar de reunirse para adorar a Dios, tuvieron que hacerlo en callejones oscuros, en sombrías buhardillas y, en estaciones propicias, en los bosques a medianoche. . . Muchos sufrieron por su fe. Las cárceles rebosaban. Las familias eran divididas. . . Sin embargo, Dios estaba con su pueblo y la persecución no podía acallar su testimonio.*¹³

Durante el reinado de Jacobo I (1603-1635), muchos líderes religiosos disidentes fueron perseguidos, lanzados en sombrías mazmorras y finalmente ejecutados. Juan Greenwood, dirigente de un grupo llamado "Padres Peregrinos", pagó con sangre su inconformidad con los restos de idolatría existentes en el culto oficial. Sus seguidores decidieron entonces que "Inglaterra había dejado de ser lugar habitable".¹⁴ Con sorprendente arrogancia el rey declaró su disposición de hacer que los disidentes "se conformaran o de lo contrario. . . que fueran expulsados del país, o tratados todavía peor".¹⁵

La amenaza era seria. Urgía tomar medidas de resguardo. Vislumbrando días sombríos, los "Padres Peregrinos" decidieron con su pastor, Juan Robinson, cruzar el Canal de la Mancha y establecerse en las tierras libres de Holanda, territorio conquistado por la Reforma.

Posteriormente planearon cruzar las aguas del Atlántico, teniendo en vista alcanzar las playas de la América del Norte, donde soñaban establecer "una iglesia sin papa y un Estado sin rey".

Simultáneamente con los movimientos de la Reforma en Europa, los navegantes ibéricos, recorriendo "mares nunca antes navegados", descubrieron el Nuevo Mundo. Dios, en sus insondables designios, estaba preparando otro lugar de refugio para la "mujer", su iglesia, entonces afligida por la espada inclemente al servicio del autoritarismo.

Después de tres años de planificación, los peregrinos parecían estar preparados para iniciar el gran viaje a través del Atlántico. Comenzaron

la heroica aventura en una vieja embarcación llamada *Speedwell*, el 22 de julio de 1620. Cuando el viento hinchó las velas, expresaron entre lágrimas, oraciones y cantos de loor a Dios su determinación de seguir rumbo al Occidente, con el propósito de encender en el Nuevo Mundo la llama de la libertad.

No tardaron, empero, en llegar a la conclusión de que el viejo barco en que habían iniciado el viaje no ofrecía seguridad suficiente para la travesía marítima. Decidieron por tanto, en Plymouth, Inglaterra, tomar otro barco, el *Mayflower*, con el cual continuaron la gran epopeya en dirección a lo desconocido. Eran en total 102 los pasajeros que iniciaron, el 6 de septiembre de 1620, la segunda etapa del extenso itinerario. Dos pasajeros adicionales fueron añadidos posteriormente al grupo —bebés que nacieron durante el viaje.

Después de una tormentosa aventura que duró 67 días, el *Mayflower* ancló junto al litoral del nuevo continente, en un día invernal de noviembre. Antes de desembarcar con sus Biblias, himnarios, ropas y los pocos objetos de uso personal, firmaron un documento histórico: el *Pacto del Mayflower*, reconocido posteriormente como auténtica Carta Magna de la libertad, una extraordinaria declaración de principios que preparó el camino para la implantación de los ideales democráticos, basados en la separación del Estado y la Iglesia.

El desembarco ocurrió en el inicio de un riguroso invierno, con sus inclementes tempestades de nieve. El largo período vivido a bordo de una pequeña embarcación los dejó, durante la estación invernal, físicamente debilitados y susceptibles a la neumonía, tan común en aquellos días. Como resultado, de los 104 peregrinos, 54 murieron durante el primer año. Las mujeres fueron las que más sufrieron. Solamente cinco, entre las dieciocho esposas, lograron sobrevivir. Hubo momentos en que apenas siete colonos mostraron estar físicamente en condiciones de cuidar de los demás enfermos.

Con el advenimiento de la primavera, las perspectivas se tornaron más brillantes. Pudieron entonces dedicarse a la caza, la pesca y la recolección de frutas silvestres. La plantación de maíz produjo buenos resultados. La construcción de casas fue acelerada y las relaciones con los indios, que al principio se caracterizaron por la hostilidad, se tornaron cordiales y pacíficas.

Guillermo Bradford, describiendo las impresiones vividas durante aquella transición de estaciones, se expresó así:

*Pasado el invierno, todas las cosas se nos presentaban con el aspecto de haber sido azotadas por las tormentas. El país entero, lleno de bosques y matorrales, ofrecía un panorama salvaje. Si mirábamos hacia atrás, estaba el rugiente océano que habíamos atravesado y que ahora significaba una barrera y un abismo que nos separaba del mundo civilizado. . . ¿Qué podría ahora sostenernos sino el Espíritu de Dios y su gracia?*¹⁶

A pesar de las enormes y conmovedoras pérdidas sufridas, aquellos bravos peregrinos celebraron al finalizar el primer año en las tierras libres de América, un culto de acción de gracias a Dios por el privilegio de adorarlo según los dictámenes de su conciencia, sin aprensiones ni temores. Aquella celebración fue el embrión de una festividad que pasó a integrar la tradición norteamericana al conmemorar oficialmente cada año, el último jueves de noviembre, el Día de Acción de Gracias a la fuente de "toda buena dádiva y todo don perfecto".¹⁷



Al finalizar el primer año, los animosos peregrinos celebraron un culto de acción de gracias a Dios por el privilegio de adorarlo sin aprensiones ni temores.

Ocho años más tarde los 'puritanos',[?] acosados también por las persecuciones religiosas en el Viejo Mundo, y a semejanza de los peregrinos, emigraron hacia América.

Por millares salieron los cuáqueros de Inglaterra, donde centenares de ellos habían sido encarcelados y muchos habían sufrido el martirio. En Nueva Jersey, Delaware y Pensilvania fundaron ciudades prósperas en medio de las feraces tierras a cuyo cultivo se dedicaron, bajo las garantías de una libertad que no habían conocido en su patria. Como otorgaban esta libertad a otros, ello atrajo a muchos inmigrantes; luteranos, menonitas, moravos, etc. Llegaron también hugonotes de Francia, especialmente después de la revocación del edicto de Nantes por Luis XIV, en 1685.¹⁸

En efecto, una vez más "la tierra ayudó a la mujer" (iglesia) proporcionándole refugio y seguridad en momentos de angustia y tribulación.

Cuando los peregrinos partieron de Holanda rumbo a las playas de América, Juan Robinson, su pastor, impedido de acompañarlos, se expresó así en un memorable discurso de despedida:

Hermanos: Dentro de muy poco tiempo vamos a separarnos y sólo el Señor sabe si viviré para volver a ver vuestros rostros; pero sea lo que fuere lo que el Señor disponga, yo os encomiendo a El y os exhorto ante Dios y sus santos ángeles a que no me sigáis más allá de lo que yo he seguido a Cristo. Si Dios quiere revelaros algo por medio de alguno de sus instrumentos estad prontos a recibirlo como lo estuvisteis para recibir la verdad por medio de mi ministerio; pues seguro estoy de que el Señor tiene más verdades y más luces que sacar de su Santa Palabra.¹⁹

Juan Robinson parecía intuir los grandes planes de Dios para su iglesia.

Después de la densa noche medieval, surgió la Reforma inaugurando un esplendoroso amanecer. "Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto".²⁰ Dios habría de iluminar a su iglesia con todo su fulgor, restaurando las verdades que la apostasía medieval ocultó entre las sombras de su sistema religioso. La luz del Cielo habría de incidir sobre la iglesia en forma gradual y constante "hasta que el día [fuese] perfecto". Sí, Robinson se expresó

correctamente cuando declaró que "el Señor tiene más verdades y más luces que sacar de su Santa Palabra".

Una nueva nación se estaba gestando por medio de un pueblo heterogéneo, procedente de muchas nacionalidades. Aunque representando diferentes lenguas y culturas, los inspiraba un sentimiento común: el amor a la libertad. La Biblia era para ellos "la base de la fe, la fuente de la sabiduría y la carta magna de la libertad. Sus principios se enseñaban cuidadosamente en los hogares, en las escuelas y en las iglesias, y sus frutos se hicieron manifiestos, en lo que se ganó en inteligencia, en pureza y en templanza".²¹

Emergía en el mundo occidental una nueva sociedad saturada de fe e impregnada de fervor religioso. El futuro de una gran nación estaba siendo moldeado con aptitud e ingenio. Una Providencia vigilante preparaba la cuna para el nacimiento de un movimiento profético.

Transcurrieron varias décadas, y entre los descendientes de los colonizadores de América, forjadores de una nueva nacionalidad, ocurrió un extraordinario reavivamiento de interés en torno de las profecías de Daniel y Apocalipsis. El estudio de estos dos libros reencendió la llama de la fe en el segundo advenimiento de Cristo. Como resultado del estudio directo de las profecías, centenares de clérigos y millares de fieles fueron sacudidos por la convicción de que Cristo estaba pronto a manifestarse en poder y gran gloria.

Y mientras proseguían escudriñando las profecías, vieron sus conclusiones confirmadas en un evento insólito que, para ellos, significó el inequívoco cumplimiento de las palabras de Jesús en su sermón profético: "E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor".²²

Fue el 19 de mayo de 1780, cuando, entre las diez y las once de la mañana, el sol perdió gradualmente su fulgor natural, suscitando justificadas aprensiones y temores. Refiriéndose a aquel extraño fenómeno, R. M. Devens escribió:

Tal vez el fenómeno más misterioso e inexplicado de su especie en la vasta sucesión de acontecimientos de la naturaleza, durante el último siglo, ha sido el día oscuro del 19 de mayo de 1780. . . que provocó intensa alarma y pánico en millares de mentes, y confusión en las mismas criaturas brutas, habiendo huido las gallinas desorientadas a sus gallineros, los pájaros a sus nidos y los animales a sus dependencias. En efecto, millares

*de personas de aquel tiempo se convencieron de que había llegado el fin de todas las cosas terrestres.*²³

Otro grande y sorprendente acontecimiento ocurrió el 13 de noviembre de 1833, cuando un deslumbrante espectáculo de “fuegos de artificio” siderales fue presenciado por millares de personas, principalmente en la costa este de los Estados Unidos. Los piadosos estudiantes de las profecías identificaron en la “lluvia de estrellas fugaces” las palabras proféticas de Jesús: “. . . y las estrellas caerán del cielo”.²⁴



Con espanto y reverente temor, miles de personas contemplaron el espectáculo meteórico anunciado por la profecía.

*Durante algunas horas, el firmamento de todos los Estados Unidos estuvo en ígnea conmoción. Ningún fenómeno celeste ocurrió jamás en este país desde su inicio que haya sido contemplado con tan intensa admiración por cierta clase de personas o con tanto temor y pánico por otras. . . Durante sus tres horas de duración, se pensaba que el día del juicio estaba apenas aguardando la salida del sol.*²⁵

Con profundo y reverente temor, asociaron aquella "lluvia meteórica" con la exhortación del Señor: "Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca".²⁶ Así se cristalizaba el ideal de la esperanza adventista.

Y esta "tierra" libre que, en cumplimiento de los oráculos divinos, ofreció a la "mujer" protección y abrigo, pasó a ver y atestiguar la marcha triunfal de una caravana de heraldos de la "bienaventurada esperanza", fieles precursores de la proclamación mundial del triple mensaje angélico.

Referencias

- 1 Frederick A. Norwood, *Great Moments in Church History*, pág. 87.
- 2 Elena G. de White, *La historia de la redención*, pág. 351.
- 3 Tomás de Aquino, *Summa Theologica Secunda Secundae*, QUOEST X, Art. 11; y XI, Art. 3.
- 4 Apocalipsis 12: 6.
- 5 White, *El conflicto de los siglos (El gran conflicto)*, pág. 69.
- 6 Moiley, *Rise of the Dutch Rep. II*, pág. 504, citado por E. C. Pereira en *Problema Religioso da América Latina*, pág. 92.
- 7 Henry White, *La Masacre de San Bartolomé*, citado por Elena G. de White en *El conflicto*. . . , pág. 316.
- 8 Apocalipsis 17: 6.
- 9 Apocalipsis 12: 15.
- 10 S. Mateo 24: 22.
- 11 Hebreos 11: 27.
- 12 Apocalipsis 12: 16.
- 13 White, *El conflicto*. . . , pág. 294.
- 14 J. G. Palfrey, *Historia de Nueva Inglaterra*, citado por White en *El conflicto*. . . , pág. 334.
- 15 George Bancroft, *Historia de los Estados Unidos de América*, citado por White en *El conflicto*. . . , pág. 334.
- 16 *La historia de nuestra iglesia*, editado por el Departamento de Educación de la Asociación General, pág. 111.
- 17 Santiago 1: 17.
- 18 Marcelo I. Fayard, *En defensa de la libertad religiosa*, págs. 96, 97.
- 19 White, *El conflicto*. . . , págs. 335, 336.
- 20 Proverbios 4: 18.
- 21 White, *El conflicto*. . . , pág. 341.
- 22 S. Mateo 24: 29.
- 23 R. M. Devens, *Our First Century*, págs. 89, 90, citado por Uriah Smith en *As Profecias do Apocalipse*, pág. 100.
- 24 S. Mateo 24: 29.
- 25 Devens, *Our First Century*, pág. 329, citado por Smith en *As Profecias*. . . , pág. 103.
- 26 S. Lucas 21: 28.

Amargó mi vientre

“Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre”.
Apocalipsis 10: 10.

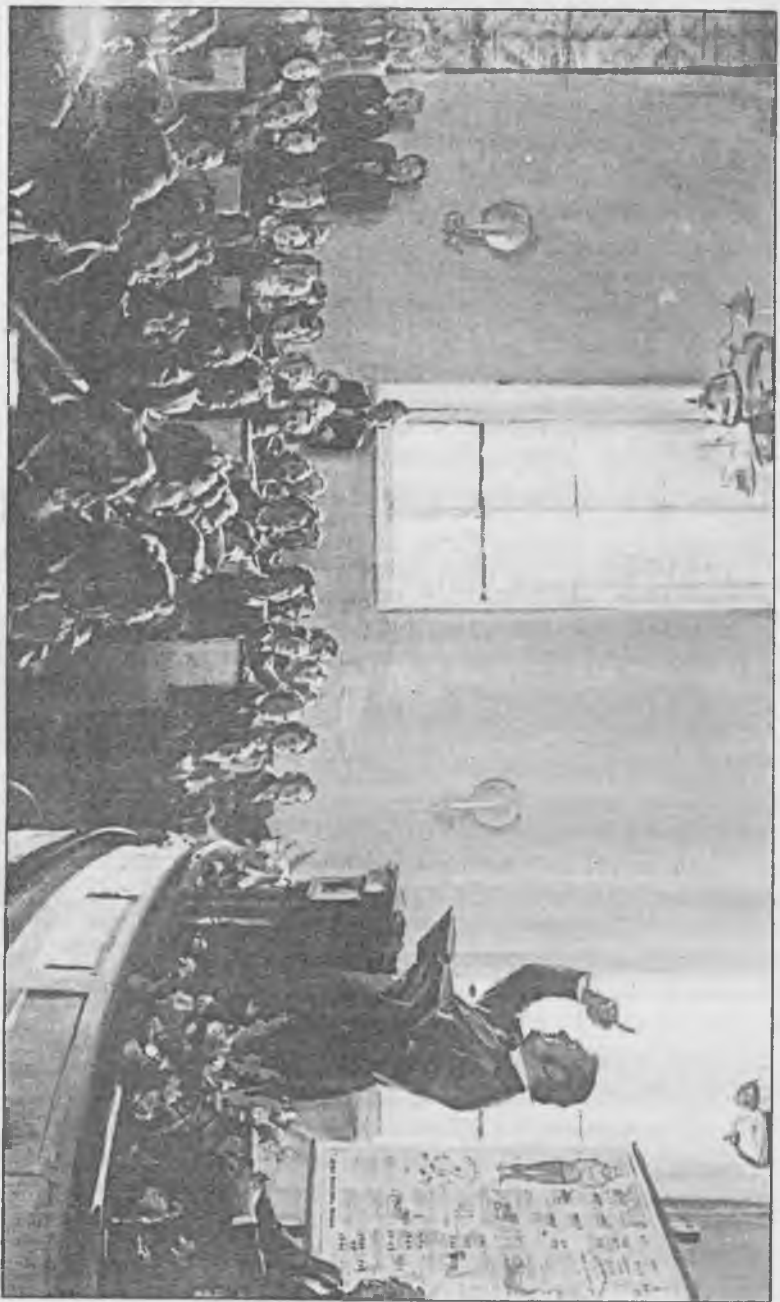
El profeta Isaías pinta, con pinceladas magistrales, un cuadro marcado por el contraste entre la supremacía de Jehová y la inutilidad de los dioses adorados por el paganismo. Mientras el Dios de Israel conduce a su pueblo con demostraciones de poder, los impotentes dioses de las naciones vecinas son conducidos por sus adoradores. El profeta no esconde un sentimiento de sorpresa y pesar al describir la fragilidad de esos dioses, llevados como objetos de arte en el lomo de animales cansados.

Sus imágenes fueron puestas sobre bestias, sobre animales de carga; esas cosas que vosotros solíais llevar son alzadas cual carga, sobre las bestias cansadas.

Alquilan un platero para hacer un dios de ello; se postran y adoran. Se lo echan sobre los hombros, lo llevan, y lo colocan en su lugar; allí se está, y no se mueve de su sitio. Le gritan, y tampoco responde, ni libra de la tribulación.¹

Pero, en contraste con los dioses del paganismo, cuyos brazos permanecen inertes hasta ser destruidos por la acción devastadora del tiempo, Jehová se manifiesta como “Dios vivo” que con “mano fuerte y poderosa” dirige a su pueblo en consonancia con sus insondables propósitos y soberanos designios.

Oídme, oh casa de Jacob. . . los que sois traídos por mí desde el vientre. . . yo llevaré, yo soportaré y guardaré.²



Guillermo Miller condujo memorables y fructíferas cruzadas evangelistas que literalmente sacudieron a la nación.

Con su "brazo fuerte" Dios liberó al pueblo de Israel del yugo faraónico y lo guió a través del desierto hasta la Tierra Prometida; suscitó a Juan el Bautista para conducir en Judea una obra precursora, anunciando el advenimiento del Mesías; iluminó la mente de los reformadores que precipitaron la revolución religiosa del siglo XVI; y a través de los tiempos, preparó el escenario para el surgimiento del movimiento adventista.

Este y otros importantes acontecimientos anunciados por los antiguos videntes, revelan de manera elocuente una "Presencia invisible" ejecutando sus planes en la Historia.

En efecto, por medio de la revelación Dios proyectó liberar a su pueblo de la tiranía egipcia. Conforme el relato, después de "cuatrocientos treinta años, *en el mismo día* todas las huestes de Jehová salieron de la tierra de Egipto" (la cursiva es nuestra).³

En los agitados tiempos herodianos, cuando Judea no pasaba de una simple provincia sujeta a Roma, cuando Israel aparecía humillado, sin rey y sin esperanzas, la mano de Dios en la historia se hizo evidente en la obra realizada por Juan el Bautista, con su vibrante y poderosa proclamación: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado".⁴

Interpelado por la inquieta multitud con un "¿Tú, quién eres?", respondió con las palabras proféticas:

Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor. . .

*Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado.*⁵

El ministerio de Juan el Bautista fue el cumplimiento de una obra anunciada por los oráculos divinos, y sabemos que él entendió la naturaleza de su misión y el origen divino de su llamado.

La Reforma conducida con ardor y valor por Lutero y sus asociados, en el amanecer del siglo XVI, fue también un movimiento de origen profético. La mano invisible que conduce el timón de la historia, movió el brazo de Lutero cuando clavó en la puerta de la iglesia de Wittenberg las 95 tesis que precipitaron la reforma religiosa que cambiaría la corriente de la Historia.

Jesús, refiriéndose al espíritu de intolerancia que habría de estremecer al mundo durante el sombrío período medieval, profetizó que "si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo".⁶

La tiranía de Roma fue atenuada con los triunfos de la Reforma. Los predicadores de la justificación por la fe lograron éxito en su obra y los fundamentos de la estructura escolástico-medieval fueron sacudidos. Como consecuencia de los avances de la Reforma, la intolerancia religiosa quedó circunscripta dentro de un territorio más limitado.

El movimiento adventista que nació en el siglo pasado, fue también un movimiento profético. Guiado por la mano de la Providencia, surgió a fin de restaurar el fervor adventista que se había eclipsado como resultado de las especulaciones de los utopistas que, adoptando ideas posmilenialistas, anunciaron el triunfo de la civilización cristiana sobre los poderes confederados de la impiedad.

Aunque las profecías de Daniel relacionadas con la historia, que van desde la Edad de Oro de Babilonia hasta el colapso del Imperio Romano, fueron interpretadas sin mayores dificultades por los investigadores del Libro Sagrado, había una cortina que ocultaba entre sus pliegues el significado de los acontecimientos que habrían de ocurrir entre el cuarto imperio y la vuelta de Cristo. Hablando sobre este nebuloso período profético, dijo el ángel al vidente:

Pero tú, Daniel, guarda estas cosas en secreto y sella el libro hasta que llegue el momento final. Mucha gente andará de acá para allá, buscando aumentar sus conocimientos.⁷

Y los siglos fueron arrastrándose en la irreversible sucesión de días y noches. Amaneció la era cristiana. Sobre la tierra descendió la negra noche medieval. Surgió exuberante la Reforma. Pero, a pesar de todo, permanecían oscuras importantes predicciones de Daniel, desafiando la agudeza de los exégetas a través de los siglos.

En el Apocalipsis, donde están registradas las profecías concomitantes y complementarias al libro de Daniel, encontramos una significativa visión concedida al vidente de Patmos. Entre la sexta y la séptima trompeta, Juan vio un cuadro expresivo y lleno de significado: "Vi descender del cielo a otro ángel. . . Tenía en su mano un librito abierto".⁸

En efecto, el libro de Daniel, sellado durante siglos, comenzó a ser gradualmente abierto por piadosos investigadores de la Palabra. A fines del siglo XVIII surgieron en muchos lugares calificados estudiosos de las Escrituras, que se esforzaban por disipar los misterios de la profecía que habían permanecido velados a la iglesia durante tantos siglos.

D. M. Ludlum destaca el énfasis que caracterizó a este periodo, diciendo:

En su afán por entender los actos de la voluntad divina, hombres piadosos se volvieron hacia las Escrituras; en los libros de Daniel y Apocalipsis encontraron no sólo una explicación satisfactoria para la impiedad prevaleciente, sino también un fundamento ideológico para combatir los males entonces existentes.

A fines del siglo muchos tomos dedicados a la exégesis bíblica, procedentes de las editoras de Nueva Inglaterra (costa este de los Estados Unidos), recibieron amplia divulgación. Aunque divergían en pequeños detalles, todos coincidían en la interpretación de que "los tiempos proféticos" habían llegado, y que la situación presente representaba el Reino de la Incredulidad anunciado por la profecía, y que la segunda venida de Cristo y el comienzo del milenio eran inminentes.⁹

En Europa y en América Latina surgieron también extraordinarios pensadores que, investigando las profecías de Daniel, llegaron a conclusiones notablemente coincidentes. Cumplíase así, en forma inequívoca, el vaticinio que anunciaba para "el tiempo del fin" la apertura del libro sellado.

Los que se dedicaron al estudio de las profecías relacionadas con la segunda venida de Cristo, aunque conscientes de la advertencia divina de que "del día y la hora nadie sabe",¹⁰ estimaron que no había inconveniente en calcular el año de su retorno.

En consonancia con este parecer, los estudiosos tanto del Viejo Mundo como los del Nuevo Mundo llegaron a la conclusión de que la profecía de los 2.300 años, cuyo término habría de ocurrir en la primera parte del siglo XIX, marcaría la intervención de Cristo en los destinos del mundo. La expectativa de tal acontecimiento motivó en muchos países la publicación de un diluvio de manuscritos e inspiró la creación de un apreciable número de sociedades para el estudio de las profecías.

El fervor adventista de aquellos días aparece apropiadamente sintetizado en las palabras de P. A. Damsteegt:

Primeramente, el énfasis sobre la escatología. . . ocurrió en Europa; más tarde llegó a América. Muchos de los que participaron en estos estudios se convencieron de que la vuelta de Cristo

*y el día del juicio eran inminentes e inaugurarían el milenio — una concepción teológica conocida como premilenialismo.*¹¹

Al escribir sobre este despertar adventista que se inspiró en el estudio de las profecías de Daniel, Francis D. Nichol se expresó así:

*En ninguna parte fue aquel despertar más precioso, más definidamente organizado o más dramáticamente llevado a un clímax que en América [Estados Unidos]. En este país el predicador más preeminente fue Guillermo Miller, y por eso el movimiento del advenimiento en el hemisferio occidental es generalmente conocido como millerismo.*¹²

Después de haber dedicado dos años al estudio intensivo de las Escrituras, leyendo y comparando las visiones de Daniel y Apocalipsis, Miller llegó a la siguiente conclusión:

*En 1818, al término de mis dos años de estudio de las Escrituras, llegué a la solemne conclusión de que, en aproximadamente veinticinco años a partir de entonces, todos los asuntos relacionados con el presente cesarán.*¹³

Analizando la declaración profética “hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”,¹⁴ y comparando diferentes textos, llegó a la conclusión de que la “purificación” mencionada habría de ocurrir en cualquier momento en 1843, y que entonces la tierra sería purificada por la presencia divina.

En las propias palabras de Miller encontramos una descripción del efecto que tal interpretación produjo en su alma.

*No es preciso hablar de la alegría que inundó mi corazón en vista de la feliz perspectiva, o de la ardiente ansiedad de mi alma por la participación en las alegrías de los redimidos. La Biblia era ahora un nuevo libro para mí. Realmente fue un festival de buen sentido: todo lo que se me aparecía nebuloso, místico u oscuro en sus enseñanzas, fue disipado en mi mente ante la clara luz que ahora brotaba de sus páginas sagradas; y, ¡oh, cuán brillante y gloriosa se manifestaba la verdad! . . . Mis conclusiones se consolidaron y comencé a esperar, velar y orar por la venida de mi Salvador.*¹⁵

Miller transmitió a millares la esperanza que iluminó su corazón. Por todas partes multitudes se alegraron con la consoladora certeza de que en

breve los justos serían galardonados y las aflicciones del “siglo presente” habrían de desaparecer para siempre.

Al principio, la predicación de una fecha definida para la segunda venida de Cristo sufrió una gran oposición. Empero, con el transcurso del tiempo, la tendencia a establecer una fecha específica se fue cristalizando y finalmente llegó a ser aceptada por casi todos.

Al aproximarse el año 1843, Miller y algunos fieles colaboradores revisaron los cálculos y notaron que el “año judaico de 1843” finalizaba el 21 de marzo de 1844. Utilizando el calendario caraíta y la cronología de William Hales, concluyeron que los 2.300 años finalizarían el 21 de marzo de 1844. Posteriormente estos cálculos fueron revisados por Samuel Sheffield Snow. Tomando en cuenta que el decreto para “restaurar y edificar a Jerusalem”¹⁶ fue promulgado en la última parte del año 457 AC, Snow llegó a la conclusión de que los 2.300 días proféticos terminarían en el otoño de 1844. En una carta dirigida a Southard, se expresó así:

*Si las 69 semanas terminaron en el otoño del año 27 DC, ¿cuándo podemos esperar el fin de los 2.300 días? La respuesta es clara. Al restar 483 de 2.300, el resultado es 1.817. En el otoño del año 27 DC, quedaban todavía esos años por cumplirse. Entonces, sumando a esa fecha estos 1.817 años, concluimos que esto nos lleva al otoño de 1844.*¹⁷

A medida que se aproximaba el mes de octubre de 1844, crecía el fervor en la proclamación de la “bienaventurada esperanza”. Tal mensaje producía por todas partes intenso júbilo y piadosa expectativa. Viviendo profundas e indescriptibles emociones, los milleritas aguardaron en el día determinado el apareamiento triunfal y glorioso de Jesús. Pero el sol se puso aquella tarde y El no vino. Esperaron hasta la medianoche y la esperanza no se cristalizó.

En efecto, el libro cuyo mensaje era “dulce. . . como la miel”¹⁸ se tornó demasiado amargo para los fieles de aquellos días. “Nuestras más caras esperanzas y expectativas fueron aplastadas —escribió posteriormente Hiram Edson—. Y nos sobrevino un espíritu tal de llanto como no habíamos experimentado nunca antes. . . Lloramos y lloramos hasta el amanecer”.¹⁹

La prueba de fe y paciencia había sido devastadora. Con ansiosa expectativa aguardaban la gloriosa manifestación de Cristo. Pero el tiempo anunciado pasó y el Salvador no vino. Millares, vencidos por el

escarnio, renunciaron a la “bienaventurada esperanza”. No obstante, los fieles y sinceros tomaron el Libro de Dios y, al examinarlo, cobraron ánimo y renovaron la esperanza al leer las palabras del profeta:

Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará.²⁰

Miles de los que participaron de la amarga experiencia de 1844, desalentados, volvieron a sus iglesias de origen. Sin embargo, un grupo de piadosos investigadores de la Biblia encontró en la Inspiración palabras de estímulo y perseverancia en la fe adventista:

No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Más el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agrada a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma.²¹



En un espíritu de súplica y fervorosa investigación de las profecías, surgió victorioso el movimiento adventista.

En éste y en otros textos el remanente de los adventistas encontró el consuelo necesario para soportar las críticas y las burlas de un mundo irreverente y escarnecedor. ¡Con qué fervor escudriñaron el Libro divino! “A menudo —escribió la Sra. White— permanecíamos reunidos hasta tarde en la noche, y a veces pasábamos la noche entera orando en busca de luz y estudiando la Palabra”.²²

En este espíritu de súplica y piadosa investigación de las Escrituras, emergió triunfante el movimiento adventista. Dios extendió su mano con redoblada gracia y poder. Como divino Alfarero, después del amargo chasco, Dios juntó los fragmentos, remodeló el cuerpo de su iglesia, la renovó con nuevas revelaciones de su voluntad y la levantó con la fuerza de su brazo, para guiarla en la proclamación del “evangelio eterno”, “a toda nación, tribu, lengua y pueblo”.²³

Los pioneros adventistas no comenzaron un movimiento religioso animados por el simple propósito de introducir una nueva disidencia en el seno del cristianismo. No se inspiraron en la orientación teológica o carismática de un hombre. Se sintieron parte integrante de un movimiento profético suscitado por la mano de Dios para proclamar dentro del contexto del “evangelio eterno” la llegada de “la hora de su juicio”.²⁴

En la historia del cristianismo encontramos el registro de la obra de fe conducida por hombres inflamados por una consumidora pasión por las almas.

San Gregorio (257-331 DC) llevó la llama sagrada de la fe cristiana a la antigua Armenia. San Frumencio (c.300-c.360 DC), con notable espíritu de renuncia, llevó las luces del Evangelio a Etiopía. San Patricio (siglo VI) proclamó en Escocia el poder redentor del Evangelio. Francisco Javier (1506-1552) se ocupó en la evangelización del Oriente. Lutero (1483-1546), Calvino (1509-1564) y otros reformadores en Europa proclamaron con valor y audacia la doctrina de la justificación por la fe (sola fide). Guillermo Carey (1761-1834) se dedicó por completo a la predicación del Evangelio en la India. Adoniram Hudson (1788-1856) consagró la vida a la proclamación de la fe en Birmania. Hudson Taylor (1832-1905) llevó a China el Evangelio de la cruz. Podríamos añadir muchos nombres más a esta lista de héroes de la fe, proclamadores de las buenas nuevas del Evangelio.

Con todo, ninguno de ellos predicó jamás que la hora del juicio había llegado. Para ellos el juicio divino era un acontecimiento futuro. Pero cuando, al fin de los 2.300 años, el reloj profético anunció que la hora del juicio había llegado, Dios suscitó mensajeros extraordinarios

para iniciar esta poderosa proclamación, y con ellos surgió el movimiento adventista “victorioso y para vencer”.

Aplicándose al estudio de las Escrituras en busca de la verdad, los próceres del adventismo descubrieron que el cristianismo se había apartado de “la fe que ha sido una vez dada a los santos”. Esta conclusión los llevó a la restauración del “evangelio eterno” y a la proclamación de la fe apostólica en su prístina pureza.

Cuando el Dr. J. E. Brown, presidente de la “Brown University” y de la “International Christian Fellowship”, publicó la primera edición de su obra acerca de las “sectas”, le preguntaron por qué no había incluido a los adventistas. En otra edición de esa misma obra dio la siguiente respuesta:

*En todas las doctrinas cardinales de la Biblia —la concepción milagrosa, el nacimiento virginal, la crucifixión, la resurrección, la ascensión, la divinidad de Cristo, la expiación, la segunda venida, la personalidad del Espíritu Santo y la infalibilidad de la Biblia— los adventistas del séptimo día permanecen firmes como el acero.*²⁵

Ahora, conscientes de su misión profética,²⁶ los adventistas conducen un vibrante y victorioso programa internacional, invitando a hombres y mujeres de todas las naciones a repudiar todo cuanto es falso y espurio en creencias y prácticas religiosas. Una voz con expresión de gozo, dirigiéndose a los que responden favorablemente al mensaje adventista, declara: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”.²⁷ Cuando esta obra haya sido concluida, el mundo contemplará la vuelta del Hijo del Hombre con una hoz aguda para segar la tierra.²⁸

Hace unos años tuve el privilegio de viajar durante cinco días en una lancha destinada al servicio del programa médico-misionero en el río Amazonas. Contemplando el caudaloso río, viéndolo arrastrar en su impetuosa corriente árboles gigantescos y enormes islas flotantes, no pude contener mi admiración al reflexionar sobre la potencia del motor que impulsaba a la embarcación contra el avasallador ímpetu de la corriente.

Y mientras observaba la marcha de la pequeña nave que remontaba el gigantesco río, comencé a meditar en el dinamismo de un movimiento que, en el primer siglo de nuestra era, avanzó contra la fuerza de la corriente y triunfó. En efecto, de entre las aguas turbulentas que

caracterizaban al mundo greco-romano, surgió la Iglesia Cristiana y, guiada por la Providencia, venció a la corriente de una cultura moldeada por la filosofía politeísta. Podemos percibir el gozo resultante de este triunfo sobre las corrientes de aquella época en las palabras inspiradas: "Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos".²⁹ En efecto, el cristianismo apareció trayendo una fe salvadora a una civilización decadente.

Cuando en el gran cronómetro divino sonó la hora anunciada por la profecía, emergió el movimiento adventista abriéndose paso en la corriente del tiempo. Al principio era una frágil embarcación lanzada contra el impetuoso océano de la historia. A pesar de ser agitada y sacudida por fuerzas adversas, la nave adventista, guiada por la mano divina, venció la corriente de la duda, la intolerancia y la burla, atravesó el Atlántico en dirección a Europa y, posteriormente, cruzando todos los mares, llevó a todas partes la bandera del "evangelio eterno".

G. J. Paxton, ministro anglicano, en su libro *El zarandeo del adventismo*, después de analizar algunos aspectos históricos relacionados con la teología adventista, en una mezcla de exhortación y censura, subraya el espíritu triunfalista casi siempre presente en el púlpito y en las publicaciones adventistas.³⁰

Empero, este vigoroso sentido de destino que Paxton califica como espíritu triunfalista, no se inspira en "fábulas artificiosas" sino que tiene como fundamento inamovible la "palabra profética más segura".³¹

Al interpretar los antiguos oráculos, dentro de una perspectiva historicista, descubrimos inconfundiblemente que el Dios que dirige el curso de la historia suscitó el movimiento adventista para proclamar "en el fin del tiempo" el triple mensaje angélico.³²

Y así fue como la proclamación millerita, que en su tiempo fue "dulce como la miel" pero que con el gran chasco produjo una "amarga" decepción, fue el inicio del movimiento adventista y de su extraordinaria obra profética, proclamando "otra vez" ante "muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes",³³ la gloriosa esperanza sintetizada en la promesa del Señor: "Vendré otra vez".³⁴

Referencias

¹ Isaías 46: 1, 6, 7.

² Isaías 46: 3, 4.

³ Exodo 12: 41.

⁴ S. Mateo 3: 2.

- ⁵ S. Juan 1: 23, 27.
- ⁶ S. Mateo 24: 22.
- ⁷ Daniel 12: 4, versión *Dios habla hoy*.
- ⁸ Apocalipsis 10: 1, 2.
- ⁹ D. M. Ludlum, *Social Ferment in Vermont, 1791-1850*, pág. 38, citado por L. E. Froom en *Prophetic Faith of Our Fathers*, t. 4, págs. 56, 57.
- ¹⁰ S. Mateo 24: 36.
- ¹¹ P. G. Damsteegt, *Foundations of the Seventh-day Adventist Message and Mission*, pág. 13.
- ¹² F. D. Nichol, *The Midnight Cry*, pág. 9.
- ¹³ Guillermo Miller, *Apology and Defence*, págs. 11, 12, citado por F. D. Nichol en *The Midnight Cry*, edición popular, pág. 35.
- ¹⁴ Daniel 8: 14.
- ¹⁵ Miller, *ibid.*, pág. 14, citado en Nichol, *ibid.*
- ¹⁶ Daniel 9: 25.
- ¹⁷ Carta de Snow a Southard, 2433, citada por Damsteegt en *Foundations of . . .*, págs. 90, 91.
- ¹⁸ Apocalipsis 10: 10.
- ¹⁹ G. Mervyn Maxwell, *História do Adventismo*, pág. 49.
- ²⁰ Habacuc 2: 3.
- ²¹ Hebreos 10: 35-39.
- ²² A. L. White, *Elena G. de White, mensajera de la iglesia remanente*, pág. 61 (ed. mimeografiada, 1956).
- ²³ Apocalipsis 14: 6.
- ²⁴ Apocalipsis 14: 7.
- ²⁵ J. E. Brown, *In the Cult Kingdom*, págs. 4, 5.
- ²⁶ Apocalipsis 10: 11.
- ²⁷ Apocalipsis 14: 12.
- ²⁸ Apocalipsis 14: 14-16.
- ²⁹ Hechos 2: 47.
- ³⁰ G. J. Paxton, *El zarandeo del adventismo*, pág. 157.
- ³¹ 2 S. Pedro 1: 16, 19.
- ³² Apocalipsis 14: 6-20.
- ³³ Apocalipsis 10: 10, 11.
- ³⁴ S. Juan 14: 1-3.

Lo débil para confundir lo fuerte

“Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte”.

1 Corintios 1: 27, *Biblia de Jerusalén.*

Entre las muchas obras de arte que se encuentran en el interior de una antigua iglesia en la ciudad alemana de Hamburgo, hay una imponente y expresiva estatua de mármol que representa al vidente de Patmos. Con gran imaginación y habilidad artística el escultor presenta al discípulo del amor, absorto, inclinado sobre un pergamino, con una pluma en su mano derecha con la cual parece estar escribiendo. Detrás del apóstol se destaca la suave figura de un ángel que lo observa mientras escribe las visiones que le fueron dadas.

Esta obra de arte ilustra muy apropiadamente la incansable labor literaria de la Sra. White, asesorada también, según su testimonio, por alguien que la orientaba y a quien ella llamaba: “Mi ángel asistente”, “mi guía”, o “mi instructor”.

¡Cuán notable ha sido la influencia de estos escritos, no solamente en el período formativo y formulativo del movimiento adventista, sino también en la edificación y perfeccionamiento de la iglesia a través de los años!

Sus mensajes llevaron aliento y ánimo a los perplejos y desorientados pioneros que, después del melancólico chasco de 1844, buscaban con oración un camino de luz. Sus testimonios de censura silenciaron el fanatismo que, al principio, conspiraba peligrosamente contra los triunfos de la predicación adventista. Las instrucciones y consejos que procedieron de su pluma inspirada, estimularon la adopción de un vibrante y exitoso programa de evangelización mundial. Sus escritos orientaron con seguridad la fundación de escuelas, la edificación de instituciones



Después de una memorable y augusta audiencia con Dios, Elena Harmon (posteriormente de White) se levantó para asumir la solemne obra que la Providencia le reservó.

médicas, el establecimiento de casas editoras, tendiendo a dinamizar la proclamación del triple mensaje angélico.

¿Pero, de qué forma se manifestó el don profético en el seno del adventismo? El don de profecía se manifestó en forma inequívoca y sobrenatural en una época de gran tensión y perturbación religiosas. Cumpliendo sus infinitos propósitos, Dios escogió como mensajera a Elena G. Harmon, de Portland, Maine, piadosa joven que, como miles de fieles, había sufrido la gran frustración simbolizada en la figura apocalíptica del "libro que se volvió amargo".

En uno de sus primeros escritos describe las impresiones personales y los incidentes que le impactaron en los años anteriores al llamado para actuar como mensajera de Dios:

Me convertí a la edad de once años, y cuando tuve doce fui bautizada y me uní con la iglesia Metodista. A la edad de trece años, oí a Guillermo Miller pronunciar su segunda serie de conferencias en Portland, Maine. Sentía entonces que. . . no estaba lista para ver al Señor Jesús. Así que cuando se invitó a los miembros de la iglesia y a los pecadores a que pasasen al frente para que se orase por ellos, acepté la primera oportunidad, porque sabía que era necesario que se hiciese una gran obra en mi favor a fin de que quedase preparada para el Cielo. Mi alma tenía sed de la salvación plena y gratuita, pero no sabía cómo obtenerla.¹

La motivación dominante en la vida de Elena era la preparación del corazón para el encuentro con Cristo. Débil físicamente, privada de la oportunidad de educarse, y sin perspectiva alguna de un futuro brillante a causa de una tragedia que se abatió sobre ella cuando tenía nueve años, Elena encontró, en medio del infortunio, incomparable gozo en la proclamación de la "bienaventurada esperanza".

Es cierto que el gran chasco de 1844 no la llevó al abismo de la desesperación, pero le hizo temer que la predicación millerita hubiese sido una gran equivocación, de la cual quedaban tan sólo pesares y quebrantos. Su debilitamiento físico, después de esta experiencia, se agravó intensamente. J. N. Loughborough, describiendo su estado físico, dijo:

La señorita Harmon estaba en aquel entonces en una condición de salud muy crítica. Durante varias semanas no había podido hablar más que en un susurro. Un médico la había

*declarado víctima de la tuberculosis. Diagnosticó que su pulmón derecho estaba deteriorado y el izquierdo considerablemente enfermo; y que también sufría del corazón. El médico creía que podría vivir sólo poco tiempo más, y que podría morir en cualquier momento. Estando acostada, respiraba con gran dificultad. Durante la noche, obtenía reposo solamente cuando se la ponía en una posición semi-sentada. Los frecuentes ataques de tos y hemorragias pulmonares habían reducido mucho su resistencia física.*²

Sin embargo, poco más tarde las incertidumbres que de cierto modo habían agravado su precario estado físico, se disiparon como por encanto. En la última parte de diciembre del mismo año, estando en compañía de un grupo de piadosas mujeres, en la casa de la señora Haimes, en Portland, Maine, postradas en ferviente súplica. Elena perdió la conciencia de lo que la rodeaba y fue arrebatada en visión.

En esta primera visión le fue revelado el camino del pueblo adventista desde el chasco de 1844, hasta los portales gloriosos de la ciudad de Dios. La frágil joven de 17 años recibió, junto con la visión, el imperativo de contar a los demás la luz que le había sido revelada. Así describe ella, sus preocupaciones:

*Al salir de esta visión, me sentí sumamente conturbada. . . Recurrí al Señor en oración y le rogué que pusiese la carga sobre otra persona. Me parecía que yo no podría llevarla. Estuve postrada sobre mi rostro mucho tiempo, y la única instrucción que pude recibir fue: "Comunica a otros lo que te he revelado"*³

Después de esta memorable y augusta audiencia con Dios, Elena Harmon (posteriormente de White) se levantó dispuesta a asumir la solemne responsabilidad que la Providencia le confiaba. Durante 70 años, como "torre y fortaleza", estuvo al frente de este movimiento, guiando y protegiendo al pueblo de Dios contra la confusión, la incredulidad y el fanatismo. De su pluma fecunda brotaron más de 25 millones de palabras publicadas en decenas de libros y miles de artículos. (aproximadamente 4.500) en diferentes periódicos denominacionales.

Las manifestaciones sobrenaturales que acompañaron sus visiones y el poder divino evidenciado en la presentación de sus mensajes, convencieron a los pioneros adventistas de que sus testimonios procedían de Dios.

LO DÉBIL PARA CONFUNDIR LO FUERTE

Pero ¡cuán áspero ha sido, a través de los tiempos, el camino recorrido por los enviados de Dios! “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados!”⁴ —exclamó Jesús llorando ante la ciudad impenitente que con frecuencia se levantaba contra los mensajeros de Dios. Dirigiéndose a sus verdugos, poco antes de su martirio, Esteban preguntó con asombrosa intrepidez: “¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres?”⁵

Así, no era de esperar que el don profético manifestado en la vida de la Sra. White fuera una excepción. La legitimidad de su ministerio ha sido cuestionada no solamente por los adversarios, sino también por personas que dicen estar identificadas con los ideales del adventismo.

El influyente diario *Toronto Star*, en su edición del 23 de mayo de 1981, dedicó un artículo escrito por Marilyn Dunlop, en el cual la periodista se apoya en la palabra de dos médicos (uno de ellos adventista) para afirmar que las visiones de la Sra. White eran alucinaciones resultantes de crisis epilépticas periódicas, como consecuencia de una pedrada que la hirió en la nariz y le afectó el cerebro cuando tenía nueve años.

Los doctores Delbert Hodder y Gregory Holmes, de Connecticut, presentaron esta conclusión en el encuentro patrocinado por la Academia Americana de Neurología. Declararon que una lesión del lóbulo temporal izquierdo del cerebro puede causar un tipo de epilepsia, que transforma la personalidad de la persona afectada, volviéndola mística y moralista.

En el artículo mencionado, la periodista reprodujo las siguientes palabras atribuidas al Dr. Hodder, que en el congreso se identificó como adventista:

Los médicos que vivían en los días de Elena G. de White no lograron reconocer en ella los síntomas epilépticos resultantes del accidente ya mencionado. Sin embargo, en los últimos cinco años, los especialistas consiguieron documentar algunas transformaciones ocurridas en la personalidad de individuos afectados por los efectos epilépticos que resultaron de un traumatismo cerebral.⁶

Hodder y Holmes no fueron los primeros que intentaron desacreditar la obra profética de Elena G. de White, utilizando argumentos engañosos, pretendidamente científicos. Antes de ellos, los doctores W. J. Fairfield, William Russell y J. H. Kellogg (médicos contemporáneos de Elena G. de White), atribuyeron las visiones recibidas por la mensajera de Dios a

algún tipo de desorden neurológico, responsable por manifestaciones ocasionales de histeria, ataques epilépticos o esquizofrenia.

En su libro *Ellen G. White and Her Critics* (Elena G. de White y sus críticos), F. D. Nichol, con argumentos irrefutables presenta la ausencia de evidencias científicas en las declaraciones suscritas por estos tres facultativos.⁷ Las conclusiones de Fairfield se basaban en firmes prejuicios personales y no en comprobaciones científicas, pues no tuvo la oportunidad de examinarla cuando estaba en visión. Russell tampoco vio jamás los fenómenos físicos que acompañaban las visiones dadas a la Sra. White, ni tuvo la oportunidad de examinarla como paciente. Posteriormente, en una carta de retractación dirigida al matrimonio White, y publicada en las páginas de la *Review and Herald* en su edición del 25 de abril de 1871, expresó su profundo arrepentimiento por haberlos hostigado en forma tan acerba e injusta:

*Si hubiera aceptado su reprensión y consejo — escribe el Dr. Russell — me habría evitado mucha tristeza y grandes pérdidas. El espacio no me permite entrar en detalles, sin embargo espero deshacer en el futuro, hasta donde sea posible, los errores que cometí.*⁸

El Dr. Kellogg, conocido internacionalmente como talentoso médico y brillante hombre de ciencia, expresó reiteradas veces con la pluma y la voz, su inquebrantable confianza en las visiones de la Sra. White como procedentes de Dios. Empero, cuando ella le advirtió contra los sutiles peligros existentes en sus enseñanzas panteístas y lo exhortó a abandonar algunas de sus ideas extravagantes en relación con las dimensiones adecuadas para la operación de un hospital, rechazó los mensajes que se le dirigían y, posteriormente, animado por un espíritu de oposición, unió su voz al coro irreverente formado por individuos dispuestos a neutralizar a cualquier precio la influencia de sus ministerio profético.

Este mismo espíritu se ha manifestado con significativa frecuencia a lo largo de la historia de la iglesia.

Cuando el profeta Jeremías, cumpliendo la obra que le fue encomendada, mandó leer en el palacio el mensaje que Dios le ordenó transmitir, el rey Joaquim, irritado, tomó el manuscrito, lo cortó en pedazos y lo echó en el fuego, transformándolo en cenizas.⁹

Así como en el pasado, también en nuestros días se levantan individuos que, no pudiendo destruir este precioso acervo literario — los

escritos de la inspiración— se esfuerzan inútilmente por destruir la autoridad profética de la Sra. White, atribuyendo los frutos de su ministerio a los efectos de un traumatismo encefálico.

Pero, a pesar de la obstinada oposición promovida por intransigentes adversarios, ella se condujo siempre con inquebrantable firmeza y admirable serenidad. Con espíritu de renuncia e inamovible fe en Dios, afrontó la pobreza y el sufrimiento:

Acabamos de instalarnos en Rochester. Hemos alquilado una casa vieja por ciento setenta y cinco dólares al año. Tenemos la prensa en casa, pues de no ser así hubiéramos tenido que pagar cincuenta dólares al año por un local para oficina. . . Hemos comprado dos camas viejas por veinticinco centavos cada una. Mi esposo me trajo seis sillas viejas, en las que no había dos iguales, que le costaron un dólar, y después me regaló otras cuatro, también viejas, y sin asiento, por las que había pagado sesenta y dos centavos. Pero la armazón era fuerte y con un pedazo de dril remedié la falta de asiento. La mantequilla está tan cara que no podemos comprarla, ni tampoco las papas. Usamos salsa en vez de mantequilla y nabos en lugar de papas. Tomamos nuestras primeras comidas en un bastidor de chimenea colocado sobre dos barriles vacíos de harina. Nada nos importan las privaciones con tal que adelante la obra de Dios. Creemos que la mano del Señor nos guió en llegar a esta población. Hay un amplio campo de labor, pero pocos obreros. El sábado pasado tuvimos una excelente reunión. El Señor nos refrigeró con su presencia.¹⁰

Con ternura y evidente sensibilidad compartió las aflicciones y angustias vividas por los demás. Le escribió así a la viuda del presidente de los Estados Unidos, Sra. Mckinley, cuando lloraba la muerte de su esposo, víctima de un atentado político:

Simpatizamos con Ud. en su aflicción y su viudez. He pasado por las mismas circunstancias que ahora la afligen, y sé lo que significan. ¡Cuánta tristeza hay en el mundo! ¡Cuánto dolor! ¡Cuántas lágrimas!. . .

Nuestros seres queridos mueren. Sus cuentas con Dios quedan selladas. Pero en tanto que consideramos una cosa seria y solemne morir, debemos considerar algo mucho más solemne el vivir. . . Debemos hallar nuestro consuelo en Jesucristo. ¡Precio-

so Salvador! Siempre se conmovió debido a nuestras calamidades. . . Aférrase a la Fuente de su fortaleza.¹¹

Jamás se mostró afligida por la duda o la incertidumbre. Su último mensaje enviado a la iglesia, trasuntaba una confianza incondicional en el triunfo de la obra de fe que se inició en 1844.

Al recapacitar en nuestra historia pasada, habiendo recorrido cada paso de su progreso hasta nuestra situación actual, puedo decir: ¡Alabemos a Dios! Mientras contemplo lo que el Señor ha hecho, me siento llena de asombro y confianza en Cristo como nuestro caudillo. No tenemos nada que temer en lo futuro, excepto que olvidemos la manera en que el Señor nos ha conducido y sus enseñanzas en nuestra historia pasada.¹²

¿Habrán sido generados estos preciosos escritos en una mente afectada por periódicos espasmos de histeria? ¿Habrán tenido los doctores Hoddes y Holmes, credenciales suficientes para cuestionar ante la Academia Americana de Neurología la salud mental de la Sra. White? Especialistas como eran en pediatría, penetraron imprudentemente en un área diferente —la neurología— y acabaron presentando un diagnóstico carente de seriedad científica.

Refutando las conclusiones defendidas por los dos pediatras, el Dr. Gery Hunt, respetado profesor de neurología de la Universidad de Loma Linda, California, declaró que:

1. Los ataques epilépticos generalmente comienzan pocos meses después de un traumatismo encefálico. En el caso de la Sra. White, las visiones se iniciaron ocho años más tarde.

2. Los ataques epilépticos ocurren en forma ocasional, y no con una frecuencia tal como para acompañar sus dos mil visiones.¹³

Vemos los frutos preciosos de estas dos mil visiones en la vida de miles de personas llevadas a Cristo por la influencia inspiradora de sus escritos. No obstante, al afirmar nuestra creencia en las visiones de la Sra. White, y en la genuinidad de sus escritos, no pretendemos que éstos sean una segunda Biblia, reduciendo de este modo la supremacía del Libro de Dios. “La Biblia sola”, he ahí la única e insustituible regla de fe y doctrina.

La Sra. White jamás pretendió que sus escritos fuesen otra Biblia, ni siquiera una adición al canon sagrado de las Escrituras. En su primer libro, publicado en 1851, escribió:

Recomiendo al amable lector la Palabra de Dios como regla de fe y práctica. Por esa Palabra hemos de ser juzgados. En ella Dios ha prometido dar visiones en los "posteriores días", no para tener una nueva norma de fe, sino para consolar a su pueblo, y para corregir a los que se apartan de la verdad bíblica.¹⁴

Los próceres del adventismo jamás cuestionaron la suficiencia de las Escrituras pero, en las visiones dadas a la Sra. White, vieron confirmadas las conclusiones a que habían llegado, mediante fervorosa oración, con respecto a la segunda venida de Cristo, a la vigencia del Decálogo, a la santidad del sábado, al ministerio de Cristo en el Santuario celestial, a la inmortalidad condicional, y a la justificación por la fe.

En 1848 la Sra. White le dijo a su esposo que debía imprimir un periódico, que sería pequeño al comienzo, pero que desde ese comienzo irradiaría torrentes de luz que circundarían la tierra. Posteriormente orientó la fundación de casas editoras y la producción de publicaciones conteniendo el mensaje de Dios para el pecador perdido en las encrucijadas de la vida. Hoy contamos con una cadena internacional de editoras, que imprimen centenas de periódicos y millones de libros en más de dos centenas de lenguas y dialectos.

Ya en 1856 los adventistas habían comenzado a expresar sus preocupaciones por la educación de sus hijos. Fue, sin embargo, en 1872 cuando la Sra. White recibió la primera visión sobre la naturaleza de la verdadera educación. En un artículo de treinta páginas, relató la luz que le había sido dada sobre este asunto. Preocupada con la responsabilidad de dar a los niños y a los jóvenes adventistas una educación integral, escribió posteriormente centenares de páginas, destacando siempre la importancia del "desarrollo armonioso de las facultades físicas, mentales y espirituales"¹⁵ del educando. Sus revolucionarios ideales están compendiados especialmente en tres libros —*La educación, Consejos para los maestros, padres y alumnos* y *Fundamentos de la educación cristiana*, reconocidos por los especialistas como auténticos clásicos en la ciencia de la educación.

Hace algunos años, la Dra. Florence Stratemeyer, profesora de la Universidad de Columbia, en los Estados Unidos, sorprendida al saber que el libro *La educación* fue escrito por alguien que apenas tenía tres años de estudios formales, declaró:

Recientemente dediqué mi atención al libro La educación, escrito por E. G. de White. Este volumen, publicado a comienzos

de este siglo, está adelantado a su tiempo en más de cincuenta años. . .

La amplitud y la profundidad de su filosofía me asombraron. Sus conceptos de una educación equilibrada, del armonioso desarrollo, y del pensar y hacer, son avanzados conceptos de educación.

No me sorprende que los miembros de la Iglesia Adventista del Séptimo Día tengan los escritos de la Sra. White en tan grande estima y ocupen una posición central en el desarrollo del programa educacional en sus escuelas.¹⁶

Efectivamente, los principios vertidos en este libro y en otros escritos de la Sra. White, inspiraron el establecimiento de un sistema de escuelas integrado por más de 5.000 unidades (primarias, secundarias y superiores), donde 28.000 profesores se unen cada día en el esfuerzo de moldear la mente de 607.000 estudiantes, preparándolos "para el gozo de servir en este mundo, y para un gozo superior proporcionado por un servicio más amplio en el mundo venidero".¹⁷

En un tiempo de gran oscurantismo, cuando los conocimientos en los campos de la fisiología, la nutrición y la higiene eran extremadamente primitivos, la Sra. White recibió instrucciones claras sobre las reglas de un vivir saludable. Bajo su inspiración y orientados por sus escritos, surgieron por todas partes hospitales, clínicas, clínicas rodantes y lanchas médicas. Hoy operamos un complejo internacional integrado por 166 hospitales, 224 clínicas y dispensarios y 45 lanchas y aviones, todos al servicio del evangelio de la salud.

El fallecido Dr. Clive McCay, respetado profesor de nutrición de la Universidad Cornell, en Ithaca, Nueva York, comentando la contribución de la Sra. White en el campo de la ciencia de la nutrición, declaró:

Cuando uno lee las obras de la Sra. White tales como El ministerio de curación o Consejos sobre el régimen alimenticio, queda impresionado por la exactitud de sus enseñanzas a la luz de la ciencia de la nutrición moderna. Uno tan sólo puede especular de cuánta mejor salud tendría un individuo promedio, aunque no supiera nada acerca de la ciencia moderna, si pusiera en práctica las enseñanzas de la Sra. de White.¹⁸

¿Cómo podemos explicar el acierto de sus afirmaciones científicas, conociendo sus limitaciones académicas? El argumento de que sus escritos son el producto de una mente lesionada por una pedrada, no

honra la inteligencia de aquellos que lo formularon. Para nosotros, sus abundantes escritos, consejos, predicciones y dirección muestran en forma incuestionable que Dios la guió y la inspiró tan verdaderamente como a Moisés, tan seguramente como a Samuel, tan ciertamente como a Daniel y tan completamente como a Juan el Bautista, el apóstol precursor.

Más que cualquier otra, fue ella una voz que comunicó confianza y coraje a aquellas almas afligidas por la pobreza, que integraron la "manada pequeña" en los comienzos de este movimiento. Fue su voz la que siempre animó a los fieles adventistas a un estudio más diligente de la Biblia, a un vivir más santo, reprendiéndolos y animándolos cuando tropezaban en su experiencia cristiana. Fue su voz la que se podía oír siempre por sobre las voces de los demás líderes, estimulando el programa de penetración y conquista en las misiones mundiales. Fue su voz, muchas veces solitaria, la que pedía con insistencia y vigor el establecimiento de más escuelas, instituciones médicas y casas publicadoras, con el propósito de acelerar la proclamación de Cristo y de su poder redentor.

La promesa: "Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos",¹⁹ es para nosotros hoy. Gracias a la manifestación del don de profecía revelado en la vida de la Sra. White, podemos repetir con el salmista: "Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra".²⁰

Referencias

- ¹ Elena G. de White, *Primeros escritos*, pág. 11.
- ² J. N. Loughborough, *The Great Second Adventist Movement*, pág. 202.
- ³ White, *ibid*, pág. 20.
- ⁴ S. Mateo 23: 37.
- ⁵ Hechos 7: 52.
- ⁶ *Toronto Star*, 23 de mayo de 1981.
- ⁷ F. D. Nichol, *Ellen G. White and Her Critics*, págs. 70-86.
- ⁸ *Ibid.*, pág. 79.
- ⁹ Jeremías 36: 23.
- ¹⁰ Elena G. de White, *Notas biográficas de Elena G. de White*, págs. 156, 157.
- ¹¹ White, *Mensajes selectos*, t. 2, págs. 301, 302.
- ¹² White, *Joyas de los testimonios*, t. 3, pág. 443.
- ¹³ Rodney Clapp, *Christianity Today*, 25 de marzo de 1982, pág. 56.
- ¹⁴ White, *Primeros escritos*, pág. 78.
- ¹⁵ White, *La educación*, pág. 13.
- ¹⁶ *Review and Herald*, 6 de agosto de 1959, pág. 13.
- ¹⁷ White, *La educación*, pág. 13.
- ¹⁸ *Review and Herald*, 2 de diciembre de 1959.
- ¹⁹ Salmos 32: 8.
- ²⁰ Salmos 139: 9, 10.



Después de la amarga noche del 22 de octubre de 1844, la mente de Hiram Edson fue iluminada con la convicción de que el santuario que sería purificado al fin de los 2.300 años era el Santuario celestial.

Nacerá tu luz como el alba

“Entonces nacerá tu luz como el alba. . . y la gloria de Jehová será tu retaguardia”. Isaías 58: 8.

Era una fría mañana de invierno. Hans, un joven soldado alemán, avanzaba con su división en dirección a Moscú. Durante la larga marcha a través de caminos cubiertos de nieve, sus pensamientos se concentraron en su hogar, su iglesia y sus hermanos en la esperanza. El grato recuerdo del espíritu fraternal que caracterizaba a la congregación de la cual era miembro, llenó el corazón del joven soldado con un sentimiento de profunda nostalgia. Hans alimentaba la esperanza de encontrar en Rusia —territorio enemigo— un hermano en el camino adventista, con quien pudiera compartir el gozo de una fe común. Este deseo, empero, parecía demasiado remoto. Entre los varios obstáculos que atentaban contra las aspiraciones del soldado, estaba la barrera del idioma.

Cierto día, sin embargo, al entrar en un pueblito descubrió que los habitantes se preparaban para abandonarlo. Era evidente que en aquella área se trazarían encarnizados combates. Hans fue encargado por su superior de inspeccionar las casas abandonadas. En una de ellas encontró a un anciano encorvado por los años, reuniendo las últimas pertenencias que lo acompañarían en el éxodo a un lugar más seguro. Lo último que colocó cuidadosamente en una bolsa de cuero fue un viejo libro. Hans no resistió el deseo de conocer qué clase de libro incluía el viejo campesino en su equipaje.

Al descubrir que era un ejemplar de las Escrituras, el soldado señaló con el índice y con gestos amistosos se esforzó por transmitir su profundo aprecio por el sagrado libro. El anciano agricultor pareció entender y ofreció al soldado la oportunidad de hojear el libro que tanto amaba.

¿Podría ser que aquel encanecido labrador fuese adventista? ¿Cómo podría el soldado descubrir la filiación religiosa de aquel hombre? La barrera del idioma parecía infranqueable. En eso, una idea asaltó la mente del joven militar. Abrió la Biblia en el libro del Apocalipsis, capítulo 14, versículos 6 al 12, y encontró que ese texto estaba subrayado con tinta roja. Hans señaló con el índice el texto y sonrió. El anciano entendió. Buscó después el texto de Mateo 24: 14, versículo familiar para los adventistas. Esa porción también estaba subrayada. El anciano, aprovechando la oportunidad, señaló el texto y asintió con la cabeza.

Dominado por una creciente excitación, Hans abrió la Biblia en el libro del Exodo, y encontró que el versículo 8 del capítulo 20 también estaba subrayado. Finalmente, Hans buscó el texto de Daniel 8: 14, y el campesino en una demostración de gozo trató de expresar su identificación con el texto a través del silencioso lenguaje de los gestos.

Las dudas se disiparon. Hans, el soldado alemán, cerró reverentemente aquella Biblia, extendió los brazos y su gesto fue correspondido fraternalmente por el labrador ruso; en su abrazo afectuoso expresaron el júbilo resultante de una identificación común con los ideales de la fe adventista. Se arrodillaron en el interior de la humilde habitación. Hans oró en alemán y el agricultor ruso en su idioma; después de un emocionante apretón de manos, se separaron para enfrentar las vicisitudes e incertidumbres dictadas por la guerra.

Uno de los textos subrayados en la Biblia del campesino ruso fue el que inspiró a una pléyade extraordinaria de predicadores a unirse al movimiento millerita en la proclamación del regreso de Cristo. Las palabras del profeta Daniel: "Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado", tenían para ellos un profundo sentido de urgencia. Al fin de este período anunciado por la profecía —así lo interpretaron ellos—, Jesús se manifestaría con poder y fulgurante gloria. Los estudios exegéticos que los llevaron a esta conclusión parecían inequívocos. Pero, tal como vimos en el capítulo anterior, en lugar de la gloriosa aparición de Cristo (epifanía), sufrieron una amarga desilusión. Con todo, muchos estaban convencidos de que la Palabra de Dios no podía fallar. Se imponía descubrir dónde se habían equivocado.

Después de la frustradora experiencia de 1844, el millerismo, perturbado por la confusión y el oprobio, se fragmentó en forma definitiva. Algunos abandonaron completamente la esperanza adventista. Otros, incluyendo a Guillermo Miller, llegaron a la conclusión de que existía alguna equivocación en los cálculos relacionados con los 2.300

días; éstos continuaron afirmando que la venida de Cristo habría de ocurrir en cualquier momento. Un tercer grupo, reafirmando sus convicciones en la corrección de los cálculos y en su interpretación, afirmaba que Cristo había regresado el 22 de octubre —no literalmente, tal como habían predicado, sino espiritualmente—, comenzando entonces el período de los mil años anunciado en la profecía. Un cuarto grupo, en medio de las perplejidades vividas, con espíritu de fervorosa investigación de las Escrituras, vio romper la luz de la verdad cual radiante esplendor de un alegre amanecer, inaugurando un nuevo día pleno de esperanzas.

Sí, después de la amarga noche del 22 de octubre, la mente de Hiram Edson fue iluminada con la convicción de que el santuario que sería purificado al fin de los 2.300 años era el Santuario celestial. Sin vacilaciones llevó esta luz a otros, suscitando en el corazón de muchos el ardiente deseo de una mejor comprensión de las profecías y su significado*.

En su casa se celebró una reunión memorable, con el propósito de estudiar con mayor diligencia este gran tema profético. Jaime White no pudo estar presente. José Bates y otros piadosos remanentes del naufragio millerita, después de una minuciosa investigación de las Escrituras concluyeron, sin sombra de duda, que el santuario mencionado en Daniel 8: 14, estaba en el cielo. Comparando los libros de Exodo y Levítico en el Antiguo Testamento, con la epístola a los Hebreos en el Nuevo Testamento, entendieron que después de la resurrección, al retornar Jesús a la diestra del Padre como Sumo Sacerdote, había ministrado en el primer compartimento y que al fin de los 2.300 años, en 1844, entraba en el Santísimo para realizar la obra de la purificación.

Con la luz de la inspiración, Elena G. de White endosó más tarde estas conclusiones, diciendo:

Así que los que andaban en la luz de la palabra profética vieron que en lugar de venir a la tierra al fin de los 2.300 días, en 1844, Cristo entró en el Lugar Santísimo del Santuario celestial para cumplir la obra final de la expiación preparatoria para su venida.¹

El asunto del santuario fue la clave que aclaró el misterio del desengaño de 1844. Reveló todo un sistema de verdades, que formaban un conjunto armonioso y demostraban que la mano de Dios había dirigido el gran movimiento adventista, y al poner de manifiesto la situación y la obra de su pueblo le indicaba cuál era su deber de allí en adelante.²

La comprensión de esta importante verdad bíblica renovó la fe y fortaleció la confianza de quienes, después de la experiencia del 22 de octubre de 1844, se unieron en la vibrante proclamación del triple mensaje angélico. Además de la doctrina del santuario, había otras preciosas verdades que Dios, en sus insondables designios, habría de revelar a aquel grupo de fieles investigadores de la verdad. Al vislumbrar la obra solemne realizada por Cristo en el Santuario celestial, fueron llevados a reflexionar sobre el significado de la Ley de Dios, norma por la cual seremos examinados en el tribunal divino. De rodillas, pidieron una revelación más clara sobre este asunto, y la luz que ansiosamente buscaban les fue comunicada en forma tangible e inequívoca.

En 1844, la Sra. Raquel de Oakes decidió mudarse a Washington, en el Estado de New Hampshire, para vivir con su hija que era profesora en aquella localidad. Como miembro de la Iglesia Bautista del Séptimo Día, la Sra. Oakes no ocultaba sus firmes convicciones sobre la importancia del cuarto mandamiento. Allí se convirtió al adventismo cuando entró en contacto con la comunidad adventista, pero a su vez persuadió, con argumentos convincentes, a la mayoría de los miembros de aquella pequeña iglesia a observar el sábado como día de reposo.

Probablemente en la primavera de aquel mismo año Federico Wheeler, un ministro metodista itinerante, comenzó a guardar el sábado como día del Señor. Tomó esa decisión como resultado de un diálogo mantenido con la Sra. Oakes, en la puerta de la Iglesia de Washington, New Hampshire. Al ministrar la Cena del Señor a aquel pequeño grupo de adventistas, Wheeler destacó la importancia de la obediencia a Dios. Terminado el culto, la Sra. Oakes se dirigió respetuosamente al ministro visitante y destacó que la verdadera obediencia al Señor implicaba la observancia de todos los mandamientos, incluyendo el precepto que ordena la santificación del sábado. Este breve comentario repercutió en forma fructífera en el corazón de Wheeler, llevándolo a aceptar el deber de observar el sábado en consonancia con el mandamiento.

Posteriormente otros ministros se identificaron con Wheeler en la proclamación del sábado como recordativo perpetuo de la creación. No obstante, en esa época T. M. Preble fue el primero que se valió de los recursos de la imprenta para divulgar la luz relacionada con el tema. Sus convicciones sobre la santidad del sábado fueron publicadas en las columnas del periódico *Hope of Israel* (Esperanza de Israel), en su edición del 28 de febrero de 1845.

La lectura de dicho artículo indujo a José Bates a aceptar el mensaje del sábado, llegando a ser uno de sus más ardientes defensores. Cuando regresaba a su casa, deslumbrado con la "nueva luz" se encontró con el Sr. Hall.

—¿Cómo le va, hermano Bates? ¿Qué hay de nuevo? —preguntó el Sr. Hall de manera informal.

—¡El séptimo día es el sábado! —respondió Bates, manifestando la radiante euforia fruto de su feliz descubrimiento.

Después de este memorable encuentro, Hall y su esposa, al estudiar diligentemente las Escrituras, aceptaron también la verdad del sábado.

Bates fue el poderoso instrumento usado por Dios como respuesta a la oración de aquel grupo de sinceros escudriñadores de la Palabra. Jaime y Elena de White, Hiram Edson y muchos otros fueron también persuadidos a aceptar el cuarto mandamiento, monumento conmemorativo eclipsado por tantos siglos y profanado como una institución común.

En las siguientes palabras, la Sra. White describe la visión que Dios le concedió, siete meses después de su decisión de observar el sábado:

Pero el Señor me dio una visión del santuario celestial. El templo de Dios estaba abierto en el cielo, y se me mostró el arca de Dios cubierta con el propiciatorio. . .

Jesús levantó la cubierta del arca y vi las tablas de piedra en que estaban escritos los diez mandamientos. Me asombré al ver el cuarto mandamiento en el mismo centro de los diez preceptos, con una aureola luminosa que lo circundaba. El ángel dijo: "Este es, entre los Diez Mandamientos, el único que define al Dios vivo, que creó los cielos y la tierra y todas las cosas que en ellos hay".³

Los adventistas percibieron entonces la importancia de la institución del sábado. Comprendieron que no se trataba meramente de un día, sino de un monumento conmemorativo; no era meramente un precepto, sino una bandera milenaria que simbolizaba la lealtad que debemos al Creador y Sustentador del universo.

Después de la restauración de esta importante verdad —la observancia del cuarto mandamiento— los pioneros adventistas percibieron que carecían de una comprensión clara en lo que tocaba a los límites del santo sábado. La ausencia de unidad en la definición de los bordes demarcatorios del tiempo —cuándo se inicia y cuándo termina el día del Señor—, conspiraba contra la uniformidad de procedimientos. Algunos observaban

el sábado desde la medianoche hasta la medianoche. Otros establecían la hora 18 como límite para la observancia del cuarto mandamiento. Algunos, en el estado de Maine, del texto de Mateo 28: 1 dedujeron que el sábado comenzaba y terminaba con el "amanecer" del día.

José Bates, conocido por todos como el vehículo usado por la Providencia para introducir entre el "remanente" de los adventistas la doctrina del sábado, defendía con elocuencia y vigor la teoría "de la hora 18 hasta la hora 18".⁴ El pastor White escribió sobre este asunto: "Dios suscitó al hermano Bates para darnos esta verdad (el sábado). Debemos confiar más en su opinión que en la de otras personas".⁵

Y así, durante aproximadamente diez años, la mayoría de los adventistas celebraron el día del Señor desde la hora 18 del viernes hasta la hora 18 del sábado. Sin embargo, más tarde Jaime White declaró: "Jamás nos sentimos plenamente satisfechos con los argumentos presentados en favor de la hora 18. . . Este asunto nos ha perturbado, pero aún no hemos encontrado tiempo para investigarlo más profundamente".⁶

Los nuevos adventistas, procedentes de la Iglesia Bautista del Séptimo Día, fieles y celosos observadores del sábado desde la puesta del sol hasta la puesta del sol, cuestionaban con frecuencia la validez bíblica del principio defendido por Bates, conocido como "desde la hora 18 hasta la hora 18". Era imperativo encontrar una clara definición con sólido sustento bíblico, a fin de producir en la iglesia la indispensable unidad en la manera de observar el mandamiento.

La Sra. White, en visión, oyó la voz del ángel que repetía el texto inspirado: "De tarde a tarde guardaréis vuestro reposo".⁷ Esta visión fue suficiente para indicar la falacia de la teoría del comienzo del sábado al "amanecer". No obstante, muchos continuaron interpretando la palabra "tardes" como sinónimo de la "hora 18".

Poco después, Jaime White solicitó a J. N. Andrews que hiciera un estudio más exhaustivo sobre el asunto. Las conclusiones a las cuales llegó fueron leídas un sábado de mañana en el congreso celebrado en noviembre de 1855. Andrews, basándose en nueve textos del Antiguo Testamento y dos del Nuevo Testamento, terminó afirmando que la palabra "tarde" en estos textos significaba "puesta del sol".⁸

Las conclusiones allí presentadas por Andrews convencieron a la mayoría de los presentes. No obstante, el matrimonio White, José Bates y otros se mostraron renuentes a aceptar la nueva luz.

Después del congreso, los pastores y varios hermanos permanecieron reunidos durante un período especial de oración, rogando al Señor por la

prosperidad de su iglesia. Mientras oraban, la Sra. White fue arrebatada en visión y le fue dada luz relacionada con los límites del sábado (desde la puesta del sol hasta la puesta del sol), y todas las dudas relacionadas con este asunto se disiparon. Los textos bíblicos fueron plenamente entendidos y la unidad de la iglesia, en lo tocante a este asunto, fue consolidada.

En la actualidad, como parte de nuestras creencias fundamentales, en el artículo 19, leemos los siguientes párrafos:

En tanto que el recorrido del sol a través de los cielos demarca los días de la semana y designa cada séptimo, como sábado, el día de reposo y adoración establecido por Dios, así la puesta del sol señala los límites del mismo: "De tarde a tarde guardaréis vuestro reposo" (Lev. 23: 32; véase también Mar. 1: 32).

En la creación Dios apartó el sábado y lo bendijo (Gén. 2: 1-3). Ahora El nos aparta como su pueblo y nos bendice (1 Ped. 2: 9, 10). Semana tras semana, a medida que observamos el sábado, estamos seguros de que este día santo es señal entre El y nosotros, para que podamos saber que "yo soy Jehová que os santifico" (Exo. 31: 13).⁹

Cuando Hans, el joven soldado alemán, al hojear la Biblia del anciano agricultor ruso descubrió que, entre otros preciosos versículos, también estaba subrayado el cuarto mandamiento, concluyó acertadamente que estaba ante un hermano en la fe adventista.

A medida que los adventistas aceptaron la luz que procedía de Dios —el Santuario, el sábado y otras verdades adicionales—, percibieron más y más que, después de la oscura noche del chasco, una mano invisible y poderosa los guiaba en el cumplimiento de "sus eternos propósitos". Se cumplían las palabras del profeta: "Entonces nacerá tu luz como el alba".¹⁰ Verdaderamente, los próceres del adventismo vieron en las palabras de David una consoladora promesa: "Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos".¹¹

Dos pilares inamovibles

Cierta vez un insano entró en un templo y se paró firmemente entre dos columnas. Rodeándolas con los brazos, gritó histérico: "Derribaré estas columnas, destruiré este edificio y los mataré como hizo Sansón con



A medida que los pioneros adventistas investigaban las Escrituras, se convencían de que Dios los guiaba en el cumplimiento de sus eternos propósitos.

los filisteos". Al observar un indicio de pánico, el ministro exclamó: "Dejemos que intente destruirlas". El pobre demente lo intentó, pero enseguida se dio cuenta de que sus esfuerzos eran inútiles y el pánico, que parecía inminente, cesó.

A lo largo de nuestra historia denominacional surgieron individuos que, en su afán por demoler el edificio de la fe adventista, intentaron remover estas dos columnas: la doctrina del santuario y la santidad del sábado. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, "estos pilares de verdad permanecen tan incólumes como las montañas eternas, sin ser conmovidos por todos los esfuerzos de los hombres combinados con los de Satanás y su hueste".¹²

En nuestros días observamos el esfuerzo iconoclasta emprendido por dos hombres —Desmond Ford y Robert D. Brinsmead**—, que trataron de convencer a la iglesia de que la doctrina del santuario, tal como la interpretamos, carece de fundamento bíblico, y que la observancia del sábado como día de reposo constituye la demostración inequívoca de un mero legalismo religioso.

Muy apropiadas son las palabras de la inspiración:

*La iglesia está ahora comprometida en una guerra que aumentará en intensidad. . . Ningún pilar de nuestra fe debe ser eliminado. Ni una línea de la verdad revelada debe ser sustituida por teorías nuevas y fantásticas.*¹³

Las verdades reveladas por el Espíritu Santo después del gran chasco deben continuar como fundamento firme de la "fe que una vez fue dada a los santos".

* Véase la biografía de Hiram Edson en el capítulo "Todos éstos murieron en la fe".

** Véase el capítulo "Las puertas del infierno no prevalecerán".

Referencias

¹ Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, págs. 474, 475

² *Ibid.*, pág. 476.

³ White, *Notas biográficas de Elena G. de White*, págs. 103, 104.

⁴ *Review and Herald*, 21 de abril de 1851, pág. 71.

⁵ J. S. White, Carta, 2 de julio de 1848, *Record Book. I*, págs. 116, 117.

⁶ *Review and Herald*, 4 de diciembre de 1855, pág. 78.

⁷ Levítico 23: 32.

⁸ *Review and Herald*, 4 de diciembre de 1855, págs. 76-78.

⁹ *Revista Adventista*, "Creo en . . .", suplemento especial de 1982, pág. 22.

¹⁰ Isaías 58: 8.

¹¹ Salmos 32: 8.

¹² Elena G. de White, *El evangelismo*, pág. 166.

¹³ White, *Medical Ministry*, pág. 96.



En esta casa se celebró, en 1863, el congreso durante el cual se organizó la Asociación General y se eligió a su primer presidente.



El congreso de la Asociación General celebrado en el Tabernáculo de Battle Creek, en 1901, inauguró un activo y fructífero período de reconstrucción y prosperidad denominacional.

Decentemente y con orden

“Pero hágase todo decentemente y con orden”.

I Corintios 14: 40.

La década que siguió a la decepción profética de 1844 fue un período turbulento, de perplejidad y angustia para el remanente adventista. La prueba de su fe y paciencia había sido terrible. Miles, no pudiendo soportar más el vituperio y las acusaciones de un mundo irreverente y escarnecedor, renunciaron a la “bienaventurada esperanza”.

Sin embargo, no todo era desalentador. A pesar del colapso del movimiento millerita, hubo hombres y mujeres de fe que perseveraron en la esperanza, reconociendo honestamente la equivocación en que habían incurrido al interpretar las “2.300 tardes y mañanas”. José Marsh, en su editorial en la revista *Voice of Truth* (Voz de la Verdad), expresó:

Esperábamos que El viniera en esta fecha; y ahora, aunque tristes por nuestra esperanza frustrada, nos alegramos por haber actuado de acuerdo con nuestra fe. . . Dios nos ha bendecido abundantemente, y no dudamos de que en breve todo resultará para el bien de su pueblo y para su gloria.¹

Estos hombres y mujeres que formaban la “manada pequeña”, por haberse identificado con los ideales de la esperanza adventista, fueron eliminados en forma sumaria de las iglesias a las que pertenecían. No tuvieron oportunidad de defenderse, y las enseñanzas bíblicas que ellos proclamaban no fueron consideradas en el proceso de eliminación. Este procedimiento, evidentemente arbitrario por parte de las iglesias establecidas, determinó entre los nuevos adventistas un fuerte sentimiento contra

toda especie de organización eclesiástica. Jorge Storrs escribió antes del chasco, y sus palabras tuvieron gran resonancia después de 1844:

Guárdense del peligro de organizar otra iglesia. Ninguna iglesia puede ser organizada por invención humana sin que se transforme en Babilonia en el momento cuando sea organizada. El Señor organizó su iglesia por el fuerte vínculo del amor. . . Y cuando estos vínculos no pudieren ya mantener unidos a los que profesan seguir a Cristo, estos dejan de ser sus discípulos.²

El pensamiento de que la organización de la iglesia sería una forma de despotismo prevaleció entre los nuevos adventistas durante los años del período formativo. Se carecía, como consecuencia, de un registro regular de iglesias y de una lista organizada de miembros. Todos cuantos recibían el santo bautismo tenían sus nombres registrados en el libro de la vida del Cordero. “¿Qué necesidad había de otros registros?”, preguntaban los intransigentes opositores de una eventual organización. La elección de los dirigentes de iglesia era una práctica desconocida. Los pastores recibían directamente de los miembros de iglesia los recursos para su sostén, pues no se tenía un sistema contable que controlara y disciplinase las entradas y salidas denominacionales. Era evidente la inconveniencia de este procedimiento, ya que algunos predicadores recibían recursos financieros razonables mientras que otros luchaban estoicamente para vivir con los limitados recursos que recibían.

El prejuicio de muchos pioneros contra cualquier forma de organización eclesiástica era responsable por esta anarquía que tanto conspiraba contra los triunfos de la predicación. La necesidad de un ordenamiento era imperiosa e impostergable.

En abril de 1858 se organizó, bajo la dirección del pastor John N. Andrews, un pequeño grupo para estudiar a la luz de las Escrituras el sostenimiento del ministerio evangélico. Después de minuciosos estudios, el grupo recomendó la adopción de la “benevolencia sistemática sobre el principio del diezmo”. El plan fue aprobado después de algunos debates en un congreso de los observadores del sábado, celebrado en los días comprendidos entre el 3 y el 6 de julio de 1859.

Otra necesidad imperiosa e impostergable era la formación de una organización, con personería jurídica, que permitiera registrar legalmente todas las propiedades de la iglesia. En la memorable asamblea reunida entre el 26 de septiembre y el 1º de octubre de 1860, se discutió

minuciosamente este asunto en todos sus aspectos e implicaciones. El resultado fue la aprobación unánime, que autorizaba la organización legal de una asociación de publicaciones. Sin embargo, tal organización exigía un nombre oficial. Entre otras sugerencias presentadas, el nombre "adventistas del séptimo día" mereció la aprobación de todos por sintetizar los rasgos más característicos de nuestra fe. De esa manera fue organizada el 3 de mayo de 1860 la Asociación de Publicaciones de los Adventistas del Séptimo Día.

La obra de la evangelización también reclamaba una urgente organización. La ausencia de una planificación ocasionaba una gran dispersión de actividades. En varias oportunidades se dio el caso de coincidir en una iglesia tres predicadores, mientras que otras quedaban durante meses sin la visita de un solo pastor.

Al sentir la necesidad de una estructura destinada a impedir el desorden y la fragmentación, y que motivase a la iglesia a un plan de acción ordenado y armonioso, Elena G. de White escribió:

A medida que nuestros miembros fueron aumentando, resultó evidente que sin alguna forma de organización habría gran confusión, y la obra no se realizaría con éxito. La organización era indispensable para proporcionar sostén al ministerio, para dirigir la obra en nuevos territorios, para proteger tanto a las iglesias como a los ministros de los miembros indignos, para retener las propiedades de la iglesia, para la publicación de la verdad por medio de la prensa, y para muchos otros objetos.³

Jaime White, que se destacó tempranamente por una clara capacidad para la dirección y una visión administrativa no común, sugirió la conveniencia de una convocación anual en cada estado, con el propósito de establecer planes para la obra de la evangelización. La sugerencia fue recibida con simpatía y, en poco tiempo, estas reuniones anuales se transformaron en congresos organizados, integrados por delegados elegidos regularmente.

Dirigiéndose a la Asociación reunida en Battle Creek, en la primavera de 1861, Jaime White destacó la necesidad de una organización que incluyera todas las iglesias, para la realización de una obra más fecunda. Se designó una comisión integrada por nueve pastores para estudiar este asunto. Y en aquel mismo año, se recomendó que las iglesias se organizaran firmando el siguiente acuerdo:

Nosotros, los signatarios, mediante este acuerdo nos asociamos como iglesia, adoptando el nombre de "adventistas del séptimo día", prometiendo guardar los "mandamientos de Dios y la fe de Jesucristo".⁴

Además de esta importante decisión, se tomó la resolución de que todas las iglesias del Estado de Michigan se uniesen en una asociación, adoptando el nombre de Asociación de los Adventistas del Séptimo Día de Michigan.

La organización de la asociación local hizo imprescindible e inevitable la creación de un organismo central, que amalgamara estas unidades organizadas —las asociaciones— en un todo completo. En una reunión de la Asociación de Michigan, celebrada en Monterrey, se resolvió lo siguiente:

Que invitemos a las distintas asociaciones locales a enviar sus delegados a nuestro próximo congreso anual para celebrar un congreso general.⁵

El siguiente congreso anual fue de gran significación histórica. En la asamblea general realizada en Battle Creek, del 20 al 23 de mayo de 1863, los delegados que representaban a la obra de los adventistas del séptimo día eligieron a los primeros dirigentes de la Asociación General*, inaugurando una nueva era de orden eclesiástico y de prosperidad denominacional.

Los 25 años que siguieron a la organización de la Asociación General se caracterizaron por un inusitado crecimiento denominacional. Los 3.500 fieles que existían en 1863, se multiplicaron en forma alentadora, alcanzando en 1888 el total de 26.112 miembros, distribuidos en 32 asociaciones, 5 misiones y 901 iglesias organizadas.

A pesar de los crueles y devastadores efectos de la guerra civil en los Estados Unidos (1861-1865), conflicto que casi fractura la unidad nacional, y a despecho de una obstinada y mordaz oposición orquestada contra el adventismo, casi siempre contemplado con desprecio y desdén, la iglesia echó raíces profundas, creció en número de miembros e instituciones y alcanzó admirable vigor eclesiástico.

En 1901 la iglesia contaba con 75.000 miembros bautizados, 16 colegios superiores y escuelas secundarias, 27 hospitales y sanatorios y otras 31 instituciones. En efecto, la iglesia tuvo un sorprendente crecimiento estadístico y patrimonial.

Naturalmente, este crecimiento explosivo (el número de miembros se duplicó en cada década entre 1863 a 1901) precipitó la necesidad de una descentralización de las actividades y una reorganización administrativa más en armonía con la expansión de un movimiento que, con la bendición divina, crecía y se multiplicaba.

En 1873, George I. Butler, entonces presidente de la Asociación General, preparó una monografía titulada *Liderazgo*, en la cual subrayó el hecho de que jamás había existido "un gran movimiento en este mundo sin la presencia de un gran dirigente". El creía que Dios calificaba a hombres y mujeres para realizar una obra especial, y que después los llamaba para actuar como dirigentes. Citaba como ejemplos a Moisés, Josué, David y otros líderes carismáticos. En lo referente a los adventistas del séptimo día, Butler afirmaba que "era indiscutible el liderazgo del pastor White y su esposa". Butler concluía que, siendo que la Providencia divina los había escogido como dirigentes de la iglesia, era deber de cada miembro el someterse en asuntos eclesiásticos a las decisiones del pastor White. Proceder de otra forma podría significar un esfuerzo para "usurpar la posición que Dios le confió".⁶

La monografía mencionada logró el apoyo oficial de la Asociación General en sesión, y posteriormente fue publicada y distribuida por todas las iglesias con el propósito de prestigiar la conducción del matrimonio White, y, al mismo tiempo, de censurar la tendencia a la crítica de los que se oponían a la obra que ellos realizaban.

Sin embargo, en un artículo publicado posteriormente en la revista *Signs of the Times*, Jaime White hizo notar que Cristo jamás señaló a un determinado discípulo para conducir los destinos de la iglesia.⁷ Elena G. de White también se expresó sobre este asunto, diciendo: "Satanás se alegraría al ver las opiniones de un hombre controlando la mente y las decisiones de los que creen en la verdad presente".⁸

Aunque reconocía la obra de *liderazgo* realizada por su esposo durante los años formativos, Elena G. de White acabó declarando que una vez completada la organización de la iglesia, su esposo ya no debería llevar solo las "pesadas obligaciones" de la obra. Admitió que ambos, ella y su esposo, "habían cometido el error de consentir en llevar las responsabilidades que otros debían llevar".⁹

Posteriormente, en 1875, la Asociación General reunida en sesión, votó eliminar del documento redactado por Butler los párrafos que inducían el pensamiento de que la dirección de la iglesia había sido confiada al carisma de un individuo. Al rechazar la idea de una

administración centralizada en un hombre, la asamblea aprobó la siguiente resolución:

Acordado que, debajo de Dios, la más alta autoridad que existe entre los adventistas del séptimo día se encuentra en la voluntad de la organización de ese pueblo expresada en las decisiones de la Asociación General, cuando actúa en los dominios de su propia jurisdicción; y que todos deben someterse a tales decisiones, sin excepción, a menos que ellas estén en conflicto con la Palabra de Dios y los derechos de la conciencia individual.¹⁰

En 1897 fue elegido G. A. Irwin para conducir los destinos de la iglesia, perturbada en ese entonces por la ausencia de una adecuada estructura organizativa. El movimiento adventista había alcanzado dimensiones respetables y por eso reclamaba un sistema administrativo más perfeccionado.

Irwin describe con expresiones dramáticas la deplorable situación entonces existente:

Nadie conoce debidamente la situación en la cual nos encontramos. Incluso nosotros. . . que pretendemos tener algún conocimiento, no logramos ponernos de acuerdo en muchas cosas, permitiendo así que los descontentos siembren la discordia. Lo que ahora necesitamos es la unidad entre nosotros. Hay un sentimiento dominante de que cada uno tiene derecho de hacer lo que le plazca.¹¹

Era imperiosa la necesidad de una reorganización abarcante. No obstante, a semejanza de su antecesor, O. A. Olsen, y a pesar de estar animado por un gran afán revisionista, Irwin logró muy poco en su esfuerzo por lograr que la máquina administrativa sea menos confusa y más funcional.

La iglesia que se expandía en forma admirable en los Estados Unidos, Canadá, Europa y Australia, y que ensayaba sus primeros pasos en Africa y América Latina, dependía enteramente de la administración central en Battle Creek, tanto para la solución de sus grandes problemas regionales como para la orientación de los asuntos triviales que caracterizan la rutina administrativa de una asociación.

Esta concentración del poder de decisión en las manos de unos pocos dirigentes, conspiraba contra el progreso del movimiento adventista.

Además, la existencia de organizaciones autónomas, tales como la Asociación de Escuelas Sabáticas, la Sociedad Misionera de Publicaciones, la Junta Misionera Internacional y la Asociación de Benevolencia Médico-Misionera, operadas por la iglesia, aunque independientes de la Asociación General, comprometía la eficiencia del esquema administrativo.

Era visible la urgente necesidad de una descentralización administrativa y, al mismo tiempo, una unificación de los sectores que, actuando con independencia, generaban confusión y desorden.

El trigésimo cuarto congreso de la Asociación General celebrado en Battle Creek, en 1901, estuvo precedido por una reunión especial con la presencia de todos los miembros de la Junta Ejecutiva de la Asociación General, los presidentes de las asociaciones, los administradores de instituciones y los integrantes de la Junta Misionera Internacional.

Flotaba en el aire la expectativa de grandes e importantes acontecimientos. La Sra. White, que durante nueve años había estado en Australia echando los fundamentos de la iglesia en aquel país, volvía ahora a participar directamente de las tareas relacionadas con la dirección. Invitada a hablar a los dirigentes allí reunidos, se expresó con significativo vigor:

Preferiría no tener que hablar hoy; no quiero, sin embargo, dar la impresión de que no tengo nada que decir. . . La situación prevaleciente en la Asociación General no es claramente entendida por algunos que ocupan puestos importantes o por otros que llevan responsabilidades en otros sectores de la obra.

La obra ha crecido y se ha expandido. La luz que recibí del Señor la he presentado sucesivas veces, no a un grupo numeroso como el que está reunido aquí, sino a diferentes individuos. Los planes sobre los cuales Dios desea que actuemos ya fueron establecidos.

Jamás la mente de un individuo o de un grupo de personas debería ser considerada suficiente en sabiduría y poder para controlar el trabajo y determinar los planes que deberían seguirse. La responsabilidad de la obra en este vasto campo no debería reposar sobre dos o tres individuos. No estamos alcanzando los elevados ideales que Dios espera que alcancemos con la gran e importante verdad que poseemos.¹²

Después de estas palabras introductorias, la Sra. White destacó claramente la necesidad de una reorganización, diciendo:

Necesitamos fijar una estructura diferente de la que se estableció en el pasado. Oímos mucho sobre las cosas que avanzan bajo las directrices normales. Si vemos que estas directrices normales son claras y perfectas y que representan el molde divino, entonces debemos aceptarlas. Pero cuando sentimos que no se produce ningún cambio, incluso después de la recepción y aceptación de los mensajes dados por Dios, entonces podemos saber que un nuevo poder debe introducirse en este esquema. La orientación de las directrices normales debe modificarse y reestructurarse completamente.

*Debe haber una comisión, no compuesta sólo de seis o doce personas, sino con representantes de todos los sectores de la obra, de nuestras casas publicadoras, nuestras instituciones educativas y nuestros sanatorios.*¹³

Con gran ascendiente y libertad de expresión, la mensajera de Dios subrayó:

No permita Dios, hermanos, que este congreso se celebre y termine como los otros, valiéndonos de los mismos manejos, inflexiones y procedimientos. . .¹⁴

En la mañana del día siguiente, 2 de abril de 1901, después de la lectura del Salmo 106, hecha por John N. Loughborough y la oración pronunciada por Stephen N. Haskell, el presidente de la Asociación General, George A. Irwin, declaró abierto el trigésimo cuarto congreso de la Asociación General. Los dirigentes allí reunidos aún sentían resonar el eco de las palabras pronunciadas por Elena G. de White el día anterior. La necesidad de una reorganización permeaba la asamblea. Era evidente que aquel encuentro figuraría en los anales de la iglesia como un momento pleno de significación histórica.

Arturo G. Daniells, quien durante varios años como misionero en Australia había revelado sorprendentes cualidades administrativas, fue elegido presidente de la Asociación General. Era el comienzo de un nuevo y fascinante capítulo en la historia del movimiento adventista.

Los delegados reunidos en aquella memorable sesión, animados por el deseo de descentralizar la obra, aprobaron la organización de las

uniones, buscando una distribución equitativa de las responsabilidades administrativas. Sabiendo que algunos delegados veían en la creación de las uniones el peligro de una eventual fragmentación de la qbra, la Sra. White declaró: "El Señor Dios de Israel nos conservará unidos".¹⁵

Las organizaciones que operaban independientemente se transformaron en departamentos de la Asociación General y sus dirigentes fueron nombrados miembros de la Junta Ejecutiva.

El Dr. John H. Kellogg, que presidía la Asociación de Benevolencia Médico-Misionera, la más vigorosa de todas las organizaciones operadas por la iglesia, se opuso tenazmente a la idea de subordinarla al control de la Asociación General. Finalmente, después de acalorados debates, se sometió con la condición de que la Asociación que él dirigía tuviera seis representantes en la Junta Directiva de la Asociación General.

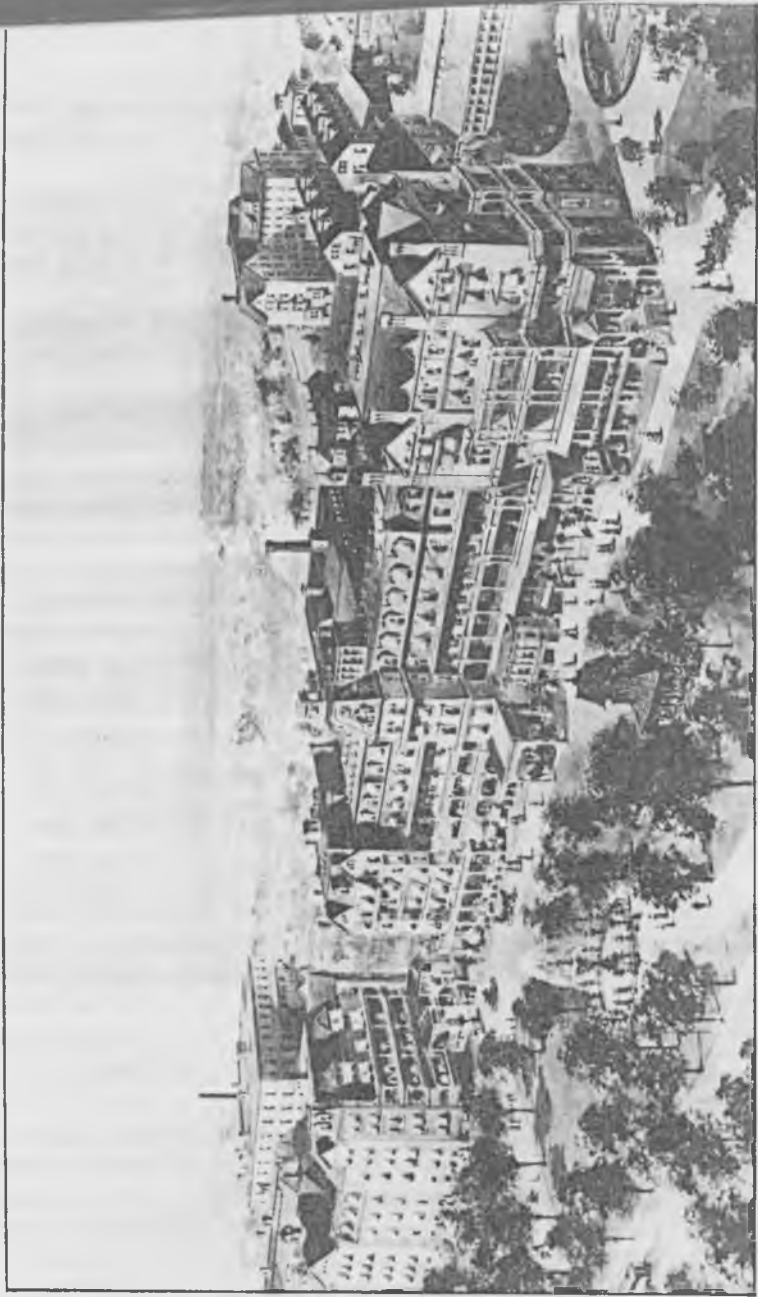
Sin embargo, ese arreglo tuvo corta duración. Kellogg y algunos asociados manifestaron una creciente rebeldía. En 1908 se separaron de la iglesia, y se llevaron con ellos la Asociación de Benevolencia Médico-Misionera y el Sanatorio de Battle Creek, la mayor institución de la iglesia en aquellos tiempos.

Con las importantes decisiones tomadas en el congreso de 1901, el pastor A. G. Daniells inauguró un laborioso y fructífero período de reconstrucción. De la confusión salió el orden. Se estableció un plan inteligente que buscó una mayor eficiencia operativa. Había nuevos odres para un vino nuevo.

* Ver biografía de John Byington, en el capítulo titulado "Varón conforme a mi corazón".

Referencias

- ¹ José Marsh, *Voice of Truth*, 7 de noviembre de 1844.
- ² *The Midnight Cry*, 15 de febrero de 1844.
- ³ Elena G. de White, *Testimonios para los ministros*, pág. 26.
- ⁴ Matilde E. Andross, *Story of the Advent Message*, pág. 105.
- ⁵ *SDA Encyclopedia*, edición de 1966, pág. 933.
- ⁶ G. I. Butler, *Leadership*, 1873, págs. 1, 2, 11, 13.
- ⁷ Jaime White, "Leadership", en *Signs of the Times*, 4 de junio de 1874, pág. 4.
- ⁸ Elena G. de White, *Testimonies for the Church*, t. 3, pág. 501.
- ⁹ *Ibid.*
- ¹⁰ *Review and Herald*, 4 de diciembre de 1877.
- ¹¹ G. A. Jorgensen, "An Investigation of the Administrative Reorganization of the GC of Seventh-day Adventists as Planned Carried out in the GC of 1901 and 1903", págs. 20-23.
- ¹² White, *Manuscrito 43*, 1901.
- ¹³ *Ibid.*
- ¹⁴ *Ibid.*
- ¹⁵ White, *GC Daily Bulletin*, 5 de abril de 1901, pág. 68.



Un contagiante entusiasmo por promover la salud inspiró a los adventistas a construir hospitales y a difundir los principios de la medicina preventiva. En este grabado se observa una perspectiva del Sanatorio Adventista de Battle Creek.

Para que tengan vida

“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”. S. Juan 10: 10.

Henry Porter era un próspero y hábil banquero que residía en Denver, Colorado, Estados Unidos. Cierta vez, mientras visitaba a una hija que vivía en Pasadena, California, fue presa de un fuerte resfriado que, sorprendentemente, debilitó sus energías físicas y lo dejó completamente postrado. Llevado al Centro Médico Adventista de Glendale, Porter recibió las atenciones profesionales que su estado requería y en pocos días se sintió plenamente recuperado. Al despedirse del sanatorio, intentó recompensar al joven que le había aplicado el tratamiento hidroterápico, ofreciéndole cierta cantidad de dinero. Al rehusarla, el joven adventista le explicó que no era correcto que recibiera una gratificación en adición al salario que la institución regularmente le pagaba. Es innecesario decir que tal desinterés produjo en el corazón de Porter una impresión duradera.

Años más tarde, mientras sufría en San Diego los efectos devastadores de otro resfriado, Porter recordó el sanatorio de Glendale y preguntó sobre la eventual existencia de alguna institución adventista en aquella ciudad o en las cercanías. Como respuesta, le hablaron del Sanatorio Paradise Valley, conocido centro médico también operado por los adventistas. Porter se internó en ese sanatorio, y se sometió a un tratamiento que después de varios días le permitió sentirse otra vez revigorizado.

Mientras recibía el tratamiento indicado, Porter observaba atentamente todas las actividades dentro de la institución. Vio, repetidas veces, la paciencia y la bondad reflejadas en el cuidado con que una enfermera

alimentaba a un quebrantado paciente, víctima del mal de Parkinson. Su corazón fue enternecido por el desvelo profesional que revelaba aquella enfermera y otros empleados que trabajaban allí.

Algunos días después de haber regresado a su hogar recibió una notificación del sanatorio, disculpándose por un error contable de 45 centavos en su cuenta personal.

El 12 de febrero de 1928, Porter envió la siguiente respuesta:

Recibí su carta del 10 del corriente, acompañada de un cheque por valor de 45 centavos. Al agradecerles, aprovecho la oportunidad para devolverlo, a fin de que sea acreditado al fondo general de la institución. Siento que no he pagado lo suficiente por toda la atención y cuidados que recibí. Debo a la institución una palabra de reconocimiento por la cariñosa consideración recibida durante mi internación. Mi esposa y yo estamos bien. Físicamente me siento cada día mejor.

*Con aprecio y los mejores deseos, sinceramente, (firma)
H. M. Porter.¹*

Con esa carta la cuenta de Porter fue cerrada, pero no terminó ahí su relación con el sanatorio. Los pequeños ejemplos recibidos de integridad y demostración de amor en el desempeño de las tareas profesionales, produjeron impresiones indelebles. Dos meses más tarde envió al administrador de la institución otra carta, pidiéndole el nombre y dirección de la persona responsable de la administración de los sanatorios adventistas, pues anhelaba ver una institución semejante establecida en Denver, Colorado.

Así se inició un intercambio de correspondencia entre Porter y la Iglesia Adventista, cuyo fruto fue el donativo inicial de trescientos ochenta mil dólares para la construcción de un sanatorio en Denver, que más tarde recibió el nombre de Porter Memorial Hospital. A lo largo de los años, la familia Porter envió generosos donativos a esa institución, con el objetivo de fortalecerla financieramente. Más tarde, en su testamento Porter legó al sanatorio la apreciable suma de un millón de dólares.

Hoy, en la ciudad de Denver se levanta imponente el Porter Memorial Hospital, no tan sólo como un monumento a la generosidad de la familia Porter, sino también como tributo a una enfermera anónima que cariñosamente alimentaba a un debilitado paciente; a un joven no identificado que rehusó recibir una gratificación; a un empleado íntegro que

devolvió 45 centavos cobrados indebidamente; y a muchos otros que, en el ejercicio de sus funciones dentro del sanatorio, fueron usados por Dios para contar a otros en palabras y actos la historia de su amor.

El Porter Memorial Hospital es actualmente un respetado centro médico, integrado a la mayor cadena de hospitales operada por un grupo religioso. En efecto, de acuerdo con el último informe publicado por el Servicio de Archivos y Estadísticas de la Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, esta red extiende sus actividades a través de 72 naciones, y ocupa a 46.000 personas, distribuidas en unas 500 instituciones de salud.

Reproducimos los siguientes párrafos de un artículo publicado en la revista *US Catholic*, escrito por William J. Whiler, profesor de Historia de la Universidad Católica de Purdue, en los Estados Unidos:

Podríamos pensar que una iglesia que espera que el mundo termine en cualquier momento se ocupara únicamente en asuntos religiosos. Esto es lo que hacen los testigos de Jehová; ellos no tienen hospitales, hogares de ancianos, orfanatos, colegios superiores, clínicas. Su único interés parece ser advertir a la humanidad de la inminencia de la batalla del Armagedón.

No así los adventistas. Su creencia en la pronta venida de Cristo no ha enfriado su celo en el servicio o la asistencia médica o educativa hacia los demás. Ninguna iglesia puede jactarse de tener un servicio médico como el de los adventistas, teniendo en cuenta el número de sus adeptos.²

Ciertamente, este contagioso entusiasmo por promover la salud, construir sanatorios y difundir los principios de la medicina preventiva, así como la preocupación por proclamar, por precepto y ejemplo, las reglas de un vivir saludable, constituyen una preciosa herencia que recibimos de los próceres de este movimiento.

Tiempo de oscurantismo

El adventismo nació en una época cuando las condiciones sanitarias prevalecientes eran precarias, los sistemas profilácticos primitivos y los procesos terapéuticos, rudimentarios. Como resultado, el índice de mortalidad infantil comparado con nuestros días era alarmante. En los Estados Unidos, en 1875 moría aproximadamente un niño de cada seis antes de alcanzar un año de edad. En 1975, en el mismo nivel de edad, moría un

niño de cada 63. En 1850 la vida media de los estadounidenses era de 39,4 años, pero en 1976 había aumentado a 72,4 años.

Este elevado índice de mortalidad infantil y el reducido promedio de vida era el resultado inevitable del desconocimiento de las leyes naturales que regulan la salud del cuerpo.

Como parte del vestuario femenino, era común el uso del corsé "que reducía la cintura de la mujer a 50 centímetros o menos". Después de la dolorosa operación de ajuste del corsé al cuerpo, que casi siempre contaba con la indispensable ayuda del marido, "éste podía rodear la cintura de la esposa con las dos manos". La autopsia del cuerpo de una mujer en aquellos tiempos revelaba, como consecuencia, un hígado generalmente deformado y a veces casi lesionado por la acción nociva de los corsés. La libre circulación de la corriente sanguínea con frecuencia era perjudicada por el uso de inmensas sayas armadas y piezas de ropa interior que pesaban a veces decenas de kilos.³

Las ridículas ideas referente a la alimentación revelaban una ignorancia abismal. Durante determinado período en Nueva York, las autoridades declararon ilegal "la venta de algunas legumbres consideradas entonces como altamente nocivas". En cierta ocasión el coronel Robert Johnson, contrariando instrucciones médicas, comió en público tres tomates, haciendo que algunos observadores pensaran que estaba cometiendo suicidio.⁴

Las prácticas médicas eran extremadamente primitivas. La Asociación Médica Americana, organizada en 1847, carecía de poderes para disciplinar el ejercicio de la medicina. Bastaba poseer un surtido de productos químicos (drogas) y un poco de interés en el tratamiento de las enfermedades, para que un individuo se creyese calificado para el ejercicio de las actividades médicas. En determinadas circunstancias, un título profesional se obtenía tras apenas seis meses de estudio.

La mayoría de los médicos opinaba que un paciente que presentaba un estado febril, demostraba un exceso de vitalidad que de alguna forma debía ser controlada (drenada). Como medida terapéutica, aplicaban al paciente sucesivas sangrías que, en lugar de atenuar la fiebre, debilitaban aún más las menguadas energías del enfermo, dejándolo completamente postrado. Estas prácticas se fundaban más en procesos empíricos y en tradiciones folclóricas que en conclusiones científicas comprobadas en laboratorios.

Honoré Danmier, artista francés, caricaturizó con sarcasmo e ironía a un médico del siglo pasado, sumergido en profundas reflexiones,

preguntándose: “¿Por qué será que mueren mis pacientes? Son sangrados, drogados y purgados correctamente. Sencillamente no lo puedo entender”.⁵

La muerte de George Washington (1732-1799), primer presidente de los Estados Unidos, figura como un ejemplo típico del oscurantismo de aquellos tiempos. Los médicos que lo asistieron le aplicaron una terapéutica cuyos resultados fueron más ruinosos que la enfermedad. Al sentir los efectos debilitadores de una fiebre intensa y pertinaz, Washington solicitó los servicios de un “sangrador”. Este, con un bisturí le extrajo de las venas aproximadamente 400 cc de sangre, con el objeto de “eliminarle el exceso de vitalidad”. Sin embargo la fiebre aumentó, y al día siguiente la familia preocupada pidió la asistencia de un médico conocido. Al presentir la gravedad del caso, éste convocó a otros dos “especialistas” para analizar juntos al paciente y determinar una terapéutica adecuada. No obstante, mientras esperaba la presencia de los otros dos facultativos, decidió aplicarle una segunda sangría. Al llegar uno de los dos médicos solicitados, decidieron proceder a una tercera sangría, sin que se evidenciara mejoría alguna.

Este tratamiento medieval fue complementado con enemas, el consumo de dosis de calomel (cloruro mercurioso), acompañadas de “frecuentes inhalaciones de vapores de vinagre y agua”.

Al sentirse completamente debilitado, torturado por sufrimientos atroces, Washington suplicó a los médicos que lo dejaran morir en paz.⁶

Un informe médico publicado más tarde, destacaba el hecho de que todos los recursos conocidos por la ciencia médica habían sido movilizadas en el esfuerzo por preservar la vida del estadista, que tan señalados servicios había prestado a la nación.

El Dr. Tully, uno de los pocos médicos que se oponía entonces a las “sangrías” como recurso para eliminar la fiebre y restaurar la salud al paciente, declaró patéticamente: “Con estas sangrías, el rey de Inglaterra cada año pierde más súbditos que los que se perdieron en la batalla de Waterloo con todas sus glorias”.⁷

En esta época de ignorancia, sufrimiento y frustración, cuando los enfermos eran sangrados y envenenados, nació el concepto cristiano proclamado por los adventistas: la aceptación de Cristo como Salvador personal incluía la adopción de hábitos saludables y principios de temperancia, capaces de mantener el cuerpo —el Santuario del Espíritu Santo— en un estado óptimo de salud física, mental y espiritual.

Reforma terapéutica

En medio del oscurantismo de aquellos días, se levantaron innumerables voces que denunciaban los procesos terapéuticos vigentes y los peligros del uso de drogas venenosas en la lucha contra las enfermedades, y proclamaron las virtudes medicinales de los métodos naturales en el tratamiento de los enfermos.

Estas voces, sin embargo, no fueron debidamente escuchadas, pues la atención de todos pasó gradualmente a girar en torno del apasionante problema de la esclavitud, que arrastró al país a una violenta lucha fratricida (1861-1865). Pero, a pesar de la incertidumbre y las angustias generadas por el terrible conflicto entre esclavistas y abolicionistas, la voz reformadora de los adventistas se hizo oír, proclamando con gran resonancia los principios del evangelio de la salud.

Pocos meses después de terminada la guerra civil en los Estados Unidos, los pioneros adventistas inauguraron la primera institución médica en Battle Creek (1866), el Western Health Reform Institute, precursora del gran sanatorio dirigido por John H. Kellogg. En esta institución se habría de combinar el tratamiento de las enfermedades mediante el uso de remedios naturales, con la difusión de los principios básicos de una medicina preventiva. La salud física, mental y espiritual serían consideradas como interdependientes. Este era, en efecto, un concepto médico revolucionario para una época de ignorancia, confusión y perplejidad.

Pero, ¿dónde se inspiraron los adventistas para formular sus principios de salud e implantar su red internacional de instituciones médicas?

Una visión memorable

Fue durante el atardecer del viernes 5 de junio de 1863, dos semanas después de la organización oficial de la iglesia, cuando el matrimonio White se unió a la familia Hilliard, en Otsego, Michigan, para celebrar el culto de recepción del sábado. Mientras la Sra. White oraba fervientemente suplicando el favor divino sobre su esposo, entonces enfermo y deprimido, fue arrebatada en visión. En aquella oportunidad le fueron revelados en forma abarcante los grandes principios que regulan el sano vivir, los cuales deberían ser presentados a la iglesia como parte integrante del mensaje adventista. En las siguientes palabras encontramos un resumen de lo que le fue revelado:

Vi que era un sagrado deber cuidar de nuestra salud y animar a otros al mismo deber. . . Tenemos como responsabilidad hablar y luchar contra la intemperancia de cualquier especie —intemperancia en el trabajo, en el comer, en el beber, en el uso de los remedios— y presentar los grandes remedios de Dios: el agua pura y potable, en la enfermedad, en la salud, en la higiene y en gran abundancia. . . Vi que no debemos callarnos sobre el asunto de la salud, sino despertar nuestra mente para esto.⁸

Ciertamente, la ardiente súplica de la Sra. White en favor de su esposo enfermo fue respondida por el Señor, aunque no por medio de una restauración instantánea. En la visión, el Señor le reveló las causas de la enfermedad que tanto afligían al quebrantado esposo. Con la luz de la visión que le fue dada, se expresó así:

No es ni seguro ni agradable a Dios que, después de violar las leyes de la salud, busquemos al Señor, pidiendo que vele sobre nuestra salud y nos guarde de las enfermedades, cuando nuestros hábitos contradicen nuestras oraciones.⁹

La visión de Otsego (publicada en el libro *Spiritual Gifts*, vol. 4, págs. 120-151) permitió que la iglesia naciente percibiera la íntima relación que existe entre el vigor físico y la salud espiritual, y entendiéndose que la violación de las leyes de la naturaleza disminuye los años concedidos por Dios para ser empleados en su servicio.

En la Navidad de 1865, la Sra. White estaba en Rochester, Nueva York. Allí, mediante otra visión, recibió informaciones adicionales sobre la salud y sus problemas. Fue instruida a animar a la iglesia a establecer instituciones médicas, teniendo en cuenta la práctica y la difusión de los principios de salud.

Es cierto que en 1848 había recibido luz respecto a la salud del cuerpo. Sin embargo, fueron las visiones de Otsego (1863) y Rochester (1865) las que realmente cristalizaron entre los adventistas la convicción de que la salud no es el producto de la casualidad y del capricho, sino del respeto por las leyes de la vida, registradas en el libro de la naturaleza.

Cinco principios fundamentales

Las abundantes instrucciones que encontramos en los escritos de la Sra. White referidas a la salud, podrían ser sintetizadas en cinco grandes principios:

1. *Operación divina por medio de agentes naturales.* Al condenar las equivocaciones de la llamada "medicina heroica", responsable de los altos índices de mortalidad que caracterizaron a aquellos días, la Sra. White destacó las virtudes terapéuticas de los agentes naturales, tanto en la preservación de la salud como en la rehabilitación de pacientes debilitados por la enfermedad. Dice la inspiración:

Los remedios de Dios son los simples agentes de la naturaleza, que no recargarán ni debilitarán el organismo por la fuerza de sus propiedades.

*El aire puro, el sol, la abstinencia, el descanso, el ejercicio, un régimen alimenticio conveniente, el agua y la confianza en el poder divino son los verdaderos remedios.*¹⁰

2. *La importancia de la alimentación.* En su libro *Consejos sobre el régimen alimenticio*, la autora destaca con claridad la íntima conexión que existe entre los alimentos que ingerimos y nuestro bienestar físico. Sus afirmaciones, aunque formuladas en un tiempo de ignorancia, están ahora plenamente confirmadas por la ciencia.

El Dr. Clive McCay, autoridad en la ciencia de la nutrición, declaró:

Los escritos de Elena G. de White. . . proveen una guía de alimentación que abarca integralmente al cuerpo. Gran parte de esa sabiduría del pasado no es comprendida hoy, y tratamos de conseguir milagros tomando comprimidos y vitaminas, compuestos de sales minerales o concentrados de proteínas.

*Podemos leer repetidamente los escritos de líderes, como Elena G. de White, que enseñan la importancia del alimento apropiado para la salud, a fin de que obtengamos un cuerpo saludable.*¹¹

3. *Medicina preventiva.* Los avances de la ciencia médica comprueban la solidez de los principios de medicina preventiva enunciados en los escritos del espíritu de profecía.

La salud no es el resultado de un mero accidente; la obtenemos por elección. Incluso las enfermedades crónicas degenerativas, tales como las del corazón y los riñones, y el cáncer, podrían en muchos casos ser evitadas. Este concepto, tan acentuado en el libro *El ministerio de curación*, ha ejercido una influencia modeladora en la vida de miles de personas.

4. *Salud mental.* Antes que la medicina moderna hubiese desarrollado el concepto actual conocido como patología psicósomática, la Sra. White escribió:

Muy íntima es la relación entre la mente y el cuerpo. Cuando una está afectada, el otro simpatiza con ella. La condición de la mente influye en la salud mucho más de lo que generalmente se cree. Muchas enfermedades son el resultado de la depresión mental. Las penas, la ansiedad, el descontento, remordimiento, sentimiento de culpabilidad y desconfianza, menoscaban las fuerzas vitales, y llevan al decaimiento y a la muerte.¹²

Pero, ¿en qué consiste la patología psicósomática? El término procede del griego *psiquis* (mente) y *soma* (cuerpo). Es, por lo tanto, el estudio de la relaciones existentes entre las perturbaciones emocionales y las enfermedades físicas y mentales.

Nos sorprendemos cuando descubrimos en los escritos de la Sra. White, un admirable conocimiento acerca de la decisiva influencia de la mente sobre el cuerpo y la importancia de las emociones como causas básicas de muchas enfermedades.

5. *La salud espiritual.* La Sra. White dio especial énfasis a la religión como elemento terapéutico por excelencia. Ninguna necesidad del alma podrá remediarse con panaceas o prescripciones dietéticas. La verdadera paz se encuentra fuera del yo, lejos de los embates íntimos del alma. Dios nos invita a que acudamos a El: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar".¹³ Se nos invita a echar sobre El "toda vuestra ansiedad".¹⁴ ¡Qué promesas consoladoras! La pluma inspirada escribió:

El valor, la esperanza, la fe, la simpatía y el amor fomentan la salud y alargan la vida. Un espíritu satisfecho y alegre es como salud para el cuerpo y fuerza para el alma. "El corazón alegre es una buena medicina" (Proverbios 17: 22, V.M.).¹⁵

Estos cinco grandes principios inspirados por Dios han modelado los hábitos y costumbres de más de cuatro millones de adventistas, cuya vida constituye un poderoso argumento en favor del evangelio de la salud.

“Ella tenía razón”

“Si algunas de sus recomendaciones parecen radicales –escribió Paul Harvey–, ¡imágínense como deben haber parecido en 1863! Sin embargo, la ciencia moderna dice cada vez más: ‘Ella tenía razón’ ”.¹⁶

En “Buen día, América”, uno de los programas más populares de televisión en los Estados Unidos, fue presentada la Sra. Cintia Fitzpatrick, la mujer de mayor edad en el país. A pesar de que ya había celebrado los 113 años de edad, recordaba todavía con sorprendente lucidez el nombre de su primera profesora en una escuela rural. Al investigar las declaraciones de la Sra. Fitzpatrick, con el fin de verificar su legitimidad, un periodista descubrió que, efectivamente, la mencionada profesora le había dado clases allá por la década de 1870.

¿Cuál era el secreto de la longevidad de la Sra. Fitzpatrick? Como miembro de la Iglesia Adventista –según ella explicó–, sus hábitos de vida estaban orientados por los principios de salud contenidos en los escritos de Elena G. de White y promulgados por la iglesia.

¿Cuáles son los factores que determinan la longevidad?

En el estado de California, el Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos y la Universidad de Loma Linda analizaron los certificados de defunción de todos los adventistas fallecidos en California en un período previo de cinco años, y descubrieron que viven entre cinco y seis años más que el promedio de los demás habitantes de aquel estado.

En general, los adventistas tienen una incidencia de cáncer de un 70% menor que la población de ese estado, un 68% menos de molestias del aparato respiratorio, un 88% menos de tuberculosis y un 85% menos de enfisema pulmonar.¹⁷

Dos científicos noruegos al servicio del gobierno de su país –los doctores Waaler y Hjort–, no relacionados con la Iglesia Adventista, completaron recientemente un estudio que relacionaba los hábitos de vida con la salud. Al investigar la vida de todos los adventistas en Noruega durante los últimos 17 años, concluyeron que, a semejanza de los adventistas de California, viven una vida más saludable y más larga que el promedio nacional.

En su informe, ampliamente divulgado por medio de la prensa, la radio y la televisión, afirmaron que únicamente el estilo de vida defendido por la Iglesia Adventista puede explicar las ventajas de los adventistas sobre los demás habitantes del país.¹⁸

Así queda una vez más demostrado el poder sobrenatural concedido a Elena G. de White, quien, aunque carecía de educación formal, nos presenta en sus escritos una ciencia que antecedió a la ciencia.

Referencias

- ¹ Richard A. Schaefer, *Legacy*, pág. 104.
- ² Reproducido en *El Ministerio Adventista*, enero-febrero 1967, pág. 12.
- ³ Schaefer, *ibíd.*, págs. 11, 12.
- ⁴ *Ibid.*
- ⁵ *Ibid.*, pág. 4.
- ⁶ D. E. Robinson, *The Story of Our Health Message*, págs. 13.
- ⁷ *Ibid.*, pág. 15.
- ⁸ Elena G. de White, *Carta 4*, 1863.
- ⁹ *Ibid.*
- ¹⁰ White, *Joyas de los testimonios*, t. 2, pág. 142; *El ministerio de curación*, pág. 89.
- ¹¹ Clive McCay, *Natural Foods and Farming*, mayo de 1958.
- ¹² White, *ibíd.*, pág. 185.
- ¹³ Mateo 11: 28.
- ¹⁴ 1 S. Pedro 5: 7.
- ¹⁵ White, *ibíd.*, pág. 185.
- ¹⁶ Paul Harvey, *Paul Harvey News*, marzo de 1969.
- ¹⁷ *La ciencia médica y el espíritu de profecía*, págs. 51, 52 (preparado por los fideicomisarios del Patrimonio de Elena G. de White).
- ¹⁸ H. J. Smit, "Norwegians Study SDA", en *Adventist Review*, 25 de junio de 1981.



Jaime White, en su afán de publicar y difundir la verdad, caminó casi 25 kilómetros para poner en marcha la edición de Present Truth.

Hermosos. . . los pies. . . del que anuncia

*“¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del
que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz,
del que trae nuevas del bien, del que publica
salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!”*
Isaías 52: 7.

Se cuenta que Lutero, en su retiro de Wartburg, vio a Satanás que, entre irónico, sarcástico y mordaz, había venido a perturbarlo exactamente cuando se empeñaba en la traducción de la Biblia, esforzándose por hacer que los antiguos profetas hebreos se expresaran en alemán.

De naturaleza arrebatada, en un asomo de ira el genio de la Reforma tomó en su mano un tintero y lo arrojó contra el diablo, dejando una mancha de tinta en la pared del célebre castillo. Ignoramos si alcanzó o no el objetivo. Tampoco sabemos si realmente ocurrió este incidente. Los historiadores modernos consideran este detalle de la vida de Lutero como una leyenda. Sin embargo, lo que sabemos es que la tinta ha sido un arma poderosa y eficaz que ha usado la iglesia cristiana en su lucha contra el imperio de la impiedad.

La reacción de Lutero podría parecer una demostración de insensatez y mal genio. No obstante, cuando reflexionamos sobre el papel que el tintero desempeñó en la Reforma del siglo XVI, llegamos a la conclusión de que Lutero escogió el arma más eficaz para luchar contra Satanás y las fuerzas confederadas del mal.

En 1423 a Laurent Coster se le ocurrió, por casualidad, la idea de crear tipos movibles. Con trozos de corteza de árbol modeló la forma de las letras del alfabeto para entretener con ellas a su hijo. Una de esas letras recortadas se le cayó al suelo, dejando reproducida en la arena su impresión. Eso, según la tradición holandesa, habría revelado a Coster las inmensas posibilidades del empleo de los tipos movibles en el arte tipográfico.

En 1438 Juan Gutenberg, un impresor alemán, perfeccionó la idea y creó un nuevo y revolucionario método de impresión, capaz de influir en la opinión pública mediante el flujo libre y eficiente de las informaciones, ideas y doctrinas: la palabra impresa.

En pocos años, este nuevo vehículo de comunicación —la imprenta— se convirtió en poderoso instrumento para la obra de la difusión del Evangelio redentor de Cristo. La Reforma protestante surgiría en breve, y Dios en sus insondables designios preparó el camino, proporcionando a los reformadores los instrumentos necesarios para la ejecución de sus planes.

La importancia de las publicaciones cristianas

Las publicaciones cristianas han tenido una notable influencia en la historia de la iglesia desde su origen hasta nuestros días. Dios dejó el Evangelio en forma escrita para que pudiera realizar su obra de manera más fructífera y permanente.

Las publicaciones ocuparon un lugar sobresaliente en la lucha contra el paganismo romano y el judaísmo aferrado a la rígida disciplina de sus tradiciones vacías. Se multiplicaron las apologías dirigidas a los emperadores romanos, las exhortaciones al pueblo y las declaraciones de fe. La pluma ejerció poderosa influencia cuando la iglesia avanzó por primera vez, “venciendo, y para vencer”. En realidad, las publicaciones tuvieron un lugar descollante en la iglesia primitiva. Siglos más tarde, ejercieron una poderosa influencia en la restauración de la fe primitiva. Juntamente con la publicación de la Biblia en el idioma del pueblo, surgieron los escritos paralelos de los indómitos heraldos de la Reforma. Juan Wyclef (1320-1384) y muchos antes de él, y otros que lo siguieron, diseminaron en el continente europeo un diluvio de publicaciones que tendían a disipar las densas tinieblas que cubrían el mundo medieval. Los valdenses, con gran fervor misionero y a riesgo de la propia vida, difundieron innumerables publicaciones juntamente con extensas porciones de la Biblia, en el idioma del pueblo.

¡Cuánta ayuda significaron las publicaciones para la causa de la Reforma! En la iglesia de Lutero, en Wittenberg, actualmente se pueden ver sobre una mesa cubierta de vidrio diversos ejemplares de publicaciones usadas por él en la proclamación de Cristo y su justicia. La eficiente circulación de una notable cantidad de impresos hizo de la Reforma una fuerza incontenible. En efecto, Lutero inundó literalmente Alemania con

la página impresa. “Su pluma no permanecía nunca ociosa. . . Un sinnúmero de tratados, provenientes de su pluma, circulaban por toda Alemania”.¹

El conocido historiador J. H. M. D’Aubigné, al escribir sobre Lutero y su obra inmortal, dice:

*Si él no consiguió misioneros para llevar el mensaje a tierras distantes, Dios proveyó un misionero de otra clase. La imprenta fue la sucesora de los evangelistas. Fue la artillería empleada contra la fortaleza romana. Lutero preparó una mina cuya explosión sacudió el edificio de Roma hasta sus cimientos más profundos.*²

Es sorprendente el volumen y la extensión de las publicaciones producidas en la primera parte del siglo pasado, que interpretaban las profecías relacionadas con la venida de Cristo. Aproximadamente doscientos autores y centenares de libros ejercieron una influencia extraordinaria, que cambió la manera de pensar de miles de personas. Su circulación fue sorprendente y admirable.

La página impresa y la Iglesia Adventista

El lugar de las publicaciones en la proclamación de la “bienaventurada esperanza” no es asunto de opción personal. Además de las lecciones de la historia, tenemos las siguientes declaraciones del espíritu de profecía:

*Esta es una obra que debe ser hecha. El fin está cerca. Ya se ha perdido mucho tiempo. Estos libros ya deberían haber estado en circulación. Vendedlos lejos y cerca. Esparcidlos como las hojas de otoño. Esta obra ha de continuar sin que nadie la estorbe. Las almas están pereciendo lejos de Cristo. Sean ellas amonestadas acerca de su próxima aparición en las nubes del cielo.*³

*De nuestros libros y periódicos han de emanar brillantes rayos de luz que han de iluminar al mundo con respecto a la verdad presente.*⁴

Durante una reunión celebrada en Dorchester, en el estado de Massachusetts, en noviembre de 1848, la entonces joven señora Elena G. de White, de 21 años, recibió una revelación divina. Después de la visión, dirigiéndose a su esposo, le dijo:

Tengo un mensaje para ti. Debes imprimir un pequeño periódico y repartirlo entre la gente. Aunque al principio será pequeño, cuando la gente lo lea te enviará recursos para imprimirlo y tendrá éxito desde el principio. Se me ha mostrado que de este modesto comienzo brotarán raudales de luz que han de circuir el globo.⁵



“Tengo un mensaje para ti –dijo Elena de White–. Debes comenzar a publicar una pequeña revista”. Fue el comienzo de la obra de publicaciones.

Un año más tarde, Jaime White se sintió profundamente impresionado con la idea de que había llegado el momento de difundir con la pluma la verdad presente. La mensajera de Dios describe lo que ocurrió entonces: habla de cómo el esposo, al mismo tiempo que manifestaba ánimo y entusiasmo, alimentaba también dudas e incertidumbres ya que no poseían los recursos necesarios para materializar esta idea. Con todo, sobreponiéndose al desánimo, Jaime White decidió trabajar en un campo de heno. Era entonces un joven de 27 años. Usando una hoz como herramienta, trabajaba arduamente y por su labor recibía el salario de ochenta y siete centavos y medio de dólar cada media hectárea segada.

Los recursos así obtenidos le servían para sustentar frugalmente a la familia (los White tenían entonces dos hijos menores), y, pensaba él, para ayudar a financiar la producción de una modesta revista que tendría como título *Present Truth* (La verdad presente). Sería una publicación de ocho páginas y su formato sería bien sencillo y modesto (15,5 por 24 cm).

El espíritu que animaba al joven predicador, y la determinación de gastarse y ser gastado en el servicio de Cristo, pueden ser aquilatados en un párrafo de una carta dirigida al hermano Stockbridge Howland, escrita el 2 de julio de 1848:—

Hoy está lloviendo y, por lo tanto, no corto heno. . . Siego cinco días para los incrédulos y el domingo para los creyentes, y descanso el séptimo día, por lo que me queda muy poco tiempo para escribir. . . Los Hnos. Holt, Juan Belden y yo hemos contratado cien acres de hierba para segar (unas cuarenta hectáreas) al precio de ochenta y siete centavos y medio el acre (unos cuatro mil metros cuadrados), quedando a nuestro cargo la manutención. ¡Alabado sea Dios! Espero reunir unos cuantos dólares para emplearlos en la causa del Señor.⁶



Cuando los primeros ejemplares estuvieron listos, se arrodillaron alrededor de las publicaciones y, con lágrimas, pidieron la bendición de Dios sobre aquellas páginas impresas — mensajeras de esperanza.

Jaime White, infatigable en su lucha por publicar y difundir la verdad, acostumbraba caminar aproximadamente 25 kilómetros diarios para poner en marcha la edición de *Present Truth*.

Cuando los primeros mil ejemplares estuvieron listos, los llevó a su casa, y un pequeño grupo de creyentes se congregó allí para pedir las bendiciones divinas sobre aquel humilde comienzo.

Nos arrodillamos junto a los periódicos, y, con humilde corazón y muchas lágrimas, suplicamos al Señor que otorgase su bendición a aquellos impresos mensajeros de la verdad.

Después que doblamos los periódicos, mi esposo los envolvió en fajas dirigidas a cuantas personas él pensaba que los leerían, puso el conjunto en un maletín, y los llevó a pie al correo de Middletown [aproximadamente 13 kilómetros de distancia].⁷

En 1852 la familia White se mudó a Rochester, estado de Nueva York, donde establecieron la obra de publicaciones sobre fundamentos más firmes. Compraron una prensa manual por 652,93 dólares, y la instalaron en la avenida Mount Hope, n° 124. En ese lugar se estableció nuestra primera casa editora. El espíritu de sacrificio y renuncia que los inspiraba puede ser medido en las líneas que extraemos de una carta escrita por la Sra. White a la familia Howland.

Acabamos de instalarnos en Rochester. Hemos alquilado una casa vieja por ciento setenta y cinco dólares al año. Tenemos la prensa en casa. . . Nada nos importan las privaciones con tal que adelante la obra de Dios. Creemos que la mano del Señor nos guió en llegar a esta población. Hay un amplio campo de labor, pero pocos obreros. El sábado pasado tuvimos una excelente reunión. El Señor nos refrigeró con su presencia.⁸

Así comenzó la obra de publicaciones. Fue una empresa en la cual se conjugaron varios factores: fe inquebrantable, oraciones fervorosas, lágrimas abundantes y agotadores esfuerzos de naturaleza física e intelectual. La bendición celestial acompañó a la iniciativa tomada por los pioneros, y Dios recompensó sus luchas y sacrificios, no con bienes percederos, sino con inmensas alegrías espirituales.

Desde el punto de vista humano, la posibilidad de transformar una pequeña y humilde publicación en una empresa de alcance internacional, podría considerarse como una idea visionaria, un sueño irrealizable. Sin embargo, aquella visión histórica se cumplió con impresionante exacti-

tud. Al visitar las instalaciones de nuestras casas editoras dispersas por todos los cuadrantes de la tierra, al oír el ruido cadencioso de sus veloces prensas, al sentir el olor de la tinta usada en la impresión de centenas de millares de libros y revistas, recordamos que una joven señora, en 1848, con la luz de la inspiración, vislumbró que las publicaciones adventistas iluminarían la tierra con los fulgores de la verdad.

“No desprecies este humilde comienzo”⁹, dijo en esencia el profeta Zacarías. En 1848 Jaime White transportó en un pequeño maletín todas las publicaciones producidas entonces por la iglesia. En 1981, cien millones de dólares en libros y revistas producidos por nuestras editoras fueron transportados por pesados camiones, veloces trasatlánticos y ruidosos aviones, que cubrieron el globo en consonancia con las palabras del antiguo himno:

*De heladas cordilleras, de playas de coral,
de etiópicas riberas, del mar meridional,
nos llaman afligidas, a darles libertad,
naciones sumergidas en densa oscuridad.*¹⁰

El modesto costo de las mil copias de la *Present Truth*, reunidas en el maletín de Jaime White, fue de 64 dólares y cincuenta centavos. El valor de los libros y revistas vendidos en 1981, de acuerdo con los registros del Departamento de Publicaciones de la Asociación General, excedió la suma de siete millones de dólares. Al considerar el tímido comienzo de 1848, y como el Señor guio la obra de publicaciones hasta la situación presente, podemos concluir con las palabras de David, diciendo: “Grandes cosas ha hecho Jehová con nosotros; estaremos alegres”.¹¹

Mensajeros de la paz

Con el transcurso de los años la obra de las publicaciones prosperó en gran manera. Las casas editoras, trabajando con mejores y más eficientes equipos, aumentaron su capacidad de producción. Sin embargo, la iglesia no poseía un sistema eficiente de distribución. Como consecuencia, el inventario acumulado en los depósitos de libros aumentó en forma desmesurada. Se hacía necesario un sistema capaz de acelerar eficientemente la circulación de estos silenciosos evangelistas: las publicaciones adventistas.

En 1879 Dios envió por medio de su mensajera el siguiente mensaje:

Algunas cosas de grave importancia no han estado recibiendo la debida atención en nuestras oficinas de publicaciones. Los hombres que desempeñan puestos de responsabilidad debieran haber elaborado planes por los cuales nuestros libros pudieran ser puestos en circulación y no continuar en los estantes, permaneciendo inertes después de salir de la prensa. Nuestros hermanos están atrasados y no se mantienen al paso con las oportunidades que la providencia de Dios abre.¹²

Si hay una obra más importante que otra, es la de presentar al público nuestras publicaciones, induciéndolo así a escudriñar las Escrituras.¹³

Estas palabras suscitaron preocupaciones y perplejidades. ¿Qué podría hacerse a fin de promover con mayor eficiencia la circulación de nuestros libros y la difusión de nuestras revistas?

Las casas editoras producían importantes cantidades de publicaciones que contenían la luz de la verdad. Sin embargo, el trabajo estaba incompleto. Faltaba, todavía, la figura heroica y casi legendaria del colportor evangélico.

Una gran idea

Bajo el vidrio de la mesa de trabajo de un inquieto periodista, se leía la siguiente oración: “Oh, Dios, dame hoy una gran idea, y perdóname por la mediocridad de las ideas de ayer”.

En el congreso de la Asociación General, celebrado en 1880, un hombre que ahora ocupa un lugar en el panteón de los héroes del adventismo, presentó una gran idea. Jorge King, exhibiendo los dos libros escritos por Urias Smith —*Thoughts on Daniel* (Pensamientos sobre Daniel) y *Thoughts on Revelation* (Pensamientos sobre Apocalipsis)—, se esforzó en persuadir a los delegados allí reunidos, de que deberían ser publicados en un solo volumen, de tamaño mayor, ilustrado y encuadrado de manera atractiva, en tela o en cuero. “¡Oh! ¡Si tan sólo tuviéramos un libro! —argumentó King—. ¡Un libro que pudiéramos vender con orgullo al público en general!”

Jorge King había tenido éxito en la venta de libros sobre salud publicados por editoriales seculares. Ahora, después de estudiar los consejos de la inspiración, estaba convencido de que con un libro atractivo, que contuviese el mensaje de Dios, podría acelerarse grandemente la divulgación del mensaje adventista mediante la página impresa.

El entusiasmo de King contagió a los delegados. En forma unánime, aprobaron la adopción de la nueva idea. Los dos libros fueron publicados en el único volumen y encuadernados en tela azul y verde y en cuero marroquín, con cantos dorados o jaspeados. Cuando estuvieron listos, los editores, dirigiéndose a Jorge King, dijeron: “Aquí están los libros. Llévelos y véndalos”.

King tomó un volumen recién salido de la encuadernación e inmediatamente lo vendió al primer cliente, un joven llamado Weeb Reavis. En poco tiempo la tirada de este libro se agotó. Nuevas y sucesivas ediciones fueron producidas, y fueron vendidas a su vez por King y otros que posteriormente se le unieron en este nuevo y exitoso programa de distribución y circulación de las publicaciones adventistas.¹⁴

Con este nuevo plan de acción misionera —el ministerio de la página impresa— la iglesia inauguró una nueva y triunfante etapa en su agitada y fascinante historia.

*¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, el que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!*¹⁵

A fin de que podamos entender en toda su significación las palabras del profeta, debemos interpretarlas en su contexto histórico. Los habitantes de Jerusalén deseaban la paz con sus tradicionales adversarios. El centinela aguardaba ansiosamente la llegada del mensajero que anunciaría el fin del cautiverio babilónico. Y he ahí que súbitamente surge, sobre la silueta de una montaña distante, trayendo las buenas nuevas, el mensaje de paz y liberación.

En efecto, con los pies incansables de miles de colportores —mensajeros de paz y esperanza— los libros, revistas y folletos producidos en las prensas adventistas son diseminados por todas partes. Sobre montañas de dificultades, luchas e incluso persecuciones, esos heraldos de la fe, sin alardes y sin ruido, anuncian con la página impresa las buenas nuevas, proclaman el Evangelio de la paz, y dan a conocer a los hombres la salvación de Jesús.

Esta obra extraordinaria, realizada por fieles colportores, héroes anónimos que actúan lejos de los reflectores del escenario religioso, están produciendo torrentes de luz que circundan la tierra.

La tierra iluminada

El vidente de Patmos describe uno de los acontecimientos más significativos de la historia humana. Contempló en visión el futuro y vio "a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria". Este mensajero celestial declara que la apostasía alcanzó su punto culminante; que Babilonia se convirtió en "habitación de demonios"; que todas las naciones, todos los intereses comerciales y todas las iglesias se amalgamaron en un monolítico conjunto de impiedad.

Casi simultáneamente, una voz del cielo invita a los sinceros adoradores del Dios vivo a "salir de ella". Babilonia será afligida a causa de sus pecados, y el pueblo de Dios debe huir de ella como Lot huyó de Sodoma antes que los juicios divinos cayeran sobre ella y la transformasen en escombros y cenizas.¹⁶

Es posible que algunos esperen que la descripción profética de Apocalipsis 18 se cumpla mediante la visita sobrenatural de un ángel que ilumine la tierra con su mensaje y su gloria. Sin embargo, a semejanza de los tres ángeles de Apocalipsis 14, el ángel del capítulo 18 constituye un símbolo. Dios confió a los hombres y no a seres celestiales la responsabilidad de proclamar el Evangelio redentor al mundo. Millones de voces anunciarán en todos los cuadrantes de la tierra la verdad divina para los últimos días. La luz ha de penetrar y disipar las tinieblas hasta que la tierra sea iluminada con la luz fulgurante del Evangelio. Multitudes preferirán las sombras a la luz, no obstante, de cualquier modo verán la luz, porque ésta refulgirá con gran esplendor.

Diferentes agencias y métodos se han de conjurar en este esfuerzo por iluminar la tierra con la gloria de aquel "otro ángel". Sin embargo, de modo especial, destacamos la influencia de las publicaciones producidas en nuestras casas editoras.

Es también, en gran medida, por medio de nuestras imprentas como debe cumplirse la obra de aquel otro ángel que baja del cielo con gran potencia y alumbró la tierra con su gloria.¹⁷

Con lenguaje inconfundible, la sierva del Señor destaca la relevancia de la obra de las publicaciones en nuestros días, diciendo:

Los libros y periódicos son los medios dispuestos por el Señor para tener constantemente el mensaje para este tiempo delante de la gente. En cuanto a iluminar y confirmar a la gente

*en la verdad, las publicaciones harán una obra mayor que el solo ministerio de la palabra hablada.*¹⁸

Los documentos, cuidadosamente seleccionados y clasificados en el Archivo Nacional de los Estados Unidos, llevan un sello con las palabras latinas: *Lettera Scripta Manent* (La palabra escrita perdura). Alguien se expresó apropiadamente así: "El predicador escribe sus palabras sobre el agua, pero el escritor las cincela sobre la piedra". La Sra. White reprodujo este mismo pensamiento, diciendo: "Un sermón puede predicarse y olvidarse pronto, pero un libro permanece".¹⁹

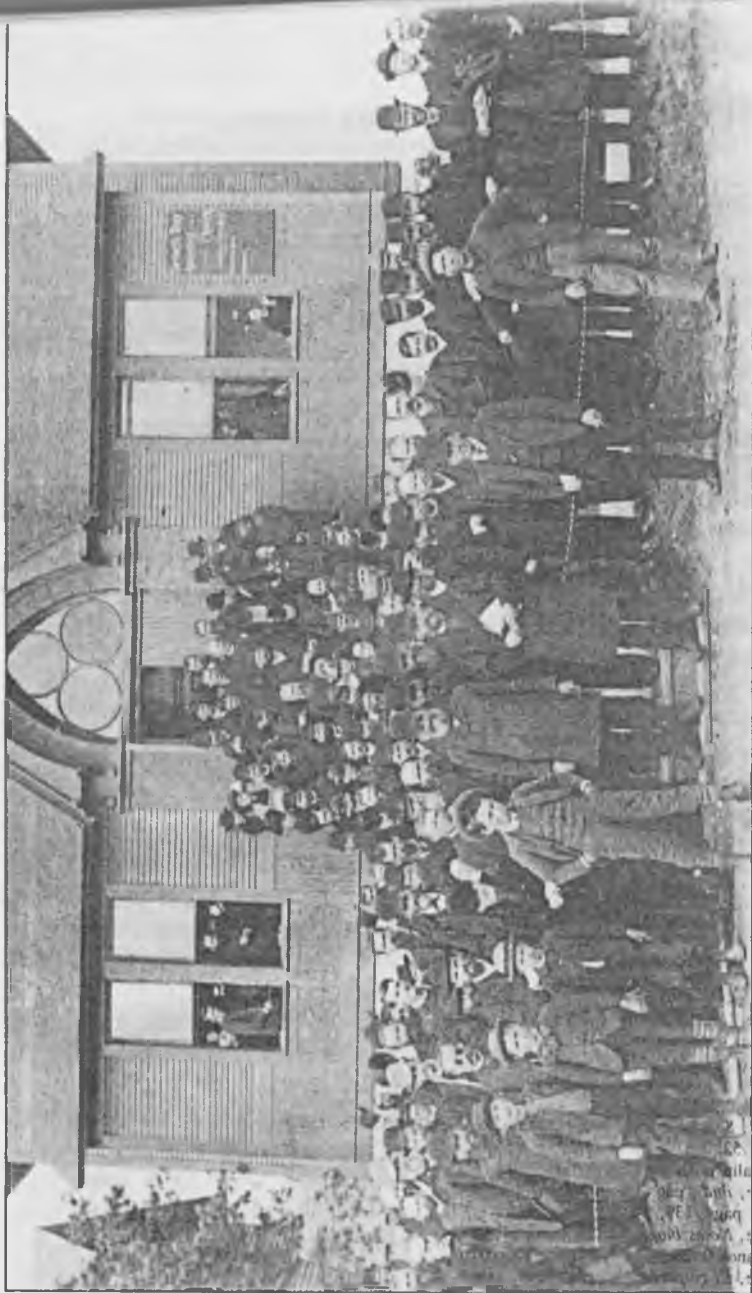
A pesar de los enormes obstáculos que se enfrentan en la proclamación del triple mensaje angélico, tenemos la promesa de que el Señor abreviará y completará su obra sobre la tierra.²⁰ "Más de mil personas se convertirán en un solo día —escribe la Sra. White—, la mayor parte de las cuales adjudicarán sus primeras convicciones a la lectura de nuestras publicaciones".²¹

¡Promesa preciosa! Enormes masas humanas llevadas a Cristo por la influencia iluminadora de nuestras publicaciones —la palabra que perdura.

En efecto, por medio de nuestras casas editoras y de la obra extraordinaria realizada por un ejército de indómitos colportores, la iglesia ha estado arrojando toneladas y toneladas de tinta sobre el enemigo del bien. Los resultados de esta obra trascienden los estrechos límites de la imaginación humana.

Referencias

- 1 Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, pág. 180.
- 2 J. H. M. D'Aubigné, *History of the Reformation*, t. 6, pág. 197.
- 3 White, *El colporteur evangélico*, págs. 39, 40.
- 4 *Ibid.*, pág. 15.
- 5 White, *Notas biográficas de Elena G. de White*, pág. 137.
- 6 *Ibid.*, pág. 119.
- 7 *Ibid.*, pág. 138.
- 8 *Ibid.*, págs. 156, 157.
- 9 Véase Zacarías 4: 10.
- 10 *Himnario adventista*, n° 446.
- 11 Salmos 126: 3.
- 12 White, *El colporteur* . . . , pág. 119.
- 13 *Ibid.*, pág. 17.
- 14 R. W. Schwarz, *Light Bearers to the Remnant*, págs. 155, 156.
- 15 Isaías 52: 7.
- 16 Apocalipsis 18: 1, 4.
- 17 White, *ibid.*, pág. 13.
- 18 *Ibid.*, págs. 139, 140.
- 19 White, *Notas biográficas* . . . , pág. 418.
- 20 Romanos 9: 28.
- 21 White, *El colporteur* . . . , págs. 209, 210.



Delegados que asistieron al histórico encuentro de Minneapolis, en 1888, cuando la discusión del tema de "La justificación por la fe" casi fracturó la unidad denominacional.

El justo por la fe vivirá

“Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá”. Romanos 1: 17.

Era un joven estudiante con un elevado cociente de inteligencia. Al observar su progreso intelectual, los profesores le vaticinaron un futuro promisorio y brillante. Después de haber concluido los estudios secundarios, ingresó en la universidad con el propósito de especializarse en leyes.

Mientras estudiaba en la universidad se intensificó un problema que lo angustiaba: la ausencia de paz interior. Perturbado por grandes inquietudes religiosas, sentía la conciencia acicateada por un constante y aplastante sentimiento de culpa.

Posteriormente, contrariando las aspiraciones del padre, abandonó la universidad y entró en un monasterio, animado por el anhelo de encontrar la paz tan indispensable para el corazón perturbado y afligido.

Creía en un Dios iracundo, severo e inclemente, cuya ira sólo podía aplacarse por medio de la rígida penitencia y la constante disciplina personal.

Pasaba incontables días inmerso en el mundo del silencio, absorto en profundas reflexiones sobre la naturaleza de Dios y su forma de relacionarse con el hombre. Ayunaba por lo menos cien días por año, en el invierno dormía desnudo sobre el piso frío, sin manta ni abrigo. Se levantaba dos o tres veces durante la noche para orar a Dios en silencio.

Conociendo las tensiones y angustias que lo oprimían, sus superiores le recomendaron la lectura de los escritos de Pedro Lombardo, Juan Duns Escoto y Tomás de Aquino, teólogos intérpretes del pensamiento escolástico-medieval. Finalmente, viéndolo frustrado en sus esfuerzos por encontrar la paz, lo enviaron a Roma.

Con la idea de acallar el clamor angustioso del alma, subió sobre sus manos y rodillas la legendaria escalera de Pilato, situada en una de las basílicas patriarcales de Roma. Repitió el *Pater Noster* (Padrenuestro) y besó cada peldaño, alimentando la esperanza de liberar así un alma del purgatorio. Empero, al llegar al vértice de la escalera, su mente fue iluminada por un pensamiento que mudó el curso de su vida y, posteriormente, modificó la corriente de la historia.

Un día —escribió Elena G. de White— . . . recordó de pronto estas palabras que como trueno repercutieron en su corazón: "El justo vivirá por la fe" (Romanos 1: 17). Púsose de pronto de pie y huyó de aquel lugar sintiendo vergüenza y horror. Ese pasaje bíblico no dejó nunca de ejercer poderosa influencia en su alma.¹

Ciertamente la dramática experiencia de Lutero se asemeja en algunos aspectos a la experiencia vivida por muchos adventistas durante los años formativos de la iglesia.

Cuatro décadas de historia

Los pioneros del movimiento adventista, Jaime White, José Bates, Hiram Edson y otros, creían en la suficiencia del sacrificio vicario de Cristo. Antes de identificarse con el adventismo, habían experimentado el gozo de la conversión en sus iglesias de origen. Temas fundamentales como el arrepentimiento, el nuevo nacimiento, la justificación por la fe, la gracia redentora, etc., ellos los consideraban como preciosas verdades evangélicas.

No obstante, en su ministerio daban especial realce a aquellas doctrinas que nos son peculiares, a las verdades que habían sido en ese entonces restauradas. Por causa de la ausencia de énfasis en la predicación de los grandes temas del Evangelio, fueron rotulados como legalistas y judaizantes —predicadores de la ley de Moisés como instrumento de salvación.

Las razones que justificaban aquel énfasis en la proclamación de las doctrinas características adventistas eran evidentes. A medida que al iglesia crecía, se multiplicaban los ataques contra ella. Proliferaban por todas partes un sinnúmero de publicaciones denunciando las "herejías" adventistas. La observancia del sábado pasó a ser el punto focal de las embestidas adversarias. Para invalidar la importancia del cuarto mandamiento,

los predicadores protestantes elaboraron argumentos artificiosos y refinados sofismas, en un esfuerzo inútil por probar que Dios modificó la ley o prescribió la vigencia del Decálogo.

Al refutar tales argumentos, los predicadores y escritores adventistas dedicaron demasiada atención a las doctrinas controvertidas, relegando inconscientemente a un plano secundario, temas vitales como Cristo y su justicia, la conversión, la justificación y la santificación.

Los artículos publicados en nuestras revistas y los sermones predicados en nuestras cruzadas de evangelización se inspiraban en un estilo polémico y combativo. Algunos de nuestros ministros se transformaron en hábiles polemistas. En debates memorables, con talento y brillo, lograban neutralizar los argumentos antinominianos, silenciando la arrogancia adversaria. Sin embargo, estas polémicas producían resultados escasos y limitados.

Preocupada por los constantes debates en los cuales se comprometían nuestros ministros, la sierva del Señor escribió: "Generalmente estas discusiones, ora sean orales o escritas, resultan en más daño que bien".²

En un histórico sermón predicado en 1888, la Sra. White exhortó: "Desechad el espíritu de controversia en el que os habéis estado educando durante años".³

En efecto, en estas inflamadas discusiones públicas, los relámpagos del Sinaí ofuscaban con frecuencia los fulgores del Calvario. Los triunfos personales alcanzados en estos debates alimentaban un espíritu de suficiencia propia, que fue responsable del naufragio espiritual de algunos de nuestros más talentosos obreros.

Hiram S. Case, después de un ministerio efímero, caracterizado por exaltadas confrontaciones con los adversarios de la iglesia, renunció al adventismo en 1854.

Moisés Hull, talentoso y elocuente evangelista, escritor prolífico, después de innumerables victorias conquistadas en memorables debates públicos, defendiendo la fe adventista, abandonó la iglesia y se identificó con el espiritismo.

B. F. Snook y W. H. Brinkerhoff, respectivamente presidente y secretario de la Asociación de Iowa, jamás disimularon el espíritu polémico y combativo que los animaba. En 1886 dejaron la iglesia y fundaron un movimiento disidente que proclamaba, entre otras excentricidades, la teoría universalista según la cual todos los seres humanos serán salvos.

Al calor de ásperos debates, D. M. Canright reveló brillo, retórica y elocuencia. Pero como resultado, se permitió ser dominado por un

espíritu infatuado y arrogante, que lo convirtió, después de su apostasía en 1887, en un mordaz, amargo e implacable adversario de la iglesia.

Aquellos que gustan de estar en tales discusiones —escribió Elena G. de White—, pierden generalmente la espiritualidad. No confían en Dios como deberían. Usan la teoría de la verdad para fustigar a sus oponentes. Los sentimientos de su propio corazón pecaminoso producen muchos argumentos hirientes usados como azote para irritar y provocar a los opositores. El espíritu de Cristo no tiene nada en común con esto.⁴

El énfasis que los adventistas daban en estos debates a la Ley y al sábado, producía la convicción generalizada de que creían más en la salvación por obras meritorias que por la fe en Cristo Jesús.

Es cierto que habían aceptado a Jesús cuando disfrutaron el gozo de la conversión. La gracia redentora era para ellos, por lo tanto, una experiencia viva, radiante y personal. No obstante, sin percatarse comenzaron a dar tratamiento preferencial a los temas que nos son peculiares, e inconscientemente relegaron a un plano secundario la proclamación de Cristo y su justicia. La preeminencia de Jesús fue imperceptiblemente ignorada. Los sermones, artículos y editoriales obedecían a una orientación gradualmente argumentativa y cada vez menos cristocéntrica.

Como resultado, la iglesia sufrió las consecuencias nefastas de un gran sopor espiritual que precipitó la crisis de 1888, uno de los capítulos más sombríos de la historia del adventismo.

Si los ministros adventistas hubiesen proclamado los truenos del Sinaí y su relación con los fulgores del Gólgota, no habrían sido atacados con tanta vehemencia por adversarios gratuitos, y las cuatro primeras décadas de nuestra historia habrían sido ahora consideradas por los historiadores como un período fecundo, caracterizado por la piedad, el fervor y la dedicación de sus miembros a los ideales de la cruz.

La crisis entre dos revistas

La tendencia legalista revelada en el púlpito y en la experiencia de los adventistas en general, se reflejaba también en los libros, revistas y folletos publicados por nuestras editoras.

La vigencia de la Ley de Dios, la santidad del sábado, la inmortalidad incondicional, las profecías y la escatología, eran los temas prefe-

ridos por los escritores adventistas. La justificación por la fe, aunque era considerada como una importante verdad bíblica, no recibió un tratamiento prioritario.

Al investigar los números de la revista oficial de la iglesia —*Review and Herald*— publicados en aquel período, descubrimos una alarmante y sintomática pobreza de artículos sobre Cristo y su obra redentora.

En 1877 salió a la luz el libro *The Biblical Institute* (El instituto bíblico). Era una obra de 352 páginas, publicada con el propósito de explicar en forma sistemática la teología adventista. Sin embargo, sorprendentemente, no encontramos en este libro ninguna mención de la salvación por la fe en Jesús.

Asomó, empero, en el seno de la iglesia, un hombre que prestó una relevante e inolvidable contribución a la causa del adventismo: J. Harvey Waggoner. Aunque tenía tan sólo seis meses de educación formal, se mostró extraordinario autodidacta. Compensó sus limitaciones académicas mediante un intenso y disciplinado programa de estudio personal.

Antes de aceptar el mensaje adventista, había sido bautista y editor de un pequeño diario de orientación política en el estado de Wisconsin.

Como adventista, demostró ser un talentoso evangelista y un versátil escritor. Deplorando la ausencia de énfasis en la proclamación de Cristo y su poder redentor, escribió en 1874 un serie de artículos en la revista *The Signs of the Times* sobre Cristo, la esperanza del mundo.

En 1881 en sustitución del fallecido editor de la revista, pastor Jaime White, decidió que como parte de su política editorial publicaría en cada número, si fuera posible, un artículo sobre la gracia redentora de Cristo. Para ayudarlo, solicitó los servicios de dos nuevos asistentes: su hijo médico, Ellet J. Waggoner, con poco entusiasmo por la medicina y acentuado interés por los temas teológicos, y Alonzo T. Jones, un ex militar que se convirtió a Cristo.

Ambos determinaron exaltar en sus escritos los “atractivos incomparables” de Cristo. Reiteraban con convicción que “nadie tendrá acceso al cielo, sin el manto immaculado de la justicia de Cristo”. Y en sus artículos editoriales acentuaban que “este manto no puede ser comprado, y tampoco obtenido por obras meritorias”, “somos salvos por la fe, sin las obras de la ley”.⁵

Este énfasis, exhibido en las páginas de la revista *The Signs of the Times*, suscitó una creciente preocupación y alarma en el seno de la iglesia. Muchos entre los adventistas (e incluso entre los dirigentes) se

habían identificado inconscientemente con el pensamiento de que somos justificados por la fe en Cristo más las obras de la ley.

Como resultado, se interpuso un abismo entre la *Review and Herald*, revista oficial de la iglesia, y *The Signs of the Times*, nuestra publicación misionera.

Bajo la orientación editorial de Urias Smith, la *Review and Herald* defendía una posición legalista, una especie de sinergismo o semipelagianismo. La revista *The Signs of the Times*, bajo la dirección de J. H. Waggoner y sus dos asistentes, defendía una posición diametralmente opuesta y exaltaba el principio *sola fide* (solamente por fe), aclamado por los predicadores de la Reforma.

En 1886 Urias Smith publicó un artículo escrito por O. A. Johnson, en el cual, según el autor, la ley mencionada en la carta a los Gálatas, era la legislación ceremonial.

La interpretación de Johnson fue inmediatamente refutada con ardor por E. J. Waggoner, en un artículo publicado en las páginas de la revista *The Signs of the Times*, donde defendía la exégesis de que la ley presentada por Pablo en esa epístola no era la legislación levítica, sino el Decálogo proclamado en el Sinaí.

Y así se desató una irritante controversia entre dos revistas denominacionales, dividiendo la iglesia en dos partidos antagónicos.

Alarmada con el debate y sus efectos ruinosos, la Sra. White, que se hallaba entonces en Europa, escribió a los dos grupos litigantes, reprendiéndolos por divulgar sus diferencias. En una carta dirigida al Dr. Waggoner se expresó así:

No vacilo en decir que usted cometió un error. Ud. se ha apartado de las directrices positivas que Dios dio sobre este asunto, y tendremos como resultado tan sólo perjuicio. . .

Debemos mantener ante el mundo un frente unido. Satanás triunfará viendo diferencias entre los adventistas del séptimo día. . .

¿Qué piensa usted acerca de mis sentimientos al ver nuestras dos principales revistas envueltas en controversia? Conozco cómo llegaron a la existencia y sé lo que Dios ha dicho sobre ellas, que son una, que no debe haber disensiones entre estos dos instrumentos divinos. Son una, y deben permanecer unidas, alentando el mismo espíritu, ejerciendo la misma obra, a fin de preparar un

*pueblo para subsistir en el día del Señor, unidas en fe, unidas en propósito.*⁶

En efecto, la semilla de la controversia produjo poco después, en el congreso de 1888, una cosecha amarga y dolorosa. Un estudio de la historia de las cuatro décadas que antecedieron al importante encuentro de 1888, nos permiten las siguientes conclusiones:

1. Que la doctrina de la justificación por la fe, aunque jamás había sido refutada o rebatida, no ocupó un lugar conspicuo en el esquema doctrinario adventista durante aquellos años.

2. Que las exhortaciones de la Sra. White contra los peligros de un evangelio carente de Cristo, no encontraron en el seno de la iglesia la resonancia que se esperaba.

3. Que las enseñanzas inspiradas en el principio protestante *sola fide* fueron recibidas con preocupación y desconfianza, incluso por algunos dirigentes de la Asociación General.

4. Que estas circunstancias conjugadas precipitaron la eclosión de la crisis en Minneapolis, encuentro histórico cargado de conflictos, tensiones y emociones.

El congreso de 1888

La creciente controversia entre el inconsciente legalismo de algunos y el principio *sola fide* defendido por otros, encontró su clímax en el histórico congreso de Minneapolis, celebrado entre el 17 de octubre y el 4 de noviembre de 1888.

En aquella oportunidad se reunieron 90 delegados (incluyendo tres procedentes de Europa), que representaban a 27.000 adventistas dispersos en el viejo y nuevo continentes.

El encuentro fue precedido por un concilio ministerial, realizado del 10 al 17 de octubre. Esta reunión preparó el ambiente para la gran y exacerbada batalla que casi fracturó la unidad de la iglesia.

La divergencia de ideas y la radicalización de conceptos se evidenció incluso en la discusión de temas no relacionados con la justificación por la fe. En un estudio sobre el capítulo 7 de Daniel, como objeción a la opinión defendida por A. T. Jones, Urias Smith afirmó que los hunos representaban uno de los diez reinos simbolizados por los diez cuernos de la "bestia espantosa y terrible". Jones rechazó con energía las conclusiones de Smith, e insistió en que una correcta exégesis excluiría a los hunos y en su lugar pondría a los alamanes.

Smith declaró con modestia que su interpretación no era original, pues se apoyaba en la opinión de varios eruditos. Ante esta afirmación, Jones, con rispidez y cortante ironía, declaró: "El pastor Smith os ha dicho que él no sabe nada acerca de este asunto. Yo sí sé y no quiero que me culpen por lo que él no sabe".⁷

La interrupción de Jones actuó como chispa, inflamando los ánimos y separando definitivamente los grupos antagónicos. La Sra. White reprendió a Jones por haberse expresado en forma tan áspera, y exhortó a los delegados a manifestar una actitud más tolerante, cordial y cristiana. Sin embargo, su apelación no encontró la resonancia que era de esperarse.

Divididos entre "hunos" y "almanes" (estas dos expresiones pasaron a ser usadas para identificar a los grupos litigantes), terminaron las tareas del concilio ministerial, y poco después iniciaron en el congreso de la Asociación General el estudio y la discusión del tema de la justificación por la fe, en el contexto del triple mensaje angélico. Los ánimos parecían demasiado exacerbados para un estudio sereno del gran tema que dividía entonces a la iglesia en forma aparentemente irreconciliable. Era evidente que los delegados estaban divididos en tres grupos, a saber:

1. Quienes aceptaban el mensaje *sola fide* (solamente por fe) o *sola gratia* (solamente por gracia) como preciosa experiencia religiosa, y creían imperativo el participar con los demás del gozo y las alegrías resultantes de la comprensión de este tema.

2. Quienes resistían este mensaje y consideraban peligrosas las "nuevas ideas" incubadas en las páginas de la revista *The Signs of the Times*. Creían que el mensaje de la justificación por la fe, tal como se lo estaba interpretando, podría ser el comienzo del fin del movimiento adventista. Repetían con vigor: "Permanezcamos fieles a los hitos antiguos".

3. Un tercer grupo se caracterizó por la neutralidad o la indecisión. Procuraron concordar al principio con un lado, después con el otro, y terminaron confusos, perplejos y desorientados.

Los dos principales exponentes de la predicación de "solamente por fe", representantes del primer grupo, se caracterizaban por la diversidad. El Dr. Waggoner era de baja estatura, introvertido, refinado y erudito. Jones, por el contrario, era alto, rudo e impetuoso, un autodidacto lleno de erudición bíblica e histórica. Waggoner era suave y afectuoso; Jones era precipitado y sutil.

Urias Smith, veterano escritor y jefe de Redacción de la *Review and Herald*, líder del segundo grupo, consideraba que las ideas presentadas

por estos dos predicadores eran una seria amenaza a la iglesia. Para él el problema era básicamente filosófico. ¿Si somos salvos solamente por la fe, qué necesidad tenemos de guardar la Ley? Al no poder discernir la diferencia entre la fe y las obras, terminó afirmando que la interpretación de Jones y Waggoner conspiraba contra la importancia de la Ley y de la institución del sábado.

G. I. Butler, presidente de la Asociación General, no asistió al congreso de Minneapolis. Su esposa había sufrido un derrame cerebral y él mismo se sentía física y mentalmente decaído. Sin embargo, aunque ausente, no ocultó su enorme preocupación por el nuevo énfasis que los redactores de la revista *The Signs of the Times* daban a la justificación por la fe. Envío cartas y telegramas a todos los amigos delegados, instándolos a rechazar las “nuevas ideas”. “Permaneced firmes del lado de los hitos antiguos”, repetía en cada carta.

El encuentro se caracterizó por un conflicto de personalidades, motivado no tanto por diferencias doctrinales irreconciliables, sino por la vanidad, el egoísmo y la dureza de corazón. Cuando más tarde estuvieron dispuestos a oír la voz de Dios y se humillaron, las diferencias teológicas desaparecieron.

Después de varios días de estudio y discusiones el congreso fue clausurado, y quedó flotando en el aire un sombrío sentimiento de confusión y pesar. En una carta escrita posteriormente, la mensajera de Dios se expresó así:

Me fue mostrado que la terrible experiencia de Minneapolis es uno de los capítulos más tristes en la historia de los creyentes en la verdad presente.⁸

Pero, a pesar de las tensiones, conflictos y frustraciones, ese congreso pasó a la historia como un acontecimiento memorable. Produjo una gran reforma en la iglesia, un efervescente reavivamiento entre quienes resolvieron aceptar los beneficios sublimes de la justificación en Cristo.

Después de 1888

Algunos salieron de ese encuentro con amargura, dispuestos a neutralizar el efecto de la predicación de Jones y Waggoner. Hubo inclusive un intento de impedir que ellos predicaran en el tabernáculo de Battle Creek.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, la paz y la unidad fueron restauradas. La Sra. White y los dos editores de la revista *The Signs of the Times* visitaron las iglesias por todas partes, y predicaron sobre la justificación por la fe. Al año siguiente, asistieron a las reuniones generales de reavivamiento en todo el país, y dieron especial énfasis a este mismo tema, al proclamar que "Cristo es todo en todo".

En 1890 se celebró un instituto bíblico, y en él Jones y Waggoner tuvieron una destacada participación. Se produjo como consecuencia un notable reavivamiento espiritual. Diversos pastores que se habían manifestado hostiles a las "nuevas ideas", aceptaron el mensaje, y públicamente se confesaron arrepentidos de haber rechazado la luz de Dios.

El 31 de diciembre de 1890 la Sra. White envió a Urias Smith un testimonio particular de trece páginas, donde denunciaba la debilidad de su experiencia cristiana. Una semana después, Smith solicitó una reunión especial con Elena G. de White y algunos dirigentes de la Asociación General. En ese encuentro leyó el testimonio que le había sido enviado, pidió que lo perdonaran por su obstinada resistencia, y se mostró dispuesto a proclamar con renovado fervor los "encantos incomparables" de Cristo y su justicia.⁹

En 1893 el pastor G. I. Butler, ex presidente de la Asociación General, en un artículo publicado en la *Review and Herald* bajo el título "Personal", confesó su errónea actitud mental frente al mensaje proclamado en Minneapolis.¹⁰

Jones y Waggoner, que antes del congreso de Minneapolis habían sido acusados como perturbadores de Israel, llegaron a ser aceptados como legítimos mensajeros suscitados por la Providencia para despertar a la iglesia y librarla de los efectos entorpecedores de un legalismo vacío, destituido de poder.

La Sra. White, animada por el afán de salvaguardar a la iglesia de los riesgos de caer otra vez en las redes de un evangelio sin Cristo, consagró su pluma a la producción de cinco preciosos libros: *Patriarcas y profetas*, *El camino a Cristo*, *El Deseado de todas las gentes*, *El discurso maestro de Jesucristo* y *Palabras de vida del gran Maestro*. La influencia extraordinaria de estos libros, reconocidos como clásicos en la literatura evangélica, han modelado el pensamiento adventista y preservado a la iglesia de los riesgos de un culto semejante a la ofrenda de Caín.

Referencias

¹ Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, pág. 134.

² White, *El evangelismo*, pág. 122.

³ Citado en Norval F. Pease, *Solamente por fe*, pág. 119.

⁴ White, *Testimonies*, t. 3, pág. 215.

⁵ Romanos 3: 28.

⁶ White, *Counsels to Writers and Editors*, págs. 75, 76, 78.

⁷ Citado en Pease, *ibid.*, pág. 113.

⁸ White, *Caria 179*, 1902; citado por A. V. Olson, en *1888-1901 - 13 Crisis Years*, pag. 43.

⁹ A. V. Olson, *ibid.*, págs. 97-107.

¹⁰ *Ibid.*, págs. 91-93.



Llamaradas de fuego de origen desconocido transformaron el inmenso hospital de Battle Creek en escombros, ruinas y cenizas.

Una espada de fuego sobre Battle Creek

“En visiones de la noche, vi un ángel de pie con una espada como de fuego extendida sobre Battle Creek”. Testimonies, t. 8, pág. 97.

El apóstol Pedro dirigió su primera epístola universal “a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia”.¹ Verdaderamente pocas declaraciones serían más adecuadas para expresar la situación de la iglesia en el mundo.

Durante años los cristianos que vivían en Jerusalén parecieron tan satisfechos con el privilegio de integrar la comunidad cristiana en aquella ciudad, que olvidaron que la gran comisión divina consistía en ir por todo el mundo. No les agradaba la idea de tomar voluntariamente el camino de la dispersión. Sin embargo, de manera providencial fueron expulsados de Jerusalén por la persecución, y se transformaron en peregrinos, exiliados y dispersos en todos los sectores del gran imperio.

Dios había dado a Adán la orden de fructificar, multiplicar y llenar la tierra, pero sus descendientes proyectaron la edificación de una ciudad con el propósito de mantenerse reunidos, impidiendo de este modo la dispersión. No obstante, Dios frustró sus intenciones esparciéndolos por toda la tierra. Lo mismo aconteció con la iglesia neotestamentaria. Jesús dijo: “Id por todo el mundo”, pero la iglesia se concentró en Jerusalén, descuidando el cumplimiento de su misión. El cristianismo sufrió entonces aquella persecución que culminó con el martirio de Esteban. Desde aquel tiempo hasta ahora, los cristianos han sido en todas partes nada más que “expatriados de la dispersión”, peregrinos y forasteros en un mundo entenebrecido por el pecado.

Jerusalén adventista

En las tres últimas décadas del siglo pasado, Battle Creek, pequeña y bucólica ciudad edificada sobre las márgenes del río Kalamazoo, en el estado de Michigan, se transformó en una nueva y fascinante Jerusalén. De todos los puntos cardinales llegaban a la ciudad fieles adventistas, animados por el deseo de gozar de los privilegios y alegrías de una vivencia en la capital mundial del adventismo. Como consecuencia, la ciudad creció vertiginosamente, llegando a ser en poco tiempo “una colonia adventista grande y crecientemente ingobernable”.²

En 1878 se formularon planes audaces para construir en la ciudad una inmensa catedral, capaz de contener a 3.400 adoradores. Gracias a la cooperación, generosidad y espíritu de sacrificio de muchos años, los sueños acariciados por los mentores de este proyecto se convirtieron muy pronto en realidad. El 20 de abril de 1879 el Tabernáculo Dime* fue solemnemente dedicado al culto divino en una ceremonia histórica. Con el transcurso de los años, el número de adoradores que se reunía en ese santuario creció en forma desmesurada, llevando a los dirigentes de la iglesia a dividir la Escuela Sabática en 163 clases diferentes para el estudio de la Palabra de Dios.

Preocupada por el constante flujo de adventistas que de forma ininterrumpida afluían a Battle Creek, Elena G. de White exhortó:

No es el plan de Dios que nuestro pueblo se concentre en Battle Creek. Jesús ordenó: “Vayan a mi viña. Salgan de los lugares donde no son necesarios. Planten la bandera de la verdad en ciudades y pueblos que no han oído el mensaje”.³

Los sucesivos pedidos presentados por la mensajera de Dios eran claros y objetivos:

Se anima a nuestra gente a establecerse en Battle Creek, y pagan su diezmo y prestan influencia para edificar una moderna Jerusalén que no responde al plan de Dios. En esta obra se priva a otros lugares de las facilidades que debieran tener. Creced, extendeos, sí; pero no en un solo lugar. Salid y fundad centros de influencia en lugares donde nada o casi nada se ha hecho.⁴

Expresándose con creciente vigor contra la formación de colonias adventistas escribió:

Pero el pueblo de Dios nunca ha de concentrarse en una gran comunidad como lo ha hecho en Battle Creek. Los que

*saben lo que significa sentir aflicción de alma nunca lo harán, porque sentirán la carga que Cristo llevó por la salvación de los hombres.*⁵

Usando como figura literaria el trasplante de árboles, se expresó así:

*Trasplantad algunos árboles de vuestro apretado almacigo. No se glorifica a Dios al concentrar tantísimas ventajas en un solo lugar. Necesitamos sabios agrónomos, capaces de trasplantar árboles a diferentes lugares y de proporcionarles todos los cuidados para que puedan crecer.*⁶

A pesar de las fervorosas advertencias dictadas por la inspiración, la corriente migratoria rumbo a Battle Creek continuó inalterada, precipitando una imprevisible explosión demográfica adventista.

Impresionante aglomeración de instituciones

A una cuadra del Tabernáculo Dime se levantaban los edificios de la Review and Herald Publishing Association, la editora mayor y mejor equipada en el estado de Michigan, donde funcionaban también las oficinas de la Asociación General. A unos dos kilómetros se alzaban el recién fundado colegio de Battle Creek con sus internados, la floreciente fábrica de productos alimenticios, el orfanato y el asilo para ancianos. Un poco más allá, en lo alto de una suave colina, se situaba el célebre y monumental sanatorio con sus mil obreros y empleados, bajo la administración brillante, aunque independiente, del Dr. J. H. Kellogg.

Esta impresionante aglomeración de instituciones y bienes patrimoniales en una sola ciudad jamás contó con el beneplácito divino.

*Les digo en el nombre del Señor —dijo Elena G. de White—, que cometerán un error añadiendo un edificio a otro; porque se están concentrando en Battle Creek demasiadas responsabilidades en un solo lugar. Si estas responsabilidades fueran divididas y colocadas en otras localidades, sería muchísimo mejor que amontonar tantas cosas en Battle Creek.*⁷

Sueños faraónicos y ambiciones no santificadas inspiraron sucesivas ampliaciones de los edificios ya existentes, transformándolos en gigantes ingobernables.

*No está en el plan de Dios —acentuó la pluma inspirada— que se gasten miles de dólares en ampliaciones y adiciones en las instituciones en Battle Creek. Ya hay demasiado allí ahora.*⁸

La constante modernización de equipos, el aumento de capital operativo y los gráficos demostrativos de las ganancias acumuladas, parecían más importantes que la piedad cristiana y la salvación de los perdidos.

Obcecada por la filosofía materialista del lucro, la casa editora aceptó un ventajoso contrato para la impresión de importantes trabajos para el Estado. De sus modernas prensas fluían publicaciones cuestionables, impresos de naturaleza discutible e incluso, propaganda de bebidas alcohólicas. Mientras tanto, los libros y las revistas que contenían el mensaje adventista parecían ocupar un lugar secundario en el programa de producción de la editora.

El sanatorio, bajo la administración carismática del Dr. Kellogg, perdía gradualmente las características que lo definían como una institución denominacional, volviéndose más y más un centro médico interdenominacional.

Además de este esfuerzo ecuménico, que procuraba cortar los vínculos que unían el sanatorio con la iglesia, Kellogg transformó la institución en un dinámico centro de irradiación de sus difusas y confusas ideas panteístas. Presentando a Dios como una mera esencia que permeaba el mundo natural, Kellogg se revelaba abiertamente contra el pensamiento teológico adventista que concibe a Dios como un ser con personalidad propia.

La Sra. White no ocultaba su angustia y perplejidad ante la situación prevaeciente en Battle Creek. La iglesia vivía sin duda un momento sombrío de su historia. El vigor misionero se había apagado. La apatía religiosa llevaba a los adventistas a descansar soñolientos a la sombra de sus grandes instituciones. Una falsa seguridad les hizo ignorar las vehementes súplicas que Dios enviaba por intermedio de su mensajera.

En un último intento por restablecer en una de las instituciones el fervor adventista, se llamó a C. H. Jones para asumir la gerencia de la Review and Herald. Sin embargo, conociendo la deplorable situación existente, declinó la invitación que se le había extendido.

Lamentando esta decisión, A. G. Daniells, entonces presidente de la Asociación General, informó que Jones había decidido no aceptar el llamamiento, pues veía a Battle Creek casi totalmente "en las manos del enemigo", y consideraba a la Review and Herald en la inminencia de ser destruida por el fuego como consecuencia de "sus grandes pecados".

En efecto, Jones parecía intuir los severos juicios divinos que en breve habrían de caer sobre la impenitente Jerusalén del adventismo.

Llamas de origen desconocido

Pocas semanas más tarde los adventistas concentrados en Battle Creek vieron, atónitos y perplejos, la acción devastadora de un gran incendio que destruyó completamente las instalaciones del sanatorio, la mayor institución denominacional.

En la fría mañana del 18 de febrero de 1902, lenguas de fuego de origen desconocido irrumpieron cerca de la farmacia del sanatorio, transformándolo en pocas horas en un inmenso holocausto.

A pesar del gran esfuerzo por contener la furia de las llamas, la guarnición del cuerpo de bomberos observó impotente la total destrucción del edificio principal de cinco pisos, un edificio anexo conocido como hospital de caridad y otras estructuras menores que ofrecían servicios de apoyo a las actividades generales de la institución.

Los cuatrocientos internados fueron providencialmente rescatados. No hubo desgracias personales que lamentar, excepto un paciente que imprudentemente decidió regresar al edificio en llamas para recuperar algunos valores que representaban economías acumuladas durante varios años. Este acto temerario le costó la vida.

El Dr. Kellogg, que había estado durante varios días en California, regresaba a Michigan. Al llegar a Chicago, recibió la infausta noticia de que la institución de sus sueños se había transformado en escombros. Hombre de voluntad férrea y espíritu inquebrantable, en lugar de detenerse en lamentaciones ociosas, entró inmediatamente en acción. Tomó el tren hacia Battle Creek y, con la asistencia de una eficiente secretaria, durante el trayecto trazó los planos para las nuevas estructuras que deseaba ver reedificadas. En la elaboración de estos planos, ignoró otra vez los consejos de Dios dados a través del espíritu de profecía.

En Elmshaven**, California, donde residía en ese entonces, Elena G. de White escribió: "Recibimos hoy la triste noticia del incendio de Battle Creek". Y en solidaridad con el pesar de los que sufrían con la destrucción del gran hospital, añadió: "Nos afligimos con aquellos cuyas vidas dependen de la institución. . . Verdaderamente podemos llorar con aquellos que lloran". Además, aprovechando la oportunidad, planteó un solemne interrogante que no fue tomado en cuenta por Kellogg y sus asociados: "¿Construirán ellos [los dirigentes del sanatorio] una institución gigantesca en Battle Creek, o tomarán en cuenta los propósitos de Dios, estableciendo instituciones en muchos lugares?"⁹

Kellogg, no obstante, insensible a las exhortaciones del espíritu de profecía, animado por un sentimiento altivo, decidió reconstruir sobre los escombros del viejo sanatorio otra gigantesca institución que jamás contó con el favor divino.

Y mientras los planos de la reconstrucción tomaban forma, se deterioraba la situación espiritual que prevalecía en la casa editora.

Además de las publicaciones cuestionables ya mencionadas, que contrariaban la orientación dada por la Asociación General, sus dirigentes aceptaron publicar un manuscrito preparado por Kellogg (*The Living Temple*) en el cual el autor presentaba ideas nebulosas, confundiendo la personalidad de Dios con el poder divino que se ve en la naturaleza: panteísmo.

Con esta decisión la suerte de la Review and Herald Publishing Association, la casa editora mayor y mejor equipada del estado de Michigan, parecía irreversiblemente echada. Sus dirigentes parecían no haber discernido en la tragedia del 18 de febrero de 1902, la voz de Dios que hablaba a través del fuego destructor.

“Un ángel con una espada de fuego”

Ocurrió el 30 de diciembre de 1902. Se aproximaba la hora del crepúsculo. Las sombras de la noche se extendían sobre Battle Creek.

No hubo en aquella hora vespertina señales de tormenta, ni se oyeron en el aire voces de lamento; ningún temblor en la tierra firme y segura. Sin embargo sería la última noche que envolvería con sus sombras los edificios de la Review and Herald Publishing Association.

A las 19:25 resonaron los tañidos del campanario del Tabernáculo Dime, que anunciaban a los adoradores la proximidad de la hora del culto de oración. Poco después repercutió un ruido estridente que quebró el silencio de la noche. Era el anuncio siniestro de otro incendio devastador.

En pocos instantes, inmensas lenguas de fuego, llamaradas incontrollables provocaron el desmoronamiento de las paredes de la Review and Herald y toda la estructura cayó sobre prensas descompuestas y chapas metálicas derretidas por la acción del fuego. Entre esas chapas estaban las matrices destruidas del libro *The Living Temple*, en el cual Kellogg defendía convicciones panteístas y exaltaba a la naturaleza en lugar del Creador.

En poco más de diez meses, dos grandes siniestros redujeron a cenizas las dos instituciones más importantes de la iglesia. Impresionado



Lenguas de fuego, incontrolables, precipitaron el espectacular desmoronamiento de las paredes de la casa editora Review and Herald.

con estas tragedias, el comandante del cuerpo de bomberos de Battle Creek se expresó así: "Hay algo extraño en los incendios adventistas; el agua actúa como si fuese gasolina".¹⁰

Muchos fueron inducidos entonces a reflexionar sobre las causas determinantes de estas dos grandes calamidades. Y mientras se sentía todavía en el aire el olor acre de los elementos destruidos por el fuego, los miembros de la junta administrativa de la Review and Herald, reunidos, tomaron las siguientes resoluciones:

- Primero, concordaban en no involucrar más a la institución en actividades comerciales.

- Segundo, que su única preocupación sería dirigir la institución teniendo en vista los intereses denominacionales.

Inmediatamente después de haber recibido la dolorosa noticia de lo que había ocurrido con la Review and Herald, Elena G. de White dirigió un mensaje a los adventistas de Battle Creek. Entre otras cosas, la mensajera de Dios escribió:

Recibí hoy una carta del pastor Daniells describiendo el incendio que destruyó la Review and Herald. Me siento entristecida al considerar la gran pérdida para la causa. Sé que éste es un momento muy difícil para los hermanos dirigentes y para los empleados de la institución. Me aflijo con todos los que se sienten afligidos. No me sorprendí, sin embargo, con la triste noticia, pues en visiones de la noche vi un ángel de pie con una espada como de fuego extendida sobre Battle Creek.¹¹

Se sucedieron extensas discusiones sobre las lecciones que debían extraerse de estos dos incendios. El colegio ya había sido trasladado a Berrien Springs, un año antes. Quedaba el Tabernáculo Dime, como última estructura, anunciando la presencia adventista en la ciudad. Pero en 1922, el Tabernáculo fue también devorado por las voraces llamas.

Con todo, los dos primeros siniestros fueron suficientes para vencer a los dirigentes y a la mayoría de los adventistas que Dios había hablado a través del fuego, indicando a la iglesia el desapacible camino de la dispersión. Le siguió un agitado período de desconcentración. Por todas partes en Battle Creek se veían carteles anunciando propiedades en venta. La sede de la Asociación General y la Review and Herald fueron trasladadas a la ciudad de Washington, D.C., y centenares de adventistas se dispersaron, llevando por todas partes la luz de la "bienaventurada esperanza".

Se desintegraba la gran colonia adventista. Y comenzaba a escribirse un nuevo capítulo de paz y prosperidad. Se cumplían las palabras inspiradas: "Creed en Jehová vuestro Dios, y estaréis seguros; creed en sus profetas, y seréis prosperados".¹²

* Tabernáculo Dime: Así fue llamado el templo de Battle Creek, porque fue construido gracias a una campaña de recaudación de monedas de diez centavos, llamadas "dimes".

** Elmshaven: última residencia de Elena G. de White, en Santa Helena, California.

Referencias

- 1 | Pedro 1: 1.
- 2 | Lewis R. Walton, *Omega*, pág. 11.
- 3 | Elena G. de White, *Testimonies*, t. 8, pág. 216.
- 4 | White, *Testimonios para los ministros*, págs. 254, 255.
- 5 | *Ibid.*, pág. 199.
- 6 | *Ibid.*, pág. 254.
- 7 | White, *Fundamentals of Christian Education*, pág. 224.
- 8 | *Ibid.*
- 9 | White, *Special Testimonies*, Serie B, nº 6, pág. 21.
- 10 | Citado por Walton en *Omega*, pág. 29.
- 11 | White, *Testimonies*, t. 8, pág. 97.
- 12 | 2 Crónicas 20: 20.

Las puertas del infierno no prevalecerán

“Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”.

S. Mateo 16: 18.

Durante un momento tempestuoso de nuestra historia denominacional, cuando la nave adventista surcaba las aguas agitadas de la crisis panteísta, el Dr. J. H. Kellogg, rebelándose contra la iglesia, pronosticó dramáticamente: “Estoy convencido de que la embarcación adventista del séptimo día se hará pedazos”.¹

Esta predicción sombría formulada por una de las figuras más destacadas de la iglesia en su período formativo, anunciaba el naufragio del movimiento adventista, el fin melancólico de la obra de fe iniciada en 1844.

Pero, ¿sería realmente el movimiento adventista una frágil embarcación predestinada a zozobrar en las procelosas aguas del océano de la historia?

Cuando el pastor D. M. Canright expresó, en una carta al presidente de la Asociación General, pastor G. I. Butler, su determinación de abandonar por tercera y última vez la iglesia, recibió de la Sra. White el siguiente mensaje:

Anoche tuve un sueño impresionante. Me parecía que Ud. estaba en una fuerte embarcación navegando por aguas muy agitadas. A veces las olas pasaban por encima del puente y Ud. quedaba empapado de agua. Ud. dijo: “Me bajaré; este barco se hunde”. “No —dijo alguien que parecía ser el capitán—, este barco va a llegar al puerto. Nunca se hundirá”. Pero Ud. contestó: “Seré arrebatado por las olas. No soy ni capitán ni



Un hábil Timonel conduce con mano firme y segura la nave adventista en medio del fragor de las olas.

segundo oficial, ¿a quién le importa lo que haga? Deseo aprovechar la oportunidad de llegar a ese barco que se ve más allá'. Dijo el capitán: "No le dejaré ir allí, porque sé que aquel barco encallará en las rocas antes de llegar al puerto". Ud. se enderezó y dijo con tono positivo: "Este barco ha de naufragar; lo puedo ver tan claramente como si ya hubiese sucedido". El capitán lo miró con ojo escrutador y dijo firmemente: "No permitiré que Ud. pierda su vida subiendo a aquel barco. Su maderamen está carcomido, y es una embarcación engañosa. Si Ud. tuviese más conocimiento, podría discernir entre lo espurio y lo genuino, lo santo y lo que está destinado a la ruina completa".²

A pesar de esta advertencia, Canright decidió abandonar la embarcación adventista para navegar bajo otra bandera. Lo animaba el afán de alcanzar prestigio y poder. Sin embargo, murió en la más conmovedora oscuridad. Se cumplían en forma dramática las palabras proferidas por la Sra. White: "Usted ha querido exaltarse demasiado, y realizar manifestaciones que llamaran la atención y hacer ruido en el mundo, y como resultado de esto, su ocaso ciertamente será en tinieblas".³

Empero, de esta experiencia dolorosa quedó la palabra de fe contenida en el testimonio: "Este barco va a llegar al puerto. Nunca se hundirá". Algunos años más tarde, en un artículo publicado en la *Review and Herald*, la Sra. White explicaba las razones que justificaban su confianza inquebrantable en el éxito de este viaje.

No hay necesidad de dudar ni de temer que la obra no tenga éxito. Dios encabeza la obra. . . y pondrá en orden todas las cosas. . . Tengamos fe en que Dios conducirá con seguridad hasta el puerto el noble barco que lleva al pueblo de Dios.⁴

No tenemos, pues, razones para temer por la suerte de este viaje, pues un hábil Timonel conduce con mano firme y segura la nave adventista en medio del fragor de las ondas, rumbo a su glorioso destino.

En este capítulo analizaremos, sin ocuparnos de los detalles, de algunas tempestades que con mayor o menor intensidad sacudieron la "embarcación de Sion", pero no lograron alterar su ruta.

Primeros vendavales

En sus primeras décadas, cuando la iglesia estaba todavía en su período embrionario, sucesivos vendavales parecieron conspirar contra su

*Review and Herald in lat.
1897
Murray's Inlet 4-2-1897*

futuro. Los fieles adventistas, remanentes del naufragio millerita, eran perturbados constantemente con la predicación de ideas extremistas y fanáticas. Con vehemencia la Sra. White censuró estos movimientos espurios que, además de confundir a los fieles, suscitaban oprobio para la causa de la verdad.

Al escribir acerca de sus primeras actividades, la mensajera del Señor describe un viaje que realizó con su esposo en 1850 a través de los estados de la Nueva Inglaterra, al este de los Estados Unidos. Muchos de los fieles adventistas sufrían aún el gran trauma producido por el chasco de 1844. Había entre ellos el ferviente deseo de descubrir la verdad en lo referente al retorno de Cristo, y en ese afán algunos se desorientaron siguiendo los caminos tortuosos del fanatismo. Elena G. de White escribió:

Debíamos hacer frente. . . [a una] clase de personas que pretendían estar santificadas, que afirmaban que no podían pecar; que estaban selladas, que eran santas y que todas sus impresiones y nociones constituían los pensamientos de Dios. . .

Pretendían sanar a los enfermos y hacer milagros. Tenían un poder satánico y fascinador, y sin embargo eran despóticos, dictatoriales y cruelmente opresivos.⁵

El fanatismo que tan peligrosamente agitó a la iglesia en aquellos primeros años, se manifestó en otras formas extrañas y sorprendentes:

Algunos se figuraban que la religión consiste en mucha excitación y ruido. . .

Había algunos que profesaban profunda humildad, y abogaban por la práctica de arrastrarse por el suelo como los chiquillos en prueba de su humildad. . .

En París, Maine, había algunos que creían que era pecado trabajar. . .

Se señalaron diferentes fechas para la venida del Señor y se hicieron insistentes esfuerzos para hacerlas adoptar por los hermanos.⁶

Aquellos fueron, efectivamente, días caracterizados por la agitación y la perplejidad. Satanás, sin embargo, fracasó en su esfuerzo calculado para arrastrar la embarcación adventista a un trágico naufragio. Una Providencia vigilante velaba sobre el barco y su preciosa carga.

Primera disidencia

En 1853 la iglesia sufrió sus primeras deserciones. H. S. Case y C. P. Russell, ministros adventistas, descontentos con los consejos que la Sra. White les envió, se apartaron criticando al matrimonio White por “exaltar los *Testimonios* sobre la Palabra de Dios”. Denunciaron la “existencia de errores y contradicciones en el espíritu de profecía” y al pastor White lo acusaron de haberse apropiado de ganancias indebidas con la venta de Biblias. Acogieron a todo elementos hostil a los adventistas del séptimo día y, especialmente, a la obra de la Sra. White. Varios ex ministros y un buen número de miembros comenzaron, con el sonido de trompetas y el agitar de banderas, a proclamar la necesidad de “derribar la tiranía establecida por la iglesia, anular la influencia del don de profecía, y apartar al pastor White y a su esposa de la posición que ocupaban”. Iniciaron la publicación de una revista (*Messenger of Truth*) en cuyas páginas reproducían extrañas y extravagantes ideas que violentaban los principios básicos de interpretación profética. En uno de sus números publicaron un artículo en el cual declaraban que los “dos cuernos semejantes a los de un cordero”, en la visión descrita en el capítulo 13 de Apocalipsis, representaban a Francia y a Inglaterra. Estas y otras descabelladas especulaciones exegéticas suscitaron acalorados debates entre ellos, dividiéndolos en grupos antagónicos, que los llevaron finalmente a su completa disolución. Uno de sus dirigentes se volvió espiritista, otro mormón, y los demás desaparecieron en medio del naufragio de un movimiento que jamás contó con el favor divino.⁷

Se cumplían en forma inapelable las palabras de Jesús: “Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada”.⁸

Aunque la primera tentativa abierta fuese un fracaso tan terrible —escribió Urias Smith—, el espíritu que caracterizó esta rebelión acechó de cerca a nuestra causa desde entonces hasta hoy, irrumpiendo de cuando en cuando según se ofrecía la ocasión. Explotó nuevamente en Michigan. . . Apareció también en Iowa. . . bajo otro nombre; y ahora está encontrando un campo favorable en Missouri. Pero, ¿qué clase de gozo puede encontrar alguien en una causa cuyos orígenes se encuentran en los pantanos de la revuelta?⁹

El grupo Marion

La disidencia en el estado de Iowa mencionada por Smith en el párrafo anterior fue encabezada por B. F. Snook y W. H. Brinkerhoff,

respectivamente presidente y secretario de la recién creada Asociación de Iowa. Después del congreso de la Asociación General celebrado en 1865, intentaron separar la Asociación que dirigían, discontinuando sus relaciones con la Asociación General. Oponiéndose a la estructura orgánica establecida y cuestionando la interpretación tradicional adventista en lo referente a los tres mensajes angélicos (Apocalipsis 14), llegaron en su creciente rebelión a rechazar la perpetuidad de la institución del sábado y a proclamar la teoría universalista, según la cual todos los seres humanos serán salvos. Al difundir tales ideas, perdieron su influencia y el movimiento se debilitó rápidamente.

Sin embargo, algunos de entre los disidentes, animados por el deseo de salvar su movimiento de una desintegración total, formaron el grupo llamado Marion, que se oponía en forma exacerbada a las visiones de la Sra. White y proclamaba las virtudes del sistema eclesiástico congregacional que concede a la iglesia local autonomía plena y final.

Este grupo más tarde dio origen a la llamada Iglesia de Dios del Séptimo Día, con sede en la ciudad de Denver, en el estado de Colorado. Aunque defendían la validez del sábado como institución divina, continuaron inflexibles en su obstinada oposición al don de profecía manifestado en la vida y obra de Elena G. de White.

Hoy, después de más de un siglo de existencia, la Iglesia de Dios del Séptimo Día constituye una organización eclesiástica integrada por un reducido número de comulgantes, que luchan por su propia supervivencia.

Hace algunos años, F. D. Nichol, entonces redactor de la *Review and Herald*, disfrutó del privilegio de un encuentro cordial con uno de los dirigentes de este grupo religioso. En el siguiente párrafo reprodujo un fragmento del amistoso diálogo que mantuvieron:

El dirigente de la Iglesia de Dios del Séptimo Día habló de la expansión de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, de sus escuelas, casas editoras e instituciones médicas, añadiendo después: "Vuestros hombres fueron de más visión que los nuestros y tuvieron planes mejores". A lo que respondimos: "No, nuestros hombres no fueron más sabios que los vuestros, pero tuvimos una frágil sierva de Dios en nuestro medio que revelaba las visiones de Dios, y nos decía lo que debíamos hacer y cómo nos convenía planear para el futuro". Ninguna otra explicación podría darse para justificar la vitalidad. . . del movimiento adventista en el mundo.¹⁰

Review and Herald, Great Agony 1877, pag. 3

La iglesia no es Babilonia

Después de la tormenta suscitada por Snook y Brinkerhoff, con sus consecuentes derivaciones, la embarcación adventista surcó aguas plácidas y serenas durante aproximadamente tres décadas. En este período de bonanza la iglesia enfrentó algunas crisis internas, aunque no surgió ningún individuo o grupo organizado con la pretensión de fracturar su unidad.

Sin embargo, al comienzo de la última década del siglo pasado, A. W. Stanton, un activo laico radicado en el estado de Montana, se rebeló ostensiblemente contra la iglesia y publicó un folleto titulado *The Loud Cry* (El fuerte clamor). Desilusionado con los dirigentes de la iglesia, declaró vehementemente que los adventistas se habían desviado tanto de la verdadera fe, que la iglesia se había transformado en Babilonia. Llegó el tiempo —dogmatizó Stanton— para que los fieles y sinceros adventistas suspendan su apoyo financiero a la iglesia y acepten la solemne invitación apocalíptica: “Salid de ella, pueblo mío”.

En sus catilinarias contra la iglesia reproducía innumerables textos del espíritu de profecía, los cuales, empleados fuera de contexto, eran distorsionados en su significado, y usados para comprobar el acierto de sus ideas. Envío a Australia a uno de sus asociados tratando de obtener una palabra de apoyo de la Sra. White. Sin embargo, la mensajera de Dios rehusó endosar los argumentos engañosos presentados por Stanton, y lo acusó sin rodeos de actuar bajo la engañosa influencia del archienemigo.

Hermano mío —escribió la Sra. White—: He sabido que usted pretende que la Iglesia Adventista del Séptimo Día es Babilonia, y que todos los que quieren ser salvos deben salir de ella. No es el único a quien el diablo ha engañado en este asunto. Durante los últimos cuarenta años, un hombre tras otro se ha levantado pretendiendo que el Señor lo ha enviado con el mismo mensaje; permítame que le diga, como les he dicho a ellos, que este mensaje que usted está proclamando es uno de los engaños satánicos destinados a crear confusión entre las iglesias.¹¹

En una carta escrita posteriormente a uno de los asociados de Stanton, exhortándolo acerca de los riesgos que corría oyendo la voz de un hombre, la Sra. White insertó el siguiente párrafo:

Amonesto a la Iglesia Adventista del Séptimo Día a que sea cuidadosa en la forma como recibe cada idea nueva y a los que

pretenden tener gran luz. La característica de su obra parece ser acusar y destruir. Escuchen los creyentes la voz del ángel que ha dicho a la iglesia: "Avanzad juntos". En la unidad está nuestra fortaleza. Amaos como hermanos, sed misericordiosos, sed cor-teses. Dios tiene una iglesia y Cristo ha declarado que "las puertas del infierno no prevalecerán contra ella".¹²

La publicación de una serie de cuatro artículos escritos por la Sra. White, bajo el título *La iglesia remanente no es Babilonia*, fue suficiente para neutralizar la rebelión y hacer abortar un movimiento espurio generado en el corazón de un hombre.

El movimiento de la "carne santa"

Los dos movimientos opositores de los estados de Iowa y Montana lograron poca repercusión en el seno de la iglesia. En ese entonces la población adventista en ambos estados era escasa y dispersa.

Sin embargo, en 1899, en el estado de Indiana, casi a la sombra de la sede de la Asociación General en Battle Creek, irrumpió un nuevo movimiento conocido como "carne santa". Al operar en una región caracterizada por una mayor concentración adventista, este movimiento alcanzó mayor penetración que los anteriores, y representó una amenaza a la unidad de la iglesia.

Crecía entonces entre los adventistas la convicción de que en breve vendría el refrigerio prometido —la lluvia tardía. El eco de los mensajes predicados en el Congreso de la Asociación General celebrado en Minneapolis, en 1888, repercutía favorablemente en muchos lugares, produciendo las evidencias de un creciente reavivamiento espiritual. A. F. Ballenger, predicador elocuente con talento y carisma, llevó a millares de adventistas a un clima de excitación mística con la presentación de su tema favorito: "¿Recibisteis el Espíritu Santo?"

En una ocasión, mientras predicaba este mismo sermón, Ballenger se expresó así: "Es demasiado tarde para pecar en pensamiento, palabras y acción; ha llegado el momento cuando debemos recibir el Espíritu Santo en toda su plenitud".¹³ Estas palabras repercutieron con gran resonancia en el corazón de S. S. Davis, un obrero del estado de Indiana. Al comienzo de su ministerio, Davis había tenido contacto con algunos cristianos pentecostales. Impresionado por su celo religioso y el entusiasmo carismático, declaró: "Ellos poseen el 'espíritu', pero nosotros

tenemos la verdad. Si tuviéramos el 'espíritu' que ellos poseen con la verdad que tenemos, realizaríamos grandes cosas".¹⁴

En 1898 la Asociación de Indiana pidió a Davis que condujese, como predicador itinerante, reuniones de reavivamiento espiritual. Con el apoyo de su presidente, R. S. Donnell, predicó en una gran tienda suscitando dentro de la Asociación un ambiente de inusitada excitación espiritual. Utilizaba innumerables instrumentos musicales —violines, tamboriles, flautas, cornetas y trompetas— a fin de crear las condiciones místicas imprescindibles para la aceptación de sus cuestionables enseñanzas. Instaba a los oyentes a levantar los brazos, a aplaudir y a gritar pidiendo la unción del Espíritu Santo.

Algunos caían postrados en este ambiente cargado de histerismo religioso. Estos eran llevados a la plataforma y rodeados por fieles que cantaban, oraban y saltaban, entre gritos y exclamaciones triunfales. Al retornar de este estado de postración y casi inconsciencia, se les informaba que habían pasado por la experiencia que Jesús vivió en el Getsemaní, en la noche que precedió a la crucifixión. Esta experiencia era la demostración tangible de que habían "nacido" como hijos de Dios. Estaban entonces plenamente purificados de todo el pecado, no poseían ya inclinaciones pecaminosas y la muerte no tendría poder sobre ellos; estaban así preparados para la traslación. Sin "la experiencia del Getsemaní —sentenciaba Davis, dogmático—, el creyente podrá alcanzar el cielo como hijo 'adoptado' por Dios, pero a través de la vía subterránea" experimentará el poder de la muerte. Aunque destituidos de apoyo escriturístico, esas ideas extravagantes conocidas como "doctrina de la carne santa", fueron ampliamente aceptadas por un gran número de miembros de la Asociación, inclusive el propio presidente.¹⁵

En el congreso anual de la Asociación, celebrado en 1900, estas enseñanzas fueron aceptadas por todos los miembros de la Junta Directiva, excepto dos o tres obreros. S. N. Haskell y A. J. Breed, que representaban a la Asociación General en aquel encuentro, no ocultaron su profunda preocupación por lo que vieron: reuniones alborotadas por una onda avasalladora de fanatismo, histeria mística y arrebatos emocionales incontrolables.

Siete meses más tarde, en el congreso de la Asociación General celebrado en Battle Creek, la Sra. White reprobó el movimiento diciendo:

He recibido instrucciones concernientes a las últimas experiencias de los hermanos de Indiana y a las enseñanzas que han

dado a las iglesias. El enemigo ha estado obrando a través de estas prácticas y enseñanzas para descarriar a las almas.

*Es errónea la enseñanza dada concerniente a lo que se llama la "carne santificada". Todos pueden obtener ahora corazones santificados, pero es incorrecto pretender que en esta vida se puede tener carne santificada.*¹⁶ Mensaje P. 10/17/35, 16

La Sra. White reprobó ese emocionalismo exacerbado que caracterizaba al movimiento de la Asociación de Indiana. "La agitación no favorece el crecimiento de la iglesia",¹⁷ observó la mensajera de Dios. El testimonio claro y directo fue aceptado por los pastores Donell, Davis y todos cuantos estuvieron identificados con la nueva enseñanza. Por sugerencia de los dirigentes de la iglesia, los líderes de la Asociación de Indiana renunciaron y fueron sustituidos por otros que no se habían mezclado con el fanatismo. Davis, sin embargo, años más tarde fue excluido de la iglesia. Posteriormente se trasladó a otro estado, donde aceptó la ordenación al ministerio que le ofreció la Iglesia Bautista.

La crisis panteísta

Entre las tormentas que sacudieron la nave adventista en su cruceo profético, ninguna alcanzó la magnitud que caracterizó las controversias entre J. H. Kellogg y la Asociación General. Durante años, como talentoso médico, escritor prolífico y eficiente administrador, prestó a la iglesia un servicio relevante. Permitted, sin embargo, que la simiente de la rebelión plantada por Satanás, germinara en su corazón, llevándolo a manchar su hoja de servicios y a luchar contra el mensaje.

Al comprender el peligro que lo asediaba, la Sra. White le envió solemnes mensajes de orientación y censura, pero, indiferente, continuó sus propios caminos. Contrariando los consejos de la inspiración, defendía la superconcentración de autoridad en el ámbito de la obra médica, hacía proyectos faraónicos e intentaba incluso controlar las decisiones tomadas por la Asociación General.

Insidiosamente comenzó a difundir enseñanzas que al principio parecían atractivas, corrientes e inofensivas, pero que acabaron resultando en evidente panteísmo. Con notable poder de persuasión presentaba a Dios como mera esencia que permeaba el mundo natural.

*Dios —escribió Kellogg— es la explicación de la naturaleza, que se manifiesta en medio de todos los objetos, movimientos y variados fenómenos del universo, y por medio de ellos.*¹⁸

En el congreso de la Asociación General celebrado en 1897, declaró con gran convicción:

*Esta fuerza que mantiene unidas todas las cosas, que está presente en todos los lugares, que palpita por todo el Universo, que actúa instantáneamente a través del espacio ilimitado, no puede ser otra cosa, sino el propio Dios. Cuán maravilloso es pensar que el propio Dios está en nosotros y en todo.*¹⁹

Ideas como ésta podrían llevar a muchos a buscar, no al Dios revelado en las Escrituras, sino a una mera esencia diluida en el mundo natural.

Esta filosofía conocida como panteísmo, con sus variantes, es defendida hoy por diferentes corrientes del pensamiento religioso. En la India, por el hinduismo; en la China, por el confucianismo y taoísmo; entre los seguidores de Olcott y Ana Besant, esta filosofía toma el nombre de teosofía; y entre los discípulos de Mary Baker Eddy, constituye la esencia de la Ciencia Cristiana.

Destacados predicadores, respetados médicos y conocidos educadores adventistas, a pesar de las restricciones presentadas por los dirigentes de la iglesia y de las afirmaciones inequívocas del espíritu de profecía, aceptaron las enseñanzas de Kellogg, produciendo una crisis sin paralelo en la historia de la iglesia.

La Asociación General recomendó a la Review and Herald Publishing Association que no publicara el libro *The Living Temple* (El templo viviente), en el cual Kellogg, utilizando sofismas y argumentos sutiles, defendía el culto a la naturaleza en lugar de la adoración al Creador del mundo natural. La casa editora, sin embargo, contrarió el consejo de la Asociación General y aceptó los manuscritos del libro. Cuando las chapas metálicas estaban ya prestas para la impresión, el juicio divino se hizo sentir y la casa editora se transformó en escombros y cenizas, como resultado de la acción devastadora de un incendio.

Los manuscritos fueron posteriormente enviados a otra editora que imprimió una gran tirada del libro *The Living Temple*, y de esta manera la cizaña del panteísmo se difundió con gran eficiencia y mayor repercusión.

Fue, sin embargo, en el concilio anual de la Asociación General celebrado en Takoma Park, estado de Maryland, en 1903, cuando la crisis alcanzó su punto culminante. A. G. Daniells, entonces presidente de la Asociación General, deseaba dedicar en ese concilio una atención especial a la obra de la evangelización. Empero, vio frustrados sus

planes, cuando advirtió que entre los presentes había unos diez obreros procedentes de Battle Creek, que habían comparecido para defender el pensamiento panteísta vertido en el libro *The Living Temple*. Durante un día entero las discusiones gravitaron en torno de las ideas de Kellogg y su libro. Muchos parecían confusos y perplejos. Eran aproximadamente las 21, cuando Daniells sugirió que las tareas del concilio fueran suspendidas, para ser continuadas al día siguiente. Al regresar al lugar donde se hospedaba, Daniells fue acompañado por el Dr. David Paulson, vigoroso defensor del pensamiento de Kellogg. Irritado por la firme disposición revelada por Daniells de combatir con vigor las nuevas ideas, con el dedo en alto, Paulson declaró:

*Usted está cometiendo la mayor equivocación de su vida. Después de toda esta agitación, un día de estos usted se va a encontrar arrollado en el polvo, y otro estará conduciendo las fuerzas.*²⁰

El pastor Daniells, aunque su rostro revelaba las evidencias de un gran agotamiento físico, respondió:

*No creo en su profecía. Como quiera que sea, preferiría ser arrollado en el polvo haciendo lo que creo en mi alma que es recto, que andar con príncipes, haciendo lo que mi conciencia me dice que es malo.*²¹

Deprimido por las ásperas disputas ocurridas durante el día, Daniells entró en su aposento y allí encontró un extenso y providencial mensaje que la Sra. White le había escrito. Con gran avidez Daniells leyó el manuscrito inspirado, en el cual se denunciaban los errores presentados en el libro *The Living Temple*. ¡Cuán sorprendentes son los caminos de Dios! El mensaje llegó en el momento exacto para salvar a la iglesia de un descalabro.

A la mañana siguiente, Daniells declaró a los delegados reunidos que había recibido un mensaje de la Sra. White. Con voz pausada y grave leyó el documento, del cual reproducimos las siguientes líneas:

Tened cuidado acerca de cómo sostenéis los conceptos de este libro en cuanto a la personalidad de Dios. Según el Señor me presenta los asuntos, estos conceptos no llevan la aprobación de Dios. Son una trampa que el enemigo ha preparado para estos últimos días. . .

En las visiones de la noche, este asunto me fue presentado claramente delante de un gran número de personas. Uno que

*tenía autoridad estaba hablando. . . Esta persona que hablaba puso en alto el templo viviente diciendo: "En este libro hay declaraciones que el doctor mismo no comprende. Muchas cosas están declaradas en una forma vaga e indefinida. . ."*²²

La lectura del manuscrito produjo unidad y separación. Unidad entre los que resolvieron aceptar los consejos enviados por la pluma inspirada, y separación del grupo que prefirió seguir sus propias convicciones, repudiando el testimonio inspirado.

Poco después la Sra. White envió a Daniells otro mensaje describiendo que, en visiones de la noche, le había sido mostrado un barco navegando en medio de densa cerrazón. De repente gritó el vigía: "¡Iceberg a la vista!" El bloque de hielo era de dimensiones gigantescas y se elevaba más alto que la embarcación. Una voz plena de autoridad exclamaba: "¡Hazle frente!" Sin vacilaciones el maquinista aceleró la velocidad y el timonel guió la nave rumbo al iceberg. Con gran ruido, el hielo fue quebrado y reducido a fragmentos. Los pasajeros fueron violentamente sacudidos, y el barco sufrió averías, pero con posibilidades de ser reparado.²³

De esta manera el movimiento adventista fue salvado en un momento de crisis, gracias a que una Providencia vigilante velaba sobre la iglesia y sus dirigentes.

El movimiento rowenita

El año 1916 fue para el mundo un año marcado por profundas angustias, aprensiones y temores. La Primera Guerra Mundial estaba en proceso. Los cañones de las naciones beligerantes continuaban sus actividades siniestras, ensangrentando los campos de la vieja Europa, dejando por todas partes ruina, miseria y desolación. La violenta batalla de Verdun, en Francia, una de las más encarnizadas en la historia de los conflictos armados, cobró un precio demasiado alto, haciendo caer por tierra las esperanzas utópicas en el "triunfo inevitable de la civilización".

También 1916 fue para la Iglesia Adventista un año tormentoso. La Sra. White, que durante más de setenta años había guiado el movimiento adventista en los momentos de prosperidad así como en las horas tempestuosas, ya no vivía. Entonces se levantó en la iglesia la Sra. Margarita W. Rowen, pretendiendo poseer el don de profecía. Por ello, afirmaba que debía continuar la obra extraordinaria y fecunda realizada por la mensajera de Dios. Habían transcurrido pocos meses desde la

muerte de la Sra. White, y parecía natural que se esperara la continuidad del don profético en la iglesia.

Con astucia y fraude, la Sra. Rowen se esforzó por persuadir a los adventistas del séptimo día de la legitimidad de sus pretensiones. Anunció haber visto en visión la existencia de un documento en los archivos de Elena G. de White, en Elmshaven (última residencia de la Sra. White), que la señalaba como el instrumento escogido por la Providencia para conducir una gran obra de reforma en los últimos días.

Con anterioridad, sin embargo, había convencido a uno de sus seguidores, el Dr. B. E. Fullmer, de que poseía un importante documento que había extraído furtivamente de los archivos del espíritu de profecía, cuando en una de sus visitas se le había permitido permanecer sola por algunos instantes, examinando los documentos custodiados por los Fideicomisarios del Patrimonio White. Descubrió —decía la Sra. Rowen— un papel firmado por la Sra. White, que la acreditaba como la mensajera escogida por Dios para dar continuidad al don de profecía.

Convencido de que se trataba de un documento auténtico, el Dr. Fullmer aceptó volver a ponerlo entre los demás papeles clasificados y guardados por la iglesia. Y tuvo éxito en su misión. Al visitar, con su esposa, los archivos de Elmshaven, la luz se apagó, y mientras el guía se apartó temporariamente para buscar una linterna, introdujo el documento entre los otros manuscritos allí guardados.

Más tarde, otro seguidor de la Sra. Rowen, un ex ministro adventista, durante una visita a los archivos de la Sra. White instó al pastor W. C. White a que examinara junto con él los archivos relacionados con los últimos años de la Sra. White. Y, en efecto, en la sección referente a 1911 encontraron el documento en cuestión, una página suelta, no archivada ni clasificada como las demás.

El pastor W. C. White, hijo de la Sra. White, se dio cuenta enseguida de que se trataba de un documento toscamente fraguado. Las medidas del papel no correspondían con las que caracterizaban a los demás manuscritos. Había sido mecanografiado con una tinta de color diferente. No estaba catalogado como los otros documentos y la "firma" de la Sra. White presentaba evidencias inequívocas de que se trataba de una falsificación.

Descubierto el fraude, la Sra. Rowen acusó inmediatamente al pastor W. C. White de haber forjado el documento para desprestigiarla y desalentar su ministerio.

Después de algunos años caracterizados por turbulencia y agitación, la Sra. Rowen hizo una temeraria predicción que, posteriormente, precipitó el fin de su influencia engañosa. Anunció que el fin del tiempo de gracia ocurriría el 6 de febrero de 1924, y que Jesús retornaría un año después, precisamente el 6 de febrero de 1925. Aproximadamente mil personas aguardaron el cumplimiento de la "bienaventurada esperanza". Al fracasar su predicción, se escondió por un tiempo, reapareciendo posteriormente con la explicación poco convincente de que no había entendido cuánto tiempo tardaría Jesús en su viaje hasta la tierra.

Algunos aceptaron las explicaciones de la Sra. Rowen. El Dr. Fullmer y otros, sin embargo, desengañados, denunciaron sus pretensiones proféticas y la acusaron de manipular deshonestamente miles de dólares enviados para promover las actividades del movimiento.

Al ver que su perfidia había sido descubierta, la Sra. Rowen y algunos asociados maquinaron, sin éxito, el asesinato del Dr. Fullmer. Fue condenada por intento de homicidio. Después de cumplir parte de su pena en la penitenciaría de San Quintín, estando en libertad condicional, intentó reorganizar sus actividades religiosas, pero no logró el éxito que esperaba. Al movimiento rowenita le ocurrió lo que a la hierba que "en la mañana florece y crece; a la tarde es cortada, y se seca".²⁴

El movimiento reformista

Simultáneamente con el movimiento rowenita en América del Norte, surgió en Alemania una disidencia que más tarde tomó el nombre de Movimiento de Reforma.

La Primera Guerra Mundial estaba en proceso. Las naciones beligerantes contemplaban con espanto y horror el conmovedor exterminio de miles de vidas. La inseguridad y el miedo prevalecientes favorecían el surgimiento de líderes carismáticos.

Johann Wick, joven adventista llamado para servir en el ejército imperial, se rehusó a ser vacunado. Juzgado por un tribunal militar, recibió como sentencia siete días de prisión. Mientras cumplía la pena impuesta, el 11 de enero de 1915 —declaró Wick— recibió del Señor una visión anunciando que con el florecimiento de los árboles de frutas con carozo (duraznos, ciruelas, cerezas, etc.), al comienzo de la primavera europea, terminaría el tiempo de gracia. El rechazo de esta visión —según Wick— sería la comprobación inequívoca de que la iglesia había caído del favor divino.

Envió a la casa editora de Hamburgo un artículo donde explicaba la visión con mayores detalles, pero los editores rehusaron publicarlo.

Wick desertó de sus obligaciones militares, y se refugió en la casa del anciano de la Iglesia Adventista de Bremen. Y de alguna forma logró los recursos financieros necesarios para publicar la visión en un panfleto que fue profusamente distribuido entre los pastores y los adventistas en general.

Surgieron otros "profetas" en diferentes lugares, que anunciaban "visiones" semejantes y conclusiones coincidentes. Sus mensajes giraban en torno de la idea de que se aproximaba el fin del tiempo de gracia y de que la Iglesia Adventista estaba en un proceso de apostasía.

Llegó, sin embargo, la primavera y con ella el encantador espectáculo de la floración de los árboles. . . y el evento anunciado por Wick y otros "profetas" no se materializó. Posteriormente, señalaron el 10 de mayo de 1915 como nueva fecha para el fin del tiempo de gracia. Otras fechas se anunciaron posteriormente sin que ocurriera nada tangible.

Pero los dirigentes de la rebelión, temiendo que el movimiento se disgregara como resultado del fracaso de sus predicciones, buscaron trabajosamente una nueva bandera de lucha y, sin mayores dificultades, encontraron el motivo que necesitaban.

Actuando con sorprendente independencia, tres destacados líderes en Alemania (L. R. Conradi, H. F. Schubert y P. Drinhans) entregaron a las autoridades un documento que anunciaba la disposición de los adventistas a participar como combatientes en el conflicto armado. Esta declaración significaba evidentemente un lamentable desvío de la posición histórica defendida por la iglesia.

Una copia del documento cayó en las manos de los disidentes y sobre él construyeron un intenso arsenal apologético, con el cual pretendían demoler la obra de fe iniciada en 1844.

Los ataques contra la iglesia se intensificaron. Con exacerbada vehemencia la acusaron de "apóstata", "ramera", "Jezabel", "Babilonia", "morada de todo espíritu inmundo" y otros crueles epítetos.

Terminado el conflicto mundial, los líderes del movimiento reformista se reunieron con los dirigentes de la Asociación General (entre ellos su presidente, el pastor A. G. Daniells), así como con los administradores de las tres uniones de Alemania. El encuentro ocurrió del 21 al 23 de junio de 1920, en el colegio adventista de Friedensau, Alemania.

Animado por el deseo de sanar la herida y consolidar la unidad de la iglesia, Daniells deploró el error cometido por los dirigentes nacionales.

Censuró también con tacto y prudencia las actividades de quienes usaban este argumento como pretexto para fracturar la unidad del adventismo.

Los dirigentes de la iglesia en Alemania (excepto el pastor Conradi) aprovecharon la ocasión para confesar sus errores y lamentar las consecuencias.

El pastor Daniells se dirigió entonces a los líderes del Movimiento de Reforma, extendiendo la mano de la reconciliación, y los invitó a abandonar el espíritu beligerante y a unirse a la familia adventista. Sin embargo, los ruegos del presidente no fueron tomados en consideración. Podría decirse que los vocablos “pacificación”, “reconciliación” y “unión” habían sido suprimidos del diccionario reformista.

Desde 1920 a esta parte los congresos generales del Movimiento de Reforma han sido frecuentemente tumultuosos, por causa de las ásperas controversias sobre normas y principios, de las exacerbadas acusaciones de naturaleza personal y de las apasionadas contiendas entre grupos que disputan el control del Movimiento.

Estas luchas intestinas, la ausencia de un claro “así dice el Señor” que dé autenticidad al Movimiento, y la inexistencia de una misiología definida, precipitaron en los últimos años un significativo éxodo de fieles que, rompiendo las ataduras que los unían a la Reforma, se unen ahora a la Iglesia Adventista. Para ellos las siguientes palabras inspiradas revisten un significado que antes no podían discernir:

*Por débil e imperfecta que parezca, la iglesia es el objeto al cual Dios dedica en un sentido especial su suprema consideración. Es el escenario de su gracia, en el cual se deleita en revelar su poder para transformar los corazones.*²⁵

Con el transcurrir de los años, las baterías apuntadas contra la iglesia de Dios perdieron gradualmente su poder demoledor. Divididos en grupos antagónicos, los reformistas contemplan hoy impotentes la lenta agonía de un movimiento sin causa.

Se cumplen en forma elocuente las palabras de Jesús: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”.²⁶

Robert D. Brinsmead

La agitación teológica suscitada por Robert Brinsmead fue gestada en el amargo vientre del Movimiento de Reforma. Nacido en el seno de una familia reformista, Robert se acostumbró desde niño a oír constantes

diatribas contra la iglesia. A los diez años de edad, sus familiares rompieron con la disidencia y se unieron a la Iglesia Adventista. Sin embargo, no lograron vencer el espíritu de crítica, de sospecha y de desconfianza, cultivado durante los años de identificación con el grupo disidente.

En 1955, Robert se matriculó en el curso de Teología del Colegio Adventista de Avondale, en Australia. En ese primer año escribió una monografía titulada *The Seal of the Holy Spirit* (El sello del Espíritu Santo). En ese trabajo refutaba el pensamiento adventista tradicional y defendía el argumento de que la "erradicación de los pecados" en el Santuario celestial, debe preceder al derramamiento de la lluvia tardía. Cuando cursaba el tercer año publicó otra monografía, de 131 páginas, titulada *The Vision By the Hiddekel* (La visión junto a las márgenes del Hiddekel). Con sorprendente virulencia afirmó que el "rey del norte", o poder papal, se estaba introduciendo gradualmente en el "glorioso monte santo", o movimiento adventista, y que la organización visible de la iglesia estaría en breve dominada por Babilonia. Sin embargo, un fiel remanente se levantaría en medio de la apostasía general para proclamar el "Evangelio eterno".

Esta monografía era una muestra del creciente antagonismo revelado por Brinsmead, tanto en sus discursos como por intermedio de sus escritos. Por esta razón el director del curso teológico, pastor N. C. Burns, le envió una carta cordial, aunque enérgica, invitándolo a interrumpir su programa de estudios en la institución.

Al retirarse de Avondale, con un entusiasmo digno de mejor causa, pasó a difundir sus ideas entre los adventistas de Australia y Nueva Zelanda, causando no poca agitación.

Al ver las iglesias agitadas y estremecidas por disputas interminables, el pastor F. G. Clifford, presidente de la División Australasiana, y otros dirigentes intentaron persuadirlo de no introducir más en las iglesias el fermento de la discordia. Sin embargo, indiferente a los llamados, continuó sembrando por todas partes la cizaña de la sedición.

Con mucha imaginación reformuló la interpretación tradicional adventista en lo referente a la "purificación del santuario". Asoció Levítico 16: 30 con Daniel 8: 14, e introdujo un nuevo tipo de "perfeccionismo", una versión más refinada de la herejía de la "carne santa" ya mencionada. Esta nueva enseñanza, conocida como "el llamado al santuario", fue usada como caballo de batalla en sus embestidas contra la iglesia.

Brinsmead veía una analogía entre el templo del alma y el antiguo tabernáculo con sus divisiones. El atrio exterior simbolizaba la conversión. Después de esta experiencia, el pecador era llevado a cruzar por fe la puerta de acceso al lugar santo, donde recibía la bendición del perdón, la regeneración y el refrigerio del Espíritu Santo, simbolizado por la lluvia tardía. Al avanzar en su experiencia cristiana, era conducido al Santísimo, lugar de perfección y juicio final. Esta etapa de la vida del creyente producía una nueva experiencia: el perdón de todo pecado, la liberación del sentimiento de culpa y la victoria completa sobre las tendencias pecaminosas.

Esta nueva "teología perfeccionista" fue recibida por muchos en Australia y en los Estados Unidos como un mensaje de Dios para el momento cuando la iglesia parecía haberse institucionalizado y sus miembros adormecidos por un alarmante espíritu conformista.

Al trasladarse a los Estados Unidos en la década de los sesenta, Brinsmead obtuvo el apoyo financiero de varios adventistas influyentes, dispuestos a promover la nueva enseñanza conocida como "el llamado al santuario".

No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes que sus íntimos colaboradores pudieran darse cuenta de los métodos inescrupulosos que empleaba para sustentar sus argumentos. Las declaraciones de la Sra. White eran constantemente mutiladas, adulteradas en su significado, o reproducidas fuera de su contexto, usándolas así fraudulentamente para defender sus ideas.

En uno de sus escritos acusó a la iglesia de haber rechazado en el Congreso de Minneapolis, en 1888, la doctrina de la salvación *de los* pecados, a fin de aceptar la posición protestante de la salvación *en los* pecados. Para fundamentar esta acusación reprodujo el siguiente párrafo atribuido a la Sra. White: "La luz del cielo fue rechazada con la misma obstinación que los judíos manifestaron cuando rechazaron a Cristo". En su forma original, sin embargo, esta cita de la pluma inspirada, es un tanto diferente: "La luz del cielo fue rechazada *por algunos* con la misma obstinación que los judíos manifestaron cuando rechazaron a Cristo".²⁷ (La cursiva fue omitida por Brinsmead.)

Explicó esta omisión atribuyéndola a un error de copia como resultado de la premura con que se procesó su publicación. Sin embargo esta frase evidentemente adulterada sirvió como argumento central en uno de sus conocidos panfletos: "Desarrollo antes y después del Congreso de Minneapolis".

manuscrito White 13

La explicación de Brinsmead no fue suficiente para disipar las dudas en torno de la honestidad de sus métodos. Procedimientos de esta naturaleza precipitaron su prestigio y el crepúsculo de su "obra reformadora".

Fue como un meteoro, cuyo fulgor tuvo corta duración y su "teología perfeccionista" trajo confusión y perplejidad, llevando a muchos de sus seguidores al desánimo, cuando percibieron que habían fracasado en el esfuerzo por alcanzar la perfección.

En 1971 sorprendió a su ya reducido círculo de admiradores, cuando en una de sus publicaciones, anunció haber abandonado la "teología de la perfección". Más tarde renunció a su creencia en la autoridad profética de Elena G. de White y, por intermedio de una publicación reciente, transformó la santificación del sábado en una práctica sin importancia, característica del culto judaico, destituida de significación universal.²⁸

Las palabras de Jacob dirigidas a Rubén, su hijo primogénito, definen apropiadamente el carácter inestable de Robert Brinsmead y de su teología: "Inconstante como las aguas".

Desmond Ford

Después de la perturbación desencadenada por Brinsmead y sus enseñanzas, la nave adventista volvió a navegar sobre un mar sereno. La ausencia de vientos contrarios preanunciaba un período de calma.

Sin embargo, una inesperada turbulencia volvió a sacudir a la "embarcación de Sion". El 27 de octubre de 1979 el Dr. Desmond Ford, profesor de Teología del Colegio Avondale, Australia, que servía en ese entonces como profesor visitante en el Departamento de Teología del Colegio Adventista del Pacífico (PUC), en California, Estados Unidos, pronunció una conferencia ante un grupo de intelectuales adventistas en la que desafió la validez bíblica de la doctrina del Santuario, uno de los fundamentos de la estructura teológica adventista.

Justificándose, recordó su experiencia bautismal acontecida 35 años antes en Australia, su país natal. Como miembro de la Iglesia Anglicana, se sintió atraído por los escritos de Elena G. de White, los que encendieron en su corazón la luz de la fe adventista.

Simultáneamente con esta lectura, se dedicó al estudio de la epístola a los Hebreos. En aquel discurso pronunciado en el PUC, declaró: "Al leer el capítulo 9 de la epístola a los Hebreos, reflexioné: 'Hay algo extraño en este capítulo. Su contenido no armoniza con la enseñanza adventista. Tenemos aquí un problema evidente' ". En su exposición admitió que la duda que lo asaltó entonces, no se disipó con el bautismo,

sino que siempre lo acompañó a lo largo de los 35 años que llevaba en el seno de la iglesia. Defendió la tesis de que el Día de la Expiación está tan íntimamente entretelado en los capítulos 9 y 10 de la epístola a los Hebreos que, cuando su autor describe a Cristo presentándose ante Dios en el lugar Santísimo después de su ascensión en el año 31 DC, lo hace para indicar en forma inconfundible que en ese momento comenzó el antitípico Día de la Expiación, y no en 1844. “Por lo tanto —dijo Ford en aquella oportunidad—, la enseñanza adventista sobre Daniel 8: 14 es totalmente insostenible”. Con todo, admitió la importancia del año 1844 en el surgimiento del movimiento adventista, al proclamar el “Evangelio eterno”.

El presidente del colegio, Dr. Jack Cassell, y el decano de la institución, Dr. Gordon Madgwick, preocupados por la repercusión de las ideas de Ford, y en consulta con los administradores de la Unión, decidieron concederle seis meses de licencia. Se le pidió que durante ese tiempo preparara una monografía para defender luego su exégesis ante una comisión especial que sería designada por la Asociación General.

El Dr. Ford y su familia se trasladaron a Washington, D.C., donde la Asociación General le facilitó una oficina, una secretaria, y le concedió libre acceso a los archivos de Elena G. de White. Durante los seis meses que le habían sido concedidos, preparó una voluminosa monografía de aproximadamente mil páginas, en la que defendió con intenso vigor y muchas inconsistencias la tesis de que “la doctrina del juicio investigador carece de fundamento bíblico”.

La Asociación General convocó una comisión integrada por 125 pastores, teólogos y administradores que representaban a la iglesia mundial para que, bajo la dirección del Espíritu Santo, analizara los argumentos invocados por Ford. La reunión se celebró en Glacier View, Colorado, del 10 al 15 de agosto de 1980. De los 125 invitados, estuvieron presentes 114, los cuales bajo la dirección del pastor N. C. Wilson, en un clima de cordialidad cristiana, oración y reverente investigación de la Palabra, estudiaron los nuevos conceptos defendidos por Ford a la luz de la exégesis histórica adventista.

Durante cuatro días esta comisión, dividida en siete grupos, se aplicó al estudio de la doctrina del Santuario —inamovible pilar de la fe adventista. Por pedido de algunos, se incluyó en el programa un período de una hora diaria de preguntas dirigidas al Dr. Ford, las cuales, debidamente respondidas, dieron a todos una comprensión más amplia de sus ideas y conclusiones.

De su extensa monografía, así como de las declaraciones formuladas en Glacier View, podemos resumir el desafío de Ford en tres áreas específicas:

1. La validez del principio día-año como elemento bíblico para la interpretación de la profecía de los 2.300 años. (En sus estudios hermenéuticos, Ford no acepta ya la relación día-año como principio de interpretación profética.²⁹)

2. La enseñanza tradicional adventista de que, en el contexto de Daniel 8: 14, son los pecados de los santos los que contaminan el santuario de Dios. (“Es el cuerno pequeño —declaró Ford—, no los pecados de los santos, lo que contamina el santuario”).³⁰)

3. La traducción de la palabra hebrea *nitsdaq* (purificados) en Daniel 8: 14. (En la página 349 de su monografía afirma que “el significado del verbo en Daniel 8: 14, no es específicamente ‘purificar’ sino ‘vindicar’”).³¹)

Al esforzarse por demostrar que su posición tenía el aval del espíritu de profecía, reprodujo algunos párrafos de los escritos de la Sra. White en los cuales ella afirma que Jesús después de su ascensión se dirigió “directamente al lugar Santísimo”. Pero los párrafos que reprodujo no resistieron la prueba cuando fueron debidamente escrudiñados. Estaban fuera de su contexto y aplicados en flagrante contradicción con sus extensas enseñanzas. (Véase *El conflicto de los siglos*, págs. 371, 461-485.) Si el Dr. Ford hubiese usado estos párrafos para señalar el libre acceso del pecador al Padre por medio de Cristo después de su ascensión, no tendríamos objeciones que presentar. Pero usarlos como argumento para negar la posición defendida por la Sra. White en lo tocante al comienzo, en 1844, de la segunda fase del ministerio de Cristo en el Santuario celestial, es algo que debemos denunciar como grosera violación de los principios de interpretación del texto inspirado.

En el último día del encuentro de Glacier View se discutieron dos documentos que resumen el pensamiento adventista en lo referente a Cristo y su ministerio sumo sacerdotal y el papel del espíritu de profecía en asuntos de naturaleza doctrinaria. Estos dos documentos reafirman la posición tradicional adventista (véase el apéndice). En ellos se refutaron las ideas de Ford y se reafirmó la exégesis tradicional adventista.

Después de algunas fervorosas súplicas dirigidas al Dr. Ford, animándolo a reconsiderar con oración sus ideas y conceptos en relación con el Santuario y su significado, el pastor K. S. Parmenter, presidente de la División Australasiana, leyó una carta dirigida a Ford, en la que formulaba cuatro importantes preguntas:

1. *¿Está Ud. dispuesto a reconocer la existencia de algunos puntos en su actual posición sobre la doctrina del Santuario y áreas relacionadas. . . que no armonizan con las "creencias fundamentales" de la iglesia. . . y, en consejo con los hermanos, está dispuesto a abandonarlas. . . dando a conocer su actitud por medio de una declaración?*

2. *¿Estará su predicación y enseñanzas, de aquí en adelante, en armonía con las "creencias fundamentales" de la iglesia, tal como fueron aprobadas en el Congreso de la Asociación General realizado en Dallas, en abril de 1980?*

3. *En vista de que sus ideas sobre la doctrina del Santuario y áreas afines son tan ampliamente conocidas, ¿está Ud. dispuesto a reconocer públicamente que el tema presentado en el Colegio Adventista del Pacífico, y su reciente manuscrito, en algunos aspectos no están en armonía con los fundamentos de nuestra fe, y que esas ideas deberían mantenerse inactivas, y no discutidas, a menos que, en el futuro, puedan ser consideradas compatibles con la posición y creencia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día?*

4. *¿Está Ud. preparado para cooperar con la iglesia usando la pluma, la voz y la influencia, a fin de restaurar la confianza en las "creencias fundamentales" de la iglesia, con el deseo de consolidar la unidad en Cristo y su iglesia?³²*

El presidente de la Asociación General, pastor Neal C. Wilson, que presidía las discusiones, sugirió que el Dr. Ford se tomara el tiempo que juzgase necesario para orar y reflexionar, antes de responder a las preguntas que le habían sido dirigidas por el presidente de la División Australasiana.

Reconociendo el espíritu fraternal que prevaleció durante las discusiones en torno de su tesis, el Dr. Ford expresó su profundo pesar por los problemas que había suscitado. Manifestó el deseo de continuar cultivando una relación amistosa con la iglesia, y reafirmó su inquebrantable disposición de luchar contra la idea de una eventual disidencia. Sin embargo, en relación con las preguntas formuladas por el pastor Parmenter, declaró que no necesitaba más tiempo para responderlas. Sentía que le era imposible contrariar su conciencia. Y comprendiendo perfectamente el alcance de su decisión, rechazó en forma categórica las condiciones claramente delineadas en las preguntas formuladas por Parmenter.

El encuentro de Glacier View llegó a su fin con una fervorosa oración dirigida al "autor y consumidor de la fe". Será recordado por los historiadores como un momento crucial en la historia del adventismo, cuando la iglesia demostró en forma elocuente que había alcanzado una extraordinaria madurez teológica.

Once días más tarde Ford envió una carta cordial al pastor Parmenter, en la que decía entre otras cosas:

Aprecié más de lo que las palabras pueden expresar, el gran esfuerzo hecho por la iglesia, con el objeto de conservar la unidad en la comprensión del mensaje del Santuario. . . Las reuniones de Glacier View estuvieron señaladas por el fervor y la dulce comunión cristiana. . .

Aprovecho esta oportunidad para declarar que prometo promover, defender y preservar la unidad de la iglesia, por la cual Jesús ardentemente oró. . .

Confío en la dirección de la iglesia y deseo dar a mis hermanos un apoyo inteligente y leal. Aprecié grandemente el espíritu abierto evidente en Glacier View, y nuestra disposición para continuar el estudio tan bien iniciado en aquel lugar. Amo esta iglesia y deseo verla cumpliendo el gran propósito para el cual la Providencia divina la trajo a la existencia.

Si esta carta llegase a usarse en forma pública, deberá reproducirse en su totalidad, a fin de aclarar a todos, dos puntos. Primero, que me propongo defender el cuerpo de Cristo, y estoy dispuesto a hacer lo mejor para, en buena conciencia, apoyar a la iglesia, evitando todo lo que pueda causarle daño. Segundo, que no puedo hacer concesiones en mi comprensión sobre temas doctrinales.³³

En esta carta es evidente la deliberada actitud de Ford para no responder a las preguntas que le habían sido formuladas por Parmenter. Sus convicciones estaban ya cristalizadas y sus conclusiones teológicas, en lo referente a la doctrina del Santuario, no armonizaban con las enseñanzas de la iglesia.

Cuando la Sra. White escribió sobre la doctrina del Santuario, se expresó así:

Se han presentado como verdades nuevas teorías que no eran verdades y el Espíritu de Dios reveló su error. A medida que se presentaban los grandes pilares de la fe, el Espíritu Santo les

prestaba su testimonio, y especialmente esto es cierto con respecto a las verdades del Santuario. . .

En el futuro surgirán engaños de toda clase, y necesitamos terreno sólido para nuestros pies. . . El enemigo presentará falsas doctrinas, tales como la doctrina de que no existe un Santuario. . .

Satanás está luchando continuamente para sugerir suposiciones fantásticas con respecto al Santuario, degradando las maravillosas imágenes de Dios y el ministerio de Cristo por nuestra salvación.³⁴

Las discrepancias teológicas existentes entre Ford y la iglesia, determinaron la posterior cancelación de su credencial ministerial. Con el apoyo de otros pastores y un reducido número de adventistas fundó una organización (*The Good News Unlimited*), con el objetivo de proclamar "la centralidad del Evangelio de Cristo, la autoridad y la suficiencia de las Escrituras".

No obstante, esta nueva organización, en virtud del pluralismo teológico que la caracteriza, debilitada desde el principio por la controversia de las ideas, ofrece limitada expectativa de vida.

Walter Rea

Esta sucinta historia de las crisis en el seno del adventismo no puede ser concluida sin una rápida alusión a la última agitación teológica que, sin mayores consecuencias, precipitó algunos momentos borrascosos cargados de tensiones.

Walter Rea, pastor de la Iglesia Adventista de Long Beach, California, después de un período de vacilaciones y dudas sobre la autenticidad del don de profecía en la iglesia, sorprendió a muchos cuando, en una entrevista publicada en un diario de California,³⁵ denunció a la Sra. White por haber violado reiteradas veces los derechos de autor (*copyright*). Al copiar con tanta frecuencia los escritos de otros autores, afirmó Walter Rea, la Sra. White reveló la impropiedad de sus pretensiones. "Sus escritos no proceden de Dios; son producto de la imaginación humana", dijo Rea en su entrevista.

Al cuestionar con tanto ímpetu y alarde la legitimidad del don de profecía, Walter Rea, después de 36 años de actividades pastorales, vio sus credenciales ministeriales anuladas por un voto tomado por la Junta Directiva de la Asociación del Sur de California.

Al acusar a la Sra. White de haber cometido "plagio", Walter Rea plagió a D. M. Canright, el primero en la historia del adventismo que formuló esta misma acusación contra la mensajera de Dios. En 1887, ocho meses después de haber renunciado al ministerio, Canright denunció por primera vez a la Sra. White de haber incorporado en sus escritos material procedente de otros autores, sin darles el crédito debido.

Esta acusación fue reactivada con el auge de la crisis panteísta (1907), cuando J. H. Kellogg y varios asociados renunciaron al adventismo. Posteriormente, en la década del treinta, este mismo argumento fue invocado por E. W. Ballanger, otro ex ministro adventista. Al cuestionar la honestidad literaria de la Sra. White, Ballanger intentó desprestigiarla, denunciando sus escritos como destituidos de autoridad profética.

De hecho, Walter Rea no dijo nada nuevo en sus imputaciones contra Elena G. de White y sus escritos. Copió los viejos y manoseados argumentos usados por Canright y otros, que ya habían sido refutados en forma vigorosa y convincente por F. D. Nichol, en su libro *Ellen G. White and Her Critics* (Elena G. de White y sus críticos).

Los esfuerzos por caracterizar a la Sra. White como violadora de los derechos de autor tienen su origen en una falsa o inadecuada comprensión del proceso identificado con las palabras revelación-inspiración.

Como iglesia no aceptamos los conceptos liberales modernos en lo referente a la inspiración y, al mismo tiempo, rechazamos las opiniones ultraconservadoras que transforman al profeta en un mero taquígrafo, que copia mecánicamente las palabras dictadas por Dios.

Dios se dirige al profeta "de muchas maneras"; sin embargo, éste emplea sus propias palabras para impartir el mensaje recibido. La inspiración actúa sobre el profeta y no sobre el producto escrito.

Aunque dependo tanto del Espíritu del Señor para escribir mis visiones como para recibirlas, sin embargo las palabras que empleo para describir lo que he visto son mías, a menos que sean las que me habló un ángel, las que siempre incluyo entre comillas.³⁶

En el intento por reproducir el mensaje revelado, el mensajero inspirado debe buscar las palabras más apropiadas para comunicar mejor las verdades que Dios le reveló. En este esfuerzo, usa su propio vocabulario y estilo, toma prestadas, cuando las necesita, las descripciones usadas por escritores no inspirados, o incluso se permite ser ayudado por asistentes, para reproducir en lenguaje humano las revelaciones de Dios.

*No son las palabras de la Biblia las inspiradas, sino los hombres son los que fueron inspirados. La inspiración no obra en las palabras del hombre ni en sus expresiones, sino en el hombre mismo, que está imbuido con pensamientos bajo la influencia del Espíritu Santo. Pero las palabras reciben la impresión de la mente individual.*³⁷

La Biblia provee abundantes evidencias de autores inspirados que copiaron de fuentes canónicas e incluso de fuentes no inspiradas. Si la originalidad fuese el criterio básico para juzgar la inspiración, tendríamos que excluir extensas porciones del Libro sagrado.

Harold Lindsay, uno de los más destacados teólogos conservadores contemporáneos, ex editor de la revista evangélica *Christianity Today*, escribió:

*Cuando decimos que la Biblia es la palabra de Dios, no importa si sus escritores obtuvieron las informaciones a través de una revelación directa de Dios, como en el caso del Apocalipsis; o si buscaron material, como lo hizo Lucas; o si adquirieron el conocimiento utilizando fuentes existentes, o de informes de la corte real o incluso de boca de otros. La pregunta que debemos hacernos es si lo que ellos escribieron, no importa de dónde hayan obtenido el conocimiento, es digno de confianza.*³⁸

Walter Rea, sin embargo, desorientado por su erróneo concepto de lo que es la inspiración, alarmado con el uso que la Sra. White hace de otras fuentes, denunció sus escritos como espurios y, por lo tanto, carentes de autoridad.

Escribió un libro —*The White Lie* (La mentira White [blanca])— en el que ataca a la Sra. White y sus escritos con vehemencia, cinismo y mordacidad. No obstante, más allá de alguna repercusión lograda en ciertos diarios y publicaciones especializadas, el impacto logrado por Walter Rea sobre la iglesia fue insignificante e inexpresivo.

“Mi padre está al timón”

Cierta vez en una embarcación sacudida por la furia de una gran tormenta, mientras todos se miraban angustiados y afligidos, y escudriñaban el horizonte o intentaban descubrir eventuales signos de bonanza, un niño jugaba tranquilo, sereno y feliz. Sorprendidos ante tanta calma y desenfado, le preguntaron: “¿No tienes miedo de la tempestad? ¿No ves

que todos corremos peligro de perder la vida?" La respuesta, tan admirable y natural como su propia actitud, fue simplemente: "¡Mi padre está al timón!" El padre al timón era todo para aquel corazón infantil, tierno y confiado.

¡Cuán consolador es saber que el Padre está al timón! Tempestades, conflictos y disidencias sacuden a veces la estructura de la iglesia, provocando en algunos temor e inseguridad. El fragor de la tormenta amenaza a la "embarcación de Sion". ¡Pero Dios está al timón! Su dirección al timón constituye la garantía de que la embarcación llegará salva y segura a las resplandecientes playas del Más Allá.

Referencias

- ¹ Richard H. Utt, *A Century of Miracles*, pág. 4; J. H. Kellogg, R. G. 11 - Case File (Archivos de la Asociación General).
- ² Elena G. de White, *Joyas de los testimonios*, t. 2, pág. 216.
- ³ White, *Mensajes selectos*, t. 2, pág. 185.
- ⁴ White, *Review and Herald*, 20 de septiembre de 1892; *Mensajes selectos*, t. 2, pág. 449.
- ⁵ *Ibid.*, 20 de noviembre de 1883; *Mensajes selectos*, t. 2, pág. 31.
- ⁶ White, *Notas biográficas de Elena G. de White*, págs. 93, 94, 97.
- ⁷ *Review and Herald*, 27 de enero de 1891.
- ⁸ Mateo 15: 13.
- ⁹ *Review and Herald*, 27 de enero de 1891.
- ¹⁰ *La Revista Adventista* (Brasil), agosto de 1951, pág. 3.
- ¹¹ White, *La iglesia remanente*, pág. 41.
- ¹² *Ibid.*, pág. 46.
- ¹³ R. W. Schwarz, *Light Bearers to the Remnant*, pág. 447.
- ¹⁴ *Ibid.*
- ¹⁵ *Ibid.*
- ¹⁶ White, *Mensajes selectos*, t. 2, págs. 35, 36.
- ¹⁷ *Ibid.*, pág. 40.
- ¹⁸ J. H. Kellogg, *The Living Temple*, pág. 28, en A. G. Daniells, *El permanente don de profecía*, pág. 366.
- ¹⁹ *General Conference Bulletin*, 12 de febrero de 1893, pág. 83.
- ²⁰ Daniells, *ibid.*, pág. 369.
- ²¹ *Ibid.*, págs. 369, 370.
- ²² White, *Carta 211*, 1903, en Daniells, *ibid.*, pág. 370.
- ²³ White, *Mensajes selectos*, t. 1, pág. 240.
- ²⁴ Salmos 90: 6.
- ²⁵ White, *Hechos de los apóstoles*, pág. 11.
- ²⁶ Mateo 16: 18.
- ²⁷ White, *Manuscrito 13*.
- ²⁸ Robert D. Brinsmead, *Verdict - "Sabbatarianism Re-Examined"*, junio de 1981.
- ²⁹ Desmond Ford, *Daniel 8: 17. The Day of Atonement and the Investigative Judgment*, págs. 287, 288.
- ³⁰ *Ibid.*, pág. 365.
- ³¹ *Ibid.*, págs. 348, 349.
- ³² *Ministry*, octubre de 1980, pág. 10.
- ³³ *Ibid.*, pág. 11.
- ³⁴ White, *El evangelismo*, pág. 167.
- ³⁵ *Los Angeles Times*, 13 de noviembre de 1980.
- ³⁶ White, *Mensajes selectos*, t. 1, págs. 41, 42.
- ³⁷ *Ibid.*, pág. 24.
- ³⁸ Harold Lindsay, *The Battle for the Bible*, pág. 30.

**LA MANO DE
DIOS**
AL TIMON

Segunda parte



Todos éstos murieron en la fe

“Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra”.

Hebreos 11: 13.

En todos los grandes movimientos religiosos que se sucedieron a través de los siglos, encontramos un denominador común: sus humildes orígenes.

El cristianismo nació en una tosca caballeriza. Los pintores cristianos, avergonzados por el lugar rústico y miserable en el cual nació el Hijo de Dios, transformaron con su mágico pincel aquel humilde abrigo de animales en un airoso y bello pórtico. Sin embargo, no consiguieron borrar la pobreza del escenario donde comenzó la iglesia cristiana.

La Reforma del siglo XVI y la Iglesia Luterana tuvieron sus orígenes en la soledad de una celda oscura, en un convento de Wittenberg, Alemania, donde un monje desconocido descubrió los encantos del principio evangélico *sola fide*, con el cual rompió las cadenas del monopolio religioso medieval.

De la misma forma, el adventismo tuvo como cuna la pobreza, la oscuridad y la ignominia. “Estos pioneros —escribió Geoffrey J. Paxton—, eran semejantes a un ejército penosamente diezmado. . . No poseían gran crudición teológica. La mayoría de ellos eran un tanto pobres. . . Ningún observador les hubiera dado muchas posibilidades de éxito, especialmente tomando en cuenta lo que parecía ser un comienzo desastroso”.¹

Pero gracias a la dedicación y al temple de sus fundadores, el movimiento adventista reforzó sus estacas, ensanchó el sitio de su tienda y, por la gracia divina, se transformó en un vigoroso organismo eclesiástico, conocido y respetado en el mundo religioso por sus dimensiones internacionales.

En este capítulo presentaremos en forma sucinta la biografía de cinco heraldos de la esperanza adventista, todos los cuales con intenso ardor y fe inquebrantable participaron en la fundación y posterior triunfo de la causa del adventismo.

Guillermo Miller (1782-1849)



Cuando investigamos en forma retrospectiva los años que precedieron al surgimiento del movimiento adventista, descubrimos la figura fascinante de un hombre piadoso inflamado por el imperativo de proclamar la pronta intervención de Cristo en los destinos del mundo. En el gran reloj profético se aproximaba la solemne hora determinada por la Providencia para anunciar el mensaje del primer ángel.

Guillermo Miller fue el hombre que Dios suscitó para pregonar ante el mundo el mensaje apocalíptico. Durante varios años se sintió obsesionado por la convicción de que debería anunciar que la "hora del juicio" había llegado. Sin embargo, un sentimiento de insuficiencia lo llevaba a confesar convicto: "Señor, no puedo realizar esta obra". Sin embargo, esta lucha íntima terminó a principios de agosto de 1831. Miller prometió al Señor proclamar la "bienaventurada esperanza", si recibía alguna indicación. Sobre este pacto con Dios escribió más tarde:

Inmediatamente el peso que tenía sobre mis hombros se disipó y yo me alegré con el pensamiento de que probablemente nunca sería llamado, pues nunca había recibido una invitación de esta naturaleza.²

No obstante, media hora más tarde recibió la visita de Irving Guildford, su sobrino, quien lo invitó a predicar en su iglesia, situada a 25 kilómetros de distancia. Sorprendido, pensó que lo mejor sería ignorar el compromiso asumido con Dios. Pero antes de dar una respuesta, se dirigió angustiado a un bosque en las cercanías de su casa, para dialogar a solas con Dios. Miller describe esta dramática experiencia:

Luché con el Señor durante aproximadamente una hora, esforzándome por liberarme del pacto que había hecho con Dios.

Pero no obtuve alivio. Finalmente, me sometí, y prometí al Señor que, si El me sostenía, iría confiado de que habría de recibir gracia y capacitación para realizar aquello que esperaba de mí. Volví a casa y encontré al joven que todavía me esperaba. Permaneció hasta el almuerzo, y después retornamos juntos a Dresden.³

Al día siguiente, primer domingo de agosto de 1831, Miller predicó con celo y convicción el mensaje del advenimiento. Las impresiones obtenidas en esta primera experiencia, fueron así descriptas:

Tan pronto como comencé a hablar, todas mis vacilaciones y temores se disiparon, y me sentí impresionado únicamente con la magnitud del tema que, por la providencia, me fue dado presentar.⁴

Esta primera predicación en Dresden, Nueva York, tocó el corazón de muchos, los cuales le solicitaron que permaneciera entre ellos, predicando durante la semana sobre el mismo tema. Miller aceptó la invitación y predicó cada noche a un numeroso público que, procedente de cerca y de lejos, se reunía para oírlo explicar las profecías de Daniel y Apocalipsis. En la semana siguiente, después de haber regresado a su casa, recibió otra invitación.

Se iniciaba así un emocionante período en la vida de Miller, caracterizado por memorables y fructíferas cruzadas evangelizadoras que, literalmente sacudieron a la nación.

Cuando analizamos la vida de Miller, desde la cuna al púlpito, nos asombramos al ver cómo Dios lo guió, preparándolo para la misión histórica que lo esperaba.

Guillermo nació durante los turbulentos días de la guerra revolucionaria que aseguró la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica. Su padre, disciplinado soldado empeñado en la lucha por la emancipación, y su piadosa madre, hija de un predicador bautista, jamás hubieran imaginado, al celebrar el nacimiento de su primer hijo, ocurrido el 15 de febrero de 1782, que Dios habría de usarlo como poderoso instrumento para cumplir sus excelsos designios.

Los primeros años de la vida de Guillermo estuvieron caracterizados por las luchas y la pobreza. Al ayudar a su padre en las arduas tareas agrícolas, desarrolló un físico robusto, espíritu de iniciativa, independencia y sentido de conducción, que lo calificaron para la obra que la Providencia le reservó.

A pesar de haber recibido una limitada educación formal, logró acumular con el transcurso de los años una apreciable suma de conocimientos, por medio de su insaciable lectura de libros. Al principio, los únicos libros disponibles en su modesto hogar eran la Biblia, un himnario y un libro de oraciones. Con el tiempo consiguió añadir otros volúmenes a este escaso material de lectura.

Posteriormente, al relacionarse el ambicioso joven con individuos ilustrados que vivían en la comunidad, obtuvo en préstamo innumerables libros que eran devorados con avidez durante las largas noches de invierno. Mientras los demás miembros de la familia dormían, y bajo la pálida luz producida por la combustión de un leño resinoso que ardía en el hogar, sumergía su espíritu inquisitivo en la lectura de numerosas obras. De esa manera llegó a ser conocido por sus inmensos conocimientos y evidente habilidad para expresarse y escribir.

En 1803 se casó con la Srta. Lucy P. Smith, que lo estimuló a proseguir en sus hábitos de investigación y lectura. En la infancia había aprendido, a los pies de su virtuosa madre, a aceptar la Biblia como la revelación de Dios al hombre. Sin embargo, ahora, en sus reflexiones, se sentía perplejo con las "contradicciones" e "incoherencias" que existían en la Biblia, para las cuales no conseguía una explicación convincente.

Las personas con quienes se relacionó, las más educadas de la comunidad, en su mayoría deístas, le sugirieron la lectura de Voltaire, Hume, Paine y otros exponentes del deísmo. Como resultado, sufrió las consecuencias ruinosas de un grave eclipse espiritual. Las "contradicciones" existentes en la Biblia, sumadas a las impresiones grabadas en su espíritu por escritores deístas, lo llevaron a la conclusión de que la Biblia era un libro común. Con todo, reafirmó su creencia en un Creador, autor de las obras de la naturaleza, aunque inaccesible al alma humana.

Después de haber servido como capitán en el ejército estadounidense en la guerra de 1812, retornó a Low Hampton, para recomenzar un período de estudio metódico e intenso de las Escrituras. Las angustias e incertidumbres generadas por la guerra, lo llevaron a reflexionar sobre los grandes temas de la fe. Se convenció de que con sus ideas deístas la esperanza de una vida futura se hacía nebulosa e incierta. Su mente fue entonces agitada por un gran conflicto espiritual.

Los cielos eran como bronce sobre mi cabeza, y la tierra como hierro bajo mis pies. ¡La eternidad! ¿Qué era? La muerte, ¿qué era? Cuanto más razonaba al respecto, tanto más lejos me

hallaba de una demostración. Cuanto más meditaba, más dispersas eran mis conclusiones. Procuré dejar de pensar, pero no podía dominar mis pensamientos. Me sentía verdaderamente miserable, pero no comprendía la causa. Murmuraba y me quejaba, pero no sabía de quién. Sabía que algo andaba mal, pero no sabía en qué consistía ni dónde hallar lo recto.⁵

Volvió a frecuentar la iglesia con relativa asiduidad. En cierta ocasión, estando el pastor ausente, le pidieron que leyera en un libro de sermones un mensaje a los adoradores allí reunidos. Empero, en medio de la lectura, dominado por profundas e invencibles emociones, se detuvo, y, sin poder proseguir se sentó:

Repentinamente —dice él— quedó mi mente vividamente impresionada por el carácter de un Salvador. . . Vi que la Biblia presentaba un Salvador exactamente como el que yo necesitaba. . . Me vi constreñido a admitir que las Escrituras debían ser una revelación de Dios. Vinieron a ser mi delicia; y en Jesús encontré a un amigo. El Salvador vino a ser para mí el principal entre diez mil; y las Escrituras, que antes parecían oscuras y contradictorias, llegaron a ser lámpara para mis pies y la luz de mi camino. . . La Biblia vino a ser mi principal estudio, y puedo decir con verdad que la escudriñaba con gran deleite. . . Me preguntaba por qué no había visto su belleza y gloria antes, y me maravillaba de que pudiera haberla rechazado. . . Perdí todo gusto por otras lecturas, y apliqué mi corazón a obtener sabiduría de Dios.⁶

Entonces se dedicó con inusitado entusiasmo al estudio de las Escrituras. Ignoró los eruditos comentarios bíblicos, y decidió estudiar la Palabra, utilizando únicamente un diccionario bíblico y la *Concordancia de Cruden*.

Después de dos años de intensa y excitante investigación de las Escrituras, concluyó anunciando su confianza inquebrantable en el pronto regreso de Cristo. Esta convicción lo llevó a proclamar con gran fervor la “bienaventurada esperanza”. El resonante eco de su predicación se hizo oír desde las playas del Atlántico hasta las regiones más allá del Mississippi.

Poco después de la amarga decepción de 1844, Miller comenzó a sentir en la carne el peso inexorable de los años. Los achaques se repe-

tían con frecuencia. El vigor cedía lugar a la fatiga y la enfermedad gradualmente minaba su cuerpo ya cansado. Con todo, las aflicciones producidas por la senectud no fueron suficientes para oscurecer el brillo fulgurante de la esperanza que lo acompañó hasta su muerte.

Su fiel y dedicada esposa, sus hijos y amigos estaban reunidos junto a su lecho, el 20 de diciembre de 1849, cuando, debilitado por el paso de los años, finalmente descansó. Sus últimas palabras fueron: “¡Oh, cuánto anhelo estar allí!” El implacable polvo del tiempo jamás podrá borrar la extraordinaria obra realizada por él.

Hiram Edson (1806-1882)



Cuando hablamos sobre la justificación por la fe, evocamos inmediatamente los escritos de Pablo y la teología de Lutero. Cuando nos referimos a la doctrina del Santuario, la más peculiar entre las doctrinas adventistas, nuestros pensamientos se vuelven instintivamente hacia la figura de Hiram Edson, el venerable agricultor que vivía en la parte este del estado de Nueva York. Podría decirse de él que, a semejanza del patriarca Job, “era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”.⁷

La experiencia vivida por este agricultor en la mañana del 23 de octubre de 1844, se asemeja en muchos aspectos a las aflicciones vividas por Cleofas, en el camino a Emaús. Era una tarde de domingo. Dos discípulos, con el corazón atravesado por un profundo dolor, caminaban en dirección a Emaús, pequeña aldea situada a casi doce kilómetros de Jerusalén. Habían ido a la ciudad para participar de la celebración pascal, y ahora regresaban perplejos y turbados. Los grandes acontecimientos que habían culminado en rápida sucesión con la tragedia del Gólgota les oprimían el espíritu. Y ciertamente la crucifixión ocurrida el viernes anterior significaba para ellos el derrumbe de sus más suspiradas expectativas.

Cleofas y su compañero sentían intenso dolor por el escándalo de la cruz. Y mientras caminaban por la arenosa vía, conversaban sobre las escenas de la prisión, juzgamiento y muerte de Jesús. La sombra de la cruz les producía profundos sentimientos de desilusión y angustia.

De repente, percibieron que Alguien los seguía. Se detuvieron, conforme a la costumbre, para saludar al Peregrino, que continuó con ellos el camino. Su rostro les era familiar, aunque por más que lo miraban, algo les impedía reconocerlo. Aquel Extraño, deseando animarlos en aquella hora de sombras e incertidumbres, les preguntó: “¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes?”⁸

Cleofas, sorprendido respondió: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?”⁹ Y con el corazón quebrantado añadieron: “Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y ahora, además de todo esto, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido”.¹⁰

Los pasos de aquellos tres peregrinos resonaban a lo largo del camino. Subieron hasta las alturas de las sierras, descendieron por las laderas soleadas y finalmente alcanzaron la planicie. El día comenzaba a declinar.

Al llegar a Emaús, el Extraño manifestó el deseo de seguir un poco más allá. Pero los dos peregrinos insistieron: “Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado”. El aceptó. Algunos instantes después, cuando los tres estaban en la mesa de Cleofas, el Huésped tomó el pan y lo bendijo. “Entonces les fueron abiertos los ojos y le reconocieron”. Dice el registro inspirado que en aquel mismo momento Jesús “desapareció de su vista”.

Viviendo inexpresables emociones, Cleofas y su compañero regresaron a Jerusalén para anunciar a todos el maravilloso encuentro con el Redentor redivivo.

Hace más de 140 años se repitió una experiencia semejante en la historia de la iglesia. Después de la decepción de 1844, el remanente de los adventistas vivió momentos de perplejidad e incertidumbre. La prueba de su fe les resultó demasiado severa.

Se habían preparado con oración y contrición para contemplar el deslumbrante espectáculo de la manifestación de Cristo en su segunda venida. Pero el sol se puso aquel día y El no vino. Esperaron hasta la medianoche y la esperanza millerita no se cristalizó.

En la chacra de Edson hubo mucho llanto, al igual que en centenas de otros lugares de reunión. Las aflicciones que en aquel entonces vivieron fueron así descritas por Edson:

Nuestras más caras esperanzas y expectativas se habían marchitado y sentimos, como nunca antes, la necesidad de llorar.

*Parecía que la pérdida de todos los amigos terrenos no se podía comparar con ese dolor. Lloramos y lloramos hasta que el día clareó.*¹¹

“¿Por qué no vino el Señor?”, se interrogaban perplejos. “¿Están equivocadas las profecías?” “¿Es la Biblia un libro inexacto?” “¿Es Dios un mito?”

“Hermanos –dijo Hiram Edson con su voz pausada y grave–, hay en el cielo un Dios. En el pasado El iluminó nuestra mente cuando estábamos en tinieblas. El nos guiará ahora”.

Con los primeros albos de la madrugada, muchos entre los milleritas, dominados por inexpresable frustración, regresaron a sus hogares. Sin embargo, Edson y algunos otros decidieron dirigirse a un galpón para derramar su alma angustiada ante el Señor. Oraron hasta que se sintieron confortados con la certeza de que el Señor habría de explicarles las razones del chasco.

Después, ya en las primeras horas de la mañana, Edson y un compañero (probablemente Owen Crosier) decidieron salir y visitar a algunos vecinos milleritas y confortarlos en aquella hora sombría para la iglesia. Como los discípulos de Emaús, ellos también sentían los dolores propios de una gran desilusión. Las lágrimas que derramaban se mezclaban con la brisa de la mañana que inauguraba un nuevo día. Mientras cruzaban un maizal, Edson sumergido en profundas reflexiones, se detuvo por algunos instantes cuando le pareció ver el Santuario celestial y a Cristo salir del Lugar Santo para inaugurar en el Santísimo, la segunda fase de su obra sacerdotal.

Su compañero siguió adelante por la plantación y al llegar a la cerca, volviéndose y viendo que Edson se demoraba, preguntó: “Hermano Edson, ¿por qué se detiene?”

Edson respondió: “Dios oyó la súplica que le dirigimos esta mañana”. Poco después, mientras estudiaban juntos la Biblia tratando de entender las razones por las cuales Jesús no había venido, encontraron en los capítulos 8 y 9 de Hebreos la confirmación de que el santuario que debía ser purificado no era la tierra o la iglesia, sino el Santuario celestial, del cual el tabernáculo del Antiguo Testamento era apenas un símbolo. En los meses que siguieron, Edson y Crosier, junto con el Dr. F. B. Hahn, con el cual anteriormente habían publicado un periódico millerita, *The Day Dawn* (El Amanecer), estudiaron exhaustivamente el asunto y, guiados por el Espíritu Santo, descubrieron con inusitado gozo lo que realmente había ocurrido el 22 de octubre de 1844.

Con gran euforia Edson y Hahn concluyeron que la verdad que encontraron era "exactamente lo que el remanente disperso necesitaba". Acordaron financiar algunas nuevas ediciones de *The Day Dawn*, si Crosier con su reconocida habilidad como escritor estaba dispuesto a escribir un artículo sobre el Santuario tal como ellos lo entendían ahora. En abril de 1845 una nueva edición de *The Day Dawn* vio la luz, con una exposición de la doctrina del Santuario. Copias de esta edición fueron enviadas a los líderes de la causa del advenimiento y a los principales editores de revistas que sustentaban el pensamiento millerita. Para financiar esta publicación, Edson vendió los cubiertos de plata que su esposa recibió como regalo de casamiento.

Enoch Jacobs, editor de *The Day-Star*, de Cincinnati, Ohio, impresionado con los argumentos presentados por Crosier en su exposición, decidió publicar una edición especial con un artículo más extenso y, si era posible, más detallado, acerca de la doctrina del Santuario en su relación con el gran chasco.

El nuevo artículo de Crosier se publicó en un suplemento de la *Day-Star Extra* el 7 de febrero de 1846, y logró extraordinaria repercusión entre el "rebaño disperso". Bajo el título ambiguo: "La ley de Moisés", el artículo ocupó siete páginas y media en tipo pequeño. Una breve nota fue insertada como una especie de preámbulo: "A los hermanos y hermanas dispersos por todas partes", a las que seguía un llamado solicitando fondos para costear los gastos de la publicación. La nota llevaba las firmas de Hiram Edson y F. B. Hahn. La exégesis de Crosier fue inmediatamente endosada por Jaime White y José Bates. Posteriormente la Sra. White, en el libro *A Word to the Little Flock* (Una palabra a la manada pequeña), suscribió el artículo de Crosier como la luz de Dios para el rebaño afligido y perplejo.¹²

Esta interpretación de la doctrina del Santuario fue para los angustiados adventistas como bálsamo de Galaad. Pudieron entonces concluir que los cálculos relacionados con el tiempo en la interpretación profética eran correctos. Comprendieron que aquel 22 de octubre el Salvador inauguró en el Lugar Santísimo la segunda fase de su ministerio, el juicio investigador.

Así Edson, aunque carente de erudición teológica, logró, por la merced de Dios, revelar el enigma profético relacionado con la amarga experiencia de 1844. El rebaño disperso pudo entonces ver los encantos que existían en la doctrina del Santuario y vislumbrar la presencia de un

“sumo sacerdote” que se compadece “de nuestras debilidades”, y en quien podemos “alcanzar misericordia y hallar gracia”. De este modo se cumplían las palabras de Jesús de que las cosas eternas que permanecen ocultas a los “sabios y entendidos” son reveladas a los simples y humildes.

Durante muchos años Edson se había destacado como diácono de la Iglesia Metodista de Port Gibson. En 1843 (o posiblemente en 1844), al aceptar el mensaje de Miller, decidió unir su voz al ejército extraordinario de heraldos que proclamaban entonces la bienaventurada esperanza. Nunca fue una estrella de primera magnitud. Sin embargo, pocos lo sobrepusieron en el cielo con que escudriñaba las Escrituras y en el entusiasmo con que defendía los ideales del adventismo.

El éxito obtenido en 1846 con la publicación del artículo sobre la doctrina del Santuario lo convenció del poder de la imprenta como vehículo eficaz en la proclamación del Evangelio eterno. Esta convicción lo llevó a vender su chacra, en 1852, con el objeto de lograr los recursos necesarios para la compra de nuestras primeras máquinas impresoras.

En una carta escrita en 1851, en la que describe un largo viaje misionero realizado en compañía de J. N. Andrews, descubrimos que lo animaba el entusiasmo invencible de un cruzado al servicio de una causa santa.

Una porción de nuestro viaje —escribe Edson—, nos llevó a través de una región nueva. Los caminos eran nuevos y escabrosos, llenos de baches, troncos, pantanos y árboles caídos a través de ellos. . .

Pero siendo guiados por la buena mano de nuestro Dios, hallamos a un buen número de sus dispersos escogidos, y allí, en las montañas, les dimos el pan de vida, por el cual se sentían hambrientos. Esperamos que haya sido “alimento a tiempo”.¹³

Los contratiempos, las privaciones y los obstáculos que siempre encontró en sus viajes misioneros, no fueron suficientes para abatirlo. Galvanizado por la energía divina, dejó en las huellas de sus recorridos un significativo número de fieles, confirmados en la esperanza de la segunda venida de Cristo.

Murió a los 75 años de edad, en 1882, después de una existencia admirable, y fue sepultado en Roosevelt, Nueva York. Permaneció firme en la esperanza “como viendo al Invisible”.

José Bates (1792-1872)



Moisés, María y Aarón desempeñaron en el movimiento del éxodo un papel sobresaliente en la obra de libertar y conducir a Israel del cautiverio egipcio a los encantos de una tierra generosa, situada más allá de las márgenes del Jordán.

Igualmente, en el movimiento adventista dos hombres y una mujer: Jaime y Elena de White y José Bates, cumplieron un papel relevante guiando a un pueblo desde las aflicciones resultantes del gran chasco, hasta la luz fulgurante del tercer mensaje angélico.

Robert Oppenheimer, célebre por su contribución en el campo de la energía nuclear, hizo hace algunos años una declaración digna de ser grabada en piedra: "La mejor manera de transmitir una idea es encarnarla en una persona". José Bates fue el espíritu, el ideal y la fe del adventismo encarnados en una persona.

Bates nació el 8 de noviembre de 1792. Las aventuras marineras encendieron en su imaginación infantil una atracción seductora por conocer horizontes distantes. Su madre, al conocer sus aspiraciones de dedicarse a las faenas del mar, procuró sin éxito persuadirlo de pensar en alguna otra actividad. No obstante, su padre, consciente de las aspiraciones y deseos acariciados por el hijo, le consiguió un lugar como grumete en una embarcación que se dirigía a Europa.

Después de algunas aventuras marítimas llenas de riesgos y sorpresas, fue tomado cierta noche por los ingleses y obligado a servir durante más de dos años como artillero en la armada británica, empeñada en aquel entonces en actividades beligerantes contra Francia.

Más tarde, cuando los Estados Unidos rompieron sus relaciones con Inglaterra, los yanquis fueron declarados prisioneros de guerra. En cierta oportunidad, cuando la flota estaba por entrar en confrontación con barcos de guerra franceses, un oficial le ordenó servir un cañón. Bates se rehusó a obedecer, aunque sus compañeros americanos habían cedido ante las terribles amenazas. El miedo y la cobardía nunca formaron parte de su carácter. Después de haber sido mantenidos como prisioneros durante aproximadamente ocho meses en los navíos de la flota, fueron llevados a Inglaterra donde permanecieron encarcelados en un barco-prisión.

Las condiciones subhumanas que prevalecían, motivaron dos intentos de fuga, los cuales fueron severamente reprimidos con la aplicación de torturas físicas indescriptibles y terribles sufrimientos morales. Después fueron llevados como una jauría de perros a la horrenda prisión de Dartmoor. Cierta día, sin motivo justificado, el comandante del servicio de seguridad disparó sobre los prisioneros y mató a seis americanos e hirió otros sesenta. Esa execrable masacre en Dartmoor fue perpetrada cuatro meses y medio después de haber sido firmado el armisticio entre las dos naciones.

Liberado después de cinco años, durante los cuales soportó crueles aflicciones y sufrimientos sin número, Bates partió rumbo al hogar. Después de seis años y tres meses de ausencia, con los zapatos rotos y cubierto de andrajos, fue recibido festivamente por su padre, su madre, sus hermanos y hermanas y, entre otros, por cierta joven, Prudencia Nye, con quien más tarde habría de unirse en los lazos de una venturosa y duradera experiencia conyugal.

En los años siguientes, Bates se dedicó con entusiasmo y devoción a la vida en el mar. La experiencia adquirida en la marina británica lo habilitó para ocupar la posición de primer piloto, es decir, el segundo en el comando de un navío.

En uno de sus viajes, en 1819, navegando de Gothenburgo, Suecia, a New Bedford, América del Norte, enfrentó el ímpetu de un violento temporal que comprometió la seguridad de la embarcación y la vida de sus tripulantes. La furia de los elementos llevó a los marineros, atacados por el pánico, a lanzar al mar como medida salvadora cuarenta toneladas de hierro. El viaje que debía realizarse en sesenta días, duró casi seis meses. La embarcación averiada navegó con escasez de agua potable y una limitada provisión de alimentos. Después de viajar durante tanto tiempo, casi a la deriva, fueron finalmente recibidos con expresiones de gozo y manifestaciones de alegría por parientes y amigos que ya los habían dado por perdidos.

En 1821, en su primer viaje a América del Sur en calidad de capitán de un barco, se convenció de la necesidad de no tomar bebidas alcohólicas. Cuarenta años más tarde declaró que jamás había violado aquella resolución. Cierta vez, en 1824, mientras estaba en la ciudad de Lima, Perú, fue invitado junto con otros oficiales de barcos norteamericanos anclados en el puerto del Callao, a celebrar el natalicio de George Washington, uno de los fundadores de la república de los Estados Unidos de Norteamérica. En esa oportunidad los promotores de la fiesta, que

conocían sus hábitos, lo llevaron aparte y, con expresiones jocosas, exponiéndolo casi al ridículo, lo incitaron a beber. Bates, demostrando notable valor moral e inquebrantable determinación, llenó el vaso con agua y lo tomó, indiferente a la mofa y las burlas de los que lo rodeaban.

Decidió también, en ese mismo viaje en aguas del Pacífico, no fumar más. Luchó tenazmente contra la costumbre tan común entre los marineros de maldecir y blasfemar. De este modo, este hombre de voluntad fuerte, triunfaba gradualmente sobre sus tendencias inferiores, haciéndose conocer por sus hábitos pulcros y comportamiento irreprochable.

En aquellos tiempos, la vida de un marinero se caracterizaba por inmensos sacrificios y severas privaciones. Permanecía lejos de la familia durante meses y hasta años, ocupado en largas y cansadoras jornadas marítimas. Al regresar de este viaje, Bates vio por primera vez a su hijita de dieciséis meses, nacida durante sus dos años de ausencia.

Entre los libros a bordo de la embarcación que comandaba, su esposa había incluido un ejemplar del Nuevo Testamento. En sus venerables páginas Bates descubrió el "tesoro escondido" y se produjo un despertar espiritual en su vida. Decidió transformar el barco en una institución reformadora. Convocó a la tripulación y les dio nuevas instrucciones:

*Los oficiales habían de tratar a sus hombres con bondad. No debía haber licores ni bebidas alcohólicas a bordo, excepto una pequeña cantidad para el botiquín que se administraría por órdenes del capitán. Nadie debía blasfemar.*¹⁴

Como es de imaginar, las decisiones de Bates suscitaban enérgicas objeciones y vehementes protestas, pero fueron rigurosamente observadas a bordo.

Algunos años más tarde abandonó el uso del té y del café; y en 1843 decidió no incluir más en su dieta los alimentos a base de carne. Dios lo estaban preparando, de modo providencial, para promover los principios de salud que más tarde habrían de ser defendidos por los adventistas.

A los 36 años de edad, después de acumular una razonable fortuna, abandonó las actividades del mar para establecerse en Fairhaven. Dedicó entonces su atención a la causa de la templanza y a combatir el infamante comercio de esclavos. Aunque amenazado en su integridad física, jamás bajó la guardia en la lucha contra la esclavitud.

En 1839 aceptó la predicación de Miller en lo referente al regreso de Cristo y, con entusiasmo inusitado, se identificó con la causa millerita. Vendió la casa y casi todos los muebles y utilizó el producto de la venta

en la proclamación del mensaje del advenimiento. En compañía de H. S. Gurney, un evangelista del canto, se dirigió a Maryland, y predicó en la isla de Kent, en la bahía de Chesapeake, donde antes había sufrido un naufragio. Se reunió numeroso público para oírlos y como resultado hubo un gran despertar. El éxito suscitó acerba oposición. Un hombre de influencia en la comunidad se levantó durante una de las reuniones y los amenazó. Con serenidad y sorprendente valor, Bates respondió:

No piensen que venimos de tan lejos, a través de la nieve y el hielo, a nuestras propias expensas, para darles el clamor de media noche, sin primero sentarnos a calcular el costo. Y ahora, si el Señor no tiene para nosotros nada más que hacer, lo mismo nos da yacer en el fondo de la bahía de Chesapeake que en cualquier otro lugar hasta la venida del Señor. Pero si El tiene alguna otra tarea que nosotros debemos hacer, Uds. no nos podrán tocar.¹⁵

A pesar del penoso chasco de 1844, Bates fortaleció su confianza en el cumplimiento de la promesa del Señor y llegó a ser uno de los principales instrumentos usados por Dios para proclamar el tercer mensaje angélico.

Después de leer un artículo escrito por Preble sobre la importancia del cuarto mandamiento, publicado en *The Hope of Israel* (La esperanza de Israel), en febrero de 1845, y al analizar las innumerables evidencias bíblicas, decidió observarlo en la letra y en el espíritu. Se propuso escribir un folleto sobre esta nueva luz que entonces incidía sobre su corazón. Comenzaba a trabajar con la Biblia y una concordancia, cuando fue interrumpido por su esposa que le dijo:

—José, no tengo harina suficiente para preparar el pan —y enumeró otros artículos que necesitaba.

—¿Cuánta harina necesitas? —preguntó Bates.

—Unos dos kilos —respondió Prudencia.

Bates se dirigió a un almacén situado en las cercanías, compró los dos kilos de harina y las otras cosas pedidas, las llevó a casa y continuó escribiendo. Poco después, la Sra. Bates lo interrumpió nuevamente:

—¿De dónde vino esta harina?

—Yo la compré.

—Pero —continuó la Sra. Bates—, ¿saliste para comprar dos kilos de harina, tú, un hombre que navegó por todos los mares y condujo embarcaciones desde New Bedford a todas partes del mundo?

Aunque informada de todas las actividades de su esposo, la Sra. Bates ignoraba que se habían agotado los abundantes recursos que antes poseían.

—Sí, querida; y gasté en esa compra el último dinero que poseía.

Llorando convulsivamente, ella preguntó:

—¿Y qué haremos ahora?

—Dios proveerá —fue la respuesta sincera de aquel hombre que se había consagrado con tanto denuedo al servicio de la causa.

John F. Kennedy, en un conocido discurso que hoy integra la antología de la elocuencia contemporánea, afirmó:

*Merecimiento mayor pertenece al hombre que se encuentra en el lugar del combate, con el rostro manchado de polvo, de sudor y de sangre. . . que conoció los grandes entusiasmos y las grandes devociones; que se sacrifica por una causa digna. . . su lugar nunca podría ser ocupado por esas almas tímidas y frías que no conocen victorias ni derrotas.*¹⁶

Así era José Bates, un hombre que conoció los “grandes entusiasmos y las grandes devociones”. Jamás regateó esfuerzos o midió sacrificios en las batallas por la verdad. Su lugar en el panteón de la historia jamás podría ser ocupado por almas tímidas, vacilantes e irresolutas.

Como incansable expedicionario de la fe, se empeñó en largas y extenuantes incursiones misioneras, en las que visitaba por todas partes el “rebaño disperso”, con el fin de fortalecer en ellos la fe en el advenimiento del Señor.

Fue el primero en llevar el mensaje adventista del séptimo día al oeste de los Estados Unidos. Viajó por Michigan en 1849, visitando por todas partes a los miembros aislados que habían participado del movimiento millerita, y echando los fundamentos de la sólida estructura eclesiástica que se levantaría allí algunos años más tarde. Ciertamente vio a lo largo de los caminos improvisados las numerosas caravanas que se arrastraban hacia el oeste, seducidas por el oro, *leitmotiv* en aquellos tiempos. Sin embargo, el oro no lo fascinó, porque lo consumía una sola pasión —la proclamación del tercer mensaje angélico.

José Bates era un obrero prodigioso. A veces permanecía de seis a ocho meses fuera de su casa, fortaleciendo a los fieles y llevando el mensaje de esperanza a quienes no lo conocían. El 1º de enero de 1852 escribió en su diario:

Hemos estado trabajando en el oeste, a lo largo de la parte sur del lago Ontario, y dondequiera que hemos sabido que había ovejas dispersas en las colonias del norte. Para encontrarlas y darles la verdad presente, hemos recorrido distancias de tres a sesenta kilómetros, cubiertas de una gruesa capa de nieve. De manera que en cinco semanas hemos viajado centenares de kilómetros y avanzado como trescientos kilómetros hacia el oeste. . . Durante los primeros veinte días de nuestro viaje nos vimos muy molestados por gran cantidad de nieve y el tedioso tiempo frío, y con muy pocas excepciones, con corazones fríos e impenetrables.¹⁷

No solamente predicaba en público las Escrituras, sino que también se dedicaba a la evangelización personal. En su primer viaje a Battle Creek utilizó un método inusitado en su intento por penetrar en aquella ciudad que habría de llegar a ser la capital mundial del adventismo. Se dirigió al jefe de correos y le preguntó quién era el hombre más honrado del pueblo. El jefe de correos le indicó la casa de David Hewitt, ministro presbiteriano. Al llegar a la casa indicada, dijo:

—Se me ha indicado su nombre como el del hombre más honrado de Battle Creek; si es así, tengo una verdad importante que presentarle.

El Sr. Hewitt respondió:

—Pase, lo oiré con interés.

Como resultado de esa visita, el Sr. Hewitt aceptó el mensaje del sábado y llegó a ser el primer adventista del séptimo día en la ciudad de Battle Creek. Pocas semanas después, Bates tuvo el privilegio de bautizarlo en Jackson, ciudad próxima, juntamente con J. P. Kellog, Henry Lyon y M. C. Cornell, que más tarde habrían de ser sólidas columnas de la obra de Dios en aquellos tiempos.

Atila, jefe de los hunos, que invadió Europa en el siglo V, fue llamado “el flagelo de Dios”. Bates, que recorrió los caminos de la Nueva Inglaterra y quien, después, trasponiendo elevadas montañas y densas florestas, alcanzó las distantes campiñas de Wisconsin y las espaciosas llanuras de Iowa, en el oeste, podría verdaderamente ser llamado “la bendición de Dios”. Dejó a lo largo de sus extenuantes viajes las bendiciones de un ministerio que se “consumía iluminando”.

Fue reconocido por todos, durante aquellos años formativos, como legítimo líder de los adventistas. Fue el primer presidente de la primera asociación organizada: la Asociación de Michigan. En 1863, aunque tenía 71 años de edad, presidió un histórico congreso de la Asociación

General. Su posición era reconocida por todos, incluso por la manera misma como se otorgaban las credenciales ministeriales, ya que eran firmadas por él y por Jaime White, en las que aparecían con el título de “ministros dirigentes”.

En 1872, después de ocho décadas vividas con exuberante dinamismo, Bates sucumbió víctima de un tipo de erisipela maligna. Aunque vivió sus últimos días entre sufrimientos y aflicciones incontables, soportó todo con admirable estoicismo y resignación. Como el patriarca Job, podía repetir las palabras inspiradas: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios”.¹⁸

Elena G. de White (1827-1915)



El 13 de agosto de 1881 fue un día sombrío para la causa adventista. En el tabernáculo de Battle Creek se habían reunido más de tres mil personas para tributar un sentido homenaje a Jaime White, llorado líder adventista, *primus inter pares*. Su visión administrativa y su incondicional consagración a los ideales evangélicos serían recordados para siempre. “En memoria eterna —declaró el salmista—, será el justo”.¹⁹

El sermón fúnebre fue pronunciado por Urias Smith, director de la *Review and Herald*. Habían trabajado juntos aproximadamente 30 años, y ahora, con el corazón quebrantado por un profundo dolor, Smith con expresiones afectuosas se despedía del jefe, amigo y hermano en la “bienaventurada esperanza”.

Después del sermón del pastor Smith, y para sorpresa de todos, la Sra. White que también había estado hospitalizada con su esposo, se levantó manifestando el deseo de decir algunas palabras. La atención de todos se volvió hacia ella. Debilitada por la enfermedad que la mantenía bajo cuidados médicos, se expresó así:

Deseo decir algunas palabras en esta ocasión. Mi querido Salvador ha sido mi fuerza y mi apoyo en esta hora de prueba. Cuando fui llevada de mi lecho de enferma a la presencia de mi esposo en sus últimos momentos, la sorpresa del choque me pare-

ció al principio demasiado pesada para que pudiese soportarla y clamé a Dios que lo conservara para mí, que no lo llevase, dejándome trabajar sola. . . Y ahora, recomienzo sola el trabajo de mi vida. Doy gracias a mi Dios por haberme dado dos hijos para que quedaran a mi lado. De aquí en adelante debe la madre apoyarse en los hijos, pues el esposo fuerte, animoso y de noble corazón descansa ya. Para él terminaron las luchas. Cuánto tiempo pelearé sola las luchas de la vida, no puedo decirlo. . . Ahora aprecio la esperanza del cristiano, el cielo cristiano y el Salvador de los cristianos más que en cualquier otro momento pasado. Hoy puedo decir: "Hay descanso para el cansado. . ." Y allí [dirigiéndose hacia el ataúd] mi esposo encontró el descanso; pero yo todavía tengo que batallar. Todavía no puedo deponer la armadura del Señor. Cuando caiga, quiero caer en mi puesto del deber. Ojalá esté preparada; ojalá esté donde pueda decir como él dijo: "Todo va bien, Jesús es precioso".²⁰

Durante 35 años había ella ejemplificado las virtudes de una esposa leal y dedicada. En medio de las privaciones que caracterizaron los primeros años de su experiencia conyugal y de las enfermedades que siempre la acompañaron en el ejercicio de su ministerio, cumplió fielmente sus deberes y sus responsabilidades como esposa y madre. Jamás se valió de su condición privilegiada como mensajera de Dios para imponer su influencia o autoridad. Tanto en casa como en la iglesia su esposo fue siempre el líder indiscutible. Ahora, sin embargo, al contemplar el cuerpo inanimado del esposo, ella se siente frágil e impotente para recomenzar sola la obra que Dios le encomendó.

Veintiún años antes, el alfange trágico de la muerte había segado a su pequeño Herbert, el hijo menor, cuando apenas tenía tres meses de edad. Angustiada y afligida, expresó su dolor en las siguientes palabras: "Cuando aquella tenue rama se quebró, nadie podía entender cuánto sangraban nuestros corazones, excepto quienes ya llevaron sus pequeños amados a la sepultura".²¹

Tres años más tarde, Henry, el primogénito, a los 16 años de edad, sucumbió también como consecuencia de una neumonía. Cuando escribió sobre esta tragedia, y recordando las habilidades musicales que caracterizaban la vida del hijo llorado, la abatida madre se expresó así:

Mi dulce cantor ha muerto. Ya no unirá su voz a la nuestra en derredor del altar de la familia. Ya el toque de sus manos no

*nos ofrecerá más música. Ya no ejecutarán nuestras órdenes sus pies y manos voluntarias. Pero esperamos con gozo la mañana de la resurrección.*²²

Dios la escogió para ejercer un ministerio profético en un tiempo de gran significación histórica. Aunque elegida por la Providencia, no fue sin embargo preservada de las aflicciones y perplejidades propias de la existencia humana. Más bien, gracias a una vivencia constante con Dios, obtuvo el valor necesario para triunfar sobre su propio dolor y realizar la obra que el Señor le confió.

Poco después de la muerte de su esposo, escribió:

*A veces sentía que no podía aceptar la idea de la muerte de mi esposo. Pero parecían estar impresas en mi mente las palabras: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios" (Salmos 46: 10). Siento muchísimo mi pérdida pero no me atrevo a entregarme a una tristeza inútil. Esto no podría traer de vuelta a los muertos. No soy tan egoísta como para desear, si pudiese, traerlo de su sueño tranquilo para afrontar otra vez las batallas de la vida. Como un luchador cansado, se acostó para descansar. Contemplaré con placer su lugar de reposo. La mejor manera por la cual yo y mis hijos podemos honrar la memoria de quien ha caído será tomar la obra donde él la dejó y, con el poder de Cristo, llevarla adelante hasta su consumación.*²³

Con admirable renuncia y dedicación, continuó la obra dejada por su esposo. Durante los años de 1885 y 1887 prestó un servicio inestimable acompañando en diferentes países de Europa el trabajo que entonces se iniciaba. Participó activamente en el programa del primer congreso anual (*campmeeting*) realizado en el viejo continente, en Moss, Noruega.

Al retornar a los Estados Unidos se mantuvo constantemente ocupada no solamente en la producción de innumerables y preciosos manuscritos, sino también recorriendo largas distancias, llevando a los fieles adventistas dispersos por todas partes, mensajes de fe y confianza en la autenticidad profética de este movimiento.

El 12 de noviembre de 1891, por pedido de la Asociación General, ella y su hijo W. C. White, entonces viudo*, y varios asistentes literarios, se embarcaron rumbo a Australia, donde durante nueve años trabajaron con ardor y determinación poniendo los fundamentos de una obra que, con el transcurso de los años, habría de echar raíces profundas y alcanzar notable vigor denominacional.

Mientras estaba en Australia completó, entre otros, los manuscritos de *El Deseado de todas las gentes*, su obra cumbre. Al leer este libro nos asombramos por la belleza de los recursos literarios usados por ella en el esfuerzo por magnificar a Cristo y su obra redentora. En una carta del Sr. W. E. Bement, de la Biblioteca del Congreso, en Washington D.C., escrita el 11 de diciembre de 1946, leemos lo siguiente:

Seleccionar cinco o seis libros acerca de la vida de Cristo, de entre más de diez mil que han sido escritos en inglés, en los últimos 300 años, sin contar los escritos en otros idiomas, y decir sin reserva que estos cinco o seis son los mejores, no es tarea fácil. . .

*Mi preferencia o elección sería orientada por lo que yo desearía obtener del libro o libros a leer. Lo diré de esta manera: Yo colocaría a *El Deseado de todas las gentes*, de Elena G. de White, en primer lugar en cuanto a discernimiento espiritual y aplicación práctica.²⁴*

Este testimonio reviste mayor significado cuando consideramos que su autor, no siendo miembro de la Iglesia Adventista, puede expresar con imparcialidad su preferencia por este libro, un auténtico clásico en la literatura evangélica.

Al retornar a los Estados Unidos en 1900, la Sra. White decidió establecerse en California, en un lugar apacible, más tarde conocido con el nombre de Elmshaven, situado aproximadamente a 150 km de San Francisco. Allí vivió sus últimos quince años, plenos de actividad y realizaciones, entre árboles umbrosos, exuberantes viñedos y flores abundantes. Aunque vivía en el otoño de su vida, sus brazos jamás se cruzaron en ociosa expectativa.

En 1901 fue invitada a asistir al congreso de la Asociación General, celebrado en Battle Creek. La iglesia vivía un momento crucial en su historia. Su acelerado crecimiento reclamaba una nueva estructura como organización, más compatible con sus dimensiones y posibilidades. Ideas confusas y opiniones conflictivas militaban contra la adopción de un nuevo sistema administrativo más funcional, capaz de dinamizar los triunfos de la evangelización. La influencia de la Sra. White en la reorganización entonces aprobada fue destacada y decisiva. Un plan inteligente mereció la aprobación de los delegados, y la iglesia inauguró un período de mayor estabilidad orgánica y alentador crecimiento numérico.

No obstante, antes de este congreso, en su viaje desde California a Battle Creek, decidió visitar a su hijo mayor, Edson, entonces ocupado en una obra pionera en el sur de los Estados Unidos, en favor de los descendientes de los esclavos y víctimas de la pobreza y la discriminación racial, que vivían a la deriva, sin ninguna perspectiva de un futuro mejor.

La Sra. White tenía abundantes razones para alegrarse con las realizaciones logradas por su hijo Edson, empeñado en llevar la luz del Evangelio a un numeroso segmento de la población estadounidense, víctima de la opresión económica y la injusticia social.

Durante los descuidados años de la adolescencia y juventud, Edson reveló muchas veces un espíritu independiente y un comportamiento no siempre digno de emulación, y suscitó en la mente de sus aprensivos padres, profundos interrogantes sobre su futuro.

Al acercarse su décimo sexto aniversario, la madre afligida le escribió una carta en la que expresaba sus tristezas y pesares:

Cuando todo a mi alrededor está ya a oscuras, me mantengo despierta, dominada por la ansiedad. . . Tan sólo puedo obtener alivio en la oración silenciosa. . . En nuestra presencia correspondes a nuestros deseos, pero. . . nos desobedeces en nuestra ausencia. Has seguido tantas veces tu propia voluntad, ocultándonos todo, contradiciendo nuestro consejo, amonestación y prohibición, que no podemos confiar en ti. . . En vez de ser un consuelo, eres fuente de penosa ansiedad. . . Espinas y cardos han brotado en mi jardín y han sofocado la simiente que intenté cultivar. . . Una angustia que no puedo expresar envuelve mi mente en relación con tu influencia sobre Guillermo (William). Tú lo arrastras a hábitos de desobediencia, fingimiento y prevaricación. . .

Oh, Edson, el conocimiento de estas cosas es lo que me está consumiendo y llevándome al desánimo.²⁵

La Sra. White tomó sobre sí gran parte de los deberes relacionados con la educación de Edson y Guillermo, y el pastor White se sentía tranquilo por la seguridad de que los hijos estaban en buenas manos. En uno de sus viajes al oeste escribió a su esposa, diciendo:

Estoy en el camino del deber. No me preocupo por el hogar. Me siento feliz con las buenas noticias que me llegan de casa,

*relacionadas con nuestros queridos muchachos. Amo a mi familia y nada, a no ser el sentido del deber, podría separarme de ella.*²⁶

Con el transcurso de los años, a pesar de los consejos afectuosos de la madre y las constantes advertencias del padre, siempre expresadas con ternura, la determinación de Edson de seguir sus propios caminos intensificó las preocupaciones de Elena y generó un clima de tensión entre el hijo y el padre.

Aunque educado en un hogar caracterizado por la austeridad económica, Edson parecía desconocer las virtudes de una existencia frugal. En cierta ocasión compró una chaqueta de 26 dólares (equivalente al salario de 26 días de trabajo de un operario común), y su padre irritado ante tal extravagancia lo censuró acerbamente. Preocupada con las crecientes tensiones existentes entre el esposo y el hijo, la Sra. White le escribió: "Que Dios te conceda un corazón tierno y benigno para con tu pobre, oprimido y fatigado padre".²⁷

A los 21 años, después de su casamiento con Ema, Edson se aventuró en temerarias transacciones comerciales que lo llevaron a un completo e inquietante desastre económico. Esta pérdida financiera intensificó las diferencias entre él y su padre. Desde Boston el pastor White le envió una carta a él y a su esposa, diciendo:

*Edson perdió. . . aproximadamente cinco años de su vida, entre los 17 y los 21, rebelándose y vagando por sendas extraviadas. . . Ahora puede, si lo desea, redimir el tiempo. . . pero, si prefiere seguir su camino con independencia, dejaremos su futuro por su propia cuenta y riesgo. Siento que sería un pecado ayudarlo mientras persiste en esta actitud independiente, alimentando sentimientos severos contra mí.*²⁸

La hostilidad que pasó a caracterizar las relaciones entre ambos se intensificó grandemente. Más tarde, en un gesto de nobleza que revelaba una mayor madurez cristiana, se reconcilió con el padre. Posteriormente, después de la muerte del pastor White, vivió un momento de grave crisis religiosa, un período de eclipse espiritual en su vida.

Empero, después del viaje de su madre a Australia, en 1891, Edson experimentó el júbilo de un sorprendente despertar espiritual que lo llevó contrito de regreso al Señor. A semejanza de Saulo, la pregunta que ahora agitaba su espíritu, era: "Señor, ¿qué quieres que haga?" Entre otras cosas, pensó en iniciar entre las poblaciones de color, dispersas a lo largo del río Mississippi, una obra de evangelización. Descubrió un men-

saje escrito por su madre algunos años antes, que destacaba la responsabilidad de la iglesia ante los descuidados habitantes de color del sur de los Estados Unidos. Decía la Sra. White en su testimonio que debería enseñárseles a leer para que pudiesen entender la Biblia por sí mismos y, sobre todo, deberían ser tratados con dignidad, como auténticos hijos de Dios.

Edson proyectó un barco fluvial a vapor (*Morning Star* [Estrella matutina]), y con su esposa y otros auxiliares navegó por los ríos afluentes hacia el Mississippi. Promovió la venta de su *Gospel Primer* (Silabario del Evangelio) y con las ganancias obtenidas financió su programa misionero. En poco tiempo, como resultado de su trabajo conducido con coraje, dedicación y fe, se organizaron más de cincuenta iglesias y se establecieron un apreciable número de escuelas.

Como madre, la Sra. White tenía abundantes razones para incluir en su itinerario un emotivo viaje al sur del país. Las lágrimas que había derramado en sus oraciones intercesoras en favor de Edson se convertían ahora en expresiones de alegría al pensar en el gozo de un reencuentro



Edson White, con su barco "Morning Star", evangelizó a los descendientes de los esclavos.

con el hijo, plenamente identificado con la proclamación del tercer mensaje angélico.

Después de haber contemplado con justificado orgullo los abundantes frutos del ministerio conducido por Edson a lo largo del Mississippi, y después de su participación en el histórico congreso de 1901, en Battle Creek, regresó a Elmshaven para continuar su extensa e intensa actividad literaria, y completar la serie "El conflicto de los siglos".

En 1909 viajó por tren a Washington, D.C., para participar por última vez de un congreso de la Asociación General. Las crisis producidas por la reorganización de la iglesia (en 1901) y la agitación panteísta liderada por Kellog, habían sido entonces superadas. El movimiento adventista, bajo la presidencia firme y dinámica de A. G. Daniells, vivía una hora brillante, plena de desafíos y oportunidades. A pesar de estar encorvada por el paso de los años, la Sra. White se dirigió a los delegados allí reunidos con su acostumbrada voz, firme y clara, comunicando a todos su fe en el triunfo de la iglesia, y su inmovible confianza en Dios y sus preciosas promesas.

Siete décadas habían pasado desde que había recibido de Dios su primera visión. Su mano, entonces trémula e incapaz de asegurar con firmeza la pluma, fue fortalecida por el Señor, capacitándola para escribir cuarenta mil páginas de material impreso y más de cincuenta mil páginas de consejo e inspiración, presentadas en forma de cartas y manuscritos. Su voz entonces ronca y débil como resultado de sus deficiencias físicas, fue gradualmente transformada hasta llegar a ser clara y poderosa. Incluso sin ayuda de micrófono y sistema de amplificación (desconocidos en aquellos tiempos), llegó a ser oída por enormes masas humanas que se aglomeraban expectantes para oír sus mensajes de fe. Más de una vez predicó a un auditorio que oscilaba entre 15 y 20 mil oyentes.

A lo largo de esos 70 años sus ojos contemplaron con inefable gozo la manera providencial como Dios condujo a su iglesia, desde un humilde y vacilante comienzo hasta transformarse en un complejo internacional grande y dinámico. Al presentir que se aproximaba el sombrío crepúsculo que apagaría el brillo de su extraordinaria existencia, declaró confiada:

No espero vivir mucho. Mi obra está casi terminada. . .

Al recapacitar en nuestra historia pasada, habiendo recorrido cada paso de su progreso hasta nuestra situación actual, puedo decir: ¡Alabemos a Dios! Mientras contemplo lo que el Señor ha hecho, me siento llena de asombro y confianza en Cristo

*como nuestro caudillo. No tenemos nada que temer en lo futuro, excepto que olvidemos la manera en que el Señor nos ha conducido y sus enseñanzas en nuestra historia pasada.*²⁹

Finalmente, en una tarde de verano, el 16 de julio de 1915 la trémula llama de su existencia se apagó. Sus últimas palabras, plenas de fe y certeza, fueron: "Yo sé en quién he creído". El *New York Independent*, tributándole un justo homenaje, sintetizó en una frase la magnitud de su ministerio profético: "Ella vivió y realizó con dignidad la vida y obra de una profetisa".



Elmshaven, en las cercanías de Santa Helena, California, hogar de la Sra. White en sus últimos años. Arriba, en la baranda, aparece ella, en una silla de ruedas con su enfermera.

reek,



Jaime y Elena White con dos hijos que alcanzaron la edad adulta —Jaime Edson y William Clarence. Otros dos hijos varones fueron Enrique Nichols, el primogénito que murió a los 16 años, de neumonía; y Herbert que murió a los tres meses de edad.



Ultimo homenaje rendido a la Sra. White en el Tabernáculo de Battle Creek, en 1915. La ceremonia fúnebre fue presidida por el pastor A. G. Daniels.



La Sra. White fue enterrada en el cementerio de Oak Hill, en Battle Creek, al lado de su esposo fallecido en 1881.

Urias Smith (1832-1903)



Urias Smith tenía 12 años cuando su familia y otros creyentes adventistas pasaron por la amarga experiencia de 1844. Desilusionado, abandonó la esperanza y pasó a ocuparse exclusivamente de "los afanes de esta vida". Con todo y a pesar de la inmensa frustración sufrida junto con los otros milleritas, su piadosa madre no se dejó abatir por la duda o la incertidumbre. Reafirmó su fe en el Salvador y en sus preciosas promesas, y comenzó a orar cada día por Urias y su otra hija, Annie. Las súplicas intercesoras

dirigidas a Dios en favor de sus hijos tuvieron respuesta siete años después del gran chasco.

Annie era una joven talentosa, conocida por su extraordinaria sensibilidad artística y sus evidentes dones literarios. En 1851, cuando estaba por completar un año más de laboriosa actividad escolar, decidió visitar a algunos amigos en Charlestown, Massachusetts, antes de regresar al seno de la familia. Pocos días antes había recibido una cariñosa carta de su madre, en la cual la Sra. Smith expresaba su inmensa alegría al pensar en las emociones del próximo encuentro. Aprovechó la oportunidad para sugerir a la hija que asistiese en Charlestown a una reunión adventista que sería dirigida por el pastor Bates.

"Iré tan sólo para agradar a mi madre", se dijo a sí misma. Evidentemente Annie profesaba a su madre un amor entrañable. Había heredado de ella los dones literarios y una elevada sensibilidad poética. En la noche precedente a la reunión de Charlestown tuvo un sueño. Le parecía estar en la reunión mencionada por su madre. Las sillas estaban todas ocupadas, excepto una junto a la puerta, en la cual se sentó. Entonces el predicador con su radiante simpatía comenzó a hablar. Presentando un diagrama, repetía solemnemente: "Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado". En el sueño, Annie sintió que las palabras del predicador eran "fieles y verdaderas".

Aquella misma noche, el pastor Bates tuvo también un sueño. Le parecía estar iniciando la reunión, pero por alguna razón inexplicable, en vez de predicar sobre el tema que había preparado para la ocasión, comenzó a hablar sobre la doctrina del Santuario. En el sueño vio que

después de haber iniciado el sermón, una joven entró y ocupó el único asiento disponible junto a la puerta.

Bates era un hombre demasiado dinámico para detenerse en trivialidades, analizando sueños y sus explicaciones. Y por eso no le dio mucha importancia. Sin embargo, cuando estaba por iniciar la reunión, sintió una dominante impresión de que debía predicar sobre el Santuario.

Satisfaciendo el pedido de su madre, Annie se dirigió al lugar de la reunión, pero por haberse desorientado, llegó cuando el pastor Bates ya estaba presentando su tema. Sorprendida, observó que el predicador era el mismo que había visto en el sueño. Presentaba un diagrama y repetía el texto relacionado con la purificación del santuario. Para completar su asombro, el único asiento vacío, tal como en el sueño, estaba junto a la puerta, y fue ocupado por ella.

A finalizar la reunión conversó con el pastor Bates, y ambos descubrieron una singular combinación de circunstancias, que convencieron a Annie a echar su suerte con los fieles adventistas.

Pocas semanas después, Annie envió a la *Review and Herald* un inspirado poema titulado "Fear not, little flock" (No temas, manada pequeña), que fue publicado en la edición del 16 de septiembre del mismo año. Invitada para asistir al pastor White en sus actividades editoriales, llegó a ser en poco tiempo redactora asistente de la *Review and Herald*. Escribió los versos de algunos de los más bellos himnos que integran la himnología adventista.

A semejanza de Andrés, que llevó a su hermano Pedro a la presencia del Mesías, Annie, con el testimonio convincente de su ejemplo, logró también conducir a su hermano, Urias, al encuentro con Cristo.

Desafortunadamente, cuatro años después de su conversión, y todavía en la primavera de la vida, ella sucumbió víctima de una implacable tuberculosis pulmonar. Su prematura muerte significó para la naciente iglesia una tragedia indescriptible.

Pero, si por un lado la iglesia lamentó el pasaje tan meteórico de su talentosa poetisa, por otro, disfrutó durante medio siglo de las bendiciones del ministerio fecundo, conducido con brillo y dedicación, de Urias, su dilecto hermano.

Urias era un joven de espíritu vivo, capaz de percibir con rapidez las cosas, versátil y dotado también de gran habilidad literaria. Después de su conversión renunció a la posibilidad de una actividad generosamente remunerada, para trabajar en las oficinas de nuestra incipiente casa publicadora.

Inauguró su hoja de servicios en la causa adventista en marzo de 1853 y, durante cincuenta años, su vida estuvo casi ininterrumpidamente asociada a la redacción de nuestra revista oficial, ya como director o como redactor asistente.

En 1855 su nombre apareció impreso por primera vez en el encabezamiento de la *Review and Herald*, como redactor-jefe. Smith contaba entonces con 23 años de edad. Y en ese primer número publicado bajo su responsabilidad editorial, escribió: "No acepté esta posición por comodidad, confort o ventajas mundanales; pues he observado hasta aquí, a través de mi vinculación con la *Review and Herald*, que ninguna de estas cosas pueden encontrarse aquí".

Las circunstancias adversas que entonces prevalecían y la pobreza del equipo que poseían no fueron suficientes para abatir su espíritu. Utilizando una regla y una navaja cortaba los márgenes de las hojas impresas. "En estas operaciones —escribió Smith—, nuestras manos se llenaban de ampollas y los impresos aparecían con frecuencia fuera de escuadra".³⁰

Enfrentó un sinnúmero de problemas de naturaleza económica, pero siempre se condujo con gran firmeza y, como resultado, bajo su administración la *Review and Herald* creció y prosperó en forma notable.

En su afán por reducir los costos de producción, añadió a sus tareas regulares otras funciones como la de revisor, impresor, gerente y contador. Más tarde sufrió las consecuencias de un gran agotamiento físico, como resultado de sus excesos en el servicio del Señor. Se retiró durante un año de sus actividades regulares para cuidar de su salud quebrantada. Durante ese período fue sustituido por John N. Andrews.

Al año siguiente el pastor White fue elegido como director, y Smith quedó como asistente. En 1873, por no concordar con el pastor White en un asunto de naturaleza administrativa, fue liberado de sus funciones. Alejándose de Battle Creek se dedicó a otras tareas seculares. Sin embargo, seis meses después fue invitado a regresar a la *Review and Herald* y sus relaciones con el pastor White fueron restauradas y se mantuvieron cordiales y amistosas a través de los años.

Cuando en 1863 se organizó la Asociación General, fue elegido secretario y durante 21 años ejerció esa función. Fue también, durante un año, tesorero de la Asociación General. Estas responsabilidades las ejerció en adición a sus tareas regulares en la *Review and Herald*.

Además de prolífico escritor (escribió innumerables libros defen-

diendo la fe adventista) era considerado por todos como predicador de admirable estatura y respetado profesor de Teología en el colegio de Battle Creek.

Su versatilidad se evidenció también en el campo de la creatividad mecánica. Con ingenio y arte produjo algunos inventos que le rindieron razonables dividendos. Patentó un tipo de cartera escolar ajustable, con la cual ganó tres mil dólares. Con esa suma compró una casa. La necesidad le hizo inventar una pierna mecánica liviana y flexible, que se podía doblar a la altura de la rodilla, a semejanza de una pierna natural. En su infancia le había sido amputada la pierna izquierda y con este invento consiguió disfrutar de una mayor libertad de movimientos. Con gran imaginación, también, concibió un nuevo sistema taquigráfico.

Tres dramáticos episodios marcaron en forma indeleble su existencia. El primero ocurrió en 1836 cuando tenía cuatro años de edad. Estaba enfermo, recibió como remedio una dosis excesiva de calomel (cloruro mercurioso). Ese tratamiento le produjo una úlcera en la pierna izquierda, que se agravó en forma irreversible, precipitando la necesidad de la amputación. El Dr. Amos Twitchell, reputado cirujano, realizó la operación a la altura del fémur, un poco más arriba de la rodilla. La operación fue realizada sin anestesia, mientras la Sra. Smith, bañada en lágrimas, sostenía firmemente la mano del hijo, que se retorció torturado por los dolores. Sin duda, la pérdida de esa pierna fue una tragedia dolorosa, no sólo para el niño, sino también para los familiares.

El segundo episodio ocurrió a los doce años, cuando en compañía de miles de otros milleritas aguardó la manifestación de Cristo en "su venida y su reino". El incumplimiento de las predicciones milleritas fue para él una experiencia amarga, responsable por la apatía religiosa que lo acompañó durante su despreocupada adolescencia.

El tercer episodio ocurrió durante el congreso de la Asociación General, celebrado en 1888. (Véase el capítulo "El justo por la fe vivirá".) Dos jóvenes ministros, A. T. Jones y E. J. Waggoner, destacaron en aquella oportunidad, con elocuencia y ardor, la doctrina de la salvación por la fe, sin las obras de la ley. Sentían ellos que los pastores veteranos, en su afán por destacar la importancia del Decálogo, estaban inconscientemente presentando la ley como un instrumento de redención. Urias Smith veía con preocupación el entusiasmo de los dos jóvenes predicadores. Argumentaba que los adventistas creían en la justificación por la fe, pero no ocultaba el temor de que la "nueva enseñanza"

pudiese conducir a la iglesia a desconocer la santidad de la ley. Smith subrayaba: "La salvación viene por medio de Cristo; para alcanzarla debemos obedecer la ley". Los dos jóvenes predicadores al refutarlo, repetían: "El hombre salvo obedece la ley. Esta obediencia, sin embargo, es el resultado y no la causa de la salvación".

El apoyo que la Sra. White dio a la predicación de Jones y Waggoner fue para Smith una experiencia desconcertante y desorientadora. Como hombre de convicciones, no ocultó su dificultad en aceptar entonces la autoridad profética de la Sra. White. Comenzó, incluso, a establecer diferencias entre "visión" y "testimonios".

Sin embargo, en 1891 admitió sus equivocaciones y se restableció la armonía. El resultado final de esa controversia fue una memorable victoria para la iglesia. Muchos adventistas estudiaron las Escrituras con más profundidad. Los dirigentes lograron una visión espiritual más amplia y, galvanizada por un sentimiento de unidad, la iglesia aceleró su triunfo.

El hecho sucedió un viernes, el 6 de marzo de 1903. Urias Smith, a los 71 años, caminaba en dirección a la Review and Herald, llevando en sus manos el manuscrito de su editorial. Cuando ya divisaba el edificio de la institución, donde por tantos años había trabajado, cayó fulminado por un violento ataque cardíaco. Aunque fue inmediatamente atendido por el Dr. Morse y dos enfermeras, falleció poco después.

La noticia de su muerte repercutió por todas partes como un acontecimiento doloroso. Las máquinas de la Review and Herald inmediatamente cesaron su ruidosa actividad. Un reverente silencio descendió sobre la institución, que simbolizó el pesar de todos por la muerte de su talentoso redactor. Cubierta de luto, la iglesia se unía para llorar la muerte de uno de sus más auténticos líderes.

Urias Smith fue sepultado en el cementerio de Oak Hill, donde ya descansaban los restos mortales de Jaime White. Doce años más tarde habría de seguirlo Elena G. de White. Juntos trabajaron en defensa de una causa común. Juntos aguardan en el silencio de la sepultura la gloriosa mañana de la resurrección.

Triunfaron por la fe

Parafraseando al autor de la epístola a los Hebreos, concluimos este capítulo con las siguientes palabras:

¿Qué más diríamos? Nos faltaría tiempo y espacio para escribir acerca de Josué V. Himes, J. N. Loughborough, Frederick Wheeler,

Raquel Preston, W. Farnsworth, D. T. Bourdeau, J. H. Waggoner, Merrit E. Cornell, S. N. Haskell y otros, los cuales por la fe avanzaron, conquistaron almas, practicaron la justicia, taparon la boca de los opositores, escaparon de la persecución, convalecieron de sus enfermedades y en la lucha se mostraron valerosos.

Todo lo perdieron y además sufrieron incomprensión, burlas y afrentas. Emprendieron muchas veces largas jornadas, cansados, oprimidos, necesitados y maltratados. Vagaron por caminos cubiertos de nieve, cruzaron densas y casi impenetrables florestas, de los cuales el mundo no era digno. Todos ellos dieron un ardiente y valioso testimonio de fe y ahora descansan aguardando el cumplimiento de la "bienaventurada esperanza".

* William C. White (1854-1937), editor asistente y gerente de las publicaciones de su madre, Elena G. de White. Se casó en 1879 con Mary Kelsey, talentosa obrera de la Review and Herald. Cuando trabajaban en Suiza, Mary, que entonces trabajaba en la redacción de la casa editora local, contrajo tuberculosis y falleció en 1890, a los 33 años de edad. Tuvieron dos hijas. En 1895, cuando W. C. White residía con su madre en Australia, se casó con Ethel May Lacey y tuvieron cuatro hijos y una hija. Todos los nietos de Elena G. de White descienden de William, dado que Edson no tuvo hijos.

Referencias

- 1 G. J. Paxton, *El zarandeo del adventismo*, págs. 49, 50.
- 2 J. S. White, *Life of William Miller*, pág. 79.
- 3 *Ibid.*, pág. 80.
- 4 *Ibid.*, págs. 80, 81.
- 5 Everett Dick, *Fundadores del mensaje*, pág. 14.
- 6 *Ibid.*, págs. 15, 16.
- 7 Job 1: 1.
- 8 Lucas 24: 17.
- 9 Lucas 24: 18.
- 10 Lucas 24: 21.
- 11 P. Gerard Damstcegt, *Foundation of the Seventh-day Adventist Message and Mission*, pág. 99.
- 12 Elena G. de White, *A Word to the Little Flock*, pág. 12.
- 13 Dick, *Fundadores*. . . , pág. 202.
- 14 *Ibid.*, pág. 83.
- 15 Joseph Bates, *Early Life and Later Experiences*, pág. 228.
- 16 John F. Kennedy - Párrafo de un discurso.
- 17 Dick, *Fundadores*. . . , pág. 96.
- 18 Job 19: 25, 26.
- 19 Salmos 112: 6.
- 20 Elena G. de White, *In Memoriam*, págs. 40-43.
- 21 Citado por James Joiner en *These Were the Courageous*, pág. 45.
- 22 Dick, *Fundadores*. . . , pág. 159.
- 23 A. W. Spalding, *Origin and History of Seventh-day Adventists*, t. 2, pág. 215.
- 24 Citado por Jaime Valentine en "A los que tienen el testimonio de Jesucristo", en *La Revista Adventista*, mayo de 1971, pág. 5.

- ²⁵ Elena G. de White, *Carta 4*, 1865.
²⁶ Jaime White, *Carta* del 1º de noviembre de 1860.
²⁷ Elena G. de White, *Carta 2*, 1871.
²⁸ Jaime White, *Carta* (para Edson y Ema), 13 de noviembre de 1871.
²⁹ Elena G. de White, *Joyas de los testimonios*, t. 3, pág. 443.
³⁰ *General Conference Bulletin*, 29 de octubre de 1889.

**LA MANO DE
DIOS
AL TIMON**

Tercera parte

Estos naufragaron en la fe

*“Manteniendo la fe y buena conciencia,
desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe
algunos”. 1 Timoteo 1: 19.*

En las venerables páginas de las epístolas escritas por Pablo encontramos mencionado dos veces en forma incidental el nombre de Hime-neo.¹ Son dos referencias claras y precisas, en las cuales, sin mucho esfuerzo de la imaginación, hallamos elementos suficientes para pintar el retrato del cristiano apóstata. Defendiendo ideas espurias en lo referente a la doctrina de la resurrección, él y Alejandro suscitaron en el seno de la iglesia no poca agitación. Con palabras cáusticas e incisivas, el apóstol describe la suerte de estos dos individuos, diciendo: “. . . a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar”.²

El predicador de los gentiles tenía en mente la desventurada experiencia de estos dos individuos cuando, exhortando a Timoteo, declaró: “Esta es la recomendación, hijo mío Timoteo, que yo te hago. . . combate. . . el buen combate, conservando la fe y la conciencia recta; algunos, por haberla rechazado, naufragaron en la fe”.³

En este capítulo presentaremos, en forma sucinta, los aspectos más relevantes de la vida de cuatro influyentes obreros que sucumbieron trágicamente en el encrespado mar de la incredulidad. Perdiendo la confianza en la genuinidad del adventismo, se apartaron de los caminos de Dios y naufragaron en su experiencia cristiana.

Dudley M. Canright (1840-1919)



Entre los que renunciaron a la fe adventista y se unieron a las filas del adversario de la iglesia, se destaca la personalidad sinuosa de D. M. Canright, conocido por sus incongruencias, contradicciones e inestabilidad emocional.

En 1859, después de asistir a una serie de reuniones conducidas por Jaime White, se unió a la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Era entonces un joven lleno de energía, entusiasmo y fervor. Dos años más tarde se dirigió a Battle Creek y consultó con el pastor White sobre las posibilidades de llegar a ser un ministro. White le ofreció una Biblia y algunos diagramas proféticos, y le dijo: “Dudley, tómelos e inicie su experiencia como predicador. Cuando se convenza de que se equivocó al aspirar al ministerio, tráigalos de vuelta”. Al año siguiente, en un congreso anual, White le preguntó: “¿Cómo le fue? ¿Dónde están la Biblia y los diagramas?” Dudley respondió sin rodeos: “Ud. ya los perdió”.⁴ De hecho, él ya se había iniciado en la obra ministerial con notable entusiasmo y evidente éxito.

Inspirado por el deseo de animar al joven predicador a no conformarse con un ministerio mediocre, White lo exhortó: “No se conforme con ser un predicador común; luche para ser alguien, o muera en la tentativa”.⁵ Motivado por este consejo, el joven predicador se aplicó con tal devoción que, en poco tiempo, llegó a ser reconocido por sus admirables y singulares calificaciones.

Sus talentos naturales y su afán de ejercer un eficiente ministerio lo proyectaron como uno de los más respetados predicadores en el círculo ministerial adventista de sus días.

A los 24 años de edad fue ordenado al ministerio por los pastores White y Loughborough. Inmediatamente después, fue enviado a los estados de la Nueva Inglaterra para trabajar con el pastor J. N. Andrews. En ese entonces aceptó por primera vez el desafío de un ministro evangélico para mantener un debate público. En la defensa del pensamiento teológico adventista demostró ser un agudo y penetrante polemista, capaz de infundir temor y terror a cualquier adversario. Este debate inauguró en la iglesia un período de polémicas, en el que los

predicadores adventistas llegaron a ser conocidos y respetados por su habilidad en esgrimir argumentos bíblicos en defensa de su fe y sus creencias fundamentales.

Aunque victorioso en memorables debates, reveló en su ministerio las debilidades propias de un carácter mudable, irresoluto e inconstante. En 1869, mientras estaba ocupado en sus labores ministeriales en el estado de Iowa, aceptó el desafío de un respetado predicador presbiteriano. El pastor Butler, en aquel entonces presidente de la Asociación, lo acompañó en la confrontación teológica con el ministro evangélico. Canright, utilizando una dialéctica firme y sutil, condujo el debate con talento y brillo. Sin embargo, después de haber neutralizado en forma vigorosa y convincente los argumentos adversarios, Butler lo encontró deprimido y perplejo, dispuesto casi a abandonar la Biblia y seguir los caminos tortuosos del agnosticismo. Butler luchó con él durante el resto de aquella noche, orando y fortaleciéndolo en su experiencia cristiana. Por la mañana se sintió animado, recuperando después su entusiasmo y fervor.

Esta dramática experiencia puso al descubierto uno de los rasgos más negativos de su carácter: la inestabilidad emocional. A lo largo de sus actividades evangelizadoras vivió momentos de contagioso entusiasmo, seguidos por períodos depresivos caracterizados por agudas crisis en su experiencia religiosa. En su diario encontramos las evidencias inequívocas de que él mismo admitía algunos de sus problemas: "El orgullo, la exaltación propia y un espíritu intolerante en relación con los otros",⁶ que lo llevaban a veces a pensar que con tales defectos de carácter jamás alcanzaría la vida eterna.

En 1873 fue invitado por los esposos White para que, con su esposa Lucrecia y su hijita, los acompañara en un período de descanso en un apacible lugar montañoso. El pastor White había sufrido un derrame prematuro como consecuencia de su enorme sobrecarga de trabajo, y ahora convalecía, respirando el aire montañoso. La Sra. White, exhausta con las múltiples actividades y cuidados en relación con la iglesia, aprovechó esta oportunidad para recuperar sus energías debilitadas.

Durante varias semanas las dos familias disfrutaron los deleites y encantos de una pausa en sus actividades regulares. Pasaban los días caminando despreocupados por caminos sinuosos, absortos en la contemplación de los verdes valles y las encantadoras praderas que se extendían al pie de la cordillera. En su diario la Sra. White describe

algunas de estas excursiones, intercaladas con momentos preciosos dedicados a la oración y la comunión con Dios.⁷

Desafortunadamente, algunas pequeñas incomprendiones precipitaron una repentina deterioración en las relaciones entre las dos familias, perturbando el placer y las alegrías que hasta entonces habían disfrutado. Dos años antes, la Sra. White había recibido en visión un mensaje dirigido a los esposos Canright, denunciando algunas de sus debilidades de carácter. Ahora le pareció que la ocasión era propicia para presentarle el mensaje. Con el título: "A un joven pastor y su esposa", ella lo inicia así:

Se me señaló su vida pasada. Vi que desde su infancia Ud. ha estado lleno de confianza propia, ha sido voluntarioso, obstinado y que siempre siguió sus propias decisiones. . . Ud. aceptó la verdad, la amó, y ésta le fue de gran ayuda; sin embargo, no se operó toda la transformación necesaria para alcanzar la perfección del carácter cristiano.⁸

Estas y otras observaciones contenidas en el mensaje fueron consideradas por él como demasiado severas y ofensivas. A causa de su orgullo, decidió interrumpir el descanso y, desanimado, partió para California. Allí se ocupó en actividades agrícolas y parecía que no estaba dispuesto a continuar más la obra que con tanto éxito había comenzado. Sin embargo, los hermanos lo animaron y pronto, rehecho, comenzó a predicar otra vez. Muchas almas se unieron a la iglesia como resultado de sus actividades evangelizadoras.

Poco más tarde, estando todavía en California, envió a la *Review and Herald* un artículo expresando su confianza incondicional en el ministerio profético de la Sra. White.

En 1878 fue elegido presidente de la Asociación de Ohio, donde prestó un relevante servicio. Dos años más tarde, preocupado con un problema vocal que parecía agravarse, decidió ir a la escuela de oratoria de Hamill, en Chicago, animado por el deseo de educar la voz a fin de usarla con más eficiencia en sus actividades como predicador. Como requisito escolar, los alumnos debían poner en práctica las lecciones aprendidas, predicando en las iglesias del área de Chicago. Canright, con su talento, logró abrir las puertas de innumerables iglesias evangélicas que lo invitaban a predicar.

Una noche de domingo predicó en la Iglesia de West Side sobre "La herencia de los santos" a un auditorio estimado en tres mil oyentes.

Entre los presentes estaba un profesor del Colegio Adventista de Battle Creek —D. W. Reavis—, que también estudiaba en la escuela de oratoria de Chicago. Con su extraordinaria retórica, Canright logró electrizar a sus oyentes que, extasiados, lo acompañaron en su magnífica exposición homilética. Después del sermón, el profesor Reavis lo acompañó caminando en dirección a un parque situado al otro lado de la avenida. Dirigiéndose a Canright, dijo estar agradecido por el mensaje lleno de vitalidad y poder que había presentado. Después de las palabras de Reavis, ambos permanecieron en silencio por algunos momentos, sentados en un banco en aquel apacible paseo. Canright parecía sumergido en profundas reflexiones. Súbitamente, se levantó y, rompiendo el silencio, dijo: “Reavis, yo podría ser un gran predicador si el mensaje que tenemos no fuera tan impopular”. Sorprendido, le respondió con convicción: “Dudley, este mensaje hizo de Ud. lo que es, y el día en que lo deje, volverá Ud. al mismo lugar donde él lo encontró”.⁹

Este diálogo nos permite percibir los sueños de grandeza que acariciaba en su corazón. Gradualmente el mensaje adventista pasó a ser considerado por él como un obstáculo intolerable, que frustraba las aspiraciones generadas en su corazón no santificado.

Con palabras incisivas y sin circunloquios, la Sra. White lo censuró:

*Ud. siempre anheló el poder y la popularidad, y ésta es una de las razones que explican su posición actual. . . Ud. ha querido exaltarse demasiado, y realizar manifestaciones que llamaran la atención y hacer ruido en el mundo, y como resultado de esto, su ocaso ciertamente será en tinieblas.*¹⁰

Canright vivía otra vez un período de eclipse en su experiencia cristiana. Se ocupó en actividades seculares y, según sus propias palabras, interrumpió por algún tiempo la observancia del sábado. Incluso pensó, con seriedad, en llegar a ser un predicador metodista. Sin embargo, con la conciencia torturada, se dirigió al pastor G. I. Butler, buscando una palabra de ánimo y certeza para su alma atribulada y afligida. Más tarde, en un artículo publicado en las páginas de la *Review and Herald*, describiendo este período de vacilaciones e incertidumbres, declaró:

Hace aproximadamente un año me sentí completamente desanimado. Me parecía que mi trabajo era inútil y que debía abandonarlo. . .

Durante cuatro meses seguí este camino. Procuré diligentemente descubrir si había algún error en nuestro mensaje o si me era posible seguir otro camino. . . Descubrí que mi fe en la doctrina adventista era tan vigorosa que me imposibilitaba creer en algo diferente. . . Y por eso fui a Battle Creek. . . conversé libremente sobre mis dificultades y pruebas con el pastor Butler, el matrimonio White y otros. . .

Mis dificultades desaparecieron, y mi interés y confianza originales en el mensaje fueron reavivados. Me siento ahora plenamente reintegrado. . . Todo cuanto soy y poseo serán colocados sin reservas a su servicio. . . Confío humildemente en que la gracia de Dios me ayudará a mantener esta resolución.¹¹

Desafortunadamente, su declaración de fidelidad al mensaje adventista fue olvidado pocos meses más tarde. En 1882, sintiendo el alma agitada por dudas perturbadoras, abandonó el púlpito para dedicarse a las actividades agrícolas en Otsego, Michigan. En carta dirigida a un amigo afirmó que jamás retornaría a las filas del ministerio. Subrayó con claridad que tal actitud se inspiraba en la firme convicción de que las visiones de la Sra. White eran fabricadas en su mente, y como tales, “no procedían de Dios”.

Esta vez la apostasía de Canright parecía irreversible. No obstante, en respuesta a varias invitaciones que le fueron dirigidas, decidió asistir al congreso anual celebrado en Jackson, Michigan, al comienzo de 1884. Después de sucesivos diálogos con varios dirigentes, y luego de preciosos momentos dedicados a la oración, decidió confesar públicamente sus vacilaciones y equivocaciones. Aproximadamente mil personas reunidas, muchas con el rostro bañado en lágrimas, lo oyeron hablar sobre las densas nubes que oscurecían su mente. Ahora, afirmó: “Todo se me hace claro y radiante”.

En esa oportunidad confesó haber acariciado en su corazón sentimientos de amargura contra la Sra. White, por sus mensajes de reprensión y censura. En compañía de un selecto grupo, dirigiéndose a la Sra. White, abrió el quebrantado corazón y, confesando sus sentimientos, le pidió que lo perdonase. Sobre esta experiencia, en un testimonio posteriormente enviado a Canright, la mensajera de Dios se expresó así:

Ud. humilló entonces su corazón y sobre sus rodillas me pidió perdonarlo por las cosas que había dicho contra mí y mi obra. . . Lo perdono en forma incondicional. . . pues estos males

*no fueron practicados contra mí; yo fui apenas una sierva que le presentaba el mensaje que Dios me dio.*¹²

En un artículo publicado en las páginas de la *Review and Herald*, él confesó consternado su inmensa tristeza, diciendo:

Pienso que mi falta de fe en los testimonios y otras verdades surgió por haber abierto el corazón a las dudas y haberlas acariciado y magnificado.

Como Pedro, no me conocía hasta que Dios permitió que fuese probado. Ahora me siento grandemente humillado, bajo el efecto vergonzoso de mi propio fracaso.

*Percibo con satisfacción que mi propia salvación y utilidad en salvar a otros depende de mi conexión con este pueblo y con esta obra. Y reafirmo aquí mi determinación de arriesgar todo cuanto soy, poseo o espero tener, en esta vida y en la futura, con este pueblo y esta obra.*¹³

Después de haber renovado su confianza en los ideales del tercer mensaje angélico, vivió un período radiante y fructífero en su experiencia ministerial. Fue entonces cuando escribió sus más apreciados artículos en defensa de nuestra fe. Sin embargo, la misma crisis de fe que en los años anteriores lo arrastró al abismo de la duda, parecía recrudecer otra vez. Carright era, de hecho, un ciclotímico irrecuperable.

En enero de 1887 decidió retirarse de las filas del adventismo. Informó a sus amigos en cuanto a su decisión. Al presidente G. I. Butler le escribió: "Estoy abandonando la iglesia. Jamás lucharé contra ella; sin embargo, estoy abandonándola. No creo más en sus enseñanzas".¹⁴

Se unió a los bautistas, donde fue recibido con festivas aclamaciones. Escribió un libro —*Seventh-day Adventism Renounced* (Abjuración del adventismo)— con el cual pretendía demoler el edificio de la fe adventista. Usando argumentos engañosos, trató de demostrar la "falacia" de la fe adventista. Su secretaria, empero, lo describe en un libro, escrito cincuenta años después de su muerte, como viviendo intermitentes períodos de angustia y aflicción, en los que, perplejo, repetía: "¡Soy un hombre perdido! ¡Perdido! ¡Perdido!"¹⁵

En 1903 atenuó su disposición beligerante contra la iglesia. Invitado por Reavis, con quien había estudiado en la Escuela de Oratoria, en Chicago, asistió a un concilio ministerial en Battle Creek. Confesó entonces haber tomado una decisión equivocada, por lo cual no tenía paz

de espíritu. Con la voz embargada por una profunda emoción, añadió: "Me agradecería si pudiese volver atrás, ¡pero no puedo! ¡Es demasiado tarde! ¡Estoy perdido para siempre!" Dirigiéndose entonces a Reavis, con el rostro humedecido por las lágrimas lo exhortó: "Haga Ud. lo que quiera, pero no combata nunca el mensaje".¹⁶

Vivió sus últimos años entre humillaciones, angustias económicas y atroces padecimientos físicos. Le fue amputada una pierna como resultado de un accidente que casi le costó la vida. Inválido, sintió que su salud se deterioraba rápidamente. Entonces pasó a sufrir, en toda su intensidad, las angustias intolerables de un inmenso ostracismo. Los bautistas, que lo habían recibido con ruidosas manifestaciones de aprecio y admiración, parecían dispuestos a ignorarlo y a desconocer sus necesidades.

El 12 de mayo de 1919, después de una larga secuencia de aflicciones y desengaños, falleció. Fue sepultado en el pequeño cementerio de Mountain Home, en Otsego, en presencia de un reducido número de personas, testigos de la soledad que lo acompañó en los últimos años.

Las palabras "su ocaso ciertamente será en tinieblas", se cumplieron con asombrosa precisión.

John H. Kellogg (1852-1943)



En el firmamento denominacional en sus años formativos, la figura del Dr. John H. Kellogg se destacaba de manera inconfundible como estrella de fulgurante brillo. Su reconocida elocuencia, talento y versatilidad como escritor y su excepcional habilidad quirúrgica le dieron notoriedad y prestigio internacional.

Sus padres, poco después del comienzo de la gran epopeya que significó la marcha hacia el Oeste, emigraron (1834) a un área hasta entonces inexplorada, en el estado de Michigan. Viviendo el espíritu del pioneris-

mo con todos sus riesgos y oportunidades, John Preston Kellogg abrió en medio del bosque denso y salvaje un lugar apropiado para edificar su rústica casa e iniciar el cultivo de la tierra, con el propósito de obtener los recursos indispensables para sobrevivir con su familia.

Las precarias condiciones en que vivían, los rigores del invierno con sus inclementes nevadas y el primitivismo de las prácticas médicas entonces prevalecientes, significaron para la familia Kellogg un costo demasiado alto. Después de un corto lapso, entre lágrimas y desencantos, el Sr. Kellogg sepultó a su esposa, víctima de una tuberculosis insidiosa y cruel. Más tarde lloró la muerte de su hija Ema, víctima de la inhabilidad médica tan común en aquellas épocas. En realidad ella padecía una infección pulmonar, pero el médico de frontera la trató como si sus males fuesen provocados por el exceso de parásitos. La terapéutica prescrita fue la responsable de la muerte de la niña que, a los dos años de edad, sucumbió retorciéndose en atroces convulsiones. Estos dos infaustos acontecimientos crearon en el corazón del Sr. Kellogg un espíritu amargo y un cínico desprecio por la medicina y por quienes la ejercían.

Después de varios años de intensas luchas y aplastantes frustraciones en sus actividades agropecuarias, el Sr. Kellogg se mudó con su familia a Jackson y, dos años más tarde, a Battle Creek. Después de la muerte de su esposa, volvió a casarse con Ana Stanley, y los cinco hijos del primer matrimonio celebraron mediante este segundo casamiento la llegada festiva de once hermanos y hermanas más. Para sustentar tan numerosa prole, Kellogg inició en Battle Creek una pequeña industria de escobas.

Alcanzado por el poder del mensaje del tercer ángel, la familia aceptó la proclamación adventista, pasando a desempeñar posteriormente un relevante papel en la historia denominacional.

Cristalizábase entonces, en forma gradual, la convicción de que la iglesia reunía las condiciones indispensables para inaugurar la práctica de una medicina preventiva apoyada en el principio sintetizado en el dicho latino: "*Mens sana in corpore sano*". Las normas de salud desconocidas para la medicina de aquel entonces, habían sido reveladas en visión a la Sra. White (1863). La creación de una institución de salud con el objeto de divulgar estos principios, se imponía como un imperativo. Sin embargo, para una iglesia naciente, carente de recursos financieros y que todavía ensayaba sus primeros pasos, este plan podría parecer un ideal utópico.

No obstante, ignorando las "imposibilidades", J. N. Loughborough, un pionero de frágil constitución física, pero poseído por una vigorosa determinación, fue escogido por sus pares para iniciar una campaña de recolección de fondos para el establecimiento de un centro de salud modelo en Battle Creek. Visitando a los miembros de la comunidad

adventista local, llegó a la casa del Sr. Kellogg solicitando su apoyo financiero para el proyecto. Interrogado sobre cuánto había recaudado hasta entonces, recibió como respuesta: "Ni un centavo". Kellogg tomó en sus manos la lista de contribuyentes, todavía en blanco, y firmó con su nombre, comprometiéndose con la suma de 500 dólares. Después de haber firmado, dirigiéndose al pastor Loughborough, dijo: "Estos 500 dólares representan la semilla para comenzar la nueva institución, de modo que lo que ahora le queda es sobrevivir o naufragar".¹⁷

Para un modesto fabricante de escobas, con la responsabilidad de mantener una familia de 16 hijos, el compromiso firmado significaba una donación hecha con sacrificio. Pero, considerando que el primitivismo médico en aquellos tiempos de oscurantismo científico le había costado la vida de su esposa y de una hijita, y le había causado sufrimientos incontables, podemos fácilmente entender la motivación que lo impulsó a apoyar tan generosamente el plan que le había sido presentado.

En poco tiempo se recaudaron 11.000 dólares, y con esa suma se edificó la primera institución de salud adventista, en Battle Creek. El 5 de septiembre de 1866 abrió sus puertas con un *staff* de dos médicos, una enfermera y seis asistentes. Sin embargo, en pocos meses, sus instalaciones resultaron inadecuadas e insuficientes para atender al gran número de pacientes que, procedentes de cerca y de lejos, iban a Battle Creek para recibir los beneficios de una terapéutica entonces revolucionaria.

Era evidente la necesidad de ampliar la institución para poder satisfacer la grande y sorprendente demanda. Sin embargo, antes de cualquier expansión, se imponía la urgente preparación de jóvenes adventistas talentosos para el ejercicio de la medicina. En 1872 fueron enviados cuatro jóvenes a una escuela de estudios para médicos en el estado de New Jersey. Después de completar el período escolar, el pastor White animó al más promisorio de ellos —John H. Kellogg (décimo hijo de John P. Kellogg)— a estudiar en la Facultad de Medicina de la Universidad de Michigan. Posteriormente le prestó mil dólares para un período de especialización en el Hospital Bellevue, en el estado de Nueva York.

Después de haber completado su preparación profesional, el joven Kellogg inició en Battle Creek una brillante carrera médica que duró 68 años. Desarrolló técnicas quirúrgicas que lo consagraron internacionalmente. Durante cinco meses fue asistente del Dr. Lawson Tait, en Birmingham, Inglaterra, asimilando sus métodos y procedimientos en el campo de la cirugía ginecológica y abdominal. El Dr. Tait había logrado

el respeto del mundo científico después de haber realizado 116 intervenciones quirúrgicas sucesivas sin la ocurrencia de una sola fatalidad. Este era un resultado excepcional en una época en que se esperaba que entre el 15% al 20% de los pacientes operados muriesen víctimas de las complicaciones postoperatorias. Kellogg, con todo, estableció un nuevo récord: 165 operaciones abdominales sin el registro de una sola muerte.

Visitó la Clínica Mayo, en Rochester, Minnesota, famoso centro quirúrgico de los Estados Unidos. En poco tiempo ganó el respeto y la admiración de los doctores Will y su hermano Carlos Mayo. Un día, mientras examinaba a un paciente, el Dr. Carlos Mayo lo sorprendió al decirle:

—Veo que Ud. fue operado por el Dr. Kellogg.

—Sí —respondió el paciente—, pero ¿cómo sabe que fue él quien me operó?

—Es fácil —replicó el Dr. Mayo—. La cicatriz es pequeña y perfecta, semejante a una firma.

Con notable destreza manual, Kellogg operó a 22.000 pacientes, un récord difícilmente igualado por cualquier otro cirujano.

Escribió cerca de cincuenta libros, de los cuales circularon aproximadamente un millón de ejemplares. Su libro más popular —*The New Dietetics* (La nueva dieta)— figura en la lista de los libros sobre nutrición como un auténtico clásico. En opinión de H. T. Finck, editor del *New York Evening Post*, este libro sería suficiente para calificarlo para recibir las honras de un premio Nobel.

Se destacó también como un prolífico inventor. En el área de la medicina, concibió aparatos y sistemas para acelerar la circulación de la sangre, mejorar el proceso digestivo y ayudar en el control y la reducción del peso. Inventó también artificios mecánicos para el fortalecimiento de los músculos debilitados. Bajo su dirección y patrocinio comenzó a producirse la “manteca de maní”, y posteriormente a industrializarse. Concibió la idea de producir lo que hoy conocemos como copos de maíz. Su hermano W. H. Kellogg, usando las recetas creadas por John, inauguró la industria de alimentos Kellogg, conocida en todo el mundo como una de las más respetables empresas en el campo de la producción de alimentos.

Efectivamente, a través del ministerio médico de Kellogg y su asombrosa versatilidad, la iglesia capitalizó innumerables beneficios. Desafortunadamente, después de haber conquistado tantas glorias, co-

menzó a sentirse inhibido dentro de las limitadas fronteras denominacionales. Se iniciaba así en su corazón una sutil rebelión contra la iglesia y sus dirigentes.

El gran Sanatorio de Battle Creek comenzó a apartarse gradualmente del ideal que justificó su fundación, para transformarse en una institución no confesional. La Sra. White vio en visión a los médicos escondiendo deliberadamente su identificación con la iglesia y le envió un mensaje. “Dios —subrayó la sierva del Señor— debe ser honrado y reconocido por los que se llaman adventistas del séptimo día. . . Ningún aspecto de nuestro mensaje debe ser ocultado”.¹⁸

En el histórico congreso de la Asociación General celebrado en 1901, Kellogg y sus colaboradores usaron su influencia y capacidad de persuasión para lograr, con la aprobación de un nuevo esquema de organización, un mayor grado de independencia. Frustrados en sus intentos, decidieron ejecutar planes y programas de acción que evidentemente no armonizaban con los métodos y sistemas denominacionales.

Contrariando las instrucciones recibidas de la Asociación General, sobre los escombros del viejo sanatorio destruido por el fuego Kellogg decidió levantar una imponente y extravagante estructura. “Fui instruida anoche —le escribió la Sra. White— a declarar que sus extensos planes para Battle Creek no armonizan con la orden de Dios”.¹⁹

Además de las preocupaciones relacionadas con las dimensiones del nuevo sanatorio en construcción, la mensajera de Dios no ocultó el temor de que la belleza existente en la sencillez, fuese ofuscada por el fulgor faraónico de una institución construida para gratificar la vanidad humana.

Pero el consejo enviado por la pluma inspirada fue totalmente ignorado. Pocos días antes de su inauguración, describiendo la suntuosidad del nuevo hospital, Perry F. Powees, auditor general del estado de Michigan, se expresó así:

*El estilo del edificio es conocido entre los arquitectos como renacentista. . . Los pisos de mármol de gran dimensión, en forma de mosaicos, cubren una inmensa área. El trabajo fue dirigido por un artista italiano. . . Cuando quede completo será uno de los edificios más bellos de Michigan, honrando tanto a la ciudad como al estado.*²⁰

Durante varios años, Kellogg cultivó una respetuosa y cordial relación con la Sra. White. Sus consejos, advertencias y exhortaciones siempre fueron recibidos de buen grado. Ahora, sin embargo, él insinuó la existencia de dos tipos de testimonios: unos genuinos, porque procedían de Dios; y otros calificados como cuestionables, porque reflejaban el pensamiento de los dirigentes de la Asociación General.

Las ideas panteístas gestadas en su mente, aunque denunciadas como espurias por el espíritu de profecía, llegaron a ser proclamadas por él y sus seguidores con entusiasmo casi apostólico.

Rechazando posteriormente *in totum* los escritos producidos por la pluma inspirada, llegó a atribuir las visiones de la Sra. White a "alucinaciones ocurridas durante los espasmos epilépticos que la acompañaron durante su larga existencia". Se aproximaba en forma irreversible el fin de su vinculación con el movimiento adventista.

Finalmente, en 1907, después de haber abandonado la iglesia con algunos de sus más íntimos colaboradores, Kellogg fue excluido de la comunión adventista en Battle Creek. Con gran astucia y artimañas jurídicas, logró el control del sanatorio y la fábrica de alimentos. La iglesia, a pesar de su enorme pérdida patrimonial, inauguró en sus filas un período de paz y armonía imprescindibles para el cumplimiento de su misión evangelizadora.

Una vez liberado de las limitaciones que la iglesia por tantos años le había impuesto, inició una nueva etapa en su vida profesional, llena de ilusiones y fantasías. Sus sueños de grandeza lo llevaron a concebir un inmenso imperio médico. Tres instituciones satélites (dos en Chicago y una en Miami) y la construcción de un nuevo y extravagante complejo en Battle Creek en adición al sanatorio ya existente, originaron mayúsculos compromisos que jamás pudieron ser cumplidos. La gran depresión financiera (1929) que afectó la economía mundial sacudió peligrosamente los fundamentos de su corporación de atención médica. Como consecuencia, las tres instituciones satélites tuvieron que interrumpir sus operaciones. En 1933 el "elefante blanco" de Battle Creek, ahogado en un océano de deudas, casi insolvente, fue sometido a las humillantes condiciones impuestas por un concurso preventivo de acreedores. En 1938, la corporación fue declarada en estado de quiebra. Finalmente, el gobierno de los Estados Unidos decidió comprar el edificio principal que integraba el gran complejo de Battle Creek.

Y así cayó, como un frágil castillo de naipes, la gigantesca corpora-

ción médica fundada por Kellogg. Sin embargo, la cadena de hospitales adventistas, bajo la bendición y dirección de Dios, creció y se multiplicó, extendiendo a todos los continentes los preciosos beneficios de su influencia.

Kellogg, que había anticipado la desintegración del adventismo, vio perplejo, en el crepúsculo de su existencia, el colapso de su organización.

Apartado de la iglesia, perdió la fe en la doctrina de la expiación, el nacimiento virginal y la divinidad de Cristo, y llegó a ser un evolucionista darwiniano.

¡Cuán diferente habría sido su vida si, en lugar de seguir las ambiciones de su corazón no santificado, hubiese oído la voz de Dios hablando a través de su mensajera!

A pesar de haber sido quebrantado por humillantes experiencias, jamás se reconcilió con la iglesia. Con todo, registró en su autobiografía, escrita ya en el ocaso de su vida, un sorprendente testimonio de confianza en la Sra. White y en su ministerio. Entre otras cosas, escribió:

Encontré en la Sra. White una sabia consejera y una amiga a la cual constantemente recurrí en busca de consejo. . . Tenía plena certeza de que el Señor dirigía su mente y aún mantengo esta convicción. Era una mujer piadosa que buscó y recibió las orientaciones divinas. Tuve muchas evidencias de eso, probablemente más que las que haya tenido cualquier otro hombre. . .

En la humillante experiencia de los últimos seis años (la pérdida del gigantesco sanatorio), reconocemos la bondadosa mano de la Providencia enseñándonos lecciones que necesitamos constantemente, y esperamos que ellas sean aprendidas profundamente y aprovechadas de tal manera que no necesiten ser repetidas.

Siempre he albergado el mayor respeto y consideración por la Sra. White. Después de mis padres, fue mi mejor amiga.²¹

¡Cuántos oprobios, vejámenes y humillaciones hubiera evitado Kellogg si, además de apreciar la obra realizada por la Sra. White, se hubiese sometido a sus consejos y exhortaciones!

Nos parecen muy apropiadas las palabras inspiradas: "Hay camino que parece derecho al hombre, pero su fin es camino de muerte".²²

Ellet J. Waggoner (1855-1916)



Los resonantes triunfos alcanzados por la Reforma en el amanecer del siglo XVI, tuvieron sus orígenes en el corazón de dos celebrados teólogos: Lutero y Melanchton. Como ardientes intérpretes de la doctrina de la justificación por la fe, precipitaron un movimiento religioso que cambió la corriente de la historia.

Siglos más tarde, en el seno del adventismo, dos talentosos predicadores, Jones y Waggoner, proclamando otra vez la justificación por la fe en el contexto del triple

mensaje angélico, lograron reavivar la chispa del principio *sola fide*, salvando a la iglesia de los peligros de una religión destituida de los "atractivos incomparables del Calvario".

Los teólogos de la Reforma se caracterizaron por la diversidad. Lutero era reconocido por todos por su exuberante personalidad, su temperamento explosivo y su naturaleza arrebatada; Melanchton, lo era por sus maneras afables, espíritu sereno y actitudes refinadas.

Así como los teólogos de la Reforma, los dos predicadores adventistas también se destacaron por sus diferencias. Jones era alto, de apariencia angulosa y rudo; Waggoner era de baja estatura, rechoncho y amable. Jones era un autodidacta. Con esfuerzo y tesón logró acumular una apreciable suma de conocimientos. Waggoner, como médico, reflejaba la erudición y el refinamiento cultivados a lo largo de una vivencia universitaria.

Durante el período neotestamentario, Dios usó dos personalidades diametralmente opuestas para edificar su iglesia: el impetuoso Pedro, y Juan, el suave discípulo de Patmos. En los tiempos de la Reforma y en los años formativos del movimiento adventista, Dios usó también personalidades señaladas por la diversidad para consolidar los triunfos del Evangelio.

Ellet J. Waggoner nació en 1855 en Wisconsin. Estudió en el Colegio Adventista de Battle Creek y, posteriormente, completó sus estudios en la Facultad de Medicina de Belleview, Nueva York. Sirvió durante algunos años en el *staff* médico del Sanatorio de Battle Creek. Parecía, no obstante, que no se sentía realizado en el ejercicio de la medicina. Lo

atraía el púlpito. La investigación teológica ejercía en su espíritu irresistible fascinación. Por eso, después de algunos años de actividades médicas, decidió cambiar el hospital con sus largas y fatigosas vigili-
as, por el púlpito y su extenuante obra en favor de las almas.

En 1884 sirvió como redactor asistente de la revista misionera *Signs of the Times*, cuyo editor responsable era su padre, J. H. Waggoner. Preocupado por la influencia perniciosa del legalismo dentro de la iglesia, decidió exaltar en su política editorial el significado de la cruz. El movimiento adventista vivía en aquel entonces un período de gran letargo espiritual. Muchos creyentes anhelaban alcanzar la pureza y la justicia. Sin embargo, frustrados, y a semejanza del apóstol Pablo, se preguntaban: “¿Quién me librará del poder de la muerte que está en mi cuerpo?”²³

Cristo en su humillación, Cristo en su pureza y santidad, Cristo en su incomparable amor, habían dejado de ser el tema central, tanto en los pulpitos como en las publicaciones adventistas. Eran muchos los que, en el seno de la iglesia, habían perdido de vista la preciosa verdad que, únicamente amando a Jesús, imitándolo y confiando en El, podrían ser transformados a su semejanza. Frente a esta realidad, Ellet J. Waggoner y A. T. Jones, otro redactor asociado, bajo la dirección de J. H. Waggoner decidieron consagrar sus plumas a la exaltación del “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”. El énfasis de los nuevos redactores en torno del tema “El Señor, justicia nuestra”, en muchos originó sospechas no disimuladas. “¿Acaso sería Waggoner el intérprete de un nuevo evangelio, exaltando la cruz e ignorando los privilegios de la obediencia a la ley?”, se preguntaban perplejos los pastores, representantes de la “guardia vieja”.

Pero, indiferente a la suspicacia de muchos y apoyándose en el uso de dos armas poderosas —la pluma y la palabra—, Ellet denunció con ardor los peligros de una justicia semejante a la de los fariseos. El fervor con que se empeñó en la exaltación de los atractivos de la cruz lo hizo destacarse durante casi dos décadas como figura estelar en el escenario adventista.

En el histórico congreso de la Asociación General, celebrado en 1888, en Minneapolis, se agigantó con la presentación de poderosos mensajes cristocéntricos, generando en la iglesia una grave confrontación teológica.

“La justificación se alcanza únicamente mediante una fe viva en Cristo —subrayó Waggoner con acentos elocuentes—. Nadie entrará en el

cielo sin el manto prístino de la justicia de Cristo. Este manto no puede ser comprado ni obtenido por medio de obras meritorias. Es un don que alcanzamos mediante una experiencia personal con Cristo”, añadió con énfasis. Y para asombro de muchos, repitió solemnemente una afirmación paulina: “El hombre es justificado por fe sin las obras de la ley”.²⁴

Se proponía demostrar que los hombres son salvos por la justicia de Cristo, no por la obediencia a la ley. Hubo influyentes delegados que vieron en los temas que presentaba un deliberado afán por socavar el Decálogo divino, transformándolo en un código obsoleto, destituido de importancia y significación.

Los debates que siguieron a los mensajes de Waggoner, dejaron en el aire la inquietante impresión de que la unidad en la doctrina había sido fracturada y que jamás sería restaurada.

Sin embargo, la Hna. White, preocupada por los efectos perniciosos de una religión semejante a la ofrenda de Caín, destituida del poder y la atracción de la cruz, endosó sin vacilaciones el nuevo enfoque dado por Waggoner en sus exposiciones homiléticas. En los meses siguientes participó, juntamente con él y con Jones, en encuentros de reavivamiento en iglesias locales, concilios ministeriales y congresos anuales:

*Estos no fueron contactos incidentales, sino ocasiones de trabajo duro, de predicaciones, llamados, consejos, exhortaciones, oraciones, hasta que se deshizo la oposición y fluyeron las lágrimas, hasta que los pecados se confesaron, y las manos se extendieron en amistad y los rostros radiantes atestiguaron de la victoria y el nuevo nacimiento.*²⁵

Como resultado, la iglesia fue inflamada de entusiasmo por el Evangelio de Cristo, con un espíritu de ardiente devoción hacia la personalidad de Cristo y con una consumidora pasión por las almas carentes de Cristo.

En 1892 Waggoner fue llamado para asumir la responsabilidad editorial de nuestras publicaciones misioneras en Inglaterra. En sus nuevas funciones, y tal vez como reacción natural a la oposición orquestada por los dirigentes de la Asociación General contra los mensajes presentados en el Congreso de 1888, comenzó a desarrollar una actitud antagónica en relación con la estructura administrativa denominacional. Su creciente hostilidad contra lo que él llamaba “el poder regio de Battle Creek”, motivó una carta de la Sra. White al pastor Jones en la

que expresaba su tristeza y preocupación. De ella extraemos los siguientes párrafos:

Sé que en manera especial Dios lo usó a Ud. y también al pastor Waggoner para la realización de una obra especial. Los acompañé con toda mi influencia pues sabía que la obra que realizaban era de origen divino. . . Sin embargo, me siento entristecida y con temor cuando veo actitudes que no puedo apoyar. . .

El pastor Waggoner ha alimentado extrañas teorías y las ha defendido públicamente antes de presentarlas ante un consejo de hermanos. Ha estado defendiendo abiertamente ideas relacionadas con la administración de la iglesia, que jamás deberían haber sido expresadas. . . Vivimos en un tiempo cuando el orden, el sistema y la unidad de acción deben ser defendidos como elementos esenciales.²⁶

En representación de la obra en Inglaterra, Waggoner asistió al congreso general de 1897, donde presentó con brillo y erudición una serie de dieciocho estudios sobre la epístola a los Hebreos. El Dr. Kellogg, que también estaba presente en aquel encuentro, disertó sobre diversos temas, introduciendo subrepticamente sus conceptos panteístas, conceptos que habrían de ejercer una influencia ruinosa en la vida de Waggoner.

En los años siguientes, mientras continuaba la obra iniciada en Inglaterra, comenzó a defender y divulgar una idea extravagante conocida por el título de "afinidad espiritual". Pretendía que una persona que no fuese el cónyuge legítimo en esta vida, podría llegar a ser el compañero o la compañera en la vida futura. Esta idea, destituida de fundamento bíblico, propiciaba ya en esta vida las condiciones favorables para una eventual afinidad espiritual con terceros. Waggoner, evidentemente, caminaba sobre un terreno minado por Satanás.

En 1901 volvió a Battle Creek para participar como delegado en el Congreso de la Asociación General. Se sentía entonces entusiasmado con lo que él "suponía ser una preciosa luz espiritual".²⁷ Pero la Sra. White, preocupada por esta "nueva luz", la denunció como "fábula peligrosa y desorientadora".²⁸

Al retornar en 1903 a Battle Creek, decidió no regresar más a Europa. Entonces la Sra. White hizo un esfuerzo especial para ayudarlo espiritualmente. Sugirió que se lo admitiese en carácter experimental, en el cuadro de profesores del colegio recién fundado en Berrien Springs

(Emanuel Missionary College). La animaba la esperanza de verlo superar la crisis que amenazaba arruinarlo espiritualmente. Sin embargo, en lugar de permanecer en el Colegio Misionero Emanuel, que era entonces una isla de seguridad contra las herejías, prefirió dirigirse a Battle Creek, que era el epicentro de las crisis panteísta, donde la legitimidad de los escritos de la Sra. White era continuamente sometida a prueba y cuestionada en los laboratorios de la incredulidad.

El 4 de octubre de 1903 la Sra. White le envió una carta, en la cual se expresó con franqueza y vigor, diciendo:

Me fue mostrado que Ud. está en gran peligro. Satanás está en su pista y a veces le ha susurrado fábulas agradables, y le ha mostrado bellos cuadros de alguien a quien él trata de representar como una compañera más apropiada para Ud. que la esposa de su juventud, la madre de sus hijos.

Satanás está trabajando secreta e infatigablemente para conseguir su caída por medio de ingeniosas tentaciones. . . Espera desviar sus afectos de su esposa y fijarlos en otra mujer. Desea que Ud. permita que su mente se preocupe pensando en esa mujer hasta que, mediante afectos no santificados, ella se transforme en su idolo.²⁹

Pero las exhortaciones procedentes de Dios no encontraron en su corazón la resonancia deseada. Waggoner ya había echado su suerte. Su apostasía parecía ahora un proceso irreversible. Se divorció de su esposa y, después, dirigió sus afectos hacia una joven enfermera de Inglaterra, con quien había iniciado algunos años antes una "afinidad espiritual". Consciente de que la iglesia jamás apoyaría su segundo matrimonio, interrumpió su relación con el movimiento adventista.

Algunos años más tarde, lo encontramos en el Sanatorio de Battle Creek, ocupado otra vez en actividades médicas. Aunque apartado de la iglesia, jamás usó la voz o empleó la pluma para atacar sus doctrinas y enseñanzas. El 28 de mayo de 1916, a los 61 años de edad, falleció repentinamente en su casa, víctima de un fulminante ataque cardíaco.

En 1892, revelando una penetrante intuición, la Sra. White había escrito sobre la posibilidad de que eventualmente Waggoner abandonase la fe. Pero, "si eso llegase a ocurrir —registró—, no sería prueba de que su mensaje no provenía de Dios o de que la obra por él realizada hubiese sido una equivocación".³⁰

Deploramos el ocaso sombrío de un talentoso mensajero que, después de haber prestado a la iglesia servicios tan señalados, prefirió vivir sus últimos años vagando lejos del aprisco del Señor. Su melancólico desenlace nos permite entender con mayor profundidad el significado de la exhortación paulina: "Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga".³¹

Alonzo T. Jones (1850-1923)



En la vida de Alonzo T. Jones encontramos dos características sobresalientes, dignas de especial mención: una rápida y acelerada ascensión, seguida de una caída vertiginosa y sombría.

La primera vez que la crónica adventista registra su nombre, lo hace para informar de su bautismo, ocurrido en Walla Walla, en el estado de Washington, en 1873. Era entonces un desconocido sargento, que servía en el 21er. Regimiento de Infantería, acuartelado en el Fuerte de Walla Walla.

Después de haber asistido a una serie de conferencias pronunciadas por un evangelista adventista —el pastor I. D. Van Horn—, Jones manifestó el deseo de confesar públicamente su fe en el mensaje adventista, mediante el bautismo.

Interrumpiendo sus actividades militares, pasó a integrar el equipo dirigido por el pastor Van Horn, ocupándose con gran entusiasmo y singular fervor en la obra a favor de las almas perdidas. Se unió en matrimonio con la Srta. Francis Elvira Patten, cuñada del evangelista que lo había llevado a la experiencia de la conversión.

Era un autodidacta respetado por su admirable erudición. Mientras la mayoría de sus ex compañeros de cuartel malgastaban el tiempo en actividades fútiles y banales, él se concentraba en agotadoras reflexiones, investigando voluminosos tratados de historia, esforzándose por entender el pasado a la luz de las profecías bíblicas.

El pastor Van Horn, que lo llevó a la experiencia bautismal, probablemente jamás imaginó que aquel soldado, casi anónimo, en poco tiempo habría de llegar a ser editor de la *Review and Herald, Signs of the*

Times, *American Sentinel*, *Present Truth*, y también el campeón de la causa de la libertad religiosa ante los tribunales de justicia de los Estados Unidos y uno de los más brillantes teólogos en los círculos adventistas de aquellos días.

Después de haberse dedicado durante algunos años a la obra de la evangelización, trabajo que realizó con sorprendente éxito, fue invitado (en 1885) para actuar como editor asociado de la revista *Signs of the Times*, revista misionera publicada por la Pacific Press Publishing Association (Casa Editora del Pacífico).

Sintiendo que la iglesia, en su anhelo por exaltar la ley, casi había perdido de vista los "encantos del Calvario", decidió magnificar en sus editoriales el "poder y gloria de la cruz". Se esforzó por demostrar que el pecador es justificado únicamente por la justicia de Cristo. Pero el énfasis con que subrayaba la salvación por la fe suscitó la sospecha de que intentaba deliberadamente anular la validez de la ley y despreciar la importancia y la validez del sábado, el día del Señor. Esta desconfianza y algunos otros problemas que siguieron, crearon un profundo abismo entre Jones y los dirigentes, precipitando posteriormente un deplorable conflicto, seguido por una separación irreconciliable.

Jones y Waggoner fueron, en el firmamento adventista, dos estrellas de fulgurante brillo. Los unía una singular coincidencia de ideas y convicciones. Aunque jamás habían estudiado juntos los grandes temas del Evangelio, revelaban siempre, en el púlpito y en sus escritos, una sorprendente identidad de pensamiento. El siguiente párrafo, extraído de una carta escrita por Jones, ilustra esa gran afinidad existente entre ambos:

Un sábado, cuando el hermano Waggoner se ausentó de Oakland para asistir a un congreso anual, prediqué en su lugar en la iglesia de Oakland. Mi tema fue "La justificación por la fe". El sábado siguiente él volvió a predicar en su iglesia (Oakland) y yo en San Francisco. A la mañana siguiente, cuando iniciaba mis tareas en la redacción de la Signs of the Times, le pregunté al hermano Bollman: "¿Cuál fue ayer el tema del hermano Waggoner?" A lo que él respondió: "El mismo que Ud. predicó la semana anterior". Le volví a preguntar: "¿Cuál fue la orientación que siguió? ¿Qué ilustraciones usó?" A lo que respondió: "¡Las mismas que Ud.!"³²

Aunque diferentes físicamente, y cultivando hábitos de vida diametralmente opuestos, en su pensamiento teológico se asemejaban como hermanos gemelos.

En 1888, Jones presentó diversos mensajes a los delegados reunidos en el Congreso de la Asociación General, en Minneapolis, Minnesota. A pesar de la oposición de la "guardia vieja" que veía en sus enseñanzas un peligroso desvío del pensamiento tradicional adventista, logró polarizar al congreso con su arrebatadora elocuencia, maneras y peculiaridades, pero sobre todo, con la fuerza persuasiva de su dialéctica firme y sutil.

Y fue así como un desconocido sargento del 21er. Regimiento de Infantería del Fuerte de Walla Walla se proyectó en el seno del adventismo como una de sus figuras más respetables. En rápida ascensión, Jones alcanzó el cenit de su experiencia ministerial. Sus mensajes, aunque repudiados por un influyente segmento de la iglesia, fueron recibidos con entusiasmo y fervor por otros que, en sus temas, discernieron el poder espiritual capaz de producir un gran reavivamiento y precipitar el derramamiento de la prometida lluvia tardía.

Pero su mejor contribución como talentoso intérprete de la Palabra de Dios ocurrió en el Congreso de la Asociación General celebrado en 1893. Los 24 sermones que predicó en aquella oportunidad, bajo el tema "Cristo, justicia nuestra", fueron recibidos "como manzanas de oro con figuras de plata". Reanimados en la fe, los delegados testificaron que jamás habían recibido tanto consuelo y una luz tan preciosa.

Jones, sin embargo, en su calculado intento por neutralizar los argumentos de los llamados "legalistas", se excedía imprudentemente en su lenguaje, dando la impresión de minimizar la importancia de una "obediencia perfecta por medio de Cristo".

Desde Australia, donde realizaba una obra de avanzada, la Sra. White le envió el siguiente mensaje:

Estuve asistiendo a una reunión, y se hallaba presente una gran congregación. En mi sueño, Ud. disertaba sobre el tema de la fe y la justicia imputada de Cristo por la fe. Ud. repitió varias veces que las obras no significan nada, que no hay condiciones. El asunto fue presentado de tal forma que me di cuenta de que las mentes serían confundidas y no recibirían la impresión correcta en cuanto a la fe y las obras, y decidí escribirle. Ud. presentó este asunto demasiado fuertemente. Hay condiciones para que recibamos la justificación, la santificación y la justicia de Cristo.

*Sé lo que Ud. quiere decir, pero Ud. deja una impresión equivocada en muchas mentes. Si bien es cierto que las buenas obras no salvarán ni a una sola alma, sin embargo es imposible que una sola alma sea salvada sin buenas obras.*³³

En 1894, según la opinión de Olsen, presidente de la Asociación General, la iglesia vivía un período de bonanza y gran progreso espiritual. Los últimos focos de resistencia a la predicación de Jones y Waggoner se habían rendido. Entre los dirigentes, pastores y miembros en general, crecía la convicción de que había llegado el tiempo para un gran reavivamiento bajo la ministración del Espíritu Santo. En medio del fervor religioso que entonces caracterizó a la iglesia, surgió Ana Phillips, una joven residente en Battle Creek, anunciando haber recibido, en visiones especiales, revelaciones de Dios. Escribió sus mensajes, los cuales suscitaban por todas partes un vivo interés. Para muchos parecía razonable aceptar la idea de que la Srta. Phillips fuera escogida por el Señor para orientar a su iglesia en los Estados Unidos durante la ausencia de la Sra. White, que estaba en ese entonces ocupada en un programa misionero en Australia. Sus mensajes fueron recibidos y leídos con gran entusiasmo y, muchas veces, comparados con los escritos de la Sra. White.

Un sábado, en el mes de abril, el pastor Jones declaró en un sermón predicado en el Tabernáculo de Battle Creek, que las enseñanzas de Ana Phillips tenían el sello evidente de una genuina manifestación del don de profecía. Con la habilidad retórica que le era propia, leyó algunos escritos de la Srta. Phillips y, después de compararlos con los testimonios de la Sra. White, instó a los oyentes a aceptarlos como la voz de Dios que hablaba a su iglesia.

Su mensaje produjo no poca agitación. Algunos se mostraron receptivos y se inclinaron a aceptar a Ana Phillips como "otra" mensajera escogida por la Providencia. Mientras que otros levantaron interrogantes sobre la validez de sus pretensiones.

En la mañana del siguiente día, domingo, Jones se dirigió en busca de cartas al correo que quedaba junto a la casa editora Review and Herald. Le entregaron un gran sobre, sellado en Australia, que contenía un mensaje firmado por la Sra. White. Era una carta escrita algunas semanas antes, censurándolo por haberse apresurado a defender públicamente la autenticidad del "ministerio profético" de Ana Phillips. Entre otras cosas, la mensajera del Señor escribió:

Tengo un mensaje para Ud. ¿Supuso Ud. que Dios lo había comisionado para que presentara las visiones de Ana Phillips, las leyera en público y las equiparara con los testimonios que al Señor le ha complacido darme? No, el Señor no le ha confiado este cometido. No le ha encargado realizar esta obra. . . No rebaje la obra mezclándola con producciones de las cuales no posee una evidencia positiva de que proceden del Señor de la vida y la gloria. . .

He recibido de Dios la advertencia que ahora le envió. Ana Phillips no debería haber tenido el estímulo que ha recibido; ha sido de gran perjuicio para ella y la ha afirmado en su engaño. Me apena que algunos de nuestros hermanos y hermanas estén listos para creer estas supuestas revelaciones y fantasías, y que piensen que ven en ellas las credenciales divinas.³⁴

Jones no logró disimular su asombro ante el mensaje recibido. Y mientras estaba todavía paralizado por la sorpresa, sentado en el banco del correo, vio aproximarse al pastor O. A. Tait. Invitándolo para sentarse, le preguntó:

—¿Oscar, me escuchaste predicar ayer en el Tabernáculo?

Habiendo recibido una respuesta afirmativa, colocó la carta fechada el 15 de marzo en las manos del pastor Tait para que la leyese. Pasados algunos momentos de silenciosa reflexión, le preguntó:

—¿Cómo sabía la Sra. White hace un mes que yo predicaría respecto de Ana Phillips y sus escritos?

—Tú lo sabes perfectamente, Jones —le respondió el pastor Tait.

—Sí, lo sé. Dios sabía con anticipación el tema que yo predicaría —concluyó Jones, revelando en su rostro aprensión y pesar.

El sábado siguiente, Jones volvió a ocupar el púlpito del Tabernáculo de Battle Creek y predicó un poderoso sermón. Reconoció en su mensaje que únicamente el Dios del cielo conoce con anticipación los pensamientos de un hombre y solamente él tiene poder para revelar estos pensamientos a otras personas a millares de kilómetros de distancia. Con palabras ungidas de fervor, se culpó públicamente por sus apresuradas conclusiones.

En la sección de impresos y documentos de valor histórico de la biblioteca de la Universidad Andrews, se encuentran 25 libros y folletos escritos por Jones, abordando el problema relacionado con la libertad

religiosa. Efectivamente, se destacó entre los adventistas como infatigable luchador al servicio de la causa de la libertad religiosa. Con gran empeño, se presentó ante varias comisiones del Congreso Nacional, amparándose en la Constitución, la jurisprudencia, la lógica y la razón, en su lucha contra la aprobación de leyes dominicales. Su dinamismo se hizo sentir incluso ante los tribunales, donde alcanzó triunfos memorables.

En 1897 fue elegido miembro de la Junta Directiva de la Asociación General, donde actuó por varios años. En cierta ocasión, censurado públicamente por el presidente, pastor G. A. Irwin, por sus exacerbadas actitudes, renunció. En 1901 fue, sin embargo, reelegido para ocupar el mismo puesto.

Volvió, es cierto, a ocupar un lugar en la Junta Directiva de la Asociación General; sin embargo, en su corazón ya operaba furtivamente el fermento de la rebelión, leudando todos sus planes y motivaciones. Se iniciaba la caída deplorable y sombría de un campeón en Israel.

Durante las discusiones relacionadas con la reorganización de la iglesia en 1901, se levantó con gran vehemencia contra lo que calificaba de "el poder regio". Creía que la iglesia no debería continuar siendo dirigida por un presidente, sino por una comisión ejecutiva. Lo animaba una aversión incurable contra el principio de autoridad centralizado en la figura de un dirigente. Persuadidos por la lógica de su argumentación, los delegados reunidos en Battle Creek nombraron los nuevos miembros de la comisión ejecutiva y eligieron al pastor A. G. Daniells como su presidente.

Jones no ocultó su alegría al ver el triunfo de su tesis. La figura del "presidente" fue eliminada de los estatutos de la iglesia. El movimiento adventista no tendría ya una "cabeza visible" para conducir sus destinos. Daniells no fue elegido presidente de la Asociación General, sino presidente de la Junta Directiva de la Asociación General.

Sin embargo, los grandes y complejos problemas generados con esta nueva forma de gobierno eclesiástico, hicieron que la iglesia revisara la decisión tomada en 1901 y, dos años más tarde, Daniells fue unánimemente elegido para presidir la Asociación General.

Jones, sin embargo, se mostró inconsecuente y contradictorio. A pesar de su tenaz resistencia a la idea de un "monarca" dirigiendo la iglesia, aceptó sin vacilaciones su propia elección como presidente de una

asociación de California, lo que aconteció pocos meses después del cambio de los estatutos de la Asociación General.

No se destacó como administrador. Su temperamento explosivo, su estilo autoritario y sus decisiones intempestivas produjeron innumerables áreas de fricción. Cuando terminó su primer mandato era evidente la disposición de no reelegirlo. La Sra. White, sin embargo, sugirió la idea de que se concediese al pastor Jones una nueva oportunidad. Pero el segundo mandato fue tan decepcionante como el anterior.

Desanimado, interrumpió su experiencia administrativa. Visitó a la Sra. White en Elmshaven* para presentarle sus nuevos planes. Volvería a Battle Creek para servir como profesor de Biblia en la Facultad de Medicina fundada por Kellogg. Justificando su decisión, destacó la esperanza de ayudar al Dr. Kellogg, entonces atrapado en la crisis panteísta. Prometió mantener una actitud vigilante y no permitir que Kellogg influyese en su mente.

Poco antes, la Sra. White había expresado su preocupación pues advertía la creciente influencia del médico sobre él. Podía ver claramente que “sus percepciones se tornaban confusas y que él no aceptaba ya los consejos que se le daban”. “El enemigo —añadió la sierva de Dios— opera de modo extraño y sorprendente, influyendo en la mente humana”.³⁵

Jones, empero, parecía seguro de su propia fortaleza. Se sentía inmune a los riesgos de un naufragio en su experiencia cristiana. Se embarcó rumbo de Battle Creek donde estaba instalado, con todo su poder de fuego, el cuartel general de la rebelión contra los testimonios y la dirección de la iglesia.

Algún tiempo después la Sra. White escribió:

*Exhorté al pastor Jones, pero él sentía que no existía el menor peligro. Sin embargo, rodeado por la trama de sutiles amenazas, se transformó en un hombre frustrado y desilusionado. Aunque pretendiese creer en los testimonios, ya no los aceptaba.*³⁶

En otra carta, escrita también por la pluma inspirada, percibimos a un predicador, otrora brillante, apagándose gradualmente bajo la influencia de un hombre que se había apartado de Dios.

*El Dr. Kellogg controla la voz del pastor A. T. Jones y lo usará como su mensajero. Mi oración es: Abre, oh Dios, sus ojos para que vean; y sus oídos para que oigan, y se humillen.*³⁷

El 30 de septiembre de 1907, la Sra. White volvió a escribir:

*A. T. Jones, Kellogg y el pastor Tenney están actuando bajo el mismo dirigente. Ellos entran en la clasificación de aquellos de quien escribió el apóstol: "Algunos apostatarán en la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios". En el caso de Jones, veo el cumplimiento de amonestaciones que me fueron dadas en relación con él.*³⁸

Por causa de su creciente hostilidad contra la iglesia y sus dirigentes, le fue retirada la credencial ministerial. En julio de 1908 se entrevistó con la Sra. White, pero los resultados del encuentro no fueron auspiciosos.

En 1909 solicitó una audiencia con los dirigentes de la Asociación General, en Washington. Su pedido fue aceptado. Diversos líderes se reunieron con él animados por el deseo de encontrar una fórmula conciliatoria. Al final del encuentro, el pastor Daniells, presidente de la Asociación General, levantándose, expresó su aprecio personal por la contribución fiel y dedicada de Jones a la causa adventista; al mismo tiempo manifestó su profundo pesar por las incomprendiones y los conflictos que habían interrumpido un cordial compañerismo, separándolo de sus hermanos en la esperanza.

Después de exhortarlo a olvidar el pasado, y de reafirmar el deseo de estrechar los lazos de amor que deberían unirlos, extendió la mano de la reconciliación, diciendo: "¡Venga, hermano Jones, venga!" Jones se levantó y, aparentando vacilar, se detuvo en silencio. Todos esperaban contemplar una conmovedora escena de aproximación, reconciliación y perdón. Empero, desafortunadamente, transcurridos algunos momentos, Jones se sentó abruptamente repitiendo con angustia: "¡No! ¡No! ¡No!" El pastor W. V. Olson, que participó de aquel encuentro, escribió: "Había en aquella capilla pocos ojos secos. Amábamos al hermano Jones y nos entristecía verlo salir en dirección a las tinieblas".³⁹

Poco tiempo después fue excluido de la lista de miembros de la iglesia. Su ascensión había sido rápida y triunfal, pero su caída fue lastimosa y melancólica.

En 1915 se mudó a Washington, donde se dedicó a publicar una revista —*The American Sentinel of Religious Liberty*— al servicio de la

causa de la libertad religiosa. Se unió a una iglesia adventista disidente —*The People's Church* (Iglesia del pueblo)—, donde permaneció hasta el fin de sus días. Su esposa, sin embargo, no lo acompañó en su apostasía.

En 1923 regresó a Battle Creek para tratar su salud quebrantada. Y cuando parecía recuperarse satisfactoriamente de los males que lo afligían, sucumbió repentinamente, víctima de una apoplejía traicionera que le quitó la vida. Y así pasó al descanso un hombre cuya vida pudo haber sido una constante alabanza a Dios y una gloria para la iglesia.

La caída y sus causas

Mientras apacentaba sus ovejas, la atención de un pastorcito fue atraída por el vuelo de un águila que se elevaba rápidamente en el espacio. La siguió en su ascenso. Observó que gradualmente su vuelo se hacía inseguro y vacilante; percibió después que una de sus alas parecía paralizada y que, después, la otra tampoco se movía. Sorprendido, vio caer al ave con gran ímpetu.

Procurando investigar las razones por los que había caído, descubrió que al posarse en una roca, había sido atacada por una pequeña serpiente. Deseando librarse del ofidio, se alzó en vigoroso vuelo; sin embargo, el reptil venenoso ya había realizado su obra siniestra.

En la historia de la iglesia se registran los nombres de talentosos líderes que se elevaron en poder, influencia y prestigio. Empero, para sorpresa de muchos, un día comenzaron un melancólico descenso, cayendo precipitadamente en los abismos oscuros de la apostasía.

¿Cuál fue la causa de estas caídas? La pequeña y venenosa serpiente del orgullo, de la incredulidad, de la negligencia y de las tentaciones.

* Elmshaven: última residencia de Elena G. de White, en Santa Helena, California.

Referencias

1. 1 Timoteo 1: 20; 2 Timoteo 2: 17.
2. 1 Timoteo 1: 20.
3. 1 Timoteo 1: 18, 19, versión *Biblia de Jerusalén*.
4. Carrie Johnson, *I Was Canright's Secretary*, pág. 14.
5. *Review and Herald*, 20 de marzo de 1873.
6. Johnson, *ibid.*, pág. 17.
7. White, *Manuscrito 9*, 1873.

8. White, *Testimonies*, t. 3, pág. 305.
9. Johnson, *ibid.*, pág. 58.
10. White, *Mensajes selectos*, t. 2, pág. 185.
11. *Review and Herald*, 13 de septiembre de 1881.
12. White, *Testimonies*, t. 5, pág. 623.
13. *Review and Herald*, 7 de octubre de 1884.
14. Citado por Arthur L. White, *Diálogo com os Testemunhos*, pág. 99.
15. Johnson, *ibid.*, págs. 134, 135.
16. D. W. Reavis, *I Remember*, pág. 120.
17. Richard A. Schaefer, *Legacy*, pág. 53.
18. White, *Testimonies*, t. 8, pág. 155.
19. White, *Carta 125*, 1902.
20. *Medical Missionary*, Julio de 1903.
21. Schaefer, *ibid.*, págs. 191, 192.
22. Proverbios 16: 25.
23. Romanos 7: 24, versión *Dios habla hoy*.
24. Romanos 3: 28.
25. C. M. Maxwell, *Tell it to the World*, pág. 237.
26. White, *Carta 37*, 1894, dirigida a A. T. Jones.
27. White, *Carta 244*, 1908.
28. *Ibid.*
29. White, *Medicina e Salvação*, pág. 100.
30. White, *Carta S-24*, 1892.
31. 1 Corintios 10: 12.
32. A. T. Jones, *Carta*, 12 de mayo de 1913, dirigida al hermano Holmes.
33. White, *Mensajes selectos*, t. 1, pág. 442.
34. *Ibid.*, t. 2, págs. 97, 102.
35. White, *Carta 106*, 1906.
36. White, *Carta 116*, 1906, dirigida al Dr. David Paulson.
37. White, *Carta 182*, 1906.
38. White, *Carta 306*, 1907.
39. Patrimonio White (E. G. White Estate), Doc. Archivo, nº 53.

**LA MANO DE
DIOS
AL TIMON**

Cuarta parte

Varón conforme a mi corazón

“He hallado a David. . . varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero”.

Hechos 13: 22.

El pueblo hebreo vivía un momento sombrío de su historia. Oscuras nubes cubrían el cielo de sus esperanzas, anunciando la posibilidad de alguna tragedia nacional. Los ejércitos de las naciones vecinas se hacían cada vez más poderosos, y la creciente corrupción de Israel parecía conspirar contra los planes y propósitos de Jehová en relación a su pueblo.

Saúl, el primer rey, había fracasado como estadista y líder espiritual. Al fijar sus objetivos en abierto conflicto con la voluntad de Dios, observó con angustia y deshonra la declinación de su poder. Era imperativa la elección de otro líder más fiel para conducir los destinos de la “nación elegida”.

Entre los millones de Israel, Dios encontró el hombre que buscaba. Con exultante entusiasmo y expresiones de gozo, exclamó: “He hallado a David. . . varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero”.

A lo largo de nuestra historia denominacional, Dios ha buscado hombres calificados para dirigir los destinos de su iglesia. Hombres dispuestos a entregarse sin reservas en sus santas manos. Hombres sensibles a la suave voz del Espíritu Santo. Hombres dominados por una absorbente y consumidora pasión por las almas.

Desde su organización, en 1863, hasta nuestros días, la iglesia ha sido favorecida por la dirección hábil, dedicada y fiel de catorce presidentes, encontrados por la Providencia para conducir sus destinos.

Podemos imaginarnos a Dios expresando con desbordante júbilo, cuando se eligió al primer presidente de la Asociación General: "He hallado a Juan Byington. . . varón conforme a mi corazón". Nos agrada saber que los presidentes que lo siguieron satisficieron plenamente los propósitos de Dios, se mostraron dignos de la elección divina y correspondieron a la confianza que sobre ellos depositó el Señor.

No eran hombres perfectos. Pero al obedecer el llamamiento, fueron remodelados por el divino alfarero y se aproximaron a los ideales de la perfección. Cuando, a semejanza de Pablo, se sentían desalentados ante la visión de sus limitaciones e insuficiencias, podían oír al Señor decirles en suaves acentos: "Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad".¹

En este capítulo reproduciremos con rápidas pinceladas el perfil biográfico de los catorce presidentes de la Asociación General, auténticos "príncipes en Israel", elegidos por la Providencia para ejecutar sus planes en relación con su iglesia —"el objeto de su supremo amor".

Juan Byington (1863-1865)*



Por un sendero sinuoso y estrecho caminaba absorto Juan Byington, inmerso en inquietantes cavilaciones. Era en aquel entonces un niño de siete años. Lo perturbaba un gran sentimiento de culpa. Su padre, Justus Byington, había inculcado en su mente infantil los ideales perfeccionistas proclamados por Wesley y otros predicadores pietistas de los siglos XVII y XVIII.

Desde que se había convertido al metodismo, Justus Byington sustentaba la creencia de que todos los hombres son pecadores, susceptibles de perdón; que Dios ama entrañablemente al pecador, pero aborrece la iniquidad. Al aceptar las enseñanzas metodistas relacionadas con la santificación, creía que era posible al hombre, por medio de la operación del Espíritu Santo, "vivir una vida santa, en constante armonía con Dios y sus semejantes". Juan no entendía las implicaciones de tales

* Las fechas que siguen a los nombres en este capítulo indican los años en que sirvieron como presidentes de la Asociación General.

enseñanzas. No obstante, sabía que todo acto de desobediencia constituye una ofensa contra Dios.

Vivió durante sus tiernos años el inmenso drama descrito por el apóstol: "Aunque tengo el deseo de hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo. No hago lo bueno que quiero hacer, sino lo malo que no quiero hacer".² Deseaba vivir una vida de obediencia, pero se afligía al percibir sus debilidades de carácter. A semejanza del predicador de los gentiles, se preguntaba: "¿Quién me libertará de la esclavitud de esta mortal naturaleza pecadora?"³

Era el sexto entre los diez hijos de la familia Byington. Nació en Hinsburg, Vermont, el 8 de octubre de 1798, precisamente cuando finalizaban los 1.260 años anunciados por la profecía (Apocalipsis 12: 6). Según la interpretación profética adventista, el año 1798 marcó "el fin del tiempo" anunciado por los oráculos divinos e inauguró el "tiempo del fin".

A los 18 años de edad asistió a un congreso anual metodista en Saint Albans, Vermont. Los himnos cantados, las oraciones pronunciadas y los mensajes predicados en aquella oportunidad, produjeron en su corazón un efecto confortante e inspirador. En respuesta a un llamado, caminó junto con otros en dirección al púlpito, donde entre lágrimas confesó sus desvíos y extravíos, y manifestó la determinación de seguir al Señor bajo cualquier circunstancia.

Algún tiempo más tarde se sintió muy oprimido por la insidiosa enfermedad que lo postró durante casi tres años. Satanás utilizó esta situación para hacer recrudescer en su espíritu los mismos sentimientos de culpa e indignidad que lo habían afligido en la infancia.

Sin embargo, en medio de su aflicción, mientras estaba a solas en un lugar retirado del bosque derramando su alma atribulada ante el Señor, se sintió extrañamente afectado por un Poder sobrenatural que, como por encanto, lo transformó. Este memorable bautismo del Espíritu fue para él cual ancla segura, afirmándolo en medio de las tempestuosas embestidas de Satanás, en los momentos sombríos de incertidumbre y duda.

Recuperado físicamente, retornó a las actividades regulares, ocupándose en trabajos agrícolas y en labores religiosas al servicio de la Iglesia Metodista Episcopal.

En 1841 su noble y generoso corazón fue inflamado por el fermento de las ideas abolicionistas que entonces sacudían a la nación. El infamante comercio de esclavos sometía a hombres, mujeres y niños, a toda suerte de vejaciones y humillaciones. Voces de protesta se levantan

taban por todas partes denunciando las condiciones infrahumanas impuestas a los esclavos, víctimas de la prepotencia y el capricho.

En su infancia, Juan había oído historias fascinantes relacionadas con las luchas por la libertad. De los mismos labios de su padre escuchó la descripción de algunas batallas en las cuales él había participado durante la lucha por la independencia nacional. Estas narraciones cristalizaron en su mente el amor por la libertad y la justicia. Para él, la libertad era algo más que un principio abstracto; era un derecho natural e inalienable, otorgado por Dios a todos los hombres. Esta convicción lo inspiró a luchar por la causa de los esclavos, transformando su casa en un refugio clandestino donde los esclavos que escapaban encontraban amparo y protección.

En 1844 Byington oyó la proclamación del pronto regreso de Cristo. No obstante, aunque Miller presentó el mensaje con inusitado fervor, no lo convenció plenamente. Ocho años más tarde leyó, en las páginas de un ejemplar de la *Review and Herald* que llegó a sus manos, varios artículos apoloéticos que destacaban la validez del sábado —memorial imperecedero de la Creación. Perplejo, decidió rechazar lo que entonces le parecía una discutible y fantasiosa interpretación de las Escrituras. Sin embargo, cuando examinó cuidadosamente la Palabra de Dios, comparando texto con texto, concluyó aceptando la vigencia y santidad del cuarto mandamiento.

El 20 de marzo de 1852, con el corazón atravesado por profundo dolor, acompañó el féretro de su hija, Teresa, cuya vida fue cortada por la guadaña trágica de la muerte, mientras estaba todavía en los años primaverales. Afligido por la irreparable pérdida, tomó la decisión solemne de observar el cuarto mandamiento en la letra y en el espíritu.

El 3 de junio del mismo año, él, su esposa y sus dos hijos mayores fueron bautizados en Buck's Bridge, pequeña comunidad rural donde entonces residían. Con este acontecimiento, Buck's Bridge, aunque destituido de significación en la geografía nacional, se transformó en un centro de relevante importancia en el mapa denominacional. Según A. W. Spalding, el más talentoso entre los historiadores adventistas, en Buck's Bridge encontramos "el fascinante romance de las primeras cosas"⁴ De la quietud de aquel lugar salió el primer presidente de la Asociación General. Allí se edificó la primera Iglesia Adventista del Séptimo Día, y allí funcionó también la primera escuela, dirigida por una de las hijas de Juan Byington.

En 1587 se trasladó al estado de Michigan, donde prestó a la naciente iglesia un fructífero servicio. Sin descuidar las tareas agrícolas y los deberes para con los suyos, durante quince años curzó el estado en todas direcciones, montado a caballo, conduciendo reuniones de reavivamiento y visitando a los fieles dispersos por todas partes.

En la historia y en la profecía, el caballo ha sido usado como símbolo de muerte y de destrucción. Los grandes conquistadores ampliaron sus dominios pisoteando con el caballo montañas de cadáveres y los escombros de ciudades saqueadas y destruidas. Sin embargo, Juan Byington, caballero en su corcel, difundió por todas partes la fe, la esperanza y el amor.

En mayo de 1863 la iglesia reunida en histórica asamblea, aprobó la organización y nombró una comisión especial para estudiar y traer al plenario la sugerencia de alguien que dirigiera el movimiento en la nueva fase de organización. Los miembros de la comisión no vacilaron en recomendar el nombre de Jaime White, el enérgico, dinámico y versátil líder, para ser el primero en ocupar la presidencia de la Asociación General. No obstante, dado que él había promovido con tanto entusiasmo la necesidad de alguna forma de organización en la iglesia, prefirió declinar el nombramiento para evitar de ese modo la acusación de haberse empeñado en la adopción de un sistema administrativo animado por el afán de alcanzar alguna posición jerárquica.

Ante el firme rechazo de Jaime White de aceptar la nueva investidura, la elección recayó en forma natural en la persona de Juan Byington, llamado afectuosamente "papá Byington", por ser el de mayor edad entre los líderes de la iglesia de aquellos tiempos.

Byington y otros laicos adventistas fueron los legítimos sucesores espirituales de los ministros laicos del pasado. Efectivamente, el uso de predicadores laicos encuentra sus antecedentes en la propia historia. Amós fue un predicador laico, lo mismo que Isaías. Los doce discípulos y los setenta enviados por Jesús para proclamar las buenas nuevas del reino de Dios, también fueron predicadores laicos al servicio de un gran ideal. En el sabio uso del "sacerdocio de todos los creyentes", el adventismo redescubrió el espíritu que galvanizó a la iglesia cristiana primitiva y la guió en su victorioso programa de evangelización.

Aunque contaba 65 años de edad, el nuevo presidente se mostró incansable en sus esfuerzos por mantener la unidad de la iglesia. Viajó constantemente, predicó, ministró por todas partes la Cena del Señor, animó a los creyentes, bautizó a los nuevos conversos y organizó grupos

y congregaciones. Cuando terminó su mandato volvió a su estancia. Pero la atención de la iglesia y la pasión por las almas lo acompañaron hasta el fin de su vida.

La siguiente anotación registrada en su diario después de haber completado ochenta años, nos permite concluir que a pesar del peso de los años disfrutaba de una salud razonable: "Mi esposa me ayudó a cargar dos cargas de heno".⁵ Después de haber cumplido 82 años se fue a vivir con su hija Marta. Pero llevó consigo el caballo, una vaca y las gallinas. A los 86 años se despertaba en las primeras horas de la madrugada para ordeñar la vaca y distribuir la leche entre los vecinos.

Predicaba ocasionalmente sobre su tema favorito: El Espíritu Santo y su poder. Anotaba en su diario el nombre de cada predicador que hablaba en su iglesia, así como los textos empleados en el mensaje. A medida que las fuerzas decaían y los achaques se acumulaban, cuando en el lenguaje poético del Eclesiastés "ya se oscurecía el sol, y la luz, y la luna y las estrellas", cuando un manto de tristezas y aprehensiones parecía envolverlo, recrudecieron las mismas preocupaciones que lo habían afligido durante la infancia.

Resumió en su diario las inquietudes del alma en una pregunta: "Reaparecen todos los errores de mi vida y ¿quién podrá hacerlos desaparecer?" Con su propio puño registró una respuesta consoladora: "Únicamente la sangre expiatoria de Jesús".⁶

El 3 de diciembre de 1886 escribió:

*Este es un día de consuelo y paz. Sentí que mis pecados eran muchos; pedí y encontré la gracia del Salvador y ahora, declaré a todos su amor perdonador.*⁷

Con admirable paciencia y resignación soportó los dolores propios de la enfermedad que le quitó la vida. A todos los que lo visitaban les dirigía palabras de ánimo, consuelo y esperanza.

Finalmente el viernes 7 de enero de 1887, poco antes de la hora 13, en paz con Dios y los hombres descansó de sus obras y fatigas. Dejó anotado el texto que deseaba que fuese leído en las ceremonias fúnebres que lo acompañarían hasta la mansión del silencio: "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono".⁸ Fue sepultado en el cementerio de Oak Hill, en Battle Creek, al lado del túmulo de David Hewitt, el primero en Battle Creek que aceptó el mensaje del tercer ángel.

Jaime White (1865-1867, 1869-1871, 1874-1880)



Era un joven predicador con deficiencias suficientes como para incapacitarlo para el ejercicio de una obra ministerial fructífera. Su formación académica y su preparación teológica eran extremadamente limitadas. Poseía una constitución física frágil, constantemente minada por enfermedades. Sus ojos revelaban una evidente tendencia estrábica. Un accidente sufrido mientras trabajaba en un aserradero lo hacía caminar defectuosamente, cojeando de una pierna. Pero en él se cumplieron más de una vez las palabras inspira-

das: “Sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte. . . a fin de que nadie se jacte”.⁹

Jaime White era un predicador acosado por continuos y desalentadores problemas económicos. Su biblioteca se reducía a un ejemplar de las Escrituras y una gastada concordancia bíblica. En su lucha contra el pauperismo acarreó piedras en una vía férrea en construcción y, más tarde, trabajó hachando leña para ganar cincuenta centavos por día, dinero insuficiente para dar a su esposa Elena y a su hijo Enrique un nivel mínimo de decoro y salud.

Pero a pesar de todas estas insuficiencias se destacó en su ministerio en forma tal, que hoy podemos decir sin favoritismo que en el firmamento adventista fulgura como estrella de primera magnitud. Como organizador logró restaurar el orden y la disciplina dentro del caos que siguió al gran chasco. Como editor y escritor contribuyó con su pluma versátil y fecunda para producir en la iglesia la unidad doctrinal. Como predicador de voz mesurada, prudente y ungida de fe, confirmó la confianza de miles de hermanos en los ideales de la “bienaventurada esperanza”. El polvo del tiempo jamás podrá opacar el brillo de la obra realizada por él en la consolidación de un movimiento profético, que vino a la existencia “victorioso y para vencer”.

Jaime S. White nació el 4 de agosto de 1821, en Palmyra, Maine. Sus antepasados vivieron la gran epopeya que representó la huida de las persecuciones religiosas de Europa para establecerse en el Nuevo Mundo. Descendía directamente de un niño nacido en el Mayflower, cuando éste hacía la travesía del Atlántico, rumbo a América. Su padre era conocido

por todos como piadoso y honrado agricultor, radicado por más de medio siglo en Palmyra, en el condado de Somerset. Su virtuosa madre era nieta del Dr. Samuel Shepard, respetado pastor bautista.

Por causa de su fragilidad física no tuvo el privilegio de recibir en sus primeros años los beneficios de la educación. Sin embargo esta oportunidad le fue concedida al alcanzar los 16 años de edad. Tres años más tarde ingresó en una escuela secundaria, donde después de tres meses de intensos estudios recibió un certificado que le otorgaba el derecho de enseñar. Más tarde, durante 17 semanas, disfrutó del privilegio de estudiar filosofía, álgebra y latín, en una escuela situada en Reedfield, Maine. Así fue como en un limitado período de estudios obtuvo su educación formal.

En septiembre de 1842 oyó el mensaje predicado por Guillermo Miller en un congreso anual (*campmeeting*) celebrado en el este del estado de Maine. Se sintió inmediatamente dominado por la idea de asociarse al predicador en la proclamación de que la "hora del juicio" se aproximaba. Compró algunos diagramas proféticos y algunas publicaciones que creyó indispensables para su estudio personal. Y cierta mañana soleada partió montado a caballo, llevando en el bolsillo del abrigo tres sermones y los diagramas proféticos, con los cuales comenzó su obra al servicio de la causa millerita.

Cierta vez, enfrentando los rigores del invierno, cuando los campos estaban cubiertos de nieve, se dirigió a una escuela situada en las márgenes del río Kennebec para predicar sobre la esperanza que ardía en su corazón. La sala estaba llena de personas dispuestas a escucharlo. Sin embargo, había entre ellas algunos que se oponían ferozmente a las enseñanzas relacionadas con la vuelta de Cristo. Después de haber anunciado la reunión para la noche siguiente, un amigo le advirtió que una turba de aproximadamente trescientos individuos estaría esperándolo en las cercanías de la escuela y que si él volvía pondría en peligro su integridad física.

Al regresar la siguiente noche, le salió al paso en medio del camino un hombre que, furibundo, lo amenazó diciendo: "Sus reuniones tendrán que terminar de cualquier manera".

"Está bien —respondió Jaime imperturbable—. Si fuera ésa la voluntad de Dios, terminarán". Confiando en que Dios habría de protegerlo, se abrió serenamente camino por entre la turba vociferante hacia la sala de la escuela. Una bola de nieve tirada por uno de los agitadores pasó rozando su cabeza y se desintegró contra la pared. Leyó

un versículo de las Escrituras, pero pocos pudieron oírlo a causa del tumulto producido por aquella turba irrespetuosa. Inflamados por una legión de demonios, los agitadores ululaban en forma histérica, profiriendo toda clase de insultos e improperios. Desde el exterior, a través de las ventanas, tiraban tantas bolas de nieve contra el predicador que mojaron sus ropas. Jaime cerró la Biblia, y con gesto dramático tomó en sus manos un pedazo de madera que alguien le había tirado la noche anterior. Levantó los brazos extendidos en forma de cruz y dijo: "Anoche algún pobre pecador trató de alcanzarme con esta madera. Que Dios se apiade de él. . . ¿Por qué habría de tener resentimiento por esta provocación cuando mi Maestro los ahuyentó con su mano?"

La turba indisciplinada se aquietó. El joven pastor predicó entonces sobre el día del juicio y les habló acerca del amor y del sacrificio de Jesús.

"¿Cuántos están dispuestos a seguir al Señor y sufrir conmigo persecuciones, preparándose para su venida?", preguntó White, solemne. Su mensaje fue semejante a un dardo inflamado que penetró en el corazón de los oyentes. Aproximadamente cien personas respondieron aquella noche a la voz del Espíritu Santo.

En efecto, a pesar de su frágil constitución física, reveló siempre un indómito valor y una extraordinaria bravura en la defensa de los ideales de la cruz.

En sus agotadoras andanzas misioneras cruzó el estado de Maine en todas direcciones, dejando grupos y congregaciones afirmados en los ideales de la promesa del Señor a lo largo de los caminos recorridos. Desarrolló un método eficiente con el cual llamaba la atención de quienes lo oían. Aprovechaba su voz melodiosa e iniciaba las reuniones cantando con contagioso fervor la esperanza adventista. En Litchfield Plains, él inició cada noche la reunión cantando:

*Veré al Señor regresar,
Veré al Señor regresar,
Veré al Señor regresar,
Dentro de algunos días más.*

*Mientras una banda de música,
Mientras una banda de música,
Mientras una banda de música,
Hace vibrar sus acordes en el aire.*

Por la gracia de Dios, en seis semanas Jaime White logró que aproximadamente mil almas aceptaran la enseñanza relacionada con la segunda venida de Cristo.

Revelando la visión propia de un líder y el dinamismo de un auténtico dirigente, fundó instituciones médicas y educativas. Sin embargo, su contribución más relevante a la causa adventista estuvo en el área de las publicaciones. Indudablemente, vivió su existencia absorto en la gloria de una visión —la visión del uso de la página impresa en la difusión de las “incomparables riquezas en Cristo”.

Aunque carecía de recursos y no tenía experiencia editorial, oyó la voz de Dios hablándole por medio de su esposa:

Tengo un mensaje para ti. Debes imprimir un pequeño periódico y repartirlo entre la gente. Aunque al principio será pequeño, cuando la gente lo lea te enviará recursos para imprimirlo y tendrá éxito desde el principio. Se me ha mostrado que de este modesto comienzo brotarán raudales de luz que han de circuir el globo.¹⁰

La gloria de esta visión iluminó la mente del joven predicador. Como Pablo, también él podía repetir: “No fui rebelde a la visión celestial”.¹¹ Mientras escribía e imprimía por fe, vio con júbilo que la obra se expandía. Surgieron las casas editoras y con ellas se multiplicaron las publicaciones, circundando la tierra con los fulgores del mensaje del tercer ángel.

Reconocido como un auténtico príncipe en Israel, fue llamado para dirigir los destinos del movimiento adventista en tres diferentes períodos. Sirvió como presidente de la Asociación General durante 1865 a 1867, 1869 a 1871 y 1874 a 1880. Fueron diez años fecundos, caracterizados por grandes y memorables realizaciones. Su lema era: “Gastarse y ser gastado en el servicio del Señor”.

Fue un hombre conocido por su disposición ardiente, temperamento inquieto, a veces arrebatado, aunque nunca indiferente a los problemas y las angustias humanos.

Desde temprano comprendió la magnitud de la obra que debía realizarse. Con energía y determinación tomó en sus manos la tarea hercúlea de organizar el movimiento que entonces ensayaba sus primeros pasos. A pesar de la oposición de los que temían ver a la iglesia transformada en una institución autocrática, permaneció firme como “torre y fortaleza”, luchando por una causa que le parecía justa. Gracias

a su determinación y tenacidad, las voces opositoras gradualmente se silenciaron y en 1863, la iglesia reunida en memorable congreso, aprobó una estructura de organización que le dio unidad de acción y la protegió contra la anarquía y la impostura.

Durante cuatro décadas de fatigosas y agotadoras actividades, vio muchas veces su salud comprometida y su existencia amenazada. Con todo, a los 60 años una enfermedad fatal lo postró. Su cuerpo cansado no poseía ya la resistencia suficiente para combatir los avances de la enfermedad. Después de una semana en el Hospital de Battle Creek, el sábado 6 de agosto de 1881 exhaló el último suspiro con la serenidad propia de los justos.

En sus últimos momentos, su esposa Elena le preguntó cariñosamente:

—¿Es Jesús precioso para ti?

—Oh, sí —respondió en un susurro. Y así descansó alentado por la consoladora seguridad de poder contemplar el rostro amoroso de Jesús en la gloriosa mañana de la resurrección.

El servicio fúnebre, uno de los más concurridos en la historia de la ciudad, fue celebrado el sábado siguiente, 13 de agosto de 1881. En el gran Tabernáculo, Urias Smith que como colaborador y amigo lo acompañó durante muchos años, con voz pausada y grave dirigió palabras de consuelo y esperanza a la iglesia y a la familia enlutada.

Para sorpresa de todos, la Sra. White, que también había estado hospitalizada junto con su esposo, consiguió reunir energías suficientes para levantarse y expresar sus sentimientos más íntimos. Entre otras cosas, dijo:

*Estaré sola, pero no solitaria, pues mi Salvador estará conmigo. . . Espero aquella mañana cuando los lazos familiares que ahora se rompen serán vueltos a atar, y podamos contemplar al Rey en su hermosura. . . Allí cantaremos juntos alrededor del gran trono blanco.*¹²

Un silencio impresionante llenaba el gran santuario. Alguien entre los presentes, bajo el impulso de una gran emoción, exclamó: “No lo sepulden. Oremos al Señor pidiendo que le sea restituida la vida”.¹³

En el cementerio de Oak Hill, al concluir la ceremonia junto a la tumba, Urias Smith sentenció solemne:

*Y ahora que lo sepultamos, debemos volver a la vida y a sus deberes, y trabajar con decisión.*¹⁴

J. Roberto Oppenheimer, laureado científico atómico, escribió: "La mejor manera de transmitir una idea es encarnarla en una persona". Jaime White fue el espíritu y el mensaje del adventismo encarnados en una persona.

John N. Andrews (1867-1869)



Acontecimientos sorprendentes ocurrían en Paris, pequeña comunidad rural levantada sobre una pintoresca colina, en el estado de Maine, Estados Unidos. Los adventistas que residían allí, frustrados con el chasco del 22 de octubre de 1844, aguardaban perplejos una palabra providencial capaz de guiarlos en medio de la oscuridad que los envolvía. En el afán por entender los propósitos de Dios, muchos cayeron en las celadas maquinadas por Satanás y se volvieron presas inermes del fanatismo.

Había algunos que, proclamando las virtudes de una vida humilde, se arrastraban por el suelo como niños. Otros, enseñaban que el milenio ya estaba en proceso y que por esta razón los fieles adventistas deberían abstenerse de todo y de cualquier trabajo de naturaleza secular. Otros dogmatizaban que las puertas de la gracia se habían cerrado. La glosolalia (hablar en lenguas), demostraciones ruidosas y explosiones histéricas, se manifestó en forma ostensible, suscitando irritación entre los incrédulos y trayendo oprobio a la causa adventista.

John N. Andrews, entonces un joven de 19 años, observaba perplejo el caos religioso que había invadido la otrora pacífica y bucólica comunidad donde vivía. Vio con profundo pesar la acción devastadora del fanatismo que amenazaba destruir la naciente iglesia.

Sin embargo, en 1849 el pastor Jaime White y su esposa, guiados por la Providencia, se dirigieron a Paris, donde con autoridad y vigor censuraron el fanatismo, silenciaron la herejía y, por la gracia de Dios, lograron restaurar el orden eclesiástico y la unidad doctrinal. Al describir los sucesos ocurridos en aquel entonces la Sra. White se expresó así:

Estaban presentes los Hnos. Bates, Chamberlain, Ralph y otros hermanos y hermanas de Topsham. El poder de Dios descendió a la manera del día del Pentecostés, y cinco o seis de los que

por engaño se habían extraviado en el error y el fanatismo, cayeron postrados en el suelo. Los padres confesaron sus faltas a sus hijos, los hijos a sus padres, y unos a otros. El Hno. J. N. Andrews exclamó con profundo sentimiento: "Yo cambiaría mil errores por una verdad". . . Aquella reunión fue para los hijos de Dios residentes en París, el comienzo de mejores días y como un oasis en el desierto. El Señor colocaba al Hno. Andrews en condiciones de ser útil en el porvenir, y le daba una experiencia que había de valerle mucho en sus tareas futuras.¹⁵

John N. Andrews nació en Portland, Maine, el 22 de julio de 1829. Sus antepasados vivieron los rigores y las incertidumbres propias de la vida en las regiones apartadas donde va llegando la civilización. Víctimas de un ataque a traición, algunos de sus antepasados —Ezre y cuatro hijos— sucumbieron. Quedó un único varón en la familia, el hijo menor, que por causa de una indisposición física permaneció en casa y escapó así del alevoso ataque perpetrado por los indios. Este varón llegó a ser el antecesor de John N. Andrews.

A semejanza de otros co-fundadores del adventismo, Andrews no disfrutó de las ventajas de una esmerada educación formal, pero acumuló un respetable acervo de conocimiento, aplicándose con entusiasmo y disciplina al estudio y a la investigación. Su tío, hombre de gran influencia y prestigio, posteriormente elegido diputado federal, previó en el sobrino cualidades capaces de proyectarlo en el futuro como un respetado hombre público.

—John —sugirió el tío— si vienes a vivir conmigo en mi casa te enviaré a los mejores colegios del país, donde recibirás la preparación para ser un hombre de negocios, un juez, o incluso un político.

—¿Cómo afectará eso a mi experiencia cristiana? —preguntó John.

—Pienso que podrás ser cristiano y seguir al mismo tiempo una de estas carreras.

—Pero, ¿en qué forma afectará eso a mis convicciones personales referentes a la verdad?

—Creo, John, que tendrás que modificar algunas ideas personales, o incluso abandonarlas —respondió honestamente el tío.

Sin titubeos ni vacilaciones, John declinó la propuesta que se le hacía. Jamás cambiaría su fe en la Palabra de Dios por un honroso escaño en el parlamento.

A los quince años, después de oír la proclamación millerita, se unió con entusiasmo y devoción al grupo de fieles que esperaban la inminente venida del Señor. Sufrió la terrible y depuradora experiencia que significó el gran chasco de 1844. Vivió las incertidumbres y angustias que siguieron al 22 de octubre. Presenció posteriormente los ruidosos acontecimientos que ocurrieron en París y la manera providencial como Dios operó por intermedio del matrimonio White. Como resultado, el 14 de septiembre de 1849, decidió lanzar su suerte con el "pequeño rebaño", y llegó a ser posteriormente una de sus figuras más significativas.

Durante 34 años sirvió a la iglesia como evangelista, teólogo, administrador y misionero. Su infatigable dedicación a los ideales del adventismo fue la causa de que se anticipara prematuramente el crepúsculo de sus días. A los 54 años, después de un ministerio pleno de realizaciones, la llama de su existencia se apagó, dejando en la iglesia un inmenso vacío, que en vida había llenado no sólo con el brillo de su erudición, sino también con el fervor con que ejecutó las tareas que le fueron confiadas.

A los 21 años inició sus actividades como evangelista y escritor. En 1850, cuando las publicaciones adventistas daban los primeros y vacilantes pasos, fue nombrado miembro del consejo editorial de la casa editora Review and Herald, y llegó a ser en poco tiempo uno de sus más prestigiosos escritores. De su pluma fluyeron centenares de artículos en los que encontramos habilidad editorial, erudición y un profundo conocimiento de las Escrituras.

Perspicaz, sereno y humilde, se destacó como talentoso intérprete del pensamiento teológico adventista, al revelar siempre en sus libros y artículos la fuerza de una lógica brillante y persuasiva.

Fue el primer adventista en defender con fundamentos bíblicos el principio de la observancia del sábado de puesta de sol a puesta de sol. Fue también el primero en discernir en la "bestia que subía de la tierra", del capítulo 13 del Apocalipsis, un símbolo de los Estados Unidos de Norteamérica. Pero su trabajo más relevante, en el cual se concentró durante varios años, fue sin duda la publicación de un libro de 341 páginas, titulado *History of the Sabbath and the First Day of the Week* (Historia del sábado y del primer día de la semana). Andrews vindicó en este libro la autenticidad del sábado, tanto desde el punto de vista bíblico como histórico, y logró conquistar el respeto y la admiración de la comunidad intelectual de sus días.

En 1867 los delegados convocados por el quinto congreso de la Asociación General lo eligieron para dirigir los destinos de la iglesia. Las estadísticas denominacionales presentaban entonces los siguientes números: 28 ministros, 160 iglesias, 4.320 miembros y 4.212,17 dólares como fondos disponibles. A pesar de los enormes obstáculos que parecían insuperables, la iglesia gradualmente alargaba sus cuerdas y reforzaba sus estacas.

Bajo su dirección el movimiento adventista inició la victoriosa marcha hacia el oeste. Ocurría en aquel entonces la gran epopeya de la expansión de los Estados Unidos en dirección a las playas del Pacífico. Hombres y mujeres empacaban sus limitadas posesiones, las cargaban en carros tirados por bueyes y, de inmediato, se ponían en marcha recorriendo centenares y millares de kilómetros en busca de mejores oportunidades y posibilidades. Bajo la orientación de Andrews la iglesia también avanzó, y alcanzó en el oeste sus más señalados triunfos.

Efectivamente, después de haber echado profundas raíces en el este y en el centro, la Iglesia Adventista avanzaba ahora triunfalmente en dirección al sur y al oeste de los Estados Unidos.

Con todo, el imperativo de proclamar el Evangelio más allá de las fronteras nacionales parecía no figurar en los planes de la iglesia en aquellos tiempos. No obstante, Dios buscaba un hombre calificado para inaugurar el programa de evangelización a "todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos".

El 15 de septiembre de 1874 John N. Andrews, ya viudo, se embarcó con una hija y un hijo en el puerto de Boston, rumbo a Europa, donde echaron los fundamentos de la obra adventista. Con este evento —la partida del primer misionero adventista al extranjero— se abrió una nueva era en la historia denominacional, era en la cual la iglesia llegó a conocer la atracción de los horizontes distantes.

En efecto, el embarque de Andrews fue uno de los grandes momentos en nuestra historia. El adventismo retomaba en ese momento la herencia apostólica, e iniciaba una gloriosa epopeya marítima, que con el transcurso de los años habría de darle una extraordinaria dimensión internacional.

La vida de Andrews fue un constante salmo de victoria sobre el dolor y el infortunio. En los comienzos de su ministerio sufrió un conjunto de disturbios orgánicos que transformaron su vida en una carga opresiva y aplastante. Sufrió de dispepsia, insomnio y postración ner-



El pastor J. N. Andrews, entonces viudo, acompañado por sus dos hijos, Carlos y María, y Ademar Vuilleumier, se embarcaron en 1874 rumbo a Europa, inaugurando un programa de ampliación de las fronteras geográficas del adventismo.

viosa. Su estado físico llegó a tal punto que fue obligado a abandonar temporariamente las labores ministeriales.

En 1872 murió Angelina, su fiel y dedicada esposa y compañera, dejándolo con dos hijos adolescentes. Con incansable fidelidad y amorosa esperanza, la cuidó hasta el último momento. Perdió la batalla pero no la confianza en Dios y en sus insondables designios.

En 1878 regresó de Suiza a los Estados Unidos. Llevaba consigo a su hija María, entonces debilitada por una enfermedad insidiosa y cruel. Esperaba verla recuperarse en el Sanatorio de Battle Creek. Sin embargo, vio sus esperanzas frustradas. María, en quien había cifrado sus más caras esperanzas de asistencia en sus tareas editoriales, murió a los 19 años, víctima de crueles padecimientos. Con el corazón quebrantado por tamaña pérdida, entristecido, sentenció: "Me parece estar asido de Dios con una mano entumecida".¹⁶

En aquella ocasión la Sra. White le escribió una carta consoladora, de la cual extraemos el siguiente párrafo:

*En mi última visión, lo vi a Ud. Su cabeza se inclinaba hacia la tierra y, arrasado en lágrimas, Ud. seguía a su amada María hasta su última morada en este mundo. Luego vi al Señor mirándolo lleno de amor y compasión. Vi la venida de Aquel que ha de dar la vida a nuestros cuerpos mortales, y su esposa y sus hijos salían de sus tumbas vestidos de esplendor inmortal.*¹⁷

Andrews no se asemejaba a un vaso de cristal o de porcelana. Soportó las presiones y opresiones de la vida con la resistencia propia de una pieza de acero. Su vida no fue como la de una planta nacida en un vivero, sino como la de un altivo roble, fustigado por la tormenta.

Después de la muerte de su hija, regresó a Basilea, Suiza, dispuesto a continuar la obra pionera que había comenzado algunos años antes. Sin embargo, se sentía ahora físicamente debilitado. La tuberculosis —terrible flagelo del siglo— iniciaba su acción erosiva, minando su cuerpo cansado. En marzo de 1881 escribió:

Lamento que no puedo hablar más favorablemente de mi salud. Estoy luchando con esta mortífera enfermedad, la tuberculosis, y mi situación es muy grave. La afección está ahora limitada a mis pulmones. Otras cosas que en el caso de personas

atacadas de tuberculosis, son generalmente desfavorables, en el mío resultan todas favorables. Pero, la muerte ha hundido sus garras en mis pulmones, y a menos que pueda librarlos de ellas, serán consumidos. Esta afección pulmonar me debilita tanto que me obliga a guardar cama. Todo lo que escribo lo hago al dictado; pero muchas veces puedo dictar solamente tres o cuatro frases por día, y algunas veces no puedo escribir una sola palabra. El artículo que mandé últimamente a la Review. . . representó, por causa de mi debilidad, el trabajo de diez días.¹⁸

El 6 de mayo de 1883 Jean Vuilleumier, uno de los obreros de la casa editora de Basilea, Suiza, que asistía a Andrews en sus tareas editoriales, después de visitarlo escribió:

Anoche fui a verlo. Estaba acostado. Sus ojos estaban húmedos. Empezó a hablar de su obra y añadió: "Si Dios no me da fuerza a fin de que escriba para este número, lo tendré por señal de que debo morir. Lo que me pesaría, al morir ahora, es que tengo en estos cajones gran cantidad de manuscritos que me agradaría terminar. . . Si muero todo esto se perderá, porque los que vendrán después de mí no conocerán su existencia. ¡Pero tal vez es mejor que yo me duerma y debo rogar continuamente a Dios que me ayude a resignarme a su santa voluntad!"¹⁹

Algunas semanas más tarde la Asociación General envió a su anciana madre y al Sr. B. C. Whitney, un amigo personal, para asistir y confortar al solitario y cansado obrero en sus últimos días. Lo encontraron ya desfigurado, vencido por la enfermedad. No obstante su estado desesperado, se apegaba con impresionante dedicación a la vida y al trabajo.

Jean Vuilleumier lo visitó otra vez el 21 de octubre, cuando los últimos rayos del sol entraban en aquel cuarto. La anciana señora abanicaba cariñosamente el rostro de su hijo moribundo. John N. Andrews vivía los momentos de agonía que preceden a la muerte.

Su últimos años estuvieron especialmente cargados de pesares y quebrantos. Pero en medio de sus angustias y aflicciones, encontró las inspiraciones más puras, cantó los cánticos más bellos y sintió los éxtasis más sublimes.

Jorge I. Butler (1871-1874, 1880, 1888)



La madrugada del 12 de noviembre de 1834 amaneció silenciosa y calma. Un blanco lienzo de nieve cubría los campos y praderas que rodean a Waterburg, Vermont, en los Estados Unidos. Los árboles acumulaban en sus gajos desnudos graciosos copos de nieve, dándole a aquel paisaje notable encanto y seducción.

En aquella hora matinal, en el hogar de la familia Butler, sonó un vagido agudo y penetrante. Era Jorge que anunciaba ruidosamente su llegada al mundo.

Su abuelo, Ezra Butler, había sido un influyente y aclamado hombre público. Después de haber ocupado algunos cargos de relevante importancia en la comunidad, en 1826 llegó a ser gobernador del estado de Vermont.

Su padre, Ezra Pitt Butler II, era respetado por todos como un hombre religioso, noble e íntegro.

Evidentemente, Jorge fue favorecido por un prestigioso legado biológico. Del abuelo heredó la tenacidad, el espíritu frugal y la habilidad ejecutiva; del padre recibió la honradez, la piedad y una inquebrantable confianza en Dios y en sus soberanos designios.

En 1839 la familia Butler —los padres y seis hijos— como muchos otros miles de familias, aceptó la proclamación millerita. En dos oportunidades Guillermo Miller los visitó personalmente y los instruyó en el conocimiento de las profecías.

En los primeros albores de la mañana del 22 de octubre de 1844, Jorge, sus hermanos y hermanas, sus padres y muchos otros se reunieron para cantar y orar, mientras aguardaban la gloriosa manifestación de Cristo “en su venida y en su reino”. Pero transcurrieron las horas matinales y el Señor no vino. Pasó la tarde y el sol se ocultó en el poniente, y la “bienaventurada esperanza” no se materializó.

“Vendrá a la noche”, afirmaron algunos, llenos de convicción y esperanza. Y entre anhelos y temores, lo aguardaron hasta la media noche. Mas la venida del Señor no se consumó.

En efecto, aquella fue una noche amarga, llena de tristezas y desengaños. Los fieles adventistas, entre ellos la familia Butler, se sintie-

ron envueltos por las sombras impenetrables de una insoportable soledad espiritual.

Jorge era demasiado joven para entender las razones del gran chasco. El ridículo y la burla que sufrieron lo llevaron a los abismos oscuros de la incredulidad.

Vivió los descuidados años de la juventud sin preocupaciones de naturaleza religiosa. Hasta los 22 años se mostró escéptico, con evidentes tendencias agnósticas. Leyó la Biblia desde el Génesis al Apocalipsis dos o tres veces. Admitió haber encontrado en sus páginas "muchas cosas preciosas". "Sin embargo —añadió—, sus innumerables contradicciones la hacen incomprensible". Pero a pesar de su espíritu irreligioso, decidió conducirse siempre con rectitud e integridad.

En 1856, cuando viajaba en un barco a lo largo del río Missouri, bajó en Rock Island, donde la embarcación se detuvo para recibir un cargamento especial. Mientras vagaba por las calles de la ciudad, su pensamiento se enfrascó en profundas reflexiones. Su mente fue entonces iluminada con los destellos de su texto bíblico favorito: "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad".²⁰

Una pregunta excitó su espíritu: "¿Por qué rechazar las buenas cosas que existen en las Escrituras?", y mientras meditaba en ello decidió en su corazón aceptar las porciones de la Biblia que le parecían comprensibles y provechosas. Después de esta decisión, sintió su alma inundada por una dulce paz interior. Regresó a la embarcación y, de rodillas, entregó su vida al Señor. Posteriormente, confesó públicamente su fe en el Salvador y fue bautizado por el pastor J. N. Andrews.

Sus calificaciones innatas motivaron a los miembros de su congregación a nombrarlo diácono y posteriormente anciano. En el ejercicio de estas funciones se condujo con contagioso entusiasmo y admirable dinamismo y consagración.

Poco tiempo después, una grave crisis irrumpió en el estado de Iowa, que amenazó fracturar la unidad de la iglesia. Los pastores Snook y Brinkerhoff, respectivamente presidente y secretario-tesorero de la Asociación, inspirados por sentimientos inconfesables, se rebelaron contra la autoridad de la Asociación General. Y cuando vieron que sus intenciones se habían puesto al descubierto, renunciaron.

Fue aquél un momento crucial para la iglesia, cargado de tensiones e incertidumbres. Butler, que hasta entonces se ocupaba en labores agríco-

las, fue elegido para conducir los destinos de la Asociación. Con extraordinaria energía se lanzó a la obra, y restauró la unidad e inauguró en aquel campo una era de paz y acelerado progreso numérico. Dos años después de su elección como presidente, fue ordenado al ministerio.

En 1871, después de haber conducido con increíble éxito los destinos de la Asociación de Iowa, fue elegido presidente de la Asociación General.

Bajo su administración el movimiento adventista vivió un momento de acelerado crecimiento y acentuada expansión. Al disfrutar de una salud exuberante, acompañó a la iglesia en todos sus principales eventos. Asistió a los grandes congresos anuales donde predicaba a los miles de fieles congregados sobre los grandes temas de la fe. A los obreros reunidos en concilios ministeriales les renovaba a menudo su confianza en la autenticidad del adventismo y a los administradores ocupados en juntas, les dirigía siempre un mensaje de consejo y orientación.

“Estoy convencido —declaró en cierta ocasión— de que los jóvenes deben ser preparados para servir a la iglesia. La causa adventista del séptimo día se expande rápidamente. Necesitamos una buena institución educacional”. Esta convicción lo animó a echar, en 1874, los fundamentos de un colegio en Battle Creek, donde centenares de estudiantes se prepararon para servir a la iglesia en sus diversos sectores.

Al finalizar su mandato como presidente de la Asociación General en 1874, retornó a la presidencia de la Asociación de Iowa, y Jaime White fue designado por tercera vez para dirigir los destinos de la iglesia.

En 1880 fue nuevamente invitado a tomar en sus manos el timón de la embarcación adventista. Aunque altamente dotado para ejercer las funciones de la dirección de la iglesia, la administración era para él una carga insoportable.

En una carta dirigida a Arturo G. Daniells, que más tarde habría de llegar a ser también presidente de la Asociación General, expresó sus sentimientos más íntimos diciendo:

Le digo Arturo, que habiendo sido presidente durante tres años y habiéndome retirado. . . preferiría ahora la muerte a tener que asumir el cargo otra vez.²¹

No ocultó sus preocupaciones al anticipar las graves crisis que en breve habrían de agitar a la iglesia. Por eso, deplorando la muerte del

pastor White ocurrida en 1881, un año después de su reelección, escribió: "Al verlo en su ataúd, tan calmo y sereno, casi envidié su suerte".²²

Sin embargo, a pesar de su insatisfacción con la idea de asumir otra vez la presidencia de la Asociación General, logró conducir la nave adventista con serenidad y firmeza, en medio de las tormentas que la acosaron durante su agitado mandato.

Poco después de su reelección, la iglesia fue sacudida por una crisis inquietante. La autoridad de la Sra. White fue seriamente cuestionada. Butler publicó en la *Review and Herald* una serie de diez artículos defendiendo la legitimidad del don profético manifestado en la iglesia. Pero el tratamiento que dio al tema fue incorrecto y, por eso, la Sra. White le envió un mensaje personal censurándolo por algunos pensamientos vertidos en sus artículos.

Al presentir la apostasía de D. M. Canright, y temiendo sus consecuencias para la iglesia, empleó sus mejores energías en procura de salvarlo del naufragio espiritual. Al ver frustrados sus esfuerzos, declaró con el corazón quebrantado:

*El [Canright] se desanimó. Ignoramos las razones de su desaliento. Sin embargo, de acuerdo con varios testigos, podemos concluir que la causa de su abatimiento reside en el chasco sufrido por no haber sido elegido presidente de la Asociación General.*²³

Más tarde, preocupado por las ideas defendidas por A. T. Jones y E. J. Waggoner, jóvenes editores de la revista *The Signs of the Times*, que parecían ignorar deliberadamente la importancia de la ley de Dios, decidió levantar la bandera de la lucha en defensa de la verdad amenazada. Para él los dos jóvenes redactores aparecían en el seno de la iglesia como intérpretes de un Evangelio desfigurado. Con la pluma y la voz intentó neutralizarlos. Pero, sorprendido y perplejo, descubrió que las nuevas enseñanzas eran respaldadas por la Sra. White. La controversia teológica entre el presidente de la Asociación General y sus asociados por un lado, y los jóvenes redactores y sus simpatizantes, por el otro, encontró su punto culminante en el congreso celebrado en Minneapolis en 1888.

Con la esposa seriamente enferma y sintiendo su propia salud debilitada, Butler decidió no asistir al encuentro de Minneapolis, excluyéndose

de esta forma de los históricos debates que marcaron aquel congreso. Sin embargo, entendía que no debía continuar en la presidencia. Aunque ausente, recibió de los delegados un merecido homenaje, pues bajo su dirección la iglesia creció de 15.570 a 26.112 miembros. Incluso se aprobó un voto de aprecio por su "fiel y dedicada labor. . . acompañado con los mejores deseos de recuperación física, para que la causa pueda ser todavía beneficiada con los consejos que resultan de su valiosa experiencia".²⁴

Butler se retiró para disfrutar la quietud de una existencia alejada de las presiones y tensiones de Battle Creek. Su esposa, víctima de un derrame cerebral, quedó inválida, y con admirable dedicación y desvelo durante trece años la cuidó hasta el día cuando entre lágrimas y esperanza la llevó a la morada del silencio.

En su soledad, mientras reflexionaba sobre los acontecimientos que precedieron al turbulento encuentro de Minneapolis, y al comprender entonces el significado de la doctrina de la justificación por la fe defendida por los hermanos Jones y Waggoner, escribió un artículo en el que expresó su más profundo arrepentimiento y pesar. Entre otras cosas dijo:

Admito francamente que durante un determinado periodo fui perturbado por la duda sobre estos asuntos [la justificación por la fe y temas afines]. . . Por estar enfermo no asistí al congreso de la Asociación General en Minneapolis. . . Aquellos fueron años de aflicciones, tristezas, tentaciones y perplejidades. . .

No pretendo presentar una excusa por los errores y equivocaciones que marcaron mi vida. No pido simpatía. Deseo, sobre todas las cosas, terminar con alegría el registro de mi vida. Muchas veces he orado como David: "Cuando mi fuerza se acabare, no me desampares". Salmos 71: 9. . . Cristo es muy precioso para mí. . . Muchas veces mi corazón arde dentro de mí, siempre que llevo un alma a Cristo. Espero aún poder servirlo humildemente en su venida."²⁵

En el congreso de la Asociación General celebrado en 1915, en la ciudad de San Francisco, California, cuando se discutía una propuesta para cerrar la Facultad de Medicina de Loma Linda, a causa de algunos problemas financieros, Butler, ya encorvado por el peso de los años, pidió la palabra y se expresó así:

Ahora soy viejo y ya no sé mucho. Ustedes son jóvenes y vigorosos y saben lo que debe hacerse. Pronto se tomará el voto; sin embargo, antes que eso ocurra, déjenme decir lo siguiente: Ustedes saben que yo soy Jorge I. Butler. Fui presidente de la Asociación General y pienso que recibí más testimonios de la sierva del Señor que cualquiera de ustedes, y, en su mayoría fueron de reprobación. . . Sin embargo, esta mano no aprendió a votar el cierre de lo que Dios dijo que debía abrirse.²⁶

La Facultad de Medicina de Loma Linda no fue cerrada.

En 1918 le diagnosticaron un tumor maligno en la cabeza. Butler recibió la noticia con admirable estoicismo y resignación. Con las notas armoniosas de un viejo himno, expresó el gozo irradiante de una vida escondida en Cristo:

*Aunque pobre, despreciado y olvidado,
De mí, sin embargo, no se olvidó el Señor.
El me ha guiado y protegido,
Su amor es para mí dulce prenda.*

Finalmente el 25 de julio de 1918, mientras los cañones rugían destruyendo y ensangrentando los campos de la vieja Europa, descansó suavemente Jorge I. Butler, un príncipe en Israel.

Ole A. Olsen (1888-1897)



En 1850, en la cresta de una inmensa onda migratoria, Andrew Olsen, su esposa y un hijo pequeño —Ole— se mudaron de Noruega, su país natal, a los Estados Unidos, a fin de participar de la fascinante aventura que significó la conquista de un extenso territorio, rico y salvaje, en el Nuevo Mundo.

Desde la cubierta del barco que los llevó a América, el Sr. Olsen contemplaba conmovido, por última vez, las hermosas playas de su país natal, de donde partieron los vikingos en sus célebres y legendarias incursiones

náuticas. Era un momento cargado de emociones. Su mente parecía inundada por un diluvio de suaves y enternecedores recuerdos. Después de una emotiva incursión en el pasado, sus pensamientos lo transportaron al futuro con sus incertidumbres, temores e interrogantes.

—Papá —le preguntó el hijo—, ¿cuándo volveremos a ver Noruega?

Absorto, ensimismado en profundas reflexiones, pareció no escuchar la pregunta hecha por Ole, un niño de cinco años.

—¿Por qué estamos viajando? —insistió el hijo.

—Porque queremos comenzar una nueva vida, en un nuevo país —respondió el padre, interrumpiendo sus reflexiones.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar allá?

Con su mirada vuelta hacia el paisaje cada vez más distante respondió:

—Sesenta y tres días —y añadió—, si los vientos nos ayudan.

Los días transcurrieron; unos ociosos y monótonos, otros, agitados y excitantes. Después de más de dos meses de cansadora jornada marítima, llegaron a Nueva York, en ese entonces un fascinante centro por donde cruzaban numerosas y bulliciosas oleadas de inmigrantes, en busca de horizontes más amplios y de mejores oportunidades económicas.

De Nueva York pasaron al estado de Wisconsin, conocido por todos como "el dorado" agrícola. Después de haber observado cuidadosamente todas las áreas disponibles, el Sr. Olsen escogió una hermosa propiedad, de cuyo suelo, con el favor divino, habría de arrancar cosechas generosas y abundantes. Con energía y determinación derribó los primeros árboles, abriendo espacio suficiente para edificar la casa donde se establecieron. Se unieron a la Iglesia Metodista Episcopal, ubicada en las cercanías, de donde más tarde se retiraron para formar una pequeña congregación integrada por ocho familias noruegas que observaban el sábado.

En 1858, después de una serie de conferencias pronunciadas por Waterman Phelps, el Sr. Olsen y su familia aceptaron el mensaje adventista y, por medio de la experiencia del bautismo, se transformaron en miembros de la comunidad adventista local.

A los 19 años de edad el joven Ole completó los estudios secundarios en una escuela bautista del séptimo día, situada a pocos kilómetros de su casa. En 1867 se matriculó en el Colegio Adventista de Battle Creek, donde asistió a algunas clases, aunque nunca alcanzó un título académico. Sin embargo, su insuficiencia académica fue compensada con

los beneficios de un intenso y disciplinado programa de lecturas y observaciones.

En 1878 se casó con Jennie Nelson, joven piadosa, hija de un colono que se había establecido también en aquella región. Inspirado por los sermones predicados por varios pastores que frecuentemente los visitaban en Oakland, acarició en el corazón el ideal de dedicar su vida a la obra ministerial.

Reconociendo que tenía una vocación pastoral innata, los dirigentes de la Asociación de Wisconsin decidieron invitarlo a dedicarse a Dios y a la causa adventista. En 1869 le fue oficialmente otorgada una licencia ministerial, y con ella la tarea de evangelizar las colonias noruegas en Wisconsin. El 2 de julio de 1873 fue ordenado al ministerio y un año después, a los 29 años de edad, fue elegido presidente de la asociación local.

Como se reveló como un administrador firme, sereno y equilibrado, más tarde fue elegido presidente de las asociaciones de Dakota del Sur, Minnesota e Iowa. Con todo, era un obrero sin pretensiones. A pesar de ser respetado por todos como un eficiente líder, prefirió interrumpir las actividades administrativas para volver a su país de origen, de donde había partido a los cinco años, para ocuparse en un incansable programa de evangelización.

En las páginas de su diario encontramos las evidencias de un entusiasmo que no conocía límites. Predicaba todos los días de la semana, en algunas ocasiones hasta dos y tres veces por día. Jamás repetía el mismo sermón ni usaba el mismo texto. Caminaba muchas veces quince o veinte kilómetros sobre la nieve, afrontando los rigores y las adversidades propias de la estación invernal, a fin de llevar una palabra de esperanza a las congregaciones que lo aguardaban ansiosas.

Las anotaciones registradas en su diario nos muestran la dedicación de un padre tierno y amoroso, preocupado por la suerte de los hijos. Mientras estaba en una de sus excursiones misioneras, recibió la inquietante noticia de que su hijo Clarence estaba enfermo y que su estado inspiraba cuidados. Las siguientes líneas, que aparecen en su diario, traducen las angustias y aprehensiones del padre atribulado por la incertidumbre: "Caminé veinticuatro kilómetros hasta la oficina de correos para buscar una carta escrita por Jennie (su esposa) con noticias de nuestro pequeño Clarence".²⁷ El niño falleció a los diez años de edad, dejando dos hermanos —Alfredo, que llegó a ser médico y director de nuestro

hospital en Inglaterra, y Mahlon, que se dedicó a las actividades educacionales.

En octubre de 1888, en el tormentoso congreso de la Asociación General, celebrado en Minneapolis, Minnesota, Ole A. Olsen fue elegido para dirigir los destinos de la iglesia mundial. Frente a las controversias que marcaron aquel histórico encuentro, se imponía la presencia de un hábil y sereno timonel, capaz de restaurar la armonía y consolidar la unidad de la iglesia.

Olsen no participó en las tareas y discusiones de aquel congreso. Su atención estaba centrada en forma absorbente en su programa de evangelización en Escandinavia. Sin embargo, en su diario personal registró "haber recibido de los hermanos la información"²⁸ de que había sido elegido presidente de la Asociación General. No obstante, continuó cumpliendo normalmente su agotador itinerario, visitando a los fieles dispersos y confirmándolos en la esperanza.

Para un hombre modesto y sin pretensión alguna, no había gran diferencia entre continuar predicando en su país de origen o asumir la presidencia de la Asociación General.

Algunos meses más tarde, en su diario encontramos un lacónico registro: "Me embarqué hoy rumbo a América para asumir los deberes de la Asociación General".²⁹

Su primera tarea al tomar el timón de la embarcación adventista fue pacificar los espíritus conturbados con las controversias teológicas que agitaron el último congreso de la Asociación General. Con imperturbable serenidad consiguió reducir las áreas de fricción, y restauró gradualmente la unidad y la paz. Un año después de su elección declaró con alegría:

*Me siento agradecido por el espíritu que ahora reina en la obra, y confío en que habremos de avanzar con fe y coraje como nunca antes. Espero que la unidad en el trabajo aumente más y más, en forma progresiva y constante.*³⁰

Bajo su administración la iglesia amplió sus fronteras geográficas, no solamente en los Estados Unidos, sino también en Europa, Africa y América del Sur. Su pasión por conquistar horizontes distantes lo inspiró a elaborar grandes planes de acción, con el objeto de ampliar y fortalecer

el programa misionero en regiones lejanas. A fin de familiarizarse mejor con los problemas, desafíos y oportunidades de la obra en expansión, decidió someterse a los rigores propios que caracterizaban en aquellos tiempos los largos viajes alrededor del mundo.

En 1897 cruzó el Atlántico, rumbo al Africa, con el propósito de visitar Solusi, en Zimbabwe, el primer puesto de avanzada en el "continente oscuro". Después de haber desembarcado en Ciudad del Cabo, en el sur del continente, siguió en tren hasta Bulawayo, y completó la última etapa de este agotador viaje en un carro tirado por una pareja de bueyes. Su llegada a Solusi fue un acontecimiento emotivo y lleno de significado para los misioneros que allí conducían una obra de avanzada.

La historia de aquella estación misionera, en sus primeros años, fue escrita "con sangre, sudor y lágrimas". Llegó a ser el símbolo siniestro de una gran tragedia. Los primeros misioneros que llegaron allí, víctimas de las condiciones insalubres entonces prevaletentes, pagaron un tributo sumamente alto. Víctimas de una fiebre epidémica, murieron el Dr. A. S. Carmichael, el pastor G. B. Tripp y su hijo, la hermana F. B. Armitage, el hermano F. C. Mead; fueron héroes anónimos que cayeron mientras servían al Señor.³¹

Olsen no ocultó sus preocupaciones al sentir la necesidad de mejores condiciones sanitarias y una mayor provisión de alimentos nutritivos, a fin de proteger a aquellas familias contra las enfermedades que, insidiosas, infestaban la región. Después de un completo estudio de los problemas existentes en Solusi, ordenó algunas medidas urgentes con el objeto de proveer a los misioneros y sus familias de mejores condiciones de trabajo y más elevados índices de salubridad. W. H. Anderson, uno de los misioneros que vivía en aquella estación misionera, escribió más tarde:

Nuestros corazones fueron alentados con la visita del pastor Olsen. Apreciamos intensamente sus consejos. Después de haber estado aislados por un largo tiempo de aquellos que participan de la misma fe, fue muy agradable tener la oportunidad de asistir otra vez a una serie de estudios bíblicos, dirigidos por un profesor tan eficiente como el pastor Olsen.³²

Después de su visita al Africa, y al conocer las necesidades y los desafíos, repetía constantemente en sus apelaciones: "Necesitamos más

jóvenes piadosos, dispuestos a ir a aquellas regiones distantes y proclamar el poder redentor de Cristo".³³

Durante su mandato la iglesia vivió un período de gran crecimiento y acentuada expansión. La obra de publicaciones fue ampliada, las escuelas se multiplicaron, y mediante un intenso y coordinado programa de evangelización, miles de almas fueron bautizadas.

Liberado de sus agotadoras responsabilidades como presidente de la Asociación General, fue enviado al Africa para consolidar el trabajo iniciado entre los nativos y asesorar en el establecimiento de nuevas estaciones misioneras.

Alejandro Mackay, antes de partir como misionero para el Africa, hizo la siguiente declaración:

Ustedes saben que de cada ocho que parten para el Africa, al menos uno morirá antes de los seis meses. Pues, bien, quiero pedir que cuando llegue la noticia de mi fallecimiento, nadie se desanime, sino más bien que manden a otro inmediatamente para tomar mi lugar".³⁴

El pastor Olsen conocía muy bien el alto costo de la penetración misionera en suelo africano. Había visto, compungido, en Solusi y en otros lugares, las humildes y solitarias tumbas de los misioneros que sucumbieron mientras luchaban por promover los triunfos de la causa de Dios. Pero a pesar de los riesgos aceptó de buen grado sus nuevas tareas.

Posteriormente fue llamado para dirigir el trabajo en Europa. En 1905 se embarcó hacia Australia, donde permaneció durante varios años "peleando la buena batalla de la fe", consolidando la buena obra iniciada por la Sra. White, Daniells y otros pioneros del trabajo en aquel continente.

Al regresar a los Estados Unidos fue elegido vicepresidente de la Asociación General, y en esta responsabilidad sirvió al Señor hasta su muerte.

Fue un dirigente de corazón puro y hábitos irreprochables. Vivió y murió animado por el afán de magnificar a Cristo y su obra redentora. En el crepúsculo de la vida pudo sintetizar su experiencia ministerial repitiendo las palabras de Pablo:

He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. (1 Timoteo 4: 7.)

Jorge A. Irwin (1897-1901)

Era un momento de grave crisis en la historia norteamericana. Una explosiva y apasionante controversia minaba en forma insidiosa la unidad nacional. Después de una tumultuosa campaña contra el odioso régimen esclavista, Abraham Lincoln, venció en las elecciones (1861), y se convirtió en el decimosexto presidente de los Estados Unidos. Su elección fue la señal para el comienzo de una guerra fratricida y cruel, conocida como la Guerra de Secesión. Seis de los estados del sur que favorecían el degradante comer-

cio de esclavos se separaron de la Unión para formar una nación independiente, la Confederación de los Estados de América.

En un memorable discurso, Lincoln presentó a la nación un vibrante llamamiento a luchar, con el objeto de aplastar la rebelión y restaurar la unidad nacional. Como resultado, una onda de fervor patriótico inundó el país. Jorge A. Irwin, entonces un agricultor de 17 años, contagiado por el enorme fervor cívico, se alistó como voluntario para luchar contra la Confederación separatista.

Fue enviado a la capital —Washington— donde recibió el entrenamiento necesario para participar en el conflicto contra la rebelión. Posteriormente, integrando la Primera Compañía del Segundo Regimiento de Infantería de los Voluntarios de Ohio, fue enviado a la línea del frente. Lo animaba la esperanza de que en noventa días las tropas del sur serían vencidas. Sin embargo, las fuerzas adversarias con inesperado y sorprendente poder de fuego lograron prolongar el conflicto durante cinco penosos años, caracterizados por angustias, privaciones e incertidumbre.

Después de haber participado con bravura en 17 batallas, y testificado con asombro la tragedia de la guerra en todo su espanto y horror, fue hecho prisionero por el ejército enemigo. Con centenares de otros compañeros de infortunio, fue llevado a la prisión de Andersonville, sórdido campo de concentración conocido por las atrocidades crueles a que eran sometidas sus infelices víctimas.

Perplejo, vio hombres desnudos, unos afligidos por el hambre, otros torturados por agudas infecciones intestinales. En medio de las condiciones abyectas y subhumanas que caracterizaron a aquel lugar, acompañó

conmovido a soldados en sus últimos estertores, víctimas del tétanos, la tuberculosis, el tifus y otras enfermedades fantasmales que siniestramente rondaban aquel desventurado campamento de prisioneros.

Un pastor los visitaba regularmente en la prisión, y asistía no solamente a los enfermos, sino que también dirigía a todos palabras de fe, consuelo y esperanza. Cierta día Jorge recibió un ejemplar de un libro titulado *Saint's Everlasting Rest* [El eterno descanso de los santos], escrito por Baxter, conocido predicador puritano. La estimulante lectura de este libro transformó su corazón, llevándolo contrito a aceptar a Jesús.

Finalmente el 9 de abril de 1865, en una mañana primaveral, resonó por todas partes el eco festivo de una alegre nueva: el conflicto había terminado. Con grandes titulares los periódicos anunciaban en sucesivas ediciones el festivo e histórico acontecimiento: “¡EXTRA! ¡EXTRA! El general Lee se rindió al general Grant”.

La guerra terminó. Las prisiones militares abrieron sus inmensos portones. Entre los miles que fueron liberados estaba Jorge, feliz de poder respirar el aire fresco de la libertad y por la ventura de haber escapado con vida de los horrores de aquella conflagración civil.

El conflicto había dejado por todas partes terribles rastros de muerte y destrucción, así como un desventurado contingente de individuos con deficiencias físicas irreparables.

Al regresar a Ohio, Jorge comenzó a asistir a una iglesia congregacional, y posteriormente a una iglesia metodista situada en las cercanías de su casa. El 7 de septiembre de 1867 contrajo nupcias con Nettie Johnson, atrayente profesora que se destacaba por sus maneras graciosas y aspecto gentil.

En el invierno de 1884 la familia Irwin se unió a los vecinos para asistir a una serie de conferencias conducidas por D. W. Lindsay y W. H. Saxby, dos talentosos evangelistas adventistas. Jorge, su esposa y su hijo Carlos, de quince años, bajo la influencia convincente del Espíritu Santo aceptaron el mensaje adventista y se unieron, mediante el bautismo, a la Iglesia de Mount Vernon, Ohio.

La esperanza adventista les dio una nueva experiencia religiosa, una dimensión espiritual más abarcante y profunda. “Serviré a Dios con afecto indiviso —declaró Jorge, resuelto—. Viviré una existencia frugal a fin de poder contribuir más generosamente para su causa. . . Me santificaré por la obediencia a la verdad en su plenitud”.³⁵

Viendo en él cualidades latentes para el ejercicio de la obra ministerial, la Asociación de Ohio le dirigió una invitación para atender

diversas iglesias localizadas en las proximidades de su residencia. Poco tiempo más tarde llegó a ser tesorero de aquella Asociación, siendo posteriormente elegido presidente de ella.

Después recibió una invitación para dirigir el programa adventista de penetración en el sur del país. Las huellas de su obra pionera en aquella región pueden todavía verse en nuestros días en las iglesias e instituciones entonces edificadas. De él podemos decir que fue un diligente "labrador". La reja de su arado siempre penetró profundamente en el suelo donde le fue dado ejercer sus habilidades ministeriales.

En marzo de 1897 se celebró en Lincoln, Nebraska, un congreso más de la Asociación General. Los delegados representaban 38 asociaciones y cinco campos misioneros, y escucharon atentos los informes y las estadísticas que describían el crecimiento cuantitativo, cualitativo y orgánico alcanzado por la iglesia. Nuevos dirigentes fueron designados para conducir a la iglesia en sus varios ramos de acción misionera.

Jorge A. Irwin fue elegido presidente de la Asociación General.

Se aproximaba entonces el amanecer del siglo XX, y un espíritu de contagiante optimismo flotaba en el aire. El mundo disfrutaba uno de sus raros períodos de paz y concordia entre las naciones. La revolución industrial, precipitando rápidas transformaciones socio-económicas, parecía pronosticar el comienzo de la "edad de oro" de la historia.

No obstante, en el seno del adventismo surgían algunos inquietantes problemas que habrían de ocupar el tiempo del nuevo presidente en agotadoras cuestiones administrativas. El esquema de organización aprobado en 1863, cuando la iglesia vivía todavía sus primeros años, parecía ahora como insuficiente e inadecuado. Se imponía la necesidad de una nueva estructura. La gran concentración de adventistas en Battle Creek y la presencia de tantas instituciones junto a la sede de la Asociación General, además de frenar el programa de expansión y penetración en nuevas áreas, hacían que la iglesia fuera casi ingobernable. Las ideas panteístas defendidas por Kellogg* y sus admiradores, introducidas en la iglesia con astucia y sutileza, generaban crecientes y deplorables confrontaciones.

Pero Irwin no se dejó abatir bajo el peso de los graves y complejos problemas entonces existentes. Con gran disposición participó de las reuniones generales de reavivamiento, y presentó siempre inspiradores mensajes de confianza en Dios y en su dirección. Sus palabras unidas de fe

eran oídas y atesoradas por los fieles adventistas, dispersos por todas partes.

Sus convicciones en lo referente al enfoque de sus mensajes eran claras y definidas:

Discursos contundentes y cortantes –dijo él– pueden producir comezón en los oídos, sin embargo, raramente alcanzan el corazón de un honesto buscador de la verdad.³⁶

Era un hombre conocido por su entusiasmo y dinamismo. Tenía la costumbre de registrar en una pequeña agenda los problemas que reclamaban soluciones urgentes, así como las preguntas que sentía que deberían ser dirigidas a la Sra. White.

Al regresar a los Estados Unidos después de un viaje transoceánico, retomó sus actividades regulares en el país; visitó las iglesias y predicó en las grandes concentraciones anuales. En un culto de consagración, al dirigirse a un grupo de fieles, leyó la siguiente declaración escrita por la Sra. White:

Satanás actúa con intensidad de propósito a fin de inducir a nuestro pueblo a gastar su tiempo y dinero en la satisfacción de supuestas necesidades. Esto constituye una forma de idolatría.³⁷

Después del culto, un joven le entregó un envoltorio al pastor Irwin. “Aquí están mis ídolos –dijo el joven–. Conviértalos en dinero y empléelos en el servicio del Señor”.

Irwin guardó el pequeño envoltorio. Al llegar a su casa lo abrió sobre la mesa y encontró un revólver y una cajita, donde supuso que estarían los cartuchos.

“Este es un buen revólver –declaró, dirigiéndose a su esposa–. Pero, ¿quién podrá comprarlo? Lo guardaré por el momento hasta que aparezca alguien dispuesto a adquirirlo”.

Poco tiempo después una joven del Sanatorio de Battle Creek visitó a los esposos Irwin para presentarles sus planes e ideales futuros. Planeaba ir al sur para trabajar como profesora en una pequeña escuela rural en el Mississippi. Cuando la joven habló sobre las dificultades financieras existentes para mantener la escuela, el pastor Irwin mencionó que poseía una pistola que había sido donada para ser vendida con el entendimiento de que los recursos obtenidos se aplicarían en algún proyecto misionero. La joven, entusiasmada con la posibilidad de lograr alguna ayuda finan-

ciero especial, se mostró dispuesta a buscar en el sur un eventual comprador.

Algunas semanas más tarde el pastor Irwin recibió una carta procedente de Mississippi: "Si el revólver no fue vendido todavía —escribió la joven—, envíemelo, pues estoy segura de que podré venderlo".

Irwin tomó en sus manos el arma que había guardado en una gaveta y la pequeña caja en la que imaginaba estaban los cartuchos. La abrió por primera vez y, sorprendido, encontró un par de gemelos de oro y varios otros ornamentos también trabajados en oro. El dinero obtenido con la venta de estos objetos fue suficiente para edificar una escuela de iglesia en una colina en el valle del Mississippi.

En el histórico congreso de la Asociación General celebrado en 1901, con el corazón rebosante de gozo Irwin presentó los grandes triunfos alcanzados por la iglesia. En el gran e imponente Tabernáculo de Battle Creek, con sus asientos rojos y sus candelabros artísticos, se habían reunido más de cuatro mil personas para oír el informe presentado por el presidente y también la palabra orientadora de la Sra. White, que había regresado recientemente de Australia, lugar donde durante nueve años había conducido una obra de avanzada.

Las dimensiones alcanzadas por la iglesia demandaban una urgente reestructuración. "Lo que deseamos ahora —sentenció solemne la Sra. White—, es una reorganización. . . sobre un principio diferente".³⁸

Se aprobó un sistema administrativo nuevo y más racional, tendiente a preservar la unidad de procedimientos y la pureza de la fe, y a acelerar la proclamación de la esperanza adventista.

A fin de implementar el nuevo esquema denominacional, el congreso eligió como presidente de la Asociación General al pastor A. G. Daniells. Aunque casi desconocido en Battle Creek, sus éxitos administrativos alcanzados en Australia lo calificaban como el hombre providencial para una obra de transición.

Liberado de sus responsabilidades en el centro administrativo de la iglesia, Irwin fue enviado a Australia, donde con ejemplar humildad continuó la obra realizada por sus antecesores. Las siguientes palabras extraídas de una de sus cartas traducen el espíritu que lo animaba:

Mi esposa y yo no buscamos fama, honra o posesiones terrenas. Estas cosas las abandonamos cuando aceptamos la verdad. Disfrutamos ahora muchas más alegrías en el servicio del Señor. . . aunque tengamos más pruebas y perplejidades. . . que

antes cuando nos esforzábamos por construir una casa y establecer un lugar [la estancia] para nosotros mismos.³⁹

En 1903 el pastor Irwin regresó a los Estados Unidos para asistir como delegado al trigésimo quinto congreso de la Asociación General, realizado en Oakland, California. Aprovechando la oportunidad, decidió visitar a la Sra. White, en Elmshaven, a unos 110 kilómetros de Oakland. En su viaje a través del verdeante valle de Napa, pasó por Yountville, una pequeña ciudad donde se levantaban los edificios del "Hogar de los Veteranos", construido por el gobierno para alojar a los soldados que, heridos en la guerra civil, habían quedado inválidos. Al visitarlos, les dirigió palabras de consuelo, de esperanza y fe. Cuando terminó el culto, un hombre sentado en una silla de ruedas fue a su encuentro y, con una afectuosa sonrisa, le preguntó: "¿Se acuerda de mí?" Tomando con cordialidad la mano del pastor Irwin, declaró con emoción: "Nosotros estuvimos juntos en la prisión de Andersonville. Estuvimos juntos en la guerra civil".

Treinta y ocho años habían transcurrido. Ambos tenían ahora los rostros surcados por grandes arrugas y en el cuerpo cargaban el implacable peso de los años. Sin embargo, a pesar del paso del tiempo, Irwin recordó a su compañero de infortunio. Se alegró por la oportunidad de encontrarlo otra vez. Después de algunas palabras de aliento y ánimo en el Señor, se despidió renovando su gratitud a Dios por haberlo guardado de la muerte o la invalidez, durante los años sombríos del conflicto que enlutó a la nación.

En 1905 fue elegido vicepresidente de la Asociación General. Cinco años más tarde le tocó dirigir la Unión del Pacífico, donde trabajó durante dos años. Finalmente, en 1912 aceptó asumir la presidencia de la Junta Directiva del Colegio de Médicos Evangelistas (hoy Universidad de Loma Linda), cargo que ocupó hasta su muerte.

Vivió los últimos cuatro años de su vida bajo constante cuidado médico. Con todo, jamás profirió una palabra de amargura o lamento. Sufrió problemas cardíacos como resultado de las privaciones y sufrimientos vividos en su juventud en la prisión de Andersonville, y presentía ahora que se aproximaba, en forma irreversible, el fin de la existencia. Pero al mirar retrospectivamente sus experiencias como obrero, se alegraba por haber dado sus mejores energías a Dios y a su causa.

Finalmente el 23 de mayo de 1913, a los 68 años de edad, Irwin descansó animado por la esperanza de oír en el glorioso día de Jehová,

las palabras pronunciadas por el "Juez justo": "Bien, buen siervo y fiel, entra en el gozo de tu Señor".

En la ceremonia fúnebre, un grupo coral presentó un último y conmovido homenaje, cantando:

*Si cual viajero voy con ansiedad,
Medroso al ver cerrar la oscuridad,
Aun en mi soñar me harás sentir que estoy
Más cerca, oh Dios, de ti, más cerca, sí.*

En seguida, en un momento de gran emoción leyó las palabras de Jesús dirigidas a Marta: "Tu hermano resucitará". Y concluyó solemnemente: "Sí. Irwin, nuestro hermano, también resucitará. Alegraos los unos a los otros con esta esperanza".⁴⁰

* Véase "La crisis panteísta", en el capítulo: "Las puertas del infierno no prevalecerán".

Arturo G. Daniells (1901-1922)



La batalla trabada en Antietan Creek, en las cercanías de Sharpsburg, Maryland, fue sin duda una de las más brutales y encarnizadas de la Guerra de Secesión. Más de 22.000 soldados sucumbieron en la violenta confrontación de fuerzas entre los soldados del general Grant y las tropas confederadas del sur. El Dr. Thomas G. Daniells, teniente médico alistado entre los combatientes del norte, sufrió en el conflicto una herida grave de la cual jamás se recuperó. Falleció al año siguiente, dejando a la esposa y tres hijos

—Arturo, Jessie y Carlos— en angustiosa y conmovedora situación económica.

Consternada, la Sra. Daniells se vio en la dolorosa necesidad de confiar sus hijos a los cuidados de terceros, a fin de ocuparse en una actividad remunerada que le permitiera obtener los recursos indispensables para la supervivencia.

Aquella fue una decisión difícil. Con el corazón oprimido y los ojos humedecidos, llevó a los niños a un centro fundado por el gobierno para

albergar a los hijos de los militares que habían perecido en el gran conflicto armado.

“Niños —dijo ella con la voz embargada por la emoción—, ahora tendremos que separarnos. Sentiré vuestra ausencia. Sin embargo, tengo la certeza de que nuestro amoroso Padre os guardará hasta el día cuando habremos de reunirnos otra vez”.

Para el pequeño Arturo y sus hermanitos aquella fue una experiencia traumática. Vieron alejarse a su madre con el rostro bañado en lágrimas, dejándolos solitos en un ambiente extraño y frío.

Transcurridos algunos meses les llegó la alegre noticia de que pronto tendrían un nuevo hogar. En efecto, la Sra. Daniells contrajo matrimonio en segundas nupcias con un agricultor llamado Lippincott.

Después de la bendición matrimonial, el Sr. Lippincott dijo a su esposa: “Ahora buscaré a los niños. Ellos necesitan el cuidado y el cariño de la madre y yo haré lo mejor que pueda para que tengan un buen hogar”.

La Sra. Daniells, ahora de Lippincott, era una mujer piadosa. No obstante, la perturbaba sus limitados conocimientos de la Palabra de Dios. Un día, al visitar a un ex vecino conocido como fiel observador del sábado, le pidió que le recomendase alguna lectura que la ayudase a obtener una mejor comprensión de las Escrituras. El vecino le prestó un ejemplar del libro *History of the Sabbath* (Historia del sábado) escrito por J. N. Andrews. Después de haber leído este libro y de haber escudriñado la Biblia con gran diligencia, se unió a la Iglesia Adventista mediante el bautismo. Más tarde, a los diez años de edad, Arturo, el hijo mayor, también fue bautizado.

Algunos años después, cuando ya era adolescente, Arturo declaró:

Hay momentos en mi experiencia cuando me siento terriblemente desalentado. Un gran sentimiento de culpa e indignidad me impiden expresarme en nuestras acostumbradas reuniones de testimonios.

Una mañana de sábado me sentía completamente deprimido y decía para mí mismo: “¡No nací para ser cristiano! ¡Debo desistir!” Cuando la reunión terminó, me retiré a fin de evitar encontrarme con otras personas. Pero mientras esperaba a mi madre, el anciano de la iglesia, con sus cabellos grisados y una sonrisa bondadosa, se aproximó a mí.

—Arturo, deseo conversar contigo —y con un acento paternal añadió—. *He observado tu silencio en las tres últimas reuniones de testimonios. Me gustaría saber cuál es el problema que te aflige, a fin de ayudarte.*

—*Creo que no hay esperanza para mí* —respondí—. *No nací para ser cristiano. Me esforcé pero fracasé. Y ahora no lo intentaré otra vez.*

—*Pero, no te desanimes* —me exhortó el anciano—, *oraré por ti cada día durante esta semana. Tu orarás también y estoy seguro que el Señor oirá nuestra súplica.*

*Dios me visitó durante aquella semana. . . Aquel anciano me levantó del abismo oscuro donde me encontraba. . . Desde entonces jamás volví a decir: "No lo intentaré otra vez".*⁴¹

Posteriormente Daniells, refiriéndose a aquel piadoso anciano, dijo:

*Lo recuerdo con toda claridad. Uno de los bolsillos de su chaqueta era suyo y el otro estaba consagrado al Señor. Según su costumbre, siempre que recibía un dólar, separaba diez centavos y los ponía en el bolsillo dedicado a Dios. Al verlo en sus transacciones comerciales, separando fielmente la parte que pertenecía al Señor, mi corazón era alentado por la influencia extraordinaria de su vida.*⁴²

La vida para el joven Arturo no fue un lecho de rosas. Su padrastro, víctima de sucesivas disfunciones orgánicas, vio declinar rápidamente su vigor físico, lo que lo obligó a transferir la responsabilidad de manejar la hacienda a Arturo, el hijo mayor. Aunque estaba todavía en los años primaverales de su vida, asumió sus deberes y obligaciones con notable sentido de responsabilidad. Araba, sembraba y cosechaba los productos de la tierra. Velaba sobre las ovejas, el ganado y los caballos. En las madrugadas frías del invierno, cuando las estrellas todavía brillaban, tomaba una linterna e iniciaba las actividades del día, y después de haberlas completado se dirigía apresuradamente a una escuela en las cercanías de su casa, donde aplacaba la voracidad de su hambre intelectual.

A los dieciséis años completó los estudios secundarios. Era entonces un joven de hábitos austeros, introvertido, con una tartamudez parcial que lo hacía tropezar en la articulación de algunas palabras.

—Mamá —dijo un día—, en lugar de consumir toda mi existencia en actividades agrícolas, me gustaría educarme para ser un profesor.

—Sí, hijo mío —respondió con ternura su bondadosa madre—, podrás ser un buen profesor —y animándolo a perseguir este ideal, añadió—: Si trabajas en las haciendas vecinas durante el verano, podrás obtener los recursos suficientes para enfrentar un año de estudios en Battle Creek.

Efectivamente, con esfuerzo y dedicación, Arturo trabajó cada día desde el alba hasta la puesta del sol, y consiguió reunir los recursos necesarios para pagar su programa escolar en Battle Creek. Con todo, después de haber completado un año lectivo se vio obligado a interrumpir su programa académico, por razones de salud. La combinación de una dieta extremadamente frugal, el exceso de trabajo físico y las innumerables y agotadoras obligaciones académicas, con sus noches mal dormidas, cobraron un tributo demasiado alto. Con la salud debilitada, dominado por una gran frustración, volvió a la casa.

El 30 de septiembre de 1876 se casó con la joven María Elena Hoyt, con quien compartió el romance de una venturosa experiencia conyugal que duró aproximadamente sesenta años.

Durante un tiempo, ambos se dedicaron al magisterio, y enseñaron en una escuela pública. En cierta ocasión, mientras caminaba rumbo a la escuela reflexionando sobre su experiencia religiosa, se sintió compelido a detenerse en un lugar solitario para un momento de comunión con Dios. Mientras oraba, sintió en forma inconfundible el llamado divino para dedicarse al ministerio. Pero un enorme sentido de indignidad lo hizo sentirse insuficiente. Con todo, su esposa lo animó a hacer de este asunto un constante motivo de oración.

Un día, mientras derramaba su alma atribulada ante Dios, rindió el corazón al Señor y consagró su vida a su servicio.

Inició su experiencia ministerial en 1878, en Texas, bajo la dirección del pastor Roberto H. Kilgore. Su primer sermón, dedicado a un pequeño número de fieles, fue para él una experiencia humillante. Se había preparado para ocupar el púlpito durante una hora. Pero pasados apenas algunos minutos, concluyó su mensaje apabullado por el peso de un inmenso y humillante fiasco.⁴³

A pesar de este desastroso comienzo, Daniells logró superar algunas de sus deficiencias naturales por medio de constantes ejercicios vocales, y desarrolló aptitudes que lo hicieron un predicador talentoso y apreciado. Como Moisés, era un orador “torpe de lengua”,⁴⁴ pero sus pensamientos fluían en forma lógica, atrayente y persuasiva. Como evangelista, tanto

en los Estados Unidos, como en Australia y Nueva Zelandia, logró con la bendición de Dios triunfos memorables.

Mientras estaba todavía en su primer año ministerial, el pastor Jaime White y su esposa llegaron a Texas a fin de conocer *in loco* el floreciente trabajo conducido por Kilgore y sus asociados. Arturo y su esposa fueron los encargados de asistir al matrimonio White durante su estadía allí. Así se inició entre la Sra. White y Daniells una extraordinaria relación de trabajo que se prolongaría a través de 37 años de luchas y victorias.

El año de 1886 marcó en forma indeleble su vida. Aceptó una invitación para trabajar en tierras distantes, y se embarcó rumbo a Nueva Zelandia, donde con gran éxito condujo una obra de avanzada. Cuatro años más tarde anunció con radiante júbilo que había ya 250 adventistas en aquel país.

En 1891 fue enviado por razones de salud a Australia, donde ocupó la presidencia de aquella Asociación. Pagando el precio de todo noviciado, cometió serios errores administrativos. Sin embargo, gradualmente desarrolló las cualidades propias de un líder, que lo prepararon para la gigantesca obra que Dios, en sus infinitos designios, le estaba reservando.

Su presencia en Australia coincidió con el ministerio profético de la Sra. White en dicho país. De ella recibió constantes mensajes personales, algunos censurándolo y otros animándolo. Pero Daniells percibía, en todos ellos, la voz amorosa de Dios hablándole por medio de la inspiración.

Como seres humanos nos inclinamos muchas veces a emitir juicios severos sobre otros. En cierta oportunidad, dirigiéndose a un grupo de personas que, faltos de caridad criticaban la obra del joven presidente, la Sra. White escribió:

Abandonad vuestros sentimientos contra Daniells. . . El no es perfecto y comete errores, pero a pesar de ello debéis manteneros unidos. . . Los ojos del Señor están sobre él. . . El Señor ama al pastor Daniells y El lo corregirá e instruirá, así como también a vosotros, cuando estuviereis equivocados.⁴⁵

Un líder debe poseer una percepción clara para ver los problemas y sus soluciones, con más claro discernimiento que sus asociados. Esta fue una virtud que él desarrolló en forma extraordinaria mientras dirigía todavía el trabajo en Australia.

Después de ocho años de victoriosa experiencia administrativa, se embarcó en 1901 rumbo a los Estados Unidos, a fin de asistir al congreso

de la Asociación General en Battle Creek. La iglesia vivía en aquel entonces una grave crisis de crecimiento. Su estructura administrativa aprobada en 1863, cuando la Iglesia apenas tenía 3.500 miembros, se mostraba ahora inadecuada y obsoleta. Los pastores Olsen e Irwin se habían esforzado en vano para introducir modificaciones en el esquema administrativo denominacional.

Los delegados reunidos en el histórico encuentro de 1901 oyeron atentos el dramático discurso de la Sra. White, que había regresado de Australia, en el que subrayó la imperiosa necesidad de una reorganización. Como resultado fue aprobado un nuevo esquema administrativo, y Arturo G. Daniells, a los 43 años de edad, aunque casi desconocido en los Estados Unidos fue elevado a la cúpula de la administración de la iglesia. Con gran dinamismo e incansable dedicación, durante 21 años condujo los destinos del movimiento adventista. Su influencia y prestigio como administrador y conductor de almas permanecen insuperados en los anales de nuestra historia.

Sus actividades administrativas gravitaron en torno de cuatro importantes áreas: 1) Reorganización de la iglesia; 2) evangelización urbana; 3) ampliación del programa de penetración mundial; y 4) gran énfasis en la proclamación de la justificación por la fe.

La influencia de su liderazgo sobre la iglesia fue incomparablemente mayor que la de los demás presidentes que lo precedieron. Bajo su inspiración fueron elaborados y puestos en ejecución nuevos estatutos, reglamentos y esquemas administrativos. Podemos afirmar, sin riesgo de exagerar, que la estructura que hoy poseemos constituye un precioso legado que él nos transmitió.

En los primeros nueve años de su administración, enfrentó problemas mayúsculos que demandaron lo mejor de sus energías y capacidad de ejecución. A pesar de la intransigente oposición de los "tradicionalistas", trasladó la sede de la Asociación General y la casa editora Review and Herald, de Battle Creek a Washington, capital del país. Resistió con inquebrantable firmeza la herejía del panteísmo. Siguió atentamente las maniobras articuladas por Kellogg y sus asociados que dieron como resultado la pérdida del control del sanatorio en Battle Creek. Observó perplejo la gradual apostasía de Jones y Waggoner con sus inmensas proyecciones sobre la iglesia.

Estos problemas y muchos otros eran como una constante en su agenda, y lo llevaron inconscientemente a descuidar la obra de la evan-

gelización. Un día, mientras estaba en California, decidió ir a Elmshaven, para ver a la Sra. White. Pero, sorprendido, recibió por intermedio de Willie White la noticia de que su madre no lo recibiría. “Debería volver a Washington —fue el mensaje que la Sra. White le envió por intermedio de su hijo— y promover un programa de evangelización que involucre a la iglesia en su totalidad”.⁴⁶

Después de esta humillante experiencia, desde Washington envió la siguiente carta a la Sra. White:

*Lamento que no me fue dada la oportunidad de conversar con Ud., cuando estuve en Santa Helena, sobre el trabajo en nuestras ciudades. Deseo decirle que me empeñaré con todo el corazón en este trabajo. He estado grandemente preocupado durante meses por este asunto y ahora siento que es mi deber tomar esta tarea en mis manos. Haré lo mejor posible a fin de invertir recursos financieros y humanos en esta obra. Estoy listo además a dedicar, si fuese necesario, meses en esfuerzos personales con los obreros.*⁴⁷

Daniells inauguró entonces una nueva etapa en su administración, caracterizada por un programa dinámico de evangelización que galvanizó a la iglesia y aceleró su crecimiento.

Al expresar su gozo con este nuevo énfasis, la Sra. White escribió:

*Me alegro de oír que Ud. fue movido a entender las condiciones existentes en las ciudades donde todavía no penetramos. . . Le ruego que estimule a nuestro pueblo a que redima el tiempo.*⁴⁸

La evangelización y el programa de penetración en los campos misioneros pasaron a ocupar en su agenda un lugar prioritario. Como resultado, la iglesia atestiguó un período áureo, caracterizado por una acelerada expansión misionera.

Eximido en 1922 de la responsabilidad de la presidencia, ocupó la secretaría de la recién creada Comisión Ministerial, poco después transformada en Asociación Ministerial. En sus nuevas funciones, esforzándose por descubrir las razones de sus propias imperfecciones y debilidades, así como las razones ocultas de nuestra apatía espiritual como iglesia, comenzó a rever el pasado a fin de aprender de él lecciones básicas como orientación para el futuro.

Estudió especialmente el gran tema de la justificación por la fe, y se encontró con los mensajes presentados en el histórico congreso de Minneapolis*. Estos produjeron un extraordinario efecto sobre su corazón, y lo llevaron en forma compulsiva a participar sus descubrimientos y convicciones con el ministerio y la iglesia en general. Como resultado, se celebraron importantes reuniones que tuvieron la virtud de producir en la iglesia una experiencia transformadora, un reavivamiento de la verdadera piedad.

El precioso material presentado en esas reuniones fue posteriormente publicado en forma de libro, bajo el título *Christ Our Righteousness* (Cristo, nuestra justicia). Esta valiosa publicación ejerció profunda influencia sobre los obreros, que en sus páginas encontraron la fórmula para la triunfante proclamación del Evangelio bajo el poder del Espíritu Santo.

Más tarde, en 1934 escribió un segundo libro sobre el espíritu de profecía y su influencia sobre la iglesia a través de los siglos. Mientras redactaba este libro se sintió afectado por algunos disturbios orgánicos que lo obligaron a someterse a una serie de exámenes médicos. El 27 de enero de 1935, con admirable serenidad y sin demostración alguna de temor, recibió la infausta noticia que lo declaraba víctima de una enfermedad insidiosa y maligna.

Al saber que le quedaba poco tiempo, solicitó la asistencia de un joven ministro —L. E. Froom— para ayudarlo a terminar su libro *The Abiding Gift of Prophecy* (El permanente don de profecía). Inició entonces una dramática carrera contra el tiempo, dedicando largas y agotadoras horas a la redacción de esta obra. Los últimos días que precedieron a su muerte los ocupó en la revisión final de los manuscritos. Aunque atormentado por dolores atroces, completó la obra y reafirmó su confianza en el triunfo de la verdad.

El 22 de marzo de 1935 su corazón dejó de latir, sus labios se silenciaron y sus manos quedaron inactivas. Pero con el testimonio admirable de su vida, el vigor de su predicación y la influencia de sus escritos, logró avivar la llama en los altares adventistas e inspiró a la iglesia a renovar la determinación de conquistar el mundo para Cristo.

* Véase "El congreso de 1888", en el capítulo "El justo por la fe vivirá".

William A. Spicer (1922-1930)



Era una mañana de sol. El gran Tabernáculo de Battle Creek rebosaba de fieles. La Escuela Sabática, con sus clases, había terminado. Los adoradores ahora en silencio, unos meditando, otros orando, esperaban expectantes el inicio del culto divino. Entre ellos estaba William, un niño vivaz, que Dios en su providencia habría de moldear para la realización de una obra inolvidable en el seno de la iglesia.

Súbitamente, el reverente silencio que llenaba el recinto fue quebrado. Una voz melodiosa y penetrante repercutía por toda la extensión del santuario, anunciando el comienzo del culto divino. Era el pastor White que, según su costumbre, caminaba por el corredor central, seguido por otros pastores y diáconos, cantando con su característico fervor:

*¡Vendrá el Señor! Nadie sabe la hora;
Del día anhelado, se ve la aurora.
¡Oh, pueblo de Dios!, anunciad sin demora
que muy pronto vendrá.*

Caminaba solemnemente, marcando sobre la Biblia el compás rítmico de la melodía, y repetía con su voz musical:

*¡El vendrá! ¡Esperad y velad, pues El vendrá!
¡Aleluya! ¡Aleluya!
En las nubes vendrá
Con sus huestes gloriosas;
Sí, muy pronto vendrá.*

Contemplar al pastor White con su barba gris, traje oscuro, rengueando levemente, cantando uno de sus himnos favoritos mientras caminaba en dirección al público, fue una experiencia inolvidable para la congregación y el pequeño William.

Como vivía en Battle Creek, epicentro de las crisis y triunfos del adventismo, William participó desde sus más tiernos años, ya como testigo, ya como actor, en un largo y fascinante capítulo de nuestra historia denominacional.

William nació el 19 de diciembre de 1865, ocho meses después del brutal asesinato de Abraham Lincoln, presidente de los Estados Unidos. Sus padres, miembros de la Iglesia Bautista del Séptimo Día, eran conocidos por su piedad y profundas convicciones en lo referente a la institución del sábado y a su santidad.

Para situarlo dentro del marco de nuestra historia, destacamos el hecho de que nació cinco años después de la elección del nombre Adventista del Séptimo Día, con lo cual nos identificamos como iglesia, y dos años después de la organización de la Asociación General como entidad religiosa. Pocos meses después de haber cumplido ocho años, se embarcó el primer misionero adventista al extranjero, J. N Andrews, quien llevó de nuevo al viejo continente el mensaje del "Evangelio eterno".

Spicer se ufana de haber seguido paso a paso, a lo largo de sus 87 años de existencia, el exuberante crecimiento de la iglesia. Cuando nació, los adventistas podrían haberse congregado todos dentro de un auditorio de tamaño medio. Cuando murió en 1952, la iglesia contaba con más de tres cuartos de millón de fieles dispersos por todos los cuadrantes de la tierra.

Fue el menor de su familia. Su madre se destacó como una de las primeras mujeres que se graduaron en una universidad, en una época cuando las mujeres tenían restringidos sus derechos de obtener una educación superior.

Después de haber asistido, noche tras noche, a una serie de conferencias conducidas en una carpa, la familia Spicer aceptó el triple mensaje angélico. Mientras todavía estaba en los primeros años de la adolescencia, William decidió unirse a la Iglesia Adventista. La lectura atenta de *El conflicto de los siglos* disipó sus dudas y lo llevó contrito a la experiencia bautismal.

A los 17 años, mientras estudiaba en el Colegio Adventista de Battle Creek y vivía la rutina de las actividades estudiantiles, su padre sufrió un fulminante derrame cerebral. Su hermano mayor, Hale Julien, profesor de griego y latín, por razones de salud interrumpió sus actividades regulares para someterse a un tratamiento médico intensivo. Como alternativa, le cupo a William abandonar sus estudios y trabajar a fin de obtener los recursos indispensables para ayudar a la familia a enfrentar los contratiempos generados por la muerte y la enfermedad.

Comenzó trabajando en el Sanatorio, como auxiliar de oficina. Sin

embargo, su afán por progresar lo inspiró a asistir a algunas clases nocturnas de mecanografía. Cuando ya había alcanzado un apreciable grado de eficiencia como dactilógrafo y taquígrafo, fue invitado por el Dr. Kellogg para servir como uno de sus secretarios particulares. Cierta día, mientras caminaba despreocupado por uno de los corredores del Sanatorio, se sintió súbitamente cautivado por los encantos de una joven llamada Georgia Halper, que trabajaba en la misma institución. A medida que el afecto que los atraía se intensificaba, crecía también la convicción de que debían casarse. No obstante, algunos dirigentes que representaban la "guardia vieja", y que vislumbraban el inminente fin de todas las cosas, les aconsejaron no casarse.

Con un enorme sentimiento de frustración, aceptaron los consejos dados por respetados dirigentes de la iglesia e interrumpieron el idilio que por un corto período los había envuelto en un rosado manto de sueños, amor y poesía. Georgia se embarcó para Washington, D.C., donde inició su experiencia como instructora bíblica y, poco más tarde, en 1887 William fue a Inglaterra a fin de servir como secretario del pastor S. N. Haskell y, al mismo tiempo, colaborar con los editores de la revista *Present Truth* (La verdad presente) en su preparación, publicación y distribución.

Georgia carecía, evidentemente, de vocación para el trabajo de instructora bíblica. Cuando describía años más tarde su pobre contribución en este ramo de la obra, recordaba los días cuando deseaba ardientemente que lloviera en abundancia, librándola del deber de salir en busca de almas dispuestas a recibir estudios bíblicos. Jamás alcanzó el triunfo sobre la timidez y por eso no se sentía realizada en su trabajo en favor de los perdidos.

Con todo, las aguas del Atlántico que los separaban fueron insuficientes para extinguir la llama de un amor que los atraía de un modo irreversible. Un día Georgia envió a Londres el pedido de una Biblia impresa allí. William identificó la letra, compró el ejemplar solicitado y un señalador, donde escribió: "Que el donante de esta Biblia y la persona que ha de recibirla, puedan un día encontrarse en el cielo". Al recibir la Biblia y el mensaje no firmado, escrito en el señalador, ella también reconoció la letra y las llamas del amor se avivaron intensamente.

De alguna forma, olvidando o ignorando el consejo de no unirse en casamiento porque la venida del Señor estaba próxima, Georgia recibió el dinero enviado por William para el viaje a Inglaterra, y el 17 de abril de

1890 se unieron en los lazos de una sagrada y feliz unión, que se prolongó a través de 62 años de feliz convivencia conyugal.

Después de un corto periodo en Inglaterra regresaron a Battle Creek, llevando como grato recuerdo un precioso bebé, el hijo primogénito. Spicer asumió entonces la secretaría de la Junta Misionera Internacional. En el ejercicio de estas funciones, el 14 de octubre de 1893 fue ordenado al ministerio.

Al año siguiente la familia regresó a Londres, donde Spicer tomó la responsabilidad editorial de la revista *Present Truth*. Con su estilo ameno, directo y sin ornamentos lingüísticos, consiguió ampliar el número de lectores, y alcanzó tiradas mucho mayores que las expectativas más optimistas.

Después de cuatro años de agotadoras labores, escribiendo constantemente, entre el olor de la tinta y el ruido cadencioso de las linotipos, recibió dos llamados para servir al Señor en el campo misionero. Uno procedente de Africa y el otro de la India.

Especialista en misiología, conocía bien los grandes desafíos existentes en la India, un subcontinente habitado por enormes masas humanas entorpecidas por la filosofía del paganismo, víctimas desventuradas de la inanición física y espiritual.

Pero, ¿dejaría Spicer las atracciones y encantos de Londres para sufrir las angustias, incertidumbres y la insalubridad del campo misionero?

Cierta vez se presentó un joven pidiendo una oportunidad para trabajar como misionero en algún lugar del mundo pagano. Le hicieron entonces varias preguntas:

—¿Considero ya el hecho de que tendrá que dejar su familia y sus amigos para vivir entre extraños?

—Sí, lo considero —respondió el joven.

—¿Ya pensó lo que significa salir de su tierra natal con todos sus privilegios para transformarse en un extranjero? —volvieron a preguntarle.

—Sí, ya reflexioné en todo eso.

—¿Ya imaginó la posibilidad de llegar a tener la salud minada por terribles enfermedades tropicales? —volvieron a preguntarle.

—Sí, y si tuviese mil vidas, todas las daría a mi Salvador. Pero, señores, no me hagan más preguntas, ¡envíenme!

Dios nos dirige una sola pregunta: “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?” Sin rodeos, Spicer respondió: “Heme aquí, envíame a mí”.⁴⁹

En las páginas de la *Review and Herald* encontramos la reproducción de la siguiente carta sellada en Calcuta, India.

El 18 de febrero de 1898 mi familia y yo embarcamos en Londres y llegamos a Calcuta después de 33 días de viaje. Nos sentimos agradecidos por haber llegado a estas playas y por poder saludar a los hermanos y hermanas aquí. Siento gran interés por todas las cosas relacionadas con el progreso de la obra en esta ciudad. El trabajo está apenas en sus comienzos y este es todavía el día de las cosas pequeñas en la India. . .

Mi esposa y yo no deseábamos venir a la India sin la certeza de que el Señor nos llamaba para trabajar en este lugar; al principio escogimos quedar en Londres. . . pero pesaba sobre nosotros el desafío de venir a la India, y nos sentimos felices por estar aquí.⁵⁰

Dos años después de su llegada al nuevo campo, Spicer observó deprimido el alto costo de la penetración misionera. D. R. Robinson y F. W. Brown, fieles misioneros, sucumbieron atacados por la viruela. Con el corazón quebrantado por la tristeza, tomó las providencias necesarias para el entierro de los dos mártires que cayeron en el ejercicio del deber como soldados de la cruz. Otras tumbas se abrirían más tarde para acoger los restos mortales de héroes al servicio de la causa adventista. Sobre este trágico acontecimiento escribió:

Sepultamos a los hermanos Robinson y Brown bajo un árbol en un campo que ellos mismos habían arado y esperaban posteriormente sembrar. "Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo". Sabemos que estamos aquí plantando semillas que el Señor en su bondad hará fructificar. . . Los obreros son aquí tan necesarios que nos parece extraño, desde el punto de vista humano, entender por qué el Señor no nos prestó su asistencia. No obstante, nos alegramos en el Señor. . . y aguardamos ver su gloria aquí en la India.⁵¹

Spicer asistió en 1901 al congreso de la Asociación General celebrado en Battle Creek. En un dramático discurso, repitiendo las palabras inspiradas, "alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas", enfatizó la imperiosa necesidad de ampliar y consolidar el programa misionero en otras tierras. La comisión de nombramientos lo propuso para asumir otra vez la secretaría de la Junta Misionera Internacional.

Spicer envió a su familia un telegrama comunicándoles la necesidad de que regresaran a América del Norte pues había sido "retenido temporariamente". Con estas dos palabras quería significar que su permanencia en Battle Creek habría de ser corta, para poder regresar después a la India.

En sus nuevas funciones se encontró involucrado en las grandes crisis que, sucesivamente, durante la primera década de este siglo encrespaban las aguas sobre las cuales navegaba la "nave de Sion".

Su familiaridad con el pensamiento filosófico hindú le permitió dialogar inteligentemente con el Dr. Kellogg, su ex jefe, sobre la falacia del panteísmo y la inconsistencia de los argumentos vertidos en su libro *The Living Temple**.

En la mañana del 18 de febrero de 1902, mientras se dirigía a la estación ferroviaria de Battle Creek para iniciar un viaje, al pasar frente al Sanatorio vio algunas lenguas de fuego y una cortina de humo que salían de una de las ventanas, y percibió que se había iniciado un incendio. Regresó apresuradamente a su casa, situada en las cercanías del hospital y tomó todas las providencias posibles, a fin de evitar la extensión del desastre.

Once meses más tarde, desde el coche de un tren donde viajaba para atender un compromiso administrativo, vio perplejo y apenado las llamaradas de otro incendio que transformó la casa editora Review and Herald en escombros y cenizas.

En 1922 fue elegido presidente de la Asociación General. Un diario sensacionalista, publicado en San Francisco, California, bajo el título "Adventistas escogen líder en áspero debate", describió en forma distorsionada la elección del nuevo presidente diciendo:

Después de una controversia que sacudió los fundamentos de la asociación mundial de los Adventistas del Séptimo Día y amenazó fragmentar el movimiento, se llegó ayer a un compromiso entre los dos principales líderes, resultando en la unánime aceptación de la sugerencia de la Comisión de Nombramientos que propuso el nombre de William A. Spicer como presidente, y la destitución de Arturo G. Daniells de la presidencia, para asumir el cargo de secretario, puesto ocupado por Spicer durante 22 años.⁵²

La nota periodística era evidentemente incorrecta. Ignorando los mecanismos que orientan las elecciones de la iglesia, el periodista se equivocó en la interpretación del proceso en el que resultó elegido Spicer.

Daniells había estado al frente de la iglesia durante más de dos décadas. Invitado para sustituirlo, Spicer se mostró reluctante e indeciso. No se sentía calificado para la obra que lo aguardaba. Finalmente, después de un período de vacilación, aceptó la responsabilidad, confiando en que Dios habría de sustentar sus manos temblorosas. Al dirigirse a los delegados reunidos en la mañana del 24 de mayo, se expresó así:

Creo que la sugerencia de mi nombre para presidir la Asociación General constituye la evidencia de que hemos llegado a un tiempo cuando nuestra tarea se ha vuelto tan grande que ya no necesitamos en el centro a un gran administrador. . .

Pienso que es oportuno que desviemos algunas veces nuestros ojos de los hombres. El Señor escoge las cosas débiles de este mundo para que los hombres entiendan que todo el poder de este trabajo depende de nuestra relación con El.⁵³

Spicer fue elegido en una época en que el mundo, agotado y empobrecido, se levantaba de la tragedia de la guerra, celebrando el amanecer de un nuevo período de paz y prosperidad. Los Estados Unidos vivían la desinhibida "era del jazz" con sus grandes y fantásticas especulaciones financieras. Pero las esperanzas que marcaron el comienzo de la década se apagaron con el desastre económico que en 1929 conmovió los fundamentos de la estructura financiera internacional.

Al terminar su primer mandato (1926), al celebrar los retumbantes triunfos alcanzados por la iglesia cantó con los miles de delegados y hermanos reunidos en Milwaukee, Wisconsin, su himno predilecto:

*Del norte y del sur vendrán trofeos del Redendor.
Las islas del mar sus joyas darán que adornen al Salvador.
Los santos con El irán las bodas a celebrar;
y por siempre gozarán en su feliz hogar.*

Fue un cuadro emocionante ver a tantos fieles procedentes de todas las latitudes, y que representaban decenas de nacionalidades, culturas, idiomas y grupos étnicos, reunidos allí para celebrar los triunfos de la evangelización.

Reelegido en este congreso, condujo los destinos de la iglesia durante cuatro años más. Al concluir su segundo mandato, declaró con radiante alegría a los delegados:

Jamás vi algo semejante. Los últimos cuatro años, en lo que se refiere a la conquista de almas, fueron los mejores de nuestra historia. . .

Y el último fue el mejor de todos. En números, bautizamos cada día del año el equivalente a la formación de una nueva iglesia con más de 80 miembros.⁵⁴

A pesar de sus múltiples y agotadoras actividades, siempre encontró tiempo para escribir. De su pluma fluyeron más de dos mil quinientos artículos y siete libros, en los cuales destila su contagiante confianza en el triunfo de la verdad. Su frase favorita, refiriéndose al movimiento adventista, era: "Las olas pueden calmarse, pero la marea ciertamente prevalecerá".⁵⁵

Era un hombre conocido por sus hábitos sencillos y austeros. Una vez, al ser censurado por viajar en tercera clase, se excusó diciendo: "Discúlpenme, yo no sabía que había una cuarta". Amaba la paz y evitaba siempre que fuese posible la controversia sobre asuntos doctrinales y administrativos. Sin embargo, no era un alma tímida o irresoluta. Con frecuencia se agigantaba en la defensa de un principio amenazado. Fue una de las mayores figuras que esta iglesia produjo jamás. Cuando visitaba las iglesias, daba el mensaje con un nuevo ímpetu, a los ministros una nueva inspiración y a todos la certeza del triunfo de la esperanza adventista.

Invitado para predicar el sábado de mañana en el Concilio Anual de la Asociación General, celebrado en 1949, presentó uno de sus característicos mensajes de confianza en Dios y en el triunfo del movimiento adventista. Sobre sus cansados hombros pesaban entonces 84 diciembres. Y mientras predicaba, se confundió con las luces artificiales que iluminaban el recinto. Miró el reloj y se asustó, pues pensó que se había extendido demasiado en sus consideraciones y que ya era casi media noche. La congregación entendió respetuosamente la momentánea confusión vivida por el encanecido líder.

El 17 de octubre de 1952, pocas semanas antes de completar 87 años de vida, víctima de una embolia que alcanzó su corazón, Spicer descansó en Cristo. La iglesia se vistió de luto y lloró la muerte de su bien amado líder, un hombre que por precepto y ejemplo personificó la "bienaventurada esperanza".

* Véase "La crisis panteísta", en el capítulo: "Las puertas del infierno no prevalecerán".

Carlos H. Watson (1930-1936)

En un claro abierto en medio de una plantación de gigantescos y frondosos eucaliptos, en la cercanías de Yambuk, pequeña villa a unos 350 kilómetros de Melbourne, Australia, se levantaba una casa de madera, pequeña y humilde. Allí nació Carlos el 8 de octubre de 1877, uno de los doce hijos de Henry Watson y su esposa. En sus insondables designios, Dios habría de usarlo para conducir el movimiento adventista en uno de los períodos más atribulados de su historia.

A los 25 años de edad Carlos aceptó el mensaje adventista. Antes que él, otros miembros de su familia se habían unido a la iglesia mediante el bautismo. Con todo, él se oponía con obstinado vigor a la proclamación adventista. Sin embargo, en cierta ocasión, mientras asistía al servicio fúnebre de su hermana Adelina, oyó un mensaje pronunciado por el pastor W. A. Henning, que produjo en su corazón una impresión indeleble. Como resultado, la intrasigente oposición fue sustituida por una disposición más afable y receptiva. Poco después, él y su esposa aceptaron el mensaje adventista.

Posteriormente asistió a un congreso anual celebrado en Royal Park, Melbourne. Al oír allí predicar al pastor Roberto Hare, sintió nacer en el corazón la llama de un gran ideal: dedicar la vida a Dios y a su causa.

Era en aquel entonces un hábil hombre de negocios. No obstante, consciente de que los que militan la buena milicia no se enredan con los "negocios de la vida", resolvió "quemar los puentes y destruir los barcos", decidiendo no volver a ocuparse más de sus actividades comerciales. Se dirigió al Colegio Adventista de Avondale, donde recibió la preparación indispensable para realizar la obra que la Providencia le había reservado.

Después de graduarse en 1909, inició las actividades pastorales en Maitland, Nueva Gales del Sur, donde demostró las evidencias inequívocas de su llamado. En 1912, poco después de su ordenación al ministerio, fue elegido presidente de la Asociación de Queensland. Tres años más tarde fue designado para dirigir la Unión Australasiana. En 1922, en el congreso de la Asociación General celebrado en San Francisco, California, su nombre fue aclamado para asumir la vice-

presidencia de la Asociación General y, ocho años más tarde, en 1930 fue elegido para sustituir al pastor Spicer en la conducción de los destinos de la iglesia mundial.

Al apoyarlo en sucesivas elecciones, la iglesia reafirmaba su confianza en sus cualidades administrativas y su habilidad ejecutiva.

Su elección como presidente de la Asociación General ocurrió en un momento de gran perplejidad internacional. El año anterior (1929) había quebrado la bolsa de valores de Nueva York, y lanzado a los Estados Unidos y los cinco continentes en los turbios años llenos de chascos y amarguras, de desempleo y miseria, de esperanzas frustradas y brutales reacciones. El desastre económico iniciado en los Estados Unidos sacudió los cimientos de las finanzas de todos los países, y desencadenó por todas partes quiebras en las cadenas de monopolios comerciales y en las empresas bancarias. El desempleo llegó a índices sin precedentes. Por todas partes ocurrían huelgas, manifestaciones públicas, huelgas de hambre, ocupación y depredación de fábricas, colas para pan, desamparo, incredulidad y fermentos revolucionarios. En cada persona alcanzada por la depresión económica, en cada familia, en cada fábrica, en cada banco, dominaba soberano un sentimiento: el miedo. En un esfuerzo por restaurar la confianza de sus conciudadanos en el futuro nacional, Franklin D. Roosevelt, expresó: "No tenemos nada que temer a no ser el propio miedo".

La iglesia también fue sacudida por el vendaval del desastre económico. No obstante, con su genial percepción y experiencia financiera, Watson reunía las condiciones imprescindibles para conducir este movimiento sobre las arenas movedizas de la incertidumbre económica. Era el hombre exacto que se necesitaba para la ocasión.

Al asumir la presidencia, su primera tarea fue analizar las disponibilidades financieras y, en base a los recursos accesibles, definir sus prioridades administrativas. Con serenidad oía a sus consejeros en el área financiera, pero después de largas y tediosas exposiciones técnicas, con la habilidad que le era propia, sintetizaba los problemas en forma objetiva e indicaba el camino a seguir. "La organización no pedirá préstamos bancarios para enfrentar las emergencias —declaraba enfático—, pero tendrá que reducir drásticamente sus gastos de operación". Entonces se pusieron en ejecución medidas de austeridad para aliviar la crisis. El cuadro de obreros fue reducido en casi un cincuenta por ciento. Los obreros que permanecieron en las planillas de la organización, aceptaron

una reducción del treinta por ciento de sus asignaciones. Innumerables medidas radicales e impopulares fueron necesarias, por cuanto las entradas de la iglesia sufrieron una reducción de aproximadamente cincuenta y cuatro millones de dólares durante el período agudo de la recesión.

Pero las angustias económicas que marcaron aquellos años no fueron suficientes para limitar los triunfos del movimiento adventista. Durante su gestión administrativa, la iglesia recibió "noventa mil nuevos miembros, organizó cuarenta y ocho nuevas misiones, edificó aproximadamente mil templos, e inauguró una obra de penetración en ciento ochenta y cuatro nuevos países e islas, usando ciento veintidós nuevas lenguas y dialectos".⁵⁶

Quando analizamos las características personales de Watson y entendemos la extensión de la crisis económica que sacudió la estructura financiera mundial durante su gestión administrativa, llegamos a la segura conclusión de que "el Señor no deja ni siquiera un momento la embarcación (su iglesia) en manos de pilotos incapaces".⁵⁷

En 1936, después de seis años de liderazgo, regresó a su país natal. Había cumplido su deber, como fiel mayordomo. No obstante, retornó llevando en su cuerpo debilitado, las consecuencias inevitables de los excesos de una obra cumplida con celo y fervor.

Dos años más tarde, rehecho ya de las luchas y embates de la dirección en Washington, volvió a ocupar posiciones administrativas en Australia. Fue elegido presidente de la Unión Australasiana y, posteriormente, presidente de la División, cargo que ejerció con brillo y dedicación hasta 1944, cuando se jubiló.

Fue un líder de convicciones firmes y definidas. Su entrañable amor por la causa adventista lo inspiró a formular un rígido programa administrativo que tendía a la consolidación financiera de la iglesia y a la extensión de su programa misionero. Aunque dotado de una rara habilidad empresarial, jamás descuidó la importancia del crecimiento espiritual. Para él el progreso económico debería ser siempre dimensionado por un crecimiento espiritual equivalente.

En su administración en Australia se mostró especialmente interesado en la consolidación y desarrollo de la fábrica de productos alimenticios. Gracias a su visión, poseemos hoy en Australia y Nueva Zelanda una poderosa organización industrial, que genera oportunidades de trabajo para centenares de adventistas y produce ganancias generosas,

destinadas al victorioso programa misionero en las islas del Pacífico.

Era un líder conocido por un sano sentido del humor. En cierta ocasión usó con gran habilidad la publicidad entonces muy conocida de los caramelos de marca Minties. La publicidad de este producto parecía saturar todos los medios de comunicación. Se veía en los periódicos, e incluso en los transportes colectivos, la figura de un individuo que vivía un momento de angustia y perplejidad. Debajo del cuadro aparecía la siguiente leyenda: "En momentos como éste, usted necesita Minties". Esta publicidad le vino a la mente en una ocasión cuando dirigía una reunión administrativa de la División Australasiana (hoy División del Pacífico Sur). Un miembro de la junta, conocido por su espíritu inflamado y su naturaleza arrebatada, se expresaba con gran vehemencia al criticar la actuación del director del Departamento de Deberes Cívicos. El obrero criticado, extremadamente ofendido e inflamado por una descarga de adrenalina en su corriente sanguínea, se preparaba para refutar al acusador. El ambiente estaba cargado de tensión. Watson sintió la seriedad del debate y, levantándose introdujo la mano en el bolsillo de donde sacó una pequeña caja que contenía caramelos Minties, se dirigió amistosamente al obrero ofendido, y se la ofreció diciendo: "En momentos como éste, usted necesita Minties". Los miembros de la junta explotaron en ruidosa carcajada. Tanto el acusador como el acusado se unieron en la risa inesperada y un espíritu amistoso y calmo volvió a dominar la discusión.⁵⁸

Watson era respetado por su singular combinación de talentos y virtudes. Como elocuente predicador condujo muchas almas a la Cruz. Como vigoroso líder espiritual estableció nuevos modelos de liderazgo cristiano. Con su excepcional memoria para guardar rostros y nombres, se granjeó el respeto y la admiración de sus coobrerros y de la iglesia en general.

Guillermo Booth, el fundador del Ejército de Salvación, en una histórica audiencia con el rey Eduardo de Inglaterra, hizo una declaración digna de ser grabada en piedra:

*La pasión de algunos es el arte,
la pasión de otros es la fama;
unos ambicionan riquezas;
mi ambición son las almas.*

El ministerio de Watson se caracterizó también por una consumidora pasión por las almas. Cuando oyó acerca de los grandes triunfos de la

evangelización en las Filipinas, decidió visitar algunas de esas islas y, durante varias semanas, acompañó la obra dinámica realizada por varios evangelistas secundados por hermanos fieles y dedicados.

En su visita se detuvo en una pequeña ciudad donde un predicador filipino planeaba dirigir una cruzada de evangelización, aunque no conseguía un lugar para levantar su tienda. Todas las posibilidades de alquilar un terreno le habían sido negadas. Decidió entonces conducir su programa de evangelización en una pequeña iglesia con capacidad para unas cien personas. El frágil piso de madera del templo se levantaba a unos ochenta centímetros del suelo. Las paredes eran de bambú y el techo de paja. Una noche Watson predicó a un público que excedía peligrosamente los límites del humilde santuario. Y, mientras predicaba con su característico fervor sobre la segunda venida de Cristo, el exceso de peso produjo el colapso. Una de las paredes de bambú se derrumbó y muchos cayeron al suelo. Cuando el pánico cesó, descubrieron con alegría que nadie se había herido y la reunión continuó.

Al día siguiente Watson preguntó al predicador filipino:

—¿Cómo vamos a continuar el trabajo?

—Desearía encontrar un terreno baldío disponible para levantar mi tienda —respondió el joven evangelista—. Pero los propietarios en este lugar se niegan a alquilar sus terrenos para fines religiosos.

Los dos caminaban a lo largo de un camino polvoriento mientras conversaban sobre este asunto. En cierto momento Watson sugirió que entraran en un bosque para presentar el problema al Señor. A solas, se arrodillaron y oraron sobre el asunto. Al día siguiente consiguieron un excelente lugar para levantar la carpa y conducir una fructífera campaña evangelizadora.

En efecto, Watson era un hombre de fe, que confiaba en forma ilimitada en los recursos infinitos de la oración. Fue un líder de convicciones. Amó a Dios con un corazón indiviso y empleó sus mejores energías en la edificación de su casa en la tierra.

En diciembre de 1962, un día antes de celebrar su natalicio, descansó en el sanatorio de Sydney, Australia, sereno y con la conciencia del deber cumplido.

Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.⁵⁹

J. L. McElhany (1936-1950)



En el congreso de la Asociación General celebrado en San Francisco, California, en 1936, después de aprobar un voto de reconocimiento por la obra administrativa realizada por Watson, los delegados procedentes de los cuatro puntos cardinales eligieron a J. L. McElhany para dirigir el timón de la barca adventista.

La depresión económica había comenzado a declinar, suscitando en el mundo financiero expectativas moderadas. Sin embargo, nubes densas cubrían el cielo de las esperanzas humanas que preanunciaban días tormentosos para el mundo y para la iglesia. Inspirándose en sentimientos revanchistas y en ideas antisemíticas, surgía en Europa un nacionalismo exacerbado, que respiraba odio y venganza. Ignorando los acuerdos de Locarno, Hitler anexó Rumania a su país. En aquel mismo año, 1936, estalló la guerra civil española, que convirtió la nación en un cruel laboratorio donde se experimentaron nuevas armas y modernas técnicas de destrucción. Las tropas de Mussolini, con sus ambiciosos sueños de expansión territorial, tomaron la capital de Abisinia (Etiopía), Addis-Abeba, y proclamaron el Imperio Italiano.

Estos tres acontecimientos bélicos sumados a otros factores, sirvieron más tarde como elementos detonantes del gran conflicto armado que, con todo su horror, habría de abatirse sobre el mundo.

De hecho, McElhany inició su mandato bajo el signo de la guerra, y durante catorce años (fue reelegido dos veces) se ocupó continuamente de los problemas generados por los conflictos armados y sus implicaciones sobre la iglesia y su programa misionero.

Algunos de los más grandes desafíos que enfrentó en su liderazgo estaban relacionados con la guerra: la protección de los misioneros en las áreas alcanzadas por la turbulencia bélica, los esfuerzos por lograr la liberación de los que estaban confinados en campos de concentración, la provisión de fondos para las situaciones de emergencia, y un programa de asistencia a los refugiados de guerra.

Sin embargo, antes de que continuemos discuriendo sobre su obra administrativa, creemos oportuno describir algo sobre sus orígenes y la manera como Dios lo preparó para dirigir su iglesia.

En 1854 su padre, entonces un joven de 14 años, emigró a California, a semejanza de muchos otros, animado por la esperanza de encontrar en el eldorado del Pacífico una perspectiva más luminosa para su vida. Allí conoció a Mary Ford, una joven oriunda del estado de Missouri, que también se había mudado a California fascinada por las promesas del oeste. Atraídos por un recíproco afecto, se casaron y se establecieron en un área conocida por la fertilidad de sus tierras, el valle de Santa Clara. Allí, el 3 de enero de 1880, nació J. Lamar McElhany.

Poco tiempo después, alcanzada por el poder del mensaje del tercer ángel, la familia McElhany decidió mudarse a Healdsburg, un gran centro adventista, situado a unos 400 kilómetros al norte en el mismo estado, a fin de dar a sus hijos los beneficios de una educación cristiana.

Un día, mientras estudiaban las profecías del Apocalipsis, el joven Lamar y sus colegas de clase se encontraron de pronto en medio del calor de una inflamada polémica sobre los 144.000 y su exégesis. Estimulados por un espíritu especulativo, se preguntaban entre sí: "¿Quiénes son los que han de integrar este grupo?" La ausencia de una respuesta convincente los llevó a la conclusión de que únicamente la Sra. White podría ayudarlos en la interpretación de este tema. Después de haber estado en Australia durante nueve años, ella había regresado y establecido su residencia en un apacible lugar situado a unos sesenta kilómetros de Healdsburg.

McElhany, entonces un joven de 21 años, hizo ante sus colegas de clase la decisión de visitarla, animado por la esperanza de traer una respuesta clara e indiscutible sobre el asunto en cuestión.

Cierta mañana, mientras estaba todavía oscuro, él y un compañero de estudios prepararon una frugal merienda, ensillaron dos caballos e iniciaron la excitante jornada en dirección a Elmshaven, donde la Sra. White vivía el otoño de su existencia.

Mientras cabalgaban, sintiendo en el rostro la brisa suave y refrescante de la madrugada, conversaban entre sí sobre sus planes, sueños y aspiraciones. En el horizonte emergía el sol, que inauguraba un día más con sus sorpresas y expectativas.

A medida que avanzaban, contemplaban extasiados las montañas adyacentes con sus graciosas elevaciones cubiertas con una vegetación verdosa y exuberante. El pensamiento de que en breve habían de estar en la presencia de la mensajera de Dios, los llenaba de reverente emoción.

A la tarde, después de cruzar el esplendoroso valle de Napa, se aproximaron ya cansados a los contrafuertes de la sierra de Howell, en las

cercanías de Santa Helena, donde entre árboles umbrosos, exuberantes viñedos y encantadores jardines, vivía la sierva del Señor.

Recibidos por la Sra. White, sintieron inmediatamente el cordial contagio de una hospitalidad natural, sin ceremonias o formalidades. En su oficina vieron con reverencia el lugar donde, entre oraciones, libros, manuscritos y papeles diversos, ella escribía sus testimonios y cartas personales, y elaboraba sus extensos y laboriosos manuscritos.

Después de un momento de silenciosa reflexión, dando a la voz una inflexión especial, el joven McElhany presentó las razones de su visita. Habló sobre las discusiones tenidas en clase en torno de los 144.000 y su significado y concluyó con la expresión de deseos de obtener alguna respuesta a dicho problema.

Después de oírlo como la debida atención, la Sra. White se expresó: “No tengo nada que decir sobre este asunto”.

Aunque frustrado por la ausencia de una respuesta al problema que lo llevó a Elmshaven, aquel encuentro fue en su vida un evento inolvidable. Posteriormente, la lectura de uno de los escritos de la Sra. White iluminó su mente, y lo capacitó para entender las razones que la llevaron a mantener silencio sobre el polémico tema:

Cuando los hombres —escribió ella— toman esta teoría y aquella otra, cuando están curiosos por saber algo que no es necesario que sepan, Dios no los está guiando. . . No es su voluntad que entren en controversias por cuestiones que no los ayudarán espiritualmente, tales como: ¿Quiénes han de componer los 144.000?⁶⁰

En 1901, después de haber completado su programa de estudios en Healdsburg, McElhany inició una leal y afectuosa relación de servicio con la iglesia que se extendió a través de 58 años de fructífera actividad como misionero, evangelista y administrador.

Al año siguiente contrajo nupcias con Cora Belle, una atrayente enfermera, que con solícita dedicación lo acompañó en sus arduas batallas por Cristo y su iglesia.

Después de su casamiento, durante casi cuatro años (1903-1906) se ocupó en un vigoroso programa de evangelización en Australia. Su esposa lo ayudó de manera infatigable, ora cantando, ora dirigiendo música, incentivándolo muchas veces en momentos depresivos, corrigien-

do sus errores gramaticales, sus gestos grotescos, sus amaneramientos impropios y su postura inconveniente en el púlpito.

En 1906 fueron llamados para trabajar en las Filipinas. El salario que recibían entonces era insuficiente para satisfacer sus necesidades básicas. Sus hermanos en los Estados Unidos, al conocer sus penurias económicas, le enviaban por correo cajas con nueces y frutas secas. Un día los ojos castaños de Cora brillaron intensamente cuando descubrió que una de las cajas estaba forrada con viejos ejemplares de la revista *Signs of the Times* (Señales de los Tiempos). En su mente brilló una idea: vendería las revistas, aunque fuesen ediciones atrasadas y emplearía el dinero en la compra de alimentos para proveer su empobrecida despensa. Este detalle ilustra la inquebrantable disposición de una mujer que, después de haber puesto la mano en el arado, rehusó mirar hacia atrás.

La importancia de la mujer en la vida de la iglesia es claramente demostrada en el papel que ellas desempeñaron en los grandes acontecimientos que siguieron a la crucifixión. Mientras caminaban rumbo a Emaús, un discípulo se dirigió a Jesús y les rindió un tributo diciendo: "También nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las que antes del día fueron al sepulcro".⁶¹ La dedicación de Cora y de centenares de otras mujeres adventistas, a semejanza de las mujeres en el primer siglo, nos llena también de admiración y asombro.

Algunos años más tarde (1910) McElhany regresó a Norteamérica, donde, después de un corto período de actuación como capellán en dos hospitales, ocupó sucesivamente la presidencia de cuatro asociaciones y dos uniones, demostrando siempre las cualidades propias de un auténtico líder.

E. D. Dick, conocido administrador que trabajó con él durante varios años, lo describió así:

*Poseía las cualidades de un líder indiscutido, y una devoción incondicional a su Maestro. Era generoso en sus opiniones, permitiendo que otros discordaran, sin rotularlos como obstinados. Fue conservador e intrépido, y sus decisiones siempre fueron tomadas sin precipitación.*⁶²

Elegido como vicepresidente de la Asociación General en 1926, se condujo con una serenidad digna de emulación. Jamás se mostró espectacular o impetuoso; sus palabras y acciones mostraban las evidencias inconfundibles de una vida escondida en Cristo.

Finalmente en 1936, el congreso de la Asociación General celebrado en San Francisco, California, lo eligió para conducir los destinos de la iglesia en un período de la historia conocido por sus angustias económicas y por la turbulencia bélica. Una decisión precipitada o imprudente en aquellos días, habría bastado para producir un desastre económico con consecuencias imprevisibles. Sin embargo, McElhany demostró siempre las virtudes de un hábil timonel, y condujo con serenidad la barca adventista a través de las aguas agitadas de un mar encrespado.

Como dirigente, McElhany reveló la habilidad propia de los grandes cirujanos. Muchas veces, como deber de su oficio, se sintió obligado a realizar intervenciones delicadas y dolorosas, a fin de erradicar el orgullo u otros males propios de la naturaleza humana. Con todo, la incisión de su bisturí pastoral, aunque profunda algunas veces, dejaba con frecuencia cicatrices casi imperceptibles.

Después de haber conducido durante diez años (1936-1946) los negocios de la iglesia, y de haber llevado sobre sus hombros el aplastante peso de los grandes problemas generados por la Segunda Guerra Mundial, presentó a los delegados reunidos en el congreso general de 1946, con expresiones de gozo y gratitud al Señor, los consagradores triunfos de la evangelización.

Reelegido por segunda vez, lloró convulsivamente, afligido por la magnitud de los desafíos que lo aguardaban. Pero, con inmensa capacidad práctica y admirable genio administrativo, logró nuevas y alentadoras victorias en los ásperos combates contra el poder de las tinieblas.

A él se aplican apropiadamente las palabras con las cuales la Sra. White describe la obra de liderazgo conducida por Moisés:

*Quería obtener el mayor éxito posible en la obra que se le había asignado, y depositaba toda su confianza en el poder divino. Sentía su necesidad de ayuda, la pedía, se aferraba a ella por la fe, y seguía adelante contando con la seguridad de una fuerza sostenedora.*⁶³

El 25 de junio de 1959, después de haber cumplido los 79 años de edad, encorvado bajo el peso de los años, sintió que la llama temblorosa de su vida se apagaba y, sereno, reclinó la frente cansada y durmió en el Señor.

La infausta noticia de su muerte alcanzó al director de la Review and Herald, pastor F. D. Nichol, mientras cumplía un largo itinerario en Europa. Con el corazón quebrantado por la tristeza, escribió:

Han transcurrido ya ocho meses desde que lo visité por última vez. Siempre que viajaba a California, dedicaba algún tiempo para visitarlo. Terminamos nuestro último encuentro dirigiéndonos a Dios en oración. En aquella oportunidad sentí de manera vívida la presencia divina en nuestro corazón. Cuando nos levantamos, él enjugó algunas lágrimas y, dirigiéndose a mí dijo: "Hermano Nichol, yo lo amo". Después de esto nos separamos. Desde entonces, he reflexionado con frecuencia sobre aquellos preciosos momentos, cuando el Cielo me pareció tan real. Guardaré siempre en la memoria el dulce recuerdo de aquella ocasión cuando un gran hombre de Dios en forma sencilla y espontánea, se expresó diciendo: "Yo lo amo". Su amor fue sin duda genuino. Que Dios nos conceda más hombres como él.⁶⁴

McElhany fue sin duda un hombre de elevado ideal en un elevado cargo. En su liderazgo mostró ser el hombre de la hora en un momento difícil de nuestra historia.

Guillermo H. Branson (1950-1954)



El día inaugural del cuadragésimo séptimo congreso de la Asociación General, celebrado en 1950 en la ciudad de San Francisco, California, se caracterizó por algunos acontecimientos memorables. Al dirigirse a los delegados precedentes de muchas naciones, el gobernador de California, Earl Warren, expresó con elocuencia su profundo aprecio por los adventistas y por su obra mundial.

Entre los que ocupaban la plataforma había obreros de los más distantes lugares de la tierra, dirigentes de experiencia, que habían pasado por inmensas tribulaciones, hombres que condujeron la iglesia a través de difíciles y probatorias experiencias, pero que demostraron que eran fieles al propósito que les había sido confiado.

Figuraba entre ellos el pastor J. L. McElhany, entonces en proceso de recuperación de una seria enfermedad que lo había atacado.

El informe del presidente fue una inspiradora e histórica exposición de bendiciones y desafíos. Y lo hizo doblemente significativo el hecho de

que el pastor McElhany no lo haya podido presentar, aunque se encontraba presente. El director de la Facultad de Medicina de Loma Linda anunció antes de la lectura del informe, que fue con relucencia que McElhany, convaliente de una grave enfermedad, aceptó el consejo de los médicos de no arriesgarse a la tensión emocional de presentar personalmente su informe. Esta tarea recayó sobre su secretario, A. W. Cormack.

Terminada la lectura, McElhany se levantó, y ante los miles de adventistas allí reunidos anunció solemnemente su decisión de no continuar más en la presidencia. Las responsabilidades administrativas habían sido demasiado pesadas y, debilitado físicamente, pedía ser liberado de las obligaciones, presiones y cargas propias de la administración.

En un ambiente triunfalista, lleno de confianza en Dios y en sus eternas providencias en el cuidado de su iglesia, los delegados aprobaron el nombre de Guillermo H. Branson para ocupar la presidencia de la Asociación General.

Guillermo nació en el estado de Illinois, en una área notoria por la pobreza de su suelo, donde el verano es conocido como intensamente tórrido y el invierno como extremadamente glacial. Su padre, aunque diligente e incansable en las labores agrícolas, vivía el drama propio de las cosechas insuficientes que lo limitaban en sus anhelos de conceder a la familia mejores y más promisorias condiciones económicas.

Cuando tenía seis años de edad, la familia se sintió atraída por una serie de conferencias dirigidas por un predicador adventista, en una iglesia situada en las cercanías del lugar donde vivían. La señora Branson, singular combinación de piedad cristiana y habilidad ejecutiva, reunía cada noche sus cinco hijos en el carro, y dirigía los animales en dirección a la iglesia con el propósito de recibir las bendiciones del estudio de la Palabra de Dios. No tardó mucho en aceptar con sus hijos el mensaje adventista. Sin embargo, el esposo se mostró inflexible a la idea de una reformulación de su pensamiento religioso, y declaró convencido: "La Iglesia Bautista Primitiva aún es suficientemente buena para mí".

Afligido por una bronquitis asmática que se intensificaba con el transcurso de los años, el señor Branson decidió mudarse con su familia a Florida, en el sur del país, donde las condiciones climáticas más favorables podrían atenuar sus padecimientos físicos. La mudanza, además de producirle un efecto benéfico sobre su salud, le permitió conceder a la familia un mejor estatus económico.

Disfrutando de los privilegios de un clima más cálido y de la satisfacción de una situación económica menos angustiada, Guillermo crecía y cultivaba las virtudes cristianas que habrían de adornar su carácter y moldearlo para la gigantesca obra de liderazgo denominacional.

A los trece años de edad se dirigió a Battle Creek a fin de recibir en nuestro colegio los beneficios de una educación cristiana. Costeó sus estudios trabajando como cocinero en el Sanatorio. Dos años más tarde continuó sus actividades académicas en el colegio adventista situado en Berrien Springs, Michigan, conocido hoy como la Universidad Andrews, donde permaneció durante un año.

Al regresar a su casa, se encontró casualmente en un congreso anual con una joven que cautivó sus ojos, aceleró sus latidos cardíacos e inauguró un encantador romance que lo llevó al altar y se prolongó a través de 31 años de venturosa experiencia conyugal.

Tres años después de haber contraído nupcias con la joven Minnie, fue invitado por la Asociación de Florida para trabajar como obrero regular. Recibía como remuneración la suma de ocho dólares semanales.

“¿Creo, Minnie, que seremos capaces de sobrevivir con un salario de treinta y dos dólares por mes?” —preguntó preocupado. El hogar había sido enriquecido con la llegada del pequeño Ernesto, pero los animaba la certeza de que a pesar de las responsabilidades adicionales, con el favor divino, lograrían subsistir. Aquellos fueron tiempos heroicos, caracterizados por la presencia de una admirable estirpe formada por grandes hombres y mujeres de pequeños salarios.

En 1910, a los 33 años, fue ordenado al ministerio. Al año siguiente aceptó la presidencia de la Asociación Carolina del Sur, e inauguró entonces un fructífero programa administrativo, pleno de realizaciones. Sin embargo, como presidente jamás permitió que los balances financieros, los gráficos estadísticos o la burocracia denominacional, apagarán en su corazón la llama del fervor por la obra de la evangelización.

Mientras dirigía una serie de conferencias en la ciudad de Johnson, Tennessee, su hijita Raquel falleció víctima de una fulminante meningitis. Más tarde, cuando estaba ocupado en otra cruzada de evangelización en Grays Ville, también en Tennessee, su hogar fue alegrado por la llegada de Luis, su cuarto hijo.

En 1915 asumió la presidencia de la Unión del Sur, siendo cinco años más tarde designado para dirigir la División Africana.

Durante los años que trabajó en el "continente negro", recorrió inmensas regiones sin caminos. Viajó en tren, en carretera, a caballo y a pie, y contempló por todas partes paisajes salvajes, habitados por leones, leopardos, hipopótamos y elefantes. Enfrentó el peligro constante de mosquitos transmisores de terribles enfermedades tropicales y la hostilidad de nativos contrarios a la presencia del hombre blanco.

Vio la influencia ruinoso y degradante del paganismo en la vida de millones de nativos envueltos en la más densa oscuridad religiosa. Inspirado en el afán de iluminar Africa con las luces fulgurantes de la esperanza adventista, implantó por todas partes estaciones misioneras que, con el correr de los años, se transformaron en poderosas agencias evangelizadoras para conducir a miles de nativos al conocimiento de Cristo.

Resumió sus experiencias en territorio africano en dos libros titulados: *Pioneering in the Lion Country* (Pionero en el país de los leones), y *Missionary Adventure in Africa* (Aventura misionera en Africa). Al leerlos descubrimos que para el autor, Africa llegó a significar aventura y seducción, misterio y fascinación, contrastes y enfrentamientos, rivalidades tribales y una sorprendente cacofonía de sonidos —el desafío de centenas de dialectos hablados por sus habitantes. Pero por sobre todo, para el enérgico líder el Africa significaba seres humanos enfermos, analfabetos, angustiados y afligidos, almas preciosas por las cuales Cristo murió.

En 1930, después de una extraordinaria obra de penetración y consolidación del trabajo en suelo africano, fue elegido como vicepresidente de la Asociación General. Se destacó como constructor dinámico e incansable. Iglesias e instituciones sin cuento fueron erigidas en muchos lugares. Sin embargo, más que un constructor de edificios, fue un constructor de caracteres. Por precepto y ejemplo logró moldear la vida de centenas y millares de jóvenes que se dedicaron a los ideales de la causa adventista.

Fue respetado por sus contemporáneos como talentoso predicador, arquitecto de ideas, agudo pensador, escritor prolífico, y como un líder con convicciones claras y definidas. Para cada problema encontraba siempre una solución oportuna y providencial.

En 1935 falleció la Sra. Branson, después de haber compartido durante 31 años las alegrías y tristezas, los triunfos y los chascos que caracterizaron la experiencia ministerial del esposo. Este acontecimiento doloroso repercutió profundamente en el corazón del incansable líder como una verdadera tragedia.

Se casó más tarde con Elizabeth H. Robbins, que lo acompañó posteriormente en sus nuevas responsabilidades como presidente de la División China (1946-1950). La iglesia vivía entonces, en aquel inmenso país, un período de tensión, perplejidad e incertidumbre.

En las inaccesibles montañas del norte irrumpió un movimiento revolucionario, que desafió la autoridad del poder central. Un año después de su llegada a China, el gobierno movilizó la nación para la lucha contra la insurrección institucional.

Branson siguió de cerca la guerra civil con preocupación y pesar. Las fuerzas revolucionarias avanzaban en todos los frentes, logrando victorias espectaculares. No tardó mucho para que lograran transponer la gran muralla. Gradualmente se estrechaban las fronteras para el programa de evangelización adventista.

En 1949 los ejércitos revolucionarios alcanzaron los límites de Vietnam, conquistando en su marcha triunfal innumerables provincias y, con ellas, importantes centros urbanos. A medida que avanzaban, nuestras iglesias eran cerradas, nuestros hospitales y colegios eran nacionalizados.

Solamente Dios sabe las angustias y pesares vividos por el matrimonio Branson cuando con muchos otros misioneros tuvieron que abandonar precipitadamente el país al que habían dedicado sus mejores energías. Las palabras del ángel a Lot y su familia: "Escapa por tu vida; no mires tras ti", cobraban ahora para ellos un significado que les era muy familiar.

En el informe que presentó a la Asociación General, donde describía las angustias y aflicciones de aquellos días, se expresó así:

La experiencia de nuestros obreros en China durante los últimos cuatro años puede ser apropiadamente descripta por las palabras del apóstol Pablo: "Atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados pero no destruidos".⁶⁵

Y después añadió esta nota de optimismo:

En vez de lamentarnos a causa de la retirada de nuestros misioneros, regocijémonos por haber Dios suscitado en China dirigentes nacionales capaces, leales y de confianza, los cuales pueden empuñar las riendas de la dirección en un tiempo de crisis como éste y llevar adelante los intereses de la iglesia.⁶⁶

En 1950, cuando fue elegido presidente de la Asociación General, sorprendido con su designación para tan elevada investidura, declaró solemne y con la voz embargada por la emoción:

Siempre imaginé al líder del pueblo de Dios como un hombre de alta jerarquía. . . Jamás me sentí calificado para satisfacer las medidas dñfinidas por este modelo. . . No poseo habilidades naturales para realizar la obra que me piden. Veo en mi vida tantas flaquezas e imperfecciones que me hacen temblar al aceptar esta tarea santa.⁶⁷

Aunque se sentía insuficiente para la obra que le había sido comisionada, se destacó en su gestión como hombre de Dios, administrador sereno, dirigente dinámico y hombre de visión. Durante cuatro años condujo los destinos de la iglesia con distinción y habilidad.

Su secretaria, la señorita Williams, que lo asistió durante varios años, resumió la vida y obra de este líder en pocas y seleccionadas palabras:

Cuando comencé mi trabajo, sirviendo como su secretaria, escribí una carta a mis padres comparando su cerebro con el de Williams Marshal Bullitt, jurista internacionalmente conocido, cuyos honorarios excedían la suma de cien mil dólares en la defensa de una sola causa. Jamás conocí alguien más versátil y prolífico y con tan genial disposición.⁶⁸

En los cortos intervalos de su intenso y agitado programa administrativo, escribió los siguientes libros que enriquecieron sobremanera la bibliografía denominacional: *The Way to Christ* (El camino a Cristo), *The Holy Spirit* (El Espíritu Santo), *In Defense of the Faith* (En defensa de la fe), *How Men are Saved* (Cómo son salvos los hombres) y *Drama of the Ages* (El drama de los siglos).

Al completar su mandato, sentía ya los devastadores síntomas del mal de Parkinson, y anunció su determinación de no continuar más en la dirección de la iglesia.

Esta enfermedad ha afectado en forma acentuada mi ministerio público —explicó—. La irritación nerviosa causada por esta enfermedad se exagera toda vez que intento hablar en público o que me encuentre bajo tensión. —Y entonces añadió enfático—:

*Estoy pronto para apoyar a aquel que sea elegido, con todas las fuerzas que Dios me conceda.*⁶⁹

En su último sermón dirigido a los delegados reunidos en aquel encuentro (1954), destacó con entusiasmo y vigor la importancia de la evangelización. "La principal tarea de la iglesia es la salvación de las almas", exhortó solemnemente. Y sin poder disimular los efectos insidiosos de la enfermedad que minaba su cuerpo cansado, con voz trémula sentenció:

*Jesús volverá pronto. Sobre este tema debemos cantar y predicar. En esta esperanza debemos afirmar nuestra fe; y para este acontecimiento debemos preparar nuestro corazón.*⁷⁰

Guillermo H. Branson murió el 21 de enero de 1961. Cubierta de luto, la iglesia lloró su muerte. En el servicio fúnebre celebrado en la iglesia de la Universidad de Loma Linda, Denton E. Rebock, rindiéndole un último y sentido homenaje, declaró: "El mundo fue enriquecido y mejorado con su vida; y empobrecido y debilitado con su muerte".⁷¹

Rubén R. Figuhr (1954-1966)



A través de los tiempos el hogar ha demostrado ser el lugar ideal para los comienzos grandes y extraordinarios. Fue en un rústico pesebre, en el seno de una oscura familia de Nazaret, donde aconteció el más auspicioso de todos los comienzos —la conmovedora historia de la redención.

Fue también en el seno de un hogar sencillo, en Wisconsin, Estados Unidos, donde Rubén R. Figuhr, decimosegundo presidente de la Asociación General, tuvo su bendecido y providencial comienzo.

En el siglo XVIII, sus antepasados emigraron de Alemania para establecerse en la provincia de Volynie, en las cercanías de Kiev, Rusia. Posteriormente, informados sobre las riquezas, oportunidades económicas y clima de libertad existentes en el Nuevo Mundo, sus padres decidieron romper los vínculos con el país donde vivían, y, después de emprender una dramática fuga, que los llevó a cruzar la frontera escondidos entre el

heno transportado por un carro, atravesaron las aguas del Atlántico y llegaron a las playas de América del Norte.

Se establecieron en el estado de Wisconsin, donde pasaron a integrar una colonia formada por parientes y amigos que, como ellos, también habían emigrado en busca de un futuro más prometedor. Y mientras disfrutaban aún las emociones de una nueva experiencia en las tierras libres de América, el 20 de octubre de 1896, celebraron con demostraciones de alegría la llegada del pequeño Rubén.

Un día, las familias que formaban aquella laboriosa colonia de inmigrantes recibieron algunas publicaciones adventistas, impresas en Alemania. Al leerlas, algunos concluyeron precipitadamente que "ellas difundían doctrinas espurias del anticristo anunciado en las profecías". Otros, al leer acerca de la importancia del sábado, recordaron que en Rusia habían tenido noticias sobre la existencia de algunas comunidades cristianas que observaban el sábado conforme al mandamiento.

A medida que leían estas publicaciones crecía entre ellos el interés por entender más claramente las verdades bíblicas. Sin embargo, como miembros de la Iglesia de los Hermanos Moravos, se dieron cuenta de que les sería difícil romper los lazos que los unían a aquella feliz y unida comunión de fieles. Concluyeron también que más difícil todavía les sería enfrentar el prejuicio y la intolerancia que inevitablemente habrían de manifestarse entre los parientes y amigos.

Sin embargo, en una noche silenciosa, en virtud de la oposición intransigente de sus esposos, la señora Figuhr y su hermana fueron conducidas sigilosamente por un ministro adventista a las aguas serenas del arroyo donde fueron bautizadas.

La señora Figuhr era una rara combinación del espíritu de servicio de Marta y el fervor indiviso de María. Con incansable dedicación velaba sobre los cuidados de la casa y las necesidades físicas de sus cuatro hijos. No obstante, jamás permitió que la fastidiosa rutina de sus labores domésticas militara contra sus hábitos devocionales. Día tras día se esforzaba por inculcar en la mente de sus hijos los principios de la verdadera religión y la virtud. Los amaba con toda la devoción de un corazón de madre. Los consideraba como preciosas dádivas del Cielo, y sentía que era su deber prepararlos para el servicio de Dios.

Animada por el deseo de educar a sus hijos en el temor del Señor, envió a Lidia, su hija mayor, y a Rubén a un colegio adventista situado en el estado de Washington (Walla Walla College). Posteriormente se

transfirieron a otra institución educativa adventista, situada en el estado de Idaho, próxima al lugar donde la familia pasó a residir. Por razones desconocidas, Rubén más tarde decidió estudiar en la escuela adventista de Laurelwood, establecida a unos siete kilómetros al sudeste de Gaston, Oregón.

En una ardiente tarde de verano, cuando el calor parecía haber alcanzado extremos casi intolerables, llegó por primera vez a esa pequeña ciudad. El viaje había sido monótono y cansador. En la vieja estación ferroviaria nadie lo esperaba. Dejó la maleta al cuidado del jefe de la estación, e inició a pie la caminata rumbo a la institución donde habría de continuar los estudios. Después de una larga y agotadora jornada por un camino arenoso, traspirando abundantemente, lo asaltó la impresión de estar siguiendo una dirección equivocada. Se detuvo por un momento a descansar a la sombra de un árbol. Después, se enjugó la frente humedecida por el sudor, y observó el paisaje en diferentes direcciones tratando ansiosamente de descubrir en aquellos parajes distantes un edificio de tres pisos donde se alojaban los muchachos, otro de dos donde se dictaban las clases, el dormitorio de las niñas y otras instalaciones edificadas al pie de una colina.

Y, mientras se sentía exhausto por la sofocante canícula y perplejo con la posibilidad de estar siguiendo un rumbo equivocado, vio aproximarse a una atrayente joven a quien preguntó: "¿El colegio adventista está todavía muy lejos?" Con una graciosa sonrisa y una mirada gentil, ella respondió: "Oh, no. Estamos bien cerca". Y añadió en forma cordial: "Yo estudio en aquel colegio. Me llamo May Holt". Los ojos azules de Rubén se llenaron de deleite y admiración al contemplar a aquella joven que, en forma casi providencial, apareció para guiarlo en un momento de fatiga y desorientación.

Aquel encuentro casual en la vida de Rubén llegó a revestir gran importancia y significación. May Holt, algunos años más tarde, estaba a su lado ante el altar para recibir de Dios la bendición sobre su matrimonio.

Después de dos años completó sus estudios en Laurelwood; y el joven Figuhr enseñó en una escuela primaria. Pero, mientras desempeñaba la rutina de sus responsabilidades escolares, su pensamiento volaba constantemente en alas de la imaginación, en dirección a May Holt, la encantadora musa de sus sueños.

En aquel entonces el mundo vivía la turbulencia y los horrores de la Primera Guerra Mundial. En los campos ensangrentados de la vieja

Europa, miles de soldados, resistiendo al frío, al fango, a la suciedad y a los masivos bombardeos, avanzaban entre los alambres de púas del enemigo, a través de los cuales las ametralladoras vomitaban la muerte. En abril de 1917 los Estados Unidos entraron en el conflicto al lado de Inglaterra y de Francia, en la lucha contra Alemania y sus aliados.

Rubén Figuhr fue llamado para servir a la patria, y se enlistó en el ejército. Sin embargo, cuatro días antes se casó con la joven May Holt, en una ceremonia sencilla, sin pompa, oficiada por el pastor H. W. Cottrell. Después de la luna de miel, se dirigió a San Diego, California, a fin de recibir el entrenamiento militar en el área de los primeros auxilios. Un día, mientras recibía las instrucciones indispensables para su futuro servicio, estalló con gran repercusión la alegre nueva que anunciaba el fin del gran conflicto armado.

El trágico balance de muertos, mutilados, heridos y desaparecidos era asombroso y aterrador. Pero se firmó el armisticio, y con gran alivio y una sensación de euforia, Rubén retornó a la vida civil.

Los siguientes cuatro años los dedicó a un programa de estudios en el Colegio Adventista de Walla Walla, donde se preparó para servir mejor al Señor.

En 1923 recibió la inesperada invitación a trabajar en las Filipinas. La idea de ir a un lugar tan distante como aquel jamás había pasado por su mente. No obstante, impelido por una curiosidad natural, buscó en una enciclopedia las respuestas para algunas preguntas personales y descubrió sorprendido que las Filipinas era un archipiélago formado por 7.200 islas de origen volcánico. Descubrió también que además de este perfil geográfico irregular, sus habitantes representaban diferentes grupos étnicos que hablaban ocho lenguas y noventa dialectos. Para un joven como él, educado en una cultura monolingüe, aquella inmensa Torre de Babel se erguía como un enorme obstáculo que limitaba la proclamación de la esperanza adventista.

No obstante, las informaciones obtenidas, aunque sorprendentes, no lo intimidaron. Con coraje y determinación decidieron —él y su esposa— aceptar el llamado y se embarcaron rumbo a las Filipinas, dispuestos a enfrentar los desafíos, peligros y las oportunidades ofrecidos por el campo misionero.

Después de un agotador viaje transoceánico, llegaron en mayo de 1923 a la ciudad de Manila, donde iniciaron una obra extraordinaria, escrita con sudor y lágrimas. Una de sus primeras decisiones en el campo

misionero fue la de aplicarse al estudio del *tagalog*, lengua vernácula hablada por una cuarta parte de sus habitantes. Poco después, aunque carecía todavía de flexibilidad en el uso del nuevo idioma, preparó una serie de tres sermones y los predicó en un sinnúmero de iglesias rurales. Después de haber presentado sus tres temas en un lugar, se dirigía a otra área, donde los repetía a un grupo diferente de oyentes. De este modo, con empeño y dedicación, dominó la lengua, y se comunicó con el hombre común sin las barreras del idioma.

Durante los 18 años de su permanencia en territorio filipino, vio la acción devastadora de innumerables tifones que, con violencia, flagelaron la región. Enfrentó con espíritu de sacrificio las condiciones sanitarias desfavorables y los constantes peligros de enfermedades endémicas y epidémicas. Pero, a pesar de las condiciones adversas bajo las cuales trabajó, vio con alegría los triunfos de la causa adventista.

Cuando llegó, la iglesia acusaba en sus registros la presencia de 5.000 adventistas dispersos en sus innumerables islas. Cuando partió, los informes estadísticos informaban la existencia de 25.000 fieles unidos por los lazos de la bienaventurada esperanza. En efecto, bajo su liderazgo, la iglesia en las Filipinas echó raíces profundas, creció en número de miembros e instituciones y, por la gracia de Dios, alcanzó una admirable vitalidad denominacional.

En 1941, cuando el mundo vivía otra vez la pesadilla de la guerra y bajo el reinado del autoritarismo millones eran exterminados en los campos de concentración de Europa, Figuhr fue nombrado presidente de la División Sudamericana, entonces con sede en Buenos Aires. Al llegar allí, nuevamente se propuso vencer la barrera de otro idioma y, con extraordinaria determinación, en poco tiempo consiguió hablar fluidamente el castellano.

Pocos meses después de su partida para la Argentina a fin de asumir sus nuevas funciones, la base naval norteamericana del Pacífico, Pearl Harbor, sufrió un fulminante y devastador ataque, seguido por el desembarco y ocupación japonesa de las Filipinas. Todos los misioneros adventistas fueron apresados y confinados en campos de concentración, en donde permanecieron bajo condiciones subhumanas y en circunstancias de verdadera prueba. Providencialmente, Figuhr escapó de los infortunios producidos por la guerra y, en América del Sur, entonces una isla de paz en un mundo revuelto, inauguró un nuevo capítulo caracterizado por grandes realizaciones y señalados triunfos.

El nuevo líder no ocultó sus preocupaciones por el lento crecimiento de la iglesia en América Latina. Después de 46 años de ardua labor, frustraciones y chascos, nuestras estadísticas indicaban la existencia de apenas 33.000 adventistas en América del Sur. El empleo de un enfoque protestante en la obra de la evangelización entre los católicos producía resultados desalentadores.

Un día, con exuberante gozo, Figuhr encontró un intrépido evangelista –Walter Schubert–, quien con nuevos y más apropiados métodos de evangelización lograba resultados alentadores, dignos de especial atención. Lo llevó a la División Sudamericana para dirigir la Asociación Ministerial y orientar la obra de la evangelización. La iglesia, que parecía víctima de un complejo de inferioridad, bajo la conducción de Schubert, comenzó a dar evidencias de sorprendente vitalidad, precipitando el comienzo de una gran explosión denominacional.

Además de sus preocupaciones con la evangelización, Figuhr dio a la obra médica un trato prioritario. Bajo su administración, a pesar de las grandes limitaciones financieras, surgieron tres importantes instituciones médicas: el Hospital Adventista Silvestre, en Río de Janeiro; el Hospital Adventista de Belém de Pará, en el Brasil; y el Hospital Adventista de Lima, en el Perú. Estos hospitales ocupan hoy un destacado lugar en nuestra estrategia misionera.

Al completar su obra en tierras ibero-americanas, después de nueve años de incansable dedicación, escribió:

La obra en América del Sur camina adelante y ha de triunfar gloriosamente. Mucho ha sido hecho por medio de aquellos que, desde el principio, han trabajado tan fielmente. La tarea no está todavía completa en el gran campo sudamericano.

Creemos ver en América del Sur el comienzo de un movimiento mucho mayor, el cual traerá hacia la iglesia un creciente número de conversos.⁷²

En 1950 Figuhr fue elegido vicepresidente de la Asociación General. Cuatro años más tarde, en el congreso celebrado en San Francisco, California, los delegados que representaban a 190 naciones y centenares de lenguas y dialectos, lo eligieron para conducir los destinos del movimiento adventista.

Durante los doce años de su administración (fue reelegido dos veces) enfrentó problemas administrativos mayúsculos y desafíos teológicos

suscitados por grupos disidentes, pero vio también el ingreso en el seno de la iglesia de más de medio millón de nuevos conversos.

“Cuando alguien se sitúa a la sombra de los setenta, comienza a sentir el peso inevitable de los años”. Con estas palabras como introducción, Figuhr anunció su determinación de acogerse a los beneficios del retiro.

Durante 47 años luchó sin desfallecimiento la buena “batalla de la fe”. Completó su luminosa carrera sin amarguras o resentimientos. Mantuvo siempre en su corazón la llama ardiente de la fe en el triunfo de la iglesia. Su nombre permanecerá para siempre grabado en el glorioso panteón de nuestra historia.

Roberto H. Pierson (1966-1979)



Moody, el celebrado evangelista del siglo pasado, recibió un día un periódico con un artículo que cautivó su atención. Se titulaba: “¿Están dentro todos los niños?” Describía en forma conmovedora las reacciones de una encanecida señora, ya casi en los estertores de la muerte. Deliraba, bajo los efectos de la fiebre y respiraba con evidente dificultad. Abrió los ojos cansados y preguntó:

—¿Ya es tarde?

—Sí, Juanita —respondió afectuosamente su esposo—. Ya es noche oscura.

—Y ¿están dentro todos los niños? —preguntó otra vez con voz vacilante.

En los últimos momentos de su existencia, revivía los gratos y emotivos recuerdos de los días cuando todavía era joven y se ocupaba del cuidado de los niños. Su hijo menor había fallecido hacía más de veinte años. Sin embargo, en su delirio, preguntó solemnemente: “¿Están dentro todos los niños?”

En la historia del adventismo el nombre de la señora Pierson debería figurar con mayor realce. Como madre ejemplar, sintió las mismas preocupaciones sintetizadas en la pregunta: “¿Están dentro todos los niños?” Su hijo Roberto, que vivía una adolescencia despreocupada y sin cuidados, había perdido gradualmente el entusiasmo por el “reino de Dios y su justicia”. El amor a los deportes ocupaba un lugar preferente

en su corazón. La señora Pierson se levantaba con frecuencia, en las horas silenciosas de la noche, para derramar ante Dios su alma atribulada y afligida, intercediendo en favor de aquel que era una prolongación de su vida, una extensión de su amor. Confiaba en que sus oraciones subirían a Dios como incienso suave, y en que las misericordias del Señor descenderían sobre su corazón angustiado como el refrescante rocío de la madrugada.

No podemos decir que Roberto fuese un joven irreverente, dominado por vicios o hábitos disolutos. A pesar de ser descuidado en su experiencia cristiana, conservaba todavía en su corazón un limitado espacio para Cristo. En su trabajo, rehusaba sistemáticamente violar la santidad del sábado, aunque eso le costara pérdidas económicas. Evitaba las conversaciones profanas y banales, pues éstas no armonizaban con sus nobles y elevados ideales. Con todo, le faltaba experimentar la gracia transformadora de Cristo en el corazón.

Pero, a semejanza de la viuda importuna descrita en los evangelios, la señora Pierson insistía ante Dios, invocándolo en la angustia, susurrando el deseo de su corazón, suplicando por el regreso de Roberto a Cristo. Y sus oraciones no permanecieron mucho tiempo sin ser atendidas.

Un día, el joven recibió una noticia que cayó sobre él como un terrible rayo. Con las manos trémulas y el corazón pulsando desacompasadamente, leyó el mensaje contenido en el telegrama: "Mamá gravemente enferma. Regresa con urgencia".

Roberto no vaciló un solo instante. Después de los debidos arreglos con sus empleadores en una fábrica de productos lácteos, en Brooklyn, Iowa, inició en su viejo auto un largo y agotador viaje de retorno al estado de Florida, con la esperanza de ver todavía a su piadosa madre.

Y mientras viajaba, pasaban por su mente como sobre una pantalla panorámica reminiscencias enternecedoras. A veces las lágrimas fluían abundantes e incontrolables. En medio de un ambiente de emotivas recordaciones, se proyectaba siempre el tierno perfil de su piadosa madre. Con la imaginación podía verla con su mano y brazo izquierdos deformados, marcados por profundas arrugas y oscuras cicatrices. Eran las evidencias indelebles de su bravura en el esfuerzo por salvar la vida de su hermanito. Al ver la casa presa de las llamas de un voraz incendio, la señora Pierson no vaciló un solo momento. Corrió hacia el interior de la casa, tomó al niño en los brazos y protegiéndolo con su cuerpo, pasó por entre las llamas crepitantes que transformaron su residencia en un

inmenso holocausto. El hijo estaba salvo, pero la madre tuvo que ser llevada al hospital para el tratamiento de sus horribles y deformantes quemaduras.

Indiferente al paisaje que se sucedía a lo largo del camino, Roberto reflexionaba ahora sobre las virtudes admirables que adornaban el carácter de su madre. Para ella, Dios no era tan sólo una abstracción filosófica, sino una realidad tangible y consoladora. La confortaba la seguridad de que El era un amigo seguro y constante. En su espíritu había una sed insaciable que la llevaba a suspirar continuamente por una vida que traspasara las fronteras de la tierra.

La distancia entre los estados de Iowa y Florida era evidentemente grande, y una pregunta agitaba su espíritu: ¿Tendría el privilegio de llegar a tiempo para decir a su madre que ya no estaba fuera del redil del Señor? En efecto, el Espíritu Santo estaba realizando su obra poderosa y transformadora en el corazón de Roberto.

Finalmente, después de tres días de viaje (2.400 kilómetros), detuvo su auto frente a una pequeña casa en Belleview, Florida. Descendió apresuradamente y, mientras caminaba hacia la puerta, recibió la infausta noticia de que su madre había perdido la conciencia y vivía ya los momentos que preceden a la muerte. Antes de entrar en coma —según le dijeron— había preguntado por él. Deseaba intensamente verlo. Quería tener la seguridad de que estaba otra vez dentro del aprisco del buen Pastor. Pero era demasiado tarde. Descendió al mundo del silencio sin saber que sus súplicas intercesoras habían sido oídas.

Con el corazón atravesado por una profunda tristeza, Roberto buscó un aposento para dialogar a solas con Dios. Se arrodilló junto a una cama, abrió la Biblia y, con un llanto convulsivo, exclamó: “Señor, aquí estoy, exactamente donde debería haber estado hace años. Ahora me entrego a ti sin reservas. ¿Qué quieres que haga?”

Como respuesta, fulguró en su mente el texto inspirado: “Dame, hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos”.⁷³ Y allí mismo, sobre sus rodillas, asumió el solemne compromiso de servir al Señor en cualquier tiempo, en cualquier circunstancia y en cualquier lugar.

Roberto Howard Pierson nació el 3 de enero de 1911, en la pequeña ciudad de Brooklyn, Iowa. Creció en un ambiente sano, con recursos y sin preocupaciones económicas. Su madre, mediante vigilante solicitud, se esforzaba cada día para hacer del hogar un rincón acogedor, alegre y apacible.

Su padre, aunque era miembro de la Iglesia Metodista, no se oponía a las prácticas piadosas de su virtuosa esposa, ni tampoco impedía que los hijos fuesen educados en la fe y disciplina adventista. Fue presidente de un banco rural (Poweshiek County Bank) hasta los días sombríos de la depresión, cuando todas las instituciones de crédito de pequeño porte, sacudidas por el vendaval económico de 1929, tuvieron que interrumpir sus actividades. Se mudó entonces con la familia al estado de Florida, para intentar suerte como corredor de inmuebles.

Un día, una ex compañera de estudios de Roberto, llamada Dollis, entonces profesora en una escuela en Florida, decidió asistir a un congreso anual adventista. Conocía muy poco sobre la iglesia, su historia y su doctrina. La única cosa que ella sabía realmente sobre sus miembros era que, a semejanza de Roberto, no participaban en eventos deportivos los sábados.

La primera reunión a la que asistió le produjo una impresión indeleble y profunda. Se sorprendió con el entusiasmo y fervor existentes entre los fieles congregados en aquel lugar.

Algunas horas más tarde, en este mismo encuentro campestre, oyó un inspirador mensaje presentado por el pastor J. A. Stevens, de la Asociación General. En sus oídos repercutieron con gran resonancia las palabras del predicador: “¿Cuántos desean aceptar a Cristo en esta mañana?” Aunque vacilando, Dollis respondió al llamado del predicador, y se levantó.

“Los que desean andar con Cristo a lo largo de los caminos de la vida, vengan hasta el frente para sellar su decisión con una oración especial”, exhortó el predicador.

Ella vaciló. Se tomó firmemente del respaldo de la silla y decidió permanecer donde estaba. Sin embargo, la voz del pastor la alcanzó en forma directa y persuasiva: “La joven allí atrás que se levantó, ¿no desearía venir también al encuentro de Cristo? Venga sin demora, el compasivo Señor la espera”.

Triunfando sobre el miedo y la duda, oyó la voz de Dios y, con determinación, caminó en dirección al altar. Entregó su corazón a Jesús y aceptó el mensaje de esperanza y fe.

Poco después Dollis y Roberto se casaron, y durante cincuenta años han estado juntos proclamando en muchas tierras la cruz y su poder redentor.

Tres días después de la ceremonia nupcial, viajaron hacia el Colegio Adventista del Sur (SMC) en Collegedale, Tennessee, donde Roberto

recibiría la educación teológica que lo calificaría para el ejercicio del ministerio.

Es cierto, carecía de recursos financieros para enfrentar el programa académico. Pero jamás permitió que sus limitaciones económicas o cualquier otro obstáculo, frustraran los ideales de su corazón. Se levantaba todos los días a las tres de la madrugada para ordeñar las vacas del colegio y después llevaba al lugar correspondiente los pesados recipientes llenos de leche. Después de cumplidas su tareas en el establo, se preparaba apresuradamente para asistir a las clases del día, y todavía encontraba tiempo para conducir los sábados y domingos reuniones de evangelización.

En la ceremonia de graduación ocurrida en 1933, como orador de la clase describió en forma jocosa el departamento donde vivían, como de “tres dormitorios, una sala de estudios, una sala de estar y una cocina, todo en un solo ambiente”. Con gran sentido del humor, describió su baño: “Privado para los diecinueve de nosotros que vivimos en el segundo piso de un viejo edificio”. Y añadió emocionado:

Pero Dios fue bueno con nosotros. Nunca carecimos de lo necesario para vivir. No tuvimos muchas tortas ni helados, pero el pan y el agua (y muchos buenos alimentos en abundancia) siempre estuvieron a nuestra disposición. En aquellos días trabajábamos por 25 centavos la hora y, ¡qué bendición!, podíamos disponer del diez por ciento de esa suma en dinero efectivo. El resto alcanzaba para pagar las cuentas en el colegio y para comprar alimentos en el almacén de la institución.

¿Por qué les cuento estos incidentes de orden personal?
—subrayó el joven estudiante—. *Como un testimonio de la bondad de Dios durante los momentos difíciles.*⁷⁴

Su primera tarea como obrero fue en Columbus, Georgia. La asociación lo llamó para trabajar como pastor y profesor de la escuela de iglesia. Dollis, su esposa, enseñaba durante la mañana, mientras él cuidaba del bebé. A la tarde él enseñaba y después visitaba a los miembros y a los amigos de la iglesia, y les daba estudios bíblicos. Dirigía también un programa radiofónico en la emisora local, y los domingos conducía una reunión de evangelización. Ganaba 65 dólares por mes, 35 por su trabajo en la escuela y 30 por sus actividades pastorales. (Dollis no recibía salario.)

En 1936 se embarcaron para la India, donde dedicó un fructífero período de su vida ministrando en favor de hombres y mujeres obcecados por el paganismo. Con gran dramatismo, describió así la angustia de un pueblo sin Cristo:

Todos los días, cuando me dirigía a la ciudad de Bombay. . . lo veía sentado allí. . . usaba solamente un sucio taparrabos. Su cuerpo estaba cubierto de bosta seca de vaca. Se sentaba tranquilamente sobre una cama de clavos y fumaba una pipa.

Cuando le pregunté por qué había permanecido sentado allí durante doce largas horas, su respuesta no me sorprendió. Al castigarse a sí mismo, estaba tratando de "expiar" de alguna manera sus extravíos. . .

En los países no cristianos millones de almas abrumadas buscan liberación. . . Se infligen heridas y se reducen a la invalidez, en procura de "liberación". Buscan, buscan, buscan. Obran, obran, obran. Sufren, sufren, sufren. Pero la mira de su búsqueda siempre está precisamente más allá de ellos.⁷⁵

A Pierson lo afligía el contemplar cada día las enormes e hirvientes masas humanas carentes de Cristo y destituidas de esperanza. Con angustia, declaró cierta vez: "Existen ahora en la India más millones que cuando Carey inició su obra pionera en este país". Y añadió perplejo, con las palabras pronunciadas por Cecil Rhodes: "¡Tanto por hacer! Tan poco hecho".

En 1944 fue elegido presidente de la Unión de las Indias Occidentales, integrada por un conjunto de islas del Caribe. Con su experiencia y habilidad administrativa, logró transformar a Jamaica e islas adyacentes en áreas densamente pobladas por adventistas. Una de las asociaciones del Caribe presenta hoy en sus estadísticas la existencia de un adventista cada 19 habitantes. Esta sorprendente explosión denominacional comenzó a ser detonada bajo su inspiración administrativa.

¿Cuál fue el secreto de su éxito como administrador? Era un líder que se orientaba siempre por principios y jamás por circunstancias o conveniencias. En sus decisiones, revelaba invariablemente coraje, determinación y un santo entusiasmo por la obra en favor de las almas. Conciliaba con rara habilidad la firmeza y el amor. Al definir su estilo administrativo, dijo un evangelista: "El posee manos de hierro, envueltas en guantes de seda".

En 1950 regresó a la India para asumir la presidencia de la División Sud Asiática. A pesar de haber estado ausente durante varios años, su amor por la India y su pueblo hospitalario no sufrió solución de continuidad.

Posteriormente fue designado para servir como presidente de la División Transafricana. El Africa vivía entonces un periodo de gran exacerbación nacionalista. Las naciones recién emancipadas identificaban al misionero con la explotación económica, los abusos y el paternalismo de los tiempos coloniales. Las controversias ideológicas, los conflictos raciales, las rivalidades tribales, el pauperismo, la superstición y la poligamia eran algunos entre los innumerables problemas que obstaculizaban la proclamación adventista.

Sin embargo, Pierson no se dejó abatir por una desesperación pusilánime. Confiando en las eternas providencias de Dios, decidió trasponer los "altos muros" y vencer los "poderosos gigantes", con el objeto de consolidar la presencia adventista en suelo africano. Hoy celebramos la existencia de más de un millón de adventistas esparcidos en aquel gran continente.

En cierta ocasión, mientras asistía a las sesiones de la junta directiva de la Unión del Congo (hoy Zaire), en Elizabethville, se encontró súbitamente en el centro de un feroz tiroteo, entre los soldados de la Organización de las Naciones Unidas y las tropas que representaban a la rebelión separatista de la provincia de Katanga. Las balas, granadas y obuses cruzaban el espacio, produciendo un ruido aterrador. Las sesiones de la junta fueron interrumpidas y se tomaron medidas de precaución con el fin de proteger a los obreros allí reunidos contra eventuales fatalidades.

Después de 52 horas de combate sin tregua, decidieron que había llegado la hora de abandonar aquel terrible infierno. No obstante, percibieron que cualquier intento de fuga podría terminar en una tragedia. Pero, en un momento cuando todo parecía desesperante, alguien golpeó a la puerta del edificio de la Unión y les informó que un avión estaba listo para rescatarlos, y que debían salir en cinco minutos.

Entre columnas de soldados, el ensordecedor tronar de los cañones y los escombros producidos por los bombardeos, fueron rápidamente llevados al aeropuerto, escapando de los horrores de aquel enfrentamiento bélico.

Posteriormente, cuando escribió sobre la dramática experiencia vivida en Elizabethville, reprodujo en forma apropiada las palabras de

Pablo: "Fue Dios quien nos preservó de la muerte inminente, y aún hoy nos preserva también".⁷⁶

En el quincuagésimo primer congreso de la Asociación General, celebrado en 1966, la conducción de los negocios de la iglesia pasó a las manos capaces del pastor Pierson. Lo animaba entonces una aspiración obsesiva: ver la obra concluida en sus días. Sus anhelos e ideales fueron claramente condensados en una carta enviada a todos los dirigentes de la iglesia. Los siguientes párrafos traducen los propósitos de su corazón:

Dios nos ha llamado a dirigir su iglesia en una de las horas más decisivas de su historia. El solo sabe lo que puede ocurrir en el curso de los próximos cuatro años. Pero espera mucho de nosotros como sus dirigentes para que demos el tipo de instrucciones que se requiere para la terrible hora en que nos toca servir. Espera más de Uds. y de mí que de cualquier otro dirigente que haya habido antes de nosotros, porque estamos sirviendo más cerca del fin del tiempo de gracia y del regreso de Cristo que cualquiera de nuestros predecesores. . .

Estos son días en que debemos emprender para Dios cosas mayores que las que hayamos hecho antes. La hora es avanzada. Somos un pueblo que tiene una meta que alcanzar a fecha fija, y esa hora se está acercando apresuradamente. Como dirigentes de la iglesia de Dios no nos atrevamos a retrasarnos. . .

*No debemos decepcionar a Dios ni a los miles de miembros de nuestro querido pueblo que esperan tanto de nosotros. Oremos el uno por el otro y con él. ¡Avancemos sobre nuestras rodillas hasta terminar la obra —en nuestras vidas, en nuestra iglesia, y en el mundo en nuestra generación!*⁷⁷

Y con esta "carta abierta" inauguró un programa internacional motivado por el sorprendente poder existente en tres palabras comunes en el vocabulario adventista: Reavivamiento - Reforma - Evangelización.

En 1978, después de doce años de incansable labor, como consecuencia de algunos problemas circulatorios y siguiendo el consejo de su médico, presentó su renuncia. No vio la obra concluida, conforme eran sus aspiraciones, pero podía alegrarse con el pensamiento de que bajo su administración y con las bendiciones divinas, la iglesia había crecido más que en cualquier otro período de su fascinante historia.

Después de haber pasado a su sucesor el "manto de la continuidad", Pierson no depuso las armas. Su voz, llena de vigor, continúa siendo oída

en campañas de evangelización y congresos anuales. Vemos en su vida la respuesta de Dios a una oración que escribió cuando dirigía todavía los destinos de la iglesia:

Ayúdame a ser un hombre de oración y un hombre de la Palabra —y que mi incentivo a los otros en estos dos importantísimos requisitos para el éxito espiritual jamás sea simple precepto. Ojalá cada día comience y termine en ti.

Que nunca halle una tarea imposible, con el auxilio divino.

Ayúdame a dedicar a ti y a tu obra lo máximo que esté a mi alcance —“medida buena, apretada. . . rebosando”.

Que haga siempre de Cristo el primero, el último y el mejor en todo.⁷⁸

En esta sencilla oración encontramos el secreto de una existencia victoriosa, de una vida de fe al servicio de un gran ideal.

Neal C. Wilson (1979-)



El concilio anual de 1978, celebrado en Washington, D.C., tuvo su comienzo en un clima de contagiante optimismo y convicción triunfalista. Al inaugurarlo, el 10 de octubre, el presidente de la Asociación General, Roberto H. Pierson, presentó una solemne y elocuente exposición de las necesidades, bendiciones y victorias. Después de haber mencionado un sinnúmero de obstáculos y desafíos, en la conclusión reafirmó su inquebrantable confianza “en la iglesia militante pronta a tornarse en iglesia triunfante”. Al terminar la reunión inaugural, quedó en cada corazón la certeza de que “la mano de Dios está en el timón”, conduciendo con seguridad los destinos de este movimiento.

Excepto dos o tres items nuevos, los demás asuntos que constaban en la agenda eran de naturaleza rutinaria. Todo hacía creer que aquel sería un concilio normal, sin mayor significación e importancia. Sin embargo, aquel encuentro habría de figurar en los anales de la iglesia como uno de los más destacados de nuestra historia. Los que asistieron tuvieron la oportunidad de ver en forma evidente la mano del gran Piloto, girando hábilmente el timón de su preciosa nave.

Las tareas del concilio, con sus comisiones y subcomisiones, fueron desarrollándose dentro de la normalidad esperada. No obstante, después de tres días de actividades regulares, los presidentes de las divisiones fueron llamados para una reunión especial. Acompañado por tres médicos, el pastor Pierson sorprendió a sus colaboradores con la noticia de que en virtud de problemas circulatorios que parecían agravarse, presentaría al plenario, al día siguiente, su renuncia irrevocable. Atónitos y desconcertados con la noticia imprevista, algunos preguntaron a los médicos presentes acerca de la posibilidad de mantenerlo hasta el final de su mandato, disminuyendo sus responsabilidades. Los médicos respondieron unánimemente en forma negativa, y presentaron los riesgos a los cuales Pierson se exponería si aceptaba tal sugerencia.

La suerte parecía echada. La decisión del presidente era evidentemente irreversible. Sus pesadas obligaciones administrativas, los problemas desafiantes que había enfrentado, sus constantes preocupaciones con el cuidado de la iglesia y las innumerables noches mal dormidas, habían cobrado un tributo exorbitante.

Al día siguiente, la renuncia de Pierson fue presentada a un plenario estupefacto. Era la primera vez en nuestra historia denominacional que un presidente de la Asociación General interrumpía sus funciones, dejando un mandato incompleto.

Afortunadamente, en el congreso de la Asociación General celebrado en Viena, Austria, tres años antes (1975), había sido aprobado un documento que establecía las directrices básicas para la elección de un presidente en situaciones de emergencia. Con todo, en él había omisiones que entonces se pusieron en evidencia.

Un grupo de trabajo, bajo la dirección de Moisés S. Nigri, después de atento y cuidadoso estudio, recomendó la introducción de una pequeña enmienda y una adición sustancial en el documento mencionado, que establecía los mecanismos indispensables para la creación de una comisión especial de nombramientos.

Después de la aprobación de este documento, la comisión de nombramientos, que reunía representantes de todas las divisiones, con espíritu de súplica y total sumisión a las impresiones del Espíritu Santo, inició sus tareas. Al fin de dos horas de deliberaciones, fue llevada al plenario la recomendación del nombre de Neal C. Wilson, para asumir el liderazgo de la Asociación General, como su décimocuarto presidente.

La recomendación fue recibida con una explosión de entusiasmo y alegría. El nuevo presidente y su esposa fueron invitados a subir a la

plataforma para recibir de manos del pastor Pierson y su esposa la honrosa investidura, con sus pesadas obligaciones e inmensas responsabilidades. Viviendo un momento de intensa emoción, Wilson se expresó así:

Si mi rostro parece no tener color es porque reconozco la solemnidad de esta decisión.

No siento con frecuencia el palpar de mi corazón, pero cuando me apercibo de que ésta es la decisión de la iglesia, hay solamente una respuesta que puedo dar. Si pudiera encontrar una buena razón para declinar, lo haría. Desearía ser uno entre aquellos que pidieron que sus nombres fuesen excluidos de la lista bajo consideración. [Esta es una referencia al hecho de que en la comisión de nombramientos varios líderes, ya cercanos al retiro, pidieron que sus nombres fuesen eliminados de la lista bajo consideración.] Sin embargo, también entiendo que Dios permitió a uno de nosotros trabajar durante varios años con nuestro actual presidente, el pastor Pierson. Dios nos concedió a algunos de nosotros experiencias variadas, algunas fuera de los límites de América del Norte.

Personalmente, porque viví la mitad de mi vida fuera de mi país de origen, me siento parte de la familia mundial. Como niño, cuando tenía cuatro años y medio, fui con mis padres al Africa Central. Allí, cavé con los dedos de mis pies el suelo africano, me uní a los pequeños amigos africanos en actividades típicamente infantiles y eché mis primeras raíces. . . culturales y lingüísticas. . . Después fui al Africa del Sur, y posteriormente a la India, donde me familiaricé con una cultura diferente. . . Viví durante 15 años en el Oriente Medio, otra área cultural, donde mi servicio como joven obrero resultó en provechoso aprendizaje. . .

Permítanme ahora resumir la manera como Elinor (su esposa) y yo nos sentimos hoy, al calor de esta demostración de amor, revelada en el aplauso con que fuimos recibidos por ustedes. Nos sentimos como Salomón, cuando fue invitado para reinar sobre la gran nación de Israel.⁷⁹

Con esta elección la iglesia demostró haber alcanzado extraordinaria madurez. Cuando los grandes partidos o diversas asociaciones se reúnen con el propósito de elegir sus dirigentes, ocurren con frecuencia maniobras tras los bastidores. Algunos se esfuerzan por promover un candidato y otros proclaman las virtudes de diversos postulantes, y muchas veces la campaña se vuelve áspera, intensa y exacerbada. En la

elección de Wilson, como en el resto de las elecciones de la iglesia en general, se verificó la ausencia de maniobras políticas o presiones de grupo. Es cierto, hubo una elección, pero jamás intrigas electoralistas o componendas tras los bastidores. La comisión de nombramientos se encerró en una sala y, de rodillas ante Dios, buscó la orientación necesaria para el cumplimiento de su misión. Y en este espíritu continuó hasta que sus miembros lograron un consenso.

Neal nació en la ciudad de Lodi, situada entre los fértiles y verdes valles de California, con sus aromáticos viñedos y extensas praderas. Creció en un hogar en el que las actividades de cada día gravitaban alrededor del altar de la fe y del ejercicio de la piedad. De sus padres recibió una rica herencia religiosa, de tal manera que creció "en sabiduría y en estatura y en gracia para con Dios y los hombres".

En el discurso pronunciado en el día de su elección, Wilson rindió un emotivo homenaje a su piadosa madre que, con gran discernimiento y devoción, inculcó en su mente infantil los principios de la verdadera religión y virtud. "Siempre estaré agradecido a mi madre —declaró— quien desde mis tiernos años me guió en el estudio de las Escrituras y los escritos de Elena G. de White. Me condujo a creer firmemente y a confiar implícitamente en los consejos dados por Dios a su iglesia por medio de su mensajera, Elena G. de White".⁸⁰

Pero la influencia dominante en su vida, que modeló su estilo administrativo fue, sin duda, la de su venerado padre, que se destacó como talentoso administrador, sirviendo a la iglesia en cuatro continentes. En una entrevista concedida al editor de la *Adventist Review*, Wilson declaró: "El es mi héroe".⁸¹ En verdad, el hijo en su aspecto físico (alto y delgado), gestos suaves, mente analítica y actitudes serenas, parece una prolongación de su padre, que disfruta ahora de los beneficios de una merecida jubilación.

Hasta la década de 1950, la mayoría de los adventistas vivía en los Estados Unidos, en Europa y Australia. No obstante, a partir de 1960 una explosión denominacional comenzó a ocurrir en muchas naciones del tercer mundo, lo que cambió el centro de gravitación de la iglesia, de las naciones industrializadas hacia los países de economía emergente. A partir de entonces comenzó a acentuarse la necesidad de dirigentes con mayor vivencia internacional, capaces de entender los desafíos de un mundo estremecido por aceleradas transformaciones geopolíticas, con la presencia de decenas de nuevas naciones, representantes de culturas múltiples y problemas complejos, regionales y subregionales.

Sin embargo, Dios en sus insondables designios, con gran anticipación inició la paciente obra de preparación de un líder, con el propósito de fortalecer en medio de una numerosa y heterogénea familia internacional los vínculos indisolubles de unidad y fraternidad cristianas.

Llevado al corazón del Africa cuando era todavía niño, Neal asimiló rápidamente las costumbres, lengua y hábitos característicos de la región. Su familiaridad con el *swahili*, idioma hablado en varios países del Africa, le dio la oportunidad de acompañar en sus años infantiles a los obreros de la Asociación General, traduciendo sus mensajes al idioma del pueblo.

Más tarde se mudó con sus padres al Africa del Sur, y convivió en medio de una cultura diametralmente opuesta, donde aprendió a hablar el *afrikaans*. Recientemente, al visitar aquel país al sur del continente, sorprendió a la familia adventista cuando les dirigió un afectuoso saludo en la lengua nacional.

Como parte de su largo y fructífero aprendizaje, vivió también un período de su juventud en las tierras místicas y legendarias de la India. Estudió en uno de nuestros colegios en aquel país, y además de enriquecer su experiencia mediante una vivencia diaria con la cultura hindú y su culto panteísta, incorporó a su acervo lingüístico el conocimiento del idioma *hindi*, hablado por millones de habitantes a lo largo de la vasta península del Asia meridional.

En 1942, después de haber completado su formación teológica básica en el Colegio Adventista del Pacífico (PUC), en los Estados Unidos, Wilson contrajo nupcias con la señorita Elinor Newman, iniciando entonces una romántica y venturosa relación conyugal, caracterizada por arduas luchas y compensadoras victorias.

Después de un corto pastorado en los Estados Unidos, aceptó como desafío un llamado para trabajar en Egipto. Dos mil años antes, registra el Evangelio: "Un ángel del Señor apareció en sueños a José y dijo: Levántate, y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. . . Y él despertando, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto".⁸² Y así Egipto se transformó en una casa de refugio para Cristo.

A pesar de este episodio dramático ocurrido en la vida del niño Jesús, con el transcurso de los siglos Egipto se transformó en un bastión poderoso de la fe islámica. Sin embargo, Wilson no se dejó intimidar frente a los obstáculos que sabía habría de enfrentar en su entusiasmo por proclamar, en el país de los faraones, las "inescrutables riquezas de Cristo".

Con inquebrantable disposición se aplicó al estudio del idioma

árabe, y durante 15 años sirvió al Señor como pastor y evangelista, dirigente de la Misión de Egipto y, posteriormente, como responsable de la Unión del Nilo.

Sus conocimientos del árabe, su familiaridad con la cultura islámica y su extraordinaria habilidad para el diálogo con hombres públicos, le permitieron negociar inteligentemente y con éxito la apertura de la obra adventista en Libia, Sudán y Adén.

Gracias a sus vínculos con las autoridades locales, logró ser admitido como asesor del gobierno de El Cairo en asuntos relacionados con la libertad religiosa.

Reconocido como infatigable y valiente campeón de la causa de la temperancia, la Liga Árabe lo nombró oficialmente consejero para los asuntos relacionados con el combate a los tóxicos y alucinógenos.

Después de haber pasado tantos años en el exterior, Wilson regresó en 1958 a su país natal, plenamente maduro para asumir mayores responsabilidades en la conducción de los negocios de la iglesia. Dios no solamente lo preparó para una obra de liderazgo, sino que también lo preservó en forma providencial para el cumplimiento de sus insondables designios.

Cuando era todavía niño, al bañarse en las aguas tibias de uno de los ríos del África, oyó sorprendido el griterío histérico de un grupo de nativos reunidos en la playa. Gesticulaban nerviosos, inquietos y agitados. Neal decidió nadar en dirección a la orilla del río, a fin de descubrir las razones de tal gritería. Al salir del agua descubrió atónito y aterrizado que enormes cocodrilos estaban tras de él y lo habían perseguido hasta la misma playa. De manera milagrosa, Dios lo preservó de una muerte cruel, triturado por las mandíbulas de voraces cocodrilos que infestaban aquel río. Años más tarde Dios lo guardó de perecer entre las muchas víctimas de las sucesivas revoluciones, guerras civiles y conflictos armados que frecuentemente amenazaban la paz en el Oriente Medio.

En su país de origen, ocupó sucesivamente la dirección del Departamento de Libertad Religiosa en la Unión de Columbia, la presidencia de la misma Unión y, posteriormente, la dirección de la División Norteamericana. En cada función que le fue confiada, se condujo siempre con reconocida habilidad y notable brillo. Al reconocer los servicios prestados por él a la causa del adventismo, el Consejo Académico de la Universidad Andrews aprobó el concederle un doctorado *honoris causa* (Doctor of Divinity), lauro que le fue impuesto en solemne ceremonia celebrada el 5 de junio de 1977.

Su posterior elección para conducir los destinos del movimiento

adventista abrió un nuevo capítulo en la historia denominacional. Sin demasiado apego al *status quo*, Wilson inició inmediatamente la formulación de una nueva estrategia misionera, con el objeto de acelerar la obra de la evangelización, haciéndola más vigorosa y dinámica.

No obstante, Satanás, en su deliberado esfuerzo por neutralizar los nuevos planes, con sagacidad y astucia suscito en el campamento adventista una gran controversia en torno de la doctrina del Santuario, lo que forzó al presidente a desviarse de sus metas prioritarias para ocuparse con los disputas y confrontaciones de naturaleza teológica.

Pocos meses después del comienzo de su gestión presidencial, el Dr. Desmond Ford, respetado profesor de Teología, en un discurso presentado ante un grupo de intelectuales adventistas de California, cuestionó la validez bíblica de la doctrina del Santuario, fundamento de nuestra fe. Sus afirmaciones suscitaron no poca agitación. La herejía había finalmente levantado otra vez su cabeza altiva y arrogante, amenazando fracturar la unidad denominacional.

No obstante, Wilson no levantó las manos en desesperación o angustia. Tenía mejores tareas para ellas. "Hay cuatro cosas que un cristiano puede hacer con las manos. Puede retorcerlas en fútil piedad de sí mismo. Puede conducirlos a una ociosa pasividad. Puede levantarlas en oración. Puede emplearlas en una obra útil".⁸³ Wilson escogió estas dos últimas opciones. Con espíritu de oración y determinación, enfrentó la herejía y, gracias a Dios, consolidó "la unidad de la fe" por los "vínculos de la paz". (Véase el capítulo "Las puertas del infierno no prevalecerán".)

Superada la crisis teológica, presentó un programa de acción que galvanizó a la iglesia, precipitando resultados numéricos sorprendentes. Creyó en el cumplimiento de la promesa del Señor, que más de mil almas se convertirían en un solo día, y presentó a los delegados reunidos en el concilio anual de 1981 el plan conocido con el lema Mil Días de Cosecha. Este período se inició el 18 de septiembre de 1982 y concluyó el 15 de junio de 1985, en oportunidad del 54º Congreso de la Asociación General, en Nueva Orleans, Estados Unidos. Durante este tiempo, más de un millón de almas fueron añadidas a la familia adventista a través del bautismo.

Poniendo de lado su absorbente agenda de trabajo, decidió conducir una gran cruzada de evangelización en Manila, Filipinas, cuyo término habría de coincidir con el inicio de los Mil Días de Cosecha. Como resultado de su campaña evangelizadora, 1.156 almas fueron bautizadas en una memorable ceremonia celebrada por 108 ministros.

Al principio, la meta de mil almas por día, durante mil días, aparecía en la mente de muchos como un ideal visionario. Sin embargo, al fin del primer trimestre de los Mil Días de Cosecha, las computadoras anunciaron un promedio de 1.171 bautismos diarios. En su lenguaje silencioso, las estadísticas pasaron a anunciar el comienzo de un momento glorioso en la historia del adventismo.

En efecto, Wilson se apoyó en el Señor y en sus preciosas promesas, al anticipar el bautismo de un millón de almas durante mil días de incansable y coordinada labor misionera.

En un histórico sermón predicado en 1792, Guillermo Carey sentenció elocuentemente: "Emprended grandes cosas para Dios; esperad grandes cosas de Dios". Motivado por este lema, N. C. Wilson, el decimocuarto presidente de la Asociación General, visualiza el movimiento adventista movilizado para el cumplimiento de su misión final. El poder renovador del Espíritu Santo coronará de éxito la obra realizada por la iglesia y la luz de la verdad irrumpirá por todas partes. Y la tierra será iluminada por los rayos fulgurantes de la gloria de Jehová.

Referencias

- ¹ 2 Corintios 12: 9.
- ² Romanos 7: 18 y 19, versión *Dios habla hoy*.
- ³ Romanos 7: 24, paráfrasis *La Biblia al día*.
- ⁴ A. W. Spalding, *Footprints of the Pioneers*, pág. 130.
- ⁵ Daniel y Grace Ochs, *The Past and the Presidents*, pág. 15.
- ⁶ *Ibid.*, pág. 16.
- ⁷ *Ibid.*
- ⁸ Apocalipsis 3: 21.
- ⁹ 1 Corintios 1: 27, 29.
- ¹⁰ Elena G. de White, *Notas biográficas de Elena G. de White*, pág. 137.
- ¹¹ Hechos 26: 19.
- ¹² *In Memoriam*, págs. 40, 41.
- ¹³ White, *Carta 396*, 1906.
- ¹⁴ Virgil Robinson, *James White*, pág. 302.
- ¹⁵ White, *Notas biográficas* . . . , págs. 139, 140.
- ¹⁶ Everett Dick, *Fundadores del mensaje*, pág. 215.
- ¹⁷ *Ibid.*, pág. 215.
- ¹⁸ *Ibid.*, págs. 217, 218.
- ¹⁹ *Ibid.*, pág. 220.
- ²⁰ Filipenses 4: 8.
- ²¹ Robinson, *James White*, pág. 302.
- ²² *Ibid.*
- ²³ Ochs, *The Past* . . . , pág. 70.
- ²⁴ *Review and Herald*, 11 de noviembre de 1888.
- ²⁵ *Review and Herald*, 13 de junio de 1893.
- ²⁶ F. D. Nichol, *Loma Linda, a Story of Faith Rewarded*, publicado en la *Review and Herald*, 24 de junio y el 1 de julio de 1965.
- ²⁷ Citado por Ochs, en *The Past* . . . , pág. 82.

- 28 *Ibid.*, pág. 83.
29 *Ibid.*
30 *Ibid.*
31 A. W. Spalding, *Origin and History of Seventh-day Adventists*, t. 4, pág. 13.
32 Ochs, *The Past*, pág. 84.
33 *Ibid.*
34 Citado por Miguel Rizo, en *Esboços de Sermões*, pág. 77.
35 Ochs, *The Past* . . . , pág. 94.
36 *Ibid.*, pág. 36.
37 White, *Testimonies*, t. 8, pág. 51.
38 *Bulletin of the General Conference*, 1901, pág. 26.
39 Ochs, *The Past* . . . , pág. 101.
40 *Review and Herald*, 5 de junio de 1913.
41 Ochs, *The Past* . . . , pág. 109.
42 *Ibid.*
43 J. J. Robertson, A. G. Daniells: *The Making of a General Conference President*, pág. 16.
44 Exodo 4: 10.
45 White, *Manuscrito 36*, 1895.
46 Howard B. Weeks, *Adventist Evangelism*, págs. 37, 38.
47 A. G. Daniells, *Carta*, 26 de mayo de 1910, dirigida a Elena G. de White.
48 White, *Carta*, 26 de junio de 1910, dirigida a A. G. Daniells.
49 Isaías 6: 8.
50 *Review and Herald*, 24 de mayo de 1898.
51 *Review and Herald*, 13 de febrero de 1900.
52 *S. Francisco Chronicle*, 23 de mayo de 1922.
53 *Review and Herald*, 5 de junio de 1922.
54 *Review and Herald*, 30 de mayo de 1930.
55 Godfrey T. Anderson, *Spicer: Leader With the Common Touch*, pág. 92.
56 Ochs, *The Past* . . . , pág. 170.
57 White, *Counsels to Writers and Editors*, pág. 42.
58 Ochs, *The Past* . . . , págs. 165, 166.
59 Apocalipsis 14: 13.
60 White, *Mensajes selectos*, t. 1, pág. 205.
61 Lucas 24: 22.
62 E. D. Dick, *Review and Herald*, 16 de junio de 1959.
63 White, *La educación*, pág. 63.
64 F. D. Nichol, *Review and Herald*, 23 de julio de 1959.
65 2 Corintios 4: 8, 9.
66 *Revista do Advento*, septiembre de 1950, págs. 5, 6.
67 Ochs, *The Past* . . . , pág. 199.
68 *Review and Herald*, 9 de febrero de 1961, pág. 5.
69 Ochs, *The Past* . . . , pág. 201.
70 *Ibid.*
71 *Review and Herald*, 9 de febrero de 1961.
72 *Revista do Advento*, septiembre de 1950, pág. 10.
73 Proverbios 23: 26.
74 Roberto H. Pierson, *Fe para nuestros días*, pág. 71.
75 *Ibid.*, pág. 73.
76 2 Corintios 1: 20. (Traducido del portugués. Esta versión no está en castellano.)
77 *El Ministerio Adventista*, mayo-junio 1967, págs. 7, 9.
78 *O Ministério Adventista*, marzo-abril de 1967, pág. 2.
79 *Review and Herald*, 9 de noviembre de 1978, págs. 1, 2.
80 *Review and Herald*, 2 de noviembre de 1978, pág. 13.
81 *Review and Herald*, 24 de febrero de 1983, pág. 10.
82 Mateo 2: 13, 14.
83 Halford E. Luccock, *Endless Line of Splendor*, pág. 59.



Una nueva generación recibe como preciosa herencia las riquezas acumuladas por los piadosos pioneros del adventismo.

Conclusión

Laodicea fue durante mucho tiempo uno de los más importantes centros económicos de Asia Menor. Su extraordinario movimiento comercial y su intensa actividad bancaria dieron a la ciudad una sorprendente opulencia material.

Esta prosperidad económica tuvo una señalada influencia en el comportamiento de los habitantes de Laodicea, conocidos como presuntuosos, soberbios y arrogantes. Cuando en el año 60 DC fueron víctimas de un terremoto que destruyó su ciudad, se mostraron altivos, rehusando la ayuda que les fue ofrecida por los romanos.¹

Al leer en el Apocalipsis el mensaje dirigido a la iglesia de Laodicea, encontramos que el mismo espíritu que imperaba en la comunidad se reflejaba también en el propio seno de la iglesia: "Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad".²

Estas palabras, de acuerdo con la exégesis tradicional adventista, se aplican al pueblo de Dios en el tiempo presente.

En efecto, como iglesia, nos sentimos en una exaltada condición material. Recibimos de nuestros mayores un extraordinario patrimonio, a saber:

1. Una monolítica estructura eclesiástica internacional adaptable a las diferentes culturas y circunstancias geográficas.
2. Una red intercontinental de escuelas, colegios y universidades, orientados por los principios de una filosofía educacional divinamente inspirada.
3. Una cadena multinacional de hospitales, sanatorios, clínicas y clínicas rodantes en los cuales los pacientes reciben la terapéutica para las enfermedades del cuerpo y el bálsamo divino para las heridas del alma.
4. Un significativo conjunto de casas editoras dispersas por todos los puntos cardinales, que producen publicaciones con el mensaje de redención para un mundo sin esperanza.

Al pensar en este extraordinario legado —esta compleja estructura eclesiástica con sus numerosas instituciones— nos invade a veces un incontenible orgullo denominacional, y con un sentimiento de suficiencia

propia repetimos las palabras que traducen el espíritu de Laodicea: "De ninguna cosa tengo necesidad".

¿Qué mayor ilusión podría sobrevenir a la iglesia que la confianza ilimitada en su prosperidad material? Se dice de los macedonios que llevaban en sus manos ociosas las riquezas de sus padres sin haber heredado el espíritu que los caracterizó. ¿Podría decirse lo mismo de nosotros?

¿Será que contemplamos con orgullo laodiceano ese patrimonio que nos fue legado, mientras descuidamos cultivar las virtudes que marcaron la vida de los pioneros fundadores de este movimiento?

Dice un filósofo en el campo de la economía: "Se necesitan tres generaciones para pasar de mangas de camisa a mangas de camisa".³ Con esta afirmación quería decir que por medio del esfuerzo diligente y la intensa labor, la primera generación de una familia acumula un apreciable patrimonio; la segunda generación hereda esa fortuna, la disfruta y la disminuye; y la tercera generación disipa el capital restante. Para sobrevivir, esta última generación tiene que volver a arremangarse las mangas y aplicarse otra vez al trabajo arduo y perseverante.

Este círculo vicioso se repite en la propia vida de la iglesia. La primera generación, integrada por los pioneros, se destaca por un intenso fervor espiritual. Se caracteriza por una vigorosa conciencia misionera. Defiende con celo y fervor las normas y los principios bíblicos. Forma la estructura del movimiento religioso. La segunda generación hereda ese precioso acervo, pero realiza poco con el objeto de ampliarlo. Con la tercera generación el capital religioso original se disipa. Esta generación vuelve al estado de completa indigencia espiritual.

Un encanecido orador, ilustró esta realidad diciendo: "Cuando era muchacho trabajaba de 12 a 14 horas diarias en el campo. En los días de culto, montaba un caballo para ir a la iglesia, situada a 15 kilómetros de mi casa y allí cantábamos con entusiasmo y fervor: 'Pronto la noche viene, tiempo es de trabajar'. Ahora —añadió el orador—, el trabajo agrícola lo hacen máquinas modernas y complejas. Ocasionalmente mi nieto y su familia entran en un automóvil con aire acondicionado y se dirigen a la iglesia por una ruta pavimentada. Se sientan confortablemente en las butacas del templo como si fuese una casa común y oyen las palabras cantadas por el coro: 'Muy cansados, tan cansados. . .'"

De acuerdo con las observaciones hechas por Ernesto Troeltsch y Max Weber, casi todos los movimientos religiosos comienzan con éxtasis de fe, se conforman con la consolidación y terminan en el formalismo.

¿Qué diremos acerca de nuestra experiencia denominacional? Los próceres del adventismo, pioneros de este movimiento, trabajaron con gran entusiasmo en la formación de esta valiosa herencia. Después de ellos surgió una generación que con dedicación consolidó las estructuras de este movimiento profético. Sin embargo, ahora vemos con preocupación en la iglesia una nueva generación conocida por su ausencia de fervor denominacional. Son los adventistas por tradición, por costumbre, por herencia. Nacieron en la fe y jamás experimentaron el milagro del nuevo nacimiento. A este importante segmento de la iglesia se aplican las severas palabras del testigo fiel: "Conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca".⁴

Sin embargo, a pesar del espíritu laodiceano que parece minar la vitalidad del adventismo, no hay cosa alguna en este mundo que tenga tanta seguridad de éxito como la iglesia de Cristo. Somos amonestados por el Señor que nunca hemos "de pensar, y mucho menos hablar, acerca de fracasos en su obra".⁵

La nave de Sion se encuentra en excelentes condiciones de navegabilidad. Su brújula es fiel y tenemos a bordo al divino Piloto. De modo que no tenemos nada que temer por el anuncio de eventuales tormentas. Si el pasado es una guía para el futuro, no tenemos razones para temer. Así lo expresó la sierva del Señor:

*Al recapacitar en nuestra historia pasada, habiendo recorrido cada paso de su progreso hasta nuestra situación actual, puedo decir: ¡Alabemos a Dios! Mientras contemplo lo que el Señor ha hecho, me siento llena de asombro y confianza en Cristo como nuestro caudillo. No tenemos nada que temer en lo futuro, excepto que olvidemos la manera en que el Señor nos ha conducido y sus enseñanzas en nuestra historia pasada.*⁶

El 6 de agosto de 1776 Juan Wesley, el fundador del metodismo, registró en su diario sus preocupaciones, diciendo:

No tengo miedo de que el pueblo llamado metodista deje un día de existir, tanto en Europa como en América; pero tengo miedo de que existan solamente como una secta muerta, teniendo la forma de una religión sin poder.

No tememos que pueda ocurrir esto con el adventismo. Tenemos la segura promesa de que el fuego no se apagará en nuestros altares. Nos anima la certeza de que la luz fulgurante del mensaje del tercer ángel no se extinguirá. Nos inspira la convicción de que el ideal de conquistar el mundo para Cristo motivará a la iglesia a completar en rápidas y vibrantes movimientos la obra que le fue confiada.

Referencias

- ¹ S. H. Horn, *SDA Bible Dictionary*, pág. 639; W. M. Nelson, ed., *Diccionario ilustrado de la Biblia*, pág. 369.
- ² Apocalipsis 3: 17.
- ³ Kenneth H. Wood, *Meditaciones para el hombre moderno*, pág. 169.
- ⁴ Apocalipsis 3: 15, 16.
- ⁵ Elena G. de White, *Obreros evangélicos*, pág. 19.
- ⁶ White, *Joyas de los testimonios*, t. 3, págs. 443.

**LA MANO DE
DIOS
AL TIMON**

Apéndice



Cristo en el Santuario celestial

La doctrina de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote en el Santuario celestial nos trae certeza y esperanza. Esta doctrina dio significado a la vida de los pioneros de la Iglesia Adventista del Séptimo Día; y es todavía un campo fecundo para nuestra meditación y crecimiento espiritual.

Esta enseñanza característica fue reafirmada en la Declaración de Creencias Fundamentales adoptada por el congreso de la Asociación General, en Dallas, en abril de 1980. Nuestra reiterada convicción fue allí expresada de la manera como sigue:

Hay un santuario en el cielo, el verdadero tabernáculo que el Señor erigió y no el hombre. En él Cristo ministra en nuestro favor, para poner a disposición de los creyentes los beneficios de su sacrificio expiatorio ofrecido una vez y para siempre en la cruz. Llegó a ser nuestro gran Sumo Sacerdote y comenzó su ministerio intercesor en ocasión de su ascensión. En 1844, al concluir el período profético de los 2.300 días, entró en el segundo y último aspecto de su ministerio expiatorio. Esta obra es un juicio investigador que forma parte de la eliminación definitiva del pecado, representada por la purificación del antiguo santuario judío en el día de la expiación. En el servicio simbólico el santuario se purificaba mediante la sangre de los sacrificios de animales, pero las cosas celestiales se purifican mediante el perfecto sacrificio de la sangre de Jesús. El juicio investigador pone de manifiesto frente a las inteligencias celestiales quiénes de entre los muertos duermen en Cristo y por lo tanto se los considerará dignos, en El, de participar de la primera resurrección. También aclara quiénes están morando en Cristo entre los que viven, guardando los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, y por lo tanto estarán listos el El para ser trasladados a su reino eterno. Este juicio vindica la justicia de Dios al salvar a los que creen en Jesús. Declara que los que permanecieron leales a Dios

recibirán el reino. La conclusión de este ministerio de Cristo señalará el fin del tiempo de prueba otorgado a los seres humanos antes de su segunda venida.

Este documento es una confirmación de la declaración de Dallas. Presenta adecuadamente el consenso de la Comisión Revisora del Santuario, que se reunió del 10 al 15 de agosto de 1980, en Glacier View, Colorado. La comisión procuró hacer una evaluación seria y franca de nuestras posiciones históricas, analizándolas a la luz de las críticas de interpretaciones alternativas que se han sugerido. Tales sugerencias son beneficiosas porque nos impulsan al estudio, nos obligan a dilucidar nuestra interpretación conduciéndonos de este modo a una mejor comprensión y un más profundo aprecio de las verdades que formaron el movimiento adventista.

De esta manera, la doctrina del Santuario, que tanto significó para los primeros adventistas, continúa incidiendo sobre los creyentes en nuestros tiempos. Verla con más claridad es ver más claramente a Cristo; y esa visión activará la vida cristiana y dará poder a nuestra predicación y testimonio.

I. El significado de la doctrina

Aunque el simbolismo del Santuario aparece preeminentemente en toda la Escritura y es, junto con Cristo, el Sumo Sacerdote, la idea dominante en el libro de Hebreos, el pensamiento cristiano ha dado relativamente poca atención a este asunto. Sin embargo, en el siglo XIX hubo una repentina explosión de interés por Cristo en el Santuario celestial. Nuestros pioneros relacionaron las ideas de Levítico, Daniel, Hebreos, Apocalipsis y otras partes de las Escrituras en una singular síntesis teológica que combinó el sumo sacerdocio de Cristo con la expectativa del fin de la historia. Cristo no estaba simplemente ministrando en el Santuario celestial; había además iniciado la etapa final de ese ministerio, correspondiente al Día de la Expiación de Levítico 16.

Para los primeros adventistas del séptimo día esa nueva doctrina "fue la clave que aclaró el ministerio del desengaño de 1844" (*El conflicto de los siglos*, pág. 476). Constituyó el medio por el cual quienes creyeron firmemente en el inminente regreso de Jesús, podían conciliarse con sus expectativas no cumplidas. Les dio nuevo sentido de identidad religiosa; llenó su vida de significación, pues "reveló todo un sistema de verdades, que formaban un conjunto armonioso y demostraban que la

mano de Dios había dirigido el gran movimiento adventista, y al poner de manifiesto la situación y la obra de su pueblo le indicaba cuál era su deber de allí en adelante" (*ibid.*). Así pudieron ver que aunque se habían equivocado, no estaban completamente engañados; y que aún tenían una misión y un mensaje.

La creencia de que Cristo es nuestro Sumo Sacerdote en el Santuario celestial no es una reliquia de nuestro pasado adventista; ella ilumina todas las demás doctrinas; nos acerca a Dios y su salvación de un modo tal que nos da "plena certidumbre" (Heb. 10: 22); y nos revela que Dios está a nuestro lado.

En el cielo hay Alguien que vive "siempre para interceder" por nosotros (Heb. 7: 25). Es Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, el cual, "en los días de su carne" (Heb. 5: 7), sufrió, soportó la prueba y murió por nosotros. Puede "compadecerse de nuestras debilidades" (Heb. 4: 15) y envía "gracia para el oportuno socorro" del trono de la gracia (Heb. 2: 18 y 4: 16). Por lo tanto, podemos allegarnos confiadamente a la presencia de Dios, sabiendo que somos aceptos en virtud de los méritos de nuestro Mediador.

La doctrina del Santuario nos da una nueva visión de nosotros mismos. La humanidad, a despecho de sus flaquezas y rebelión, es importante para Dios, siendo amada supremamente por El. Dios demostró su consideración por nosotros al tomar sobre sí la naturaleza humana y al retenerla para siempre en la persona de Cristo, nuestro Sumo Sacerdote celestial. Somos el pueblo del Sacerdote, la comunidad de Dios que vive para adorarle y para producir frutos para su gloria.

Esta doctrina también abre una nueva perspectiva para el mundo. Nosotros la vemos como parte de una lucha cósmica, el "gran conflicto" entre el bien y el mal. El Santuario celestial es el centro divino de operaciones en esa guerra; garantiza que finalmente el mal dejará de existir y que Dios será todo en todos (1 Cor. 15: 28). Su obra de juicio procedente del Santuario termina dando como resultado un pueblo redimido y un mundo restaurado.

II. Las fuentes de nuestra comprensión

Aunque el asunto del Santuario está presente en toda la Escritura, se lo ve con mayor claridad en Levítico, Daniel, Hebreos y Apocalipsis. Estos cuatro libros, que atrajeron la atención de los primeros adventistas, continúan siendo el centro de nuestro estudio en relación con el Santuario celestial.

Desde el punto de vista del énfasis, estos libros se disponen de a pares. Al paso que Levítico y Hebreos versan principalmente sobre las funciones sacerdotales relacionadas con el santuario, Daniel y Apocalipsis mencionan la actividad divina en el Santuario hasta el fin del mundo. Por lo tanto, podemos decir que lo que primariamente se destaca en el primer par es la intercesión, al paso que lo que principalmente se destaca en el segundo par es el juzgamiento.

El libro de Levítico describe las diversas ceremonias del santuario del Antiguo Testamento. Leemos respecto de los sacrificios continuos, presentados cada mañana y tarde en favor del pueblo de Israel (Lev. 6: 8-13). Leemos también acerca de los diversos tipos de ofrendas individuales para expresar confesión, acción de gracias y consagración (Lev. 1 al 7). Y el punto culminante de todo el sistema de sacrificios, el Día de la Expiación, está detalladamente descrito en el capítulo 16.

El libro de Hebreos compara y contrasta esas ceremonias con el sacrificio de Jesús en el Calvario (Lev. 9: 1 al 10: 22). Hebreos argumenta que por su muerte Jesús realizó de una vez por todas lo que los frecuentes sacrificios de Israel jamás podrían efectuar. El es la realidad simbolizada por los sacrificios del Día de la Expiación, así como también por todas las ceremonias antiguas. Aunque se ha sugerido que esas referencias del libro de Hebreos demuestran que el Día de la Expiación escatológico comenzó en la cruz, en verdad, ese libro no trata de la cuestión del tiempo; se concentra más bien en la completa suficiencia del Calvario. Para tener respuestas a nuestras preguntas acerca de la sucesión de los acontecimientos en el Santuario celestial, tenemos que recurrir a los libros de Daniel y Apocalipsis. En especial las profecías del "tiempo", de Daniel 7 al 9, continúan siendo importantes para la comprensión adventista del Santuario. Apuntan por sobre el primer advenimiento de Cristo y más allá de él, hacia la obra final de juzgamiento por parte de Dios, en el Santuario celestial.

El significado exacto de las profecías del Antiguo Testamento es un asunto que requiere cuidadoso estudio. La investigación debe procurar ser fiel a la variada naturaleza de las profecías individuales, tener en cuenta las diferentes perspectivas de los lectores (en el Antiguo Testamento, en el Nuevo Testamento y en los tiempos actuales), discernir la intención divina al dar las profecías y mantener la adecuada tensión entre la soberanía divina y la libertad humana. Además, su estudio debe dar el debido valor al fuerte y amplio sentido de la inminencia del segundo

advenimiento que encontramos en el Nuevo Testamento (por ejemplo, en Rom. 13: 11, 12; 1 Cor. 7: 29-31; Apoc. 22: 20).

Los escritos de Elena de White contienen también mucho material referente a Cristo en el Santuario celestial (por ejemplo, en *El conflicto de los siglos (El gran conflicto)*, págs. 473, 474, 486-488, 534, 536-545). Sus escritos acentúan el significado de los acontecimientos de 1844 en el plan divino, así como el de los acontecimientos finales que proceden del trono de Dios. Sin embargo, esos escritos no fueron la fuente de la doctrina sobre el Santuario para nuestros pioneros; antes, confirmaron y completaron las ideas que los primeros adventistas encontraban en su propia Biblia. Hoy distinguimos la misma relación: los escritos de Elena G. de White proveen la confirmación de nuestra doctrina de Cristo en el Santuario celestial y completan nuestra comprensión al respecto.

En la parte restante de este documento, presentamos una breve explicación de esta doctrina. Los elementos bíblicos en que se basa se dividen en dos etapas correlacionadas. Veamos la primera de ellas: la intercesión.

III. El ministerio intercesor de Cristo

El sistema sacrificial del Antiguo Testamento fue instituido por Dios. Constituía el camino de la salvación por fe para aquellos tiempos. Instruía al pueblo de Dios sobre el terrible carácter del pecado y señalaba el medio escogido por Dios para acabar con el pecado.

Sin embargo, no había eficacia alguna en la abundancia de esos sacrificios en sí mismos. El pecado es una ofensa moral que no se resuelve con la matanza de animales. "La sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados" (Heb. 10: 4). El pecado sólo puede ser removido por Jesucristo. El no solamente es nuestro Sumo Sacerdote, sino también es nuestro Sacrificio. Es "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1: 29), es el Cordero pascual sacrificado por nosotros (1 Cor. 5: 7), es aquel a quien Dios propuso, por su sangre, como propiciación por los pecados de toda la humanidad (Rom. 3: 21-25).

A la luz de Jesucristo, todas las ceremonias del santuario del Antiguo Testamento encuentran su verdadero significado. Sabemos ahora que el santuario hebreo era apenas una figura o un símbolo del verdadero Santuario "que levantó el Señor, y no el hombre" (Heb. 8: 2; 9: 24), figura de una realidad mucho más gloriosa que lo que nuestra mente puede comprender (*Patriarcas y profetas*, págs. 370, 371). Sabemos

ahora que todos los sacerdotes levíticos y sumos sacerdotes aarónicos eran apenas prefiguraciones de Aquel que es el gran Sumo Sacerdote, por ser al mismo tiempo Dios y hombre (Heb. 5: 1-10). Sabemos ahora que la sangre de animales cuidadosamente escogidos que fueran sin defecto (Lev. 1: 3, 10), era un símbolo de la sangre del Hijo de Dios, quien al morir por nosotros nos purificaría del pecado (1 Ped. 1: 18, 19).

La primera fase del ministerio celestial de Cristo no es de naturaleza pasiva. Como nuestro Mediador, Jesús aplica continuamente los beneficios de su sacrificio por nosotros. Dirige las actividades de la iglesia (Apoc. 1: 12-20). Envía el Espíritu (Juan 16: 7). Conduce las fuerzas del Bien en el gran conflicto con Satanás (Apoc. 19: 11-16). Recibe la adoración del Cielo (Apoc. 5: 11-14). Sustenta el universo (Heb. 1: 3; Apoc. 3: 21).

Todas las bendiciones emanan de la continua eficacia del sacrificio de Cristo. El libro de Hebreos subraya sus dos grandes realizaciones: nos provee de libre acceso a la presencia de Dios y elimina completamente el pecado.

A pesar de la importancia del santuario del Antiguo Testamento, éste representaba un acceso limitado a Dios. Sólo los que nacían para el sacerdocio podían entrar en él (Heb. 9: 1-7). Pero en el Santuario celestial Cristo nos abrió la puerta a la propia presencia de Dios; por la fe podemos llegar confiadamente al trono de la gracia (Heb. 4: 14-16; 7: 19; 10: 19-22; 12: 18-24). Así, los privilegios de todo cristiano son, incluso, mayores que los que tenían los sumo sacerdotes del Antiguo Testamento.

No hay un paso intermedio en nuestra aproximación a Dios. El libro de Hebreos subraya el hecho de que nuestro gran Sumo Sacerdote se encuentra a la derecha de Dios (Heb. 1: 3), "en el cielo mismo. . . ante Dios" (Heb. 9: 24). El lenguaje simbólico del Lugar Santísimo, "hasta dentro del velo", es usado para certificarnos de nuestro cabal, directo y libre acceso a Dios (Heb. 6: 19, 20; 9: 24-28; 10: 1-4).

Y ahora no hay necesidad de oblaiones y sacrificios adicionales. Los sacrificios del Antiguo Testamento eran "imperfectos", es decir, incompletos e incapaces de acabar definitivamente con el pecado (Heb. 9: 9). La propia repetición de los sacrificios denunciaba su ineficacia (Heb. 10: 1-4). En contraste con eso, el sacrificio designado por Dios hizo lo que los sacrificios antiguos no podían hacer, ocasionando así su fin (Heb. 9: 13, 14). "Todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo

sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios" (Heb. 10: 11, 12).

Siendo así, el Calvario es de consecuencia duradera. Al contrario de cualquier otro acontecimiento de la historia, su poder es invariable. Se halla eternamente presente, porque Jesucristo, que murió por nosotros, continúa intercediendo por nosotros en el Santuario celestial (Heb. 7: 25).

Por eso el Nuevo Testamento vibra lleno de confianza. Con semejante Sumo Sacerdote, con semejante sacrificio, con semejante intercesión tenemos "plena certidumbre" (Heb. 10: 22). Nuestra confianza no está en nosotros mismos —en lo que hemos hecho o en lo que podemos hacer— sino está, sí, en Cristo y en lo que El efectuó y continúa efectuando.

Esta certeza jamás encarará livianamente el sacrificio que le dio origen. Al mirar por la fe hacia Jesús en el Santuario celestial —que es nuestro santuario— y al pensar en las actividades que El desempeña allí, somos habilitados por el Espíritu a llevar una vida santa y a dar urgente testimonio al mundo. Sabemos que es una cosa horrible despreciar la sangre que nos redimió (Heb. 6: 4-6; 10: 26-31; 12: 15-17).

La fase final del ministerio de Cristo en el Santuario celestial es la del juzgamiento, vindicación y purificación. Sin embargo, debemos estar seguros de que aunque Cristo sea el juez, es todavía nuestro intercesor. Consideremos primero el tiempo del juicio, y después, su naturaleza.

IV. El tiempo del juicio

El período profético de los 2.300 días (Dan. 8: 14) continúa siendo la piedra angular de la interpretación adventista acerca del juicio final. Aunque esta parte de nuestra doctrina del Santuario sea la más frecuentemente cuestionada, un cuidadoso estudio de las críticas a la luz de las Escrituras confirma su importancia y validez.

En especial, tres aspectos de dicha profecía han sido puestos en duda: la relación día-año; el significado de la palabra traducida por "purificado" (Dan. 8: 14) y su conexión con el Día de la Expiación (Lev. 16); y el contexto de la profecía.

La relación día-año tiene apoyo bíblico, aunque no esté explícitamente rotulada como principio de interpretación profética. No obstante, parece ser obvio que ciertos períodos de tiempo profético no deben ser interpretados literalmente (por ejemplo: los cortos períodos mencionados en Apocalipsis 11: 9, 11). Además, el Antiguo Testamento provee ilus-

traciones de intercambio día-año en el simbolismo (Gén. 29: 27; Núm. 14: 34; Eze. 4: 6; Daniel 9: 24-27). La relación día-año también es reconocible en el encadenamiento de Daniel 8 y 9. Apoyo adicional se encuentra en las profecías paralelas de los 1.260 días-años en Daniel y Apocalipsis (Dan. 7: 25; Apoc. 12: 14; 13: 5). Siendo que la profecía de Daniel 8 es paralela a las de los capítulos 2, 7, 11 y 12, todas las cuales culminan en el reino de Dios en ocasión del fin de la historia, es apropiado esperar que el período representado por los 2.300 días alcance al tiempo del fin (Dan. 8: 17). Esto, para nosotros, se hace posible por la aplicación exegética de la relación día-año.

De acuerdo con muchas versiones bíblicas más antiguas, en el fin de los 2.300 días el santuario sería "purificado". La palabra hebrea, en ese caso es *nitsdaq*, tiene variedad de posibles significados. Su idea fundamental es "enderezar", "justificar", "vindicar" o "restaurar"; pero "purificar" y "limpiar" pueden ser incluidas en su ámbito conceptual. En Daniel 8: 14 es evidente que ese vocablo denota lo opuesto al mal causado por el poder simbolizado por "el cuerno pequeño", y por tanto, probablemente debería ser traducido por "restaurar". Aunque no haya un fuerte vínculo verbal entre ese versículo y el ritual del Día de la Expiación de Levítico 16, esos pasajes, sin embargo, se hallan relacionados por sus ideas paralelas de rectificar o purificar el santuario de los efectos del pecado.

Daniel 8 presenta el problema contextual de cómo relacionar exegéticamente la purificación del santuario, al fin de los 2.300 días, con las actividades del "cuerno pequeño" durante esos 2.300 días. Ese poder inicuo echa por tierra el lugar del santuario (Dan. 8: 11), ocasionando así la necesidad de su restauración o purificación. Curiosamente, el "cuerno pequeño" está en la tierra, al paso que inferimos que el santuario se halla en el cielo. Pero el cuidadoso estudio de Daniel 8: 9-26 indica una solución para esa dificultad. Llega a ser evidente que el cielo y la tierra están relacionados, de modo que los ataques del "cuerno pequeño" tienen un significado tanto cósmico como histórico. Siendo así podemos ver cómo la restauración del Santuario celestial corresponde —en el sentido contrario— a la actividad terrena del "cuerno pequeño". Con todo, aunque creamos que nuestra interpretación histórica de Daniel 8: 14 está bien fundada, deseamos estimular el más cuidadoso estudio de esta importante profecía.

Nuestra convicción de que el fin del período profético de los 2.300 días, en 1844, marca el inicio de una obra de juicio en el cielo, queda

corroborada por el paralelismo de Daniel 8 y Daniel 7, que describe explícitamente semejante obra, y por las alusiones al juicio celestial que aparecen en el libro del Apocalipsis (Apoc. 6: 10; 11: 18; 14: 7; 20: 12, 13).

Así, nuestro estudio refuerza nuestra creencia de que llegamos realmente al tiempo del juicio que antecede al segundo advenimiento, que históricamente hemos llamado "juicio investigador". Oímos nuevamente el llamado de Dios para proclamar el Evangelio eterno en todo el mundo porque "la hora de su juicio ha llegado" (Apoc. 14: 6, 7).

V. La naturaleza del juicio

La enseñanza del "juicio venidero" tiene sólida base en la Escritura (Ecl. 12: 14; Juan 16: 8-11; Hech. 24: 25; Heb. 9: 27, etc.). Para el creyente en Jesucristo, la doctrina del juicio es solemne pero tranquilizadora, pues el juicio es la mismísima intervención de Dios en el curso de la historia humana a fin de enderezar todas las cosas. Es el no creyente quien considera esta enseñanza un asunto terrorífico.

La obra del juicio divino procedente del Santuario celestial tiene dos aspectos: uno de ellos se centraliza en el pueblo de Dios sobre la tierra; el otro abarca todo el universo, a medida que Dios conduce la gran lucha entre el bien y el mal hasta una conclusión exitosa.

La Escritura nos dice que "es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo" (2 Cor. 5: 10), y que tendremos que rendir cuentas incluso "de toda palabra ociosa" (Mat. 12: 36). Este aspecto de los acontecimientos del tiempo del fin revela quién es de Dios (véase *El conflicto de los siglos*, págs. 533-545). La verdadera cuestión, de trascendental importancia, es la que tiene que ver con la decisión que tomamos respecto de Jesús, el Salvador del mundo. El haber aceptado su muerte en nuestro favor es haber pasado ya de muerte a vida, de condenación a salvación; rechazarlo es condenarnos a nosotros mismos (Juan 3: 17, 18). Por tanto, este juicio en el tiempo del fin, coincidente con el término del período de los 2.300 días, revela nuestra relación con Cristo, evidenciada en la totalidad de nuestras decisiones. Indica la actuación de la gracia en nuestra vida al mostrarnos sensibles a su don de la salvación; revela que pertenecemos a El.

La obra de juzgar a los santos forma parte de la erradicación final del pecado del universo (Jer. 31: 34; Dan. 12: 1; Apoc. 3: 5; 21: 27). Al fin del tiempo de gracia, poco antes de los acontecimientos finales en la historia terrestre, el pueblo de Dios será confirmado en justicia (Apoc.

22-11). La actividad divina procedente del Santuario celestial (Apoc. 15: 1-8) se manifestará en la sucesión de acontecimientos que finalmente purificarán el universo de todo pecado y de Satanás, su originador.

Para los hijos de Dios, el conocimiento de la intercesión de Cristo en el juicio no trae ansiedad sino certidumbre. Saben que hay Alguien a su lado y que la obra de juicio está en las manos de su Intercesor (Juan 5: 22-27). En la justicia de Cristo el cristiano está seguro en el juicio (Rom. 8: 1). Además, el juicio anuncia la hora de transición de la fe a la vista, de los cuidados y frustraciones terrestres a la eterna alegría y realización en la presencia de Dios.

Sin embargo, el juicio de Dios tiene que ver con algo más que nuestra salvación personal; su esfera de acción es cósmica. Desenmascara el mal y todos los sistemas perniciosos. Expone la hipocresía y el engaño. Restaura el dominio de la justicia en el universo. Su expresión final es un nuevo Cielo y una nueva Tierra, en los cuales habita la justicia (2 Ped. 3: 13), un puro cántico de amor de creación a creación (*El conflicto. . .*, págs. 711-737).

Y en este acto de juicio divino se evidencia que Dios es absolutamente justo. La reacción universal a sus actos finales en el Santuario celestial es la siguiente: "Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos" (Apoc. 15: 3).

Conclusión

Esta doctrina de Cristo en el Santuario celestial, esta enseñanza singular de los adventistas del séptimo día requiere intenso estudio por parte de todo creyente. Nuestros pioneros la descubrieron a través de una diligente investigación de la Palabra y fueron incentivados por ella. Nosotros también necesitamos descubrirla por nosotros mismos y hacerla una parte de nuestra vida. Tenemos que comprender que "el santuario en el cielo es el centro mismo de la obra de Cristo en favor de los hombres" y que su ministerio allí "es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz" (*El conflicto. . .*, pág. 543).

Al procurar conocer y comprender a Cristo en el Santuario celestial con tanto fervor como lo hicieron los primeros adventistas, experimentaremos el avivamiento y la reforma, la certeza y la esperanza que provienen de una visión más clara de nuestro gran Sumo Sacerdote.

Elena G. de White y las cuestiones doctrinales

Uno de los dones del Espíritu Santo es el de profecía. Este don es una de las características de la iglesia remanente y se manifestó en el ministerio de Elena G. de White. Como mensajera del Señor, sus escritos son una permanente y autorizada fuente de verdad, y proveen consuelo, dirección, instrucción y corrección a la iglesia. También establecen con claridad que la Biblia es la norma por la cual deben ser evaluadas todas las enseñanzas y toda experiencia. (Manual de la iglesia, edic. 1984, pág. 38.)

Las Escrituras del Antiguo y el Nuevo Testamento son divinamente inspiradas. Este canon de la Escritura es la norma de fe y práctica. Elena G. de White fue inspirada en el mismo sentido que los profetas bíblicos, pero su ministerio y sus escritos fueron dados para exaltar la Biblia. Los escritos de Elena G. de White, según su propio testimonio, no se destinan a transmitir nuevas doctrinas, sino a dirigir las mentes hacia las verdades reveladas en las Escrituras (*Testimonies*, t. 5, págs. 663-665; *Primeros escritos*, pág. 78).

Aunque las doctrinas fundamentales de la iglesia están estructuradas sobre la autoridad de los escritores bíblicos, una comprensión y un discernimiento más amplios para su cabal desarrollo pueden encontrarse en los escritos de Elena G. de White. Estos escritos también confirman la verdad bíblica, sin la menor intención de inhibir la investigación seria basada en sólidos principios de interpretación.

Al reconocer que la operación del Espíritu Santo en la vida y en los escritos de Elena G. de White, durante un período de aproximadamente setenta años, dio como resultado un aumento de su comprensión de la Biblia y de las actividades de Dios en favor de la humanidad, creemos que su autoridad trasciende la de todos los intérpretes no inspirados.

Vemos la necesidad de una cuidadosa exposición de los escritos de Elena G. de White. Ni siquiera todas sus aplicaciones de la Escritura estaban destinadas a proveer una exposición rigurosa del texto bíblico. A veces ella emplea la Escritura homiléticamente. Otras veces desprende

ciertos pasajes de su contexto bíblico para hacer aplicaciones especiales. También descubrimos que puede usar el lenguaje bíblico meramente como recurso literario. Siempre se debe tener en consideración el contexto total y la situación en la vida de Elena G. de White, dándose atención al tiempo y al lugar.

Afirmamos que los escritos de Elena G. de White son significativos para nuestro tiempo, según lo destaca su propia declaración: "Ya sea que mi vida sea preservada o no, mis escritos hablarán constantemente, y su obra irá adelante mientras dure el tiempo" (*Mensajes selectos*, t. 1, pág. 63).

